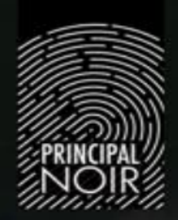


PREMIO MAISON DE LA PRESSE

ÉRIC FOUASSIER

LA BRIGADA DE LOS MISTERIOS OCULTOS

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrute de la lectura.

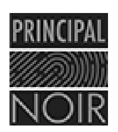
Queremos invitarle a que se suscriba a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.



La brigada de los misterios ocultos

Éric Fouassier

Traducción de Andrés Lévy para Principal Noir



Contenido

Página de créditos

La brigada de los misterios ocultos

V.1: octubre de 2023
Título original: *Le Bureau des Affaires Occultes* © Éditions Albin Michel, 2021
© de la traducción, Andrés Lévy, 2023
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2023

Imagen de cubierta: © Lyn Randle / Trevillion Images Corrección: Gemma Benavent, Sofía Tros de Ilarduya Publicado por Principal de los Libros C/ Roger de Flor n.º 49, escalera B, entresuelo, despacho 10
08013 Barcelona
info@principaldeloslibros.com www.principaldeloslibros.com ISBN: 978-84-18216-78-7
THEMA: FFL
Conversión a ebook: Taller de los Libros

La brigada de los misterios ocultos

Una apasionante caza al asesino por las calles del París de 1830

Otoño de 1830. En un París enfebrecido y todavía conmocionado por las jornadas revolucionarias de julio, el mal adquiere nuevas formas, y el Vicario encarna la más aterradora de ellas: misterioso y sanguinario, se sirve de los progresos científicos y de sus saberes esotéricos para perpetrar sus crímenes y luego perderse en las sombras de una ciudad convulsa.

Para combatir a este nuevo tipo de delincuentes acaba de crearse la Brigada de los Misterios Ocultos, un departamento especial de la Sûreté que dirige el joven inspector Valentin Verne. De rostro angelical y carácter solitario, Valentin es severo e implacable, y sus conocimientos de la química y de la medicina, así como su interés por lo oculto y lo irracional, lo convierten en el hombre ideal para dar caza a estos criminales modernos.

Pero ¿a quién persigue Valentin en realidad? ¿Quién se esconde tras la máscara del Vicario? ¿Tiene este alguna relación con el extraño suicidio del disoluto heredero de una de las familias más ilustres de Francia? ¿Qué ha sido de Damien, un huérfano al que parece haberse tragado la tierra?

En la estela de grandes detectives como Vidocq y Auguste Dupin, París será testigo de la incansable lucha de Valentin Verne contra el mal.

«La novela histórica del año. No podrás dejar de leerla.»
Gérard Collard - *Le magazine de la santé*

Premio Maison de la Presse

A Pascale,
mi primera lectora,
siempre lista para nuevas aventuras.

«Os revelo el secreto de los secretos: los espejos son las puertas por las que la muerte viene y va».

Jean Cocteau, *Orfeo*

«Temo ahora que el espejo encierre el verdadero rostro de mi alma, lastimada de sombras y de culpas…».

Jorge Luis Borges, *El espejo*

Prólogo

Enfrentarse al miedo.

Cuando el niño rajó la lona de la carpa con el trozo de cristal de una botella rota, pensó que había encontrado un refugio. No imaginaba lo que le esperaba dentro. La espiral del miedo. Esas miradas febriles, esos rostros asustados que le devolvían su propio terror. Ahora yace ahí, con todos los miembros temblorosos, encogido en una densa penumbra. Las pocas velas que hay en el interior no son para disipar la oscuridad, sino para crear un ingenioso juego de luces y sombras. Parece que flotan en el aire, como mariposas de fuego. Ante su inquietante resplandor, el niño habría preferido el negro túnel de la calle. La oscuridad absoluta, la nada. Todo menos las espantosas visiones que lo asaltan bajo esa húmeda lona. Pero no es capaz de moverse. Se limita a cerrar los ojos. Como si la cortina de sus párpados fuera una barrera eficaz y bastara para terminar con lo insoportable.

¿Cuánto tiempo lleva así, como petrificado? ¿Un minuto, una hora, un siglo? No tiene ni la menor idea. Enfrentarse al miedo… Se había preparado mentalmente para ello. Pensó que sería lo bastante fuerte como para escapar de la trampa. Pero, ahora, ya no lo sabe. No es capaz de rescatar ni un solo pensamiento coherente del caos que reina en su cabeza. Un frío glacial se ha apoderado de él. Le destroza los huesos.

Desde lejos, los ecos de la fiesta le llegan como amortiguados. Música, risas, reclamos. Fuera, a pocos metros, hay una muchedumbre despreocupada. Gente que se divierte, que se deja llevar, aunque también podría estar a varios kilómetros de distancia. Al niño ya no le importan. No espera ninguna ayuda por su parte. No mientras siga encerrado en su propia pesadilla.

Justo antes, sin embargo, creyó que aquella alegre multitud sería su salvación. Corría descalzo de noche. El chapoteo de sus pisadas en la alcantarilla abierta acompañaba como un eco a los latidos de su corazón. Ese frenético golpeteo bajo su caja torácica. Corría al azar, sin un rumbo fijo, por callejones muy oscuros y estrechos. Tan solo

con una breve oración que respaldaba su esfuerzo: «¡Dios mío! ¡No dejes que me atrape! ¡Prefiero morir antes que caer de nuevo en sus manos!». Aunque entonces no lo sabía, se encontraba en el suburbio que bordea el fielato de Montreuil, no muy lejos de la aldea de Petit-Charonne. Un paisaje de casuchas y chabolas ruinosas, descampados y huertos.

Con el pecho ardiendo y las sienes palpitantes, intentaba quedarse a la sombra de las fachadas y evitaba con sumo cuidado los espacios abiertos. De vez en cuando, se giraba para recuperar el aliento y escudriñar la noche con preocupación. No había nadie detrás de él, pero sabía que el Vicario lo perseguía. Estaba allí, en algún lugar, en la oscuridad. El fugitivo podía estar seguro de que el *Otro* lo buscaría toda la noche si fuera necesario. No tenía más remedio que seguir corriendo. Consumir las fuerzas que le quedaban.

Tras una eternidad, el niño llegó por fin a una brecha en la muralla que rodea la gran ciudad. Se coló y, a través de ese París harapiento, siguió corriendo hasta la avenida de Ormes. Un paso más ancho iluminado esporádicamente a media altura con la luz parpadeante de unas farolas. En el otro extremo de la calle, tan cerca y a la vez tan lejos, oyó el bullicio de la fiesta, el alboroto y la alegría de la gente. No se paró a pensar. Confió más en su instinto que en su juicio. Su ansia de vivir. Desde que decidió escapar de las garras del Vicario, eso era lo que dictaba su conducta. Lo incitaba a correr, esconderse, esperar o huir.

Entró en la gran avenida y se dejó llevar por el creciente número de curiosos en torno a la plaza del Trono. Pasó de golpe de la sombra a la luz, de la muerte a la vida. Demasiada luz, demasiada vida de pronto. Notó que se tambaleaba, al borde del desmayo. La feria lo absorbió, lo engulló. Un auténtico torbellino de sonidos, aromas y colores. La algarabía de los saltimbanquis, los secos chasquidos de los barriles al romperse, los carillones de cristal del carrusel. Música, gritos, risas…

Mareado, el joven deambuló entre barracas, tenderetes y carpas. Desesperado, indeciso. Incapaz de distinguir el más mínimo rostro en esa marea humana que le parecía un solo bloque. Le habría gustado que alguien le hubiera tendido una mano para ayudarlo, pero nadie le prestaba atención. Nadie se fijaba en su cara despavorida ni en sus manos manchadas de barro. Le habría gustado pedir ayuda, pero el estruendo de la feria se lo impedía, lo sepultaba en una enloquecedora vorágine de ruidos. ¡Si al menos ese maldito tambor dentro de su pecho se callara!

Aún se tambaleaba entre los imperturbables juerguistas cuando un movimiento de la muchedumbre lo arrojó con brusquedad a un lado. Fue a parar a un estrecho callejón sin salida que apestaba a orina,

entre dos teatros de lona. Los restos de un naufragio rechazados por el mar. Ni eso. Una línea de espuma intangible.

Agotado, desanimado, se dejó caer sobre el empedrado repleto de basura. Y entonces lo vio.

El trozo de cristal de una botella rota en medio de la basura. Largo, afilado.

De inmediato, lo consideró como una señal del destino. Necesitaba darse un respiro. Acurrucarse a salvo en alguna guarida y anticiparse a lo que pudiera venir después. Tomar las decisiones acertadas. Se arrancó un jirón de la manga y envolvió el trozo de cristal con la tela para improvisar un asa. Luego, rajó la lona de la carpa más cercana. Un corte discreto, lo justo para colarse. Dejar atrás las exclamaciones de júbilo, los aplausos y los abucheos, todo ese jolgorio que le producía arcadas.

¿Cómo podría haberlo sospechado?

¿Cómo iba a imaginar que el horror absoluto lo esperaba ahí dentro y que tendría que enfrentarse a una hidra de cien cabezas y a las múltiples proyecciones de su propio miedo?

La tregua solo duró lo suficiente como para que sus ojos se acostumbraran a la penumbra cargada de humedad. Entonces, los rostros de sus pesadillas emergieron del vacío y le saltaron encima. Rasgos deformados por la luz de las velas, retorcidos por la ansiedad, pero que reconoció de inmediato. Era su rostro, manchado de sudor y lágrimas, el que lo asaltaba por todas partes. Su rostro reflejado hasta el infinito, en una monstruosa puesta en abismo.

Enfrentarse al miedo… Sabía que podía hacerlo. Pero hacer frente a mil miedos, a mil miradas de angustia, a mil bocas que chillaban en sus oídos un grito interminable, era superior a sus fuerzas. El tormento que puede soportar un niño de doce años tiene límites. Cerró los ojos, apretó ambos puños contra los párpados y se acurrucó en el suelo en posición fetal. No ver más, no pensar en nada. Fundirse con el decorado. Fue hace justo un siglo. Hace una hora, un minuto…

Una risita incongruente lo devuelve de pronto a la realidad. Una risa de mujer. Muy cerca. El niño levanta la cabeza. Ya no está solo en la oscuridad. Percibe roces, susurros y, en todo momento, ese brillo cristalino. No es una mujer la que ríe así, sino una chica muy joven. El chico se aventura a abrir los ojos de nuevo. Las múltiples copias de su rostro reaparecen, pero con una expresión distinta. Una especie de expectativa ha sustituido al miedo en el fondo de esas innumerables cuencas de los ojos.

Con gestos torpes, el niño vuelve a ponerse en pie con dificultad. Siente que su corazón se desborda de nuevo contra las costillas. De repente, algo cambia a su alrededor. Algo casi imperceptible. Un

movimiento del aire, tal vez menos que eso. Un ligero cambio en la iluminación. La llama de una vela que se duerme y se despierta.

¡Y de pronto aparece la chica!

Se materializa a pocos pasos de él. Ve con claridad sus rizos castaños, su mirada traviesa y la toquilla de lana que le cubre los hombros. No está sola. Un truhan la sujeta con fuerza, vestido con un guardapolvo de obrero o artesano, con la gorra de cuero calada hasta la frente. Sus manos se aferran a las caderas de la joven. Ella resopla mientras se retuerce para zafarse. Él la alcanza y ella escapa de nuevo y va directamente hacia el niño, aunque parece que ninguno de los dos lo ha visto.

El niño no entiende cómo la pareja sigue ignorando su presencia. Ahora, la chica está a menos de un metro de él, y señala con el dedo índice en su dirección. «¡Mira este, Gustave! Está encorvado. Vaya pinta. ¡Parece el enano del Circo Olímpico!».

Pero su compañero ya tira de ella hacia atrás, sin soltarla. Un instante después, se desvanecen… y reaparecen casi al mismo tiempo detrás del muchacho para luego deslizarse por sus costados hasta regresar por fin al oscuro limbo que los ha engendrado.

—¡Esperad! Os lo ruego. ¡Volved!

La exclamación se le escapa. Se precipita tras ellos… y choca de forma violenta con un muro invisible. El golpe, tan brutal como inesperado, lo clava en el sitio. Mientras se tambalea, estira la mano y tantea el terreno. Siente la misma superficie dura y lisa por todas partes.

Algo hace clic en su cerebro.

¡Espejos!

Literalmente, lo rodean. Hay por todas partes: delante, detrás, a los lados e incluso suspendidos encima de él. Espejos que muestran una realidad ilusoria, fragmentada y distorsionada. Una fantasmagoría de reflejos.

El chico suelta un largo suspiro. Ahora que ha aclarado el misterio de ese extraño lugar, respira mejor. Aunque no tiene intención de quedarse mucho tiempo. Demasiado confuso, demasiado asfixiante. A pesar de la amenaza del Vicario, que no ha olvidado —¿cómo podría hacerlo?—, tiene prisa por estar otra vez al aire libre. Con cuidado, vuelve sobre sus pasos. A tientas, busca la abertura que ha cortado en la lona de la carpa, pero no la encuentra. Una y otra vez, choca con los espejos, donde las llamas de las velas tiemblan y los mil rostros carcomidos, ahora por una angustia mortal, lo contemplan.

Tras varios intentos infructuosos, se rinde ante la evidencia… ¡Está prisionero en el laberinto de espejos!

1

No hay mejor compañía…

Tras los agitados días de julio de 1830, que marcaron el derrocamiento de Carlos X y propiciaron el ascenso de Luis Felipe, rey de los franceses por la gracia de Dios y la voluntad nacional, París tardó en restablecer un orden aparente. En las calles despejadas de barricadas se sucedieron marchas, manifestaciones y desfiles de todo tipo. Durante semanas, los franceses presenciaron el espectáculo inaudito del pueblo invadiendo a diario el Palais-Royal, la residencia del nuevo soberano. Allí todos entraban como Pedro por su casa. Inquieto por su popularidad, Luis Felipe se veía obligado a recibir casi sin descanso a las delegaciones de los barrios de la capital o de las ciudades de provincias. A lo largo de la jornada, repartía apretones de manos a visitantes a los que unos meses antes no habría concedido ni una mirada. Cuando anochecía, toda una multitud se agolpaba en los jardines y delante de las rejas para reclamar su presencia en el balcón y se retiraba solo después de haberlo oído entonar la *Marseillaise* o la *Parisienne*. Durante la segunda mitad del verano, la ciudad se había comportado como una yegua rebelde que no quiere volver a su establo y suelta las crines al viento mientras se embriaga con breves y pequeñas galopadas.

Luego, poco a poco, el entusiasmo revolucionario decayó y una calma engañosa lo reemplazó. Los trabajadores y artesanos de París estaban de resaca. Tras la euforia, por un triunfo que, en gran parte, les habían confiscado, volvieron a sus mediocres vidas, marcadas por la reducción de los salarios y el endurecimiento de las condiciones de trabajo. El trono había cambiado de dueño, pero esa era la única transformación notable. Más de uno se dio cuenta, con amargura. El fuego seguía ardiendo bajo las brasas. Y no hacía falta ser muy avezado para adivinar que el menor incidente, el menor pretexto, bastaría para reavivar el fuego.

Sin embargo, en aquella tarde de octubre, las suaves temperaturas

invitaban más bien al reposo y a disfrutar de la dulzura de la vida. Sobre todo, a los pocos privilegiados que gozaban de los favores del nuevo poder. El barrio de Saint-Honoré languidecía bajo un agradable sol otoñal y murmuraba con los ecos de las múltiples reuniones sociales. Junto con la Chausséed'Antin, era uno de los baluartes de la alta burguesía, que acaparaba los honores y los trabajos más lucrativos. El aire era más ligero y circulaba con mayor libertad que en las sombrías callejuelas del centro; el cielo también se veía más claro. Tras los altos muros y a través de los grandes ventanales, las fachadas ricamente decoradas dejaban entrever un auténtico festín de velas y lámparas de araña. No había ningún indicio de tragedia inminente. Y sin embargo…

El número 12 de la calle de Surène, a dos pasos de la iglesia de la Madeleine, era, desde que las campanas repicaron a las ocho, el corazón de un desfile continuo de berlinas y carruajes. Los vehículos se metían por debajo de un imponente pórtico cubierto de hiedra y, en un patio cuadrado engalanado con una fuente, dejaban a la flor y nata de las finanzas y la industria. Esa noche, Charles-Marie Dauvergne hacía los honores, en su recién reformado palacete, a sus amigos políticos y a sus colegas de negocios más importantes. Esperaba al menos un centenar de invitados.

El propietario había amasado una fortuna con el comercio al por mayor de especias y de productos de botica. Recientemente, había invertido cerca de un millón de francos en una fábrica instalada a orillas del río Oise, cuyas máquinas funcionaban con energía hidráulica. Allí llevaban a cabo con éxito un método exclusivo para tostar los granos de cacao, lo que casi le había valido el monopolio entre los fabricantes de chocolates medicinales.

Dauvergne tenía motivos para estar orgulloso de su éxito. Su prosperidad estaba consolidada y acababa de entrar en la Cámara, tras las elecciones provisionales que se celebraron a raíz de la inhabilitación de los diputados que se habían negado a prestar juramento al nuevo régimen. Más bien conservador por naturaleza, el hecho de figurar entre los beneficiarios de los últimos acontecimientos políticos se debía más a su oportunismo que a sus auténticas convicciones. En la tarde del 29 de julio, cuando el triunfo de la insurrección no dejaba lugar a dudas, tuvo la ocurrencia de abrir las puertas de su almacén de París a los amotinados y permitir que se instalara allí una enfermería de campaña. Esta única hazaña, modesta pero muy hábil, le permitió posicionarse junto a los más fervientes defensores de las libertades públicas. Había conseguido *in extremis* colarse en el seno de la pequeña camarilla reunida en torno a los banqueros Laffitte y Casimir Perier. Fue este pequeño grupo de hombres decididos el que favoreció la subida al trono de la rama más

joven de los Borbones[1] y consiguió así ahorrar al país otro caos revolucionario. A su estela, Dauvergne había llegado a las bambalinas del poder. Empezaba a obtener los primeros beneficios tangibles arramblando con importantes contratos públicos ante las narices de sus principales competidores.

Por el momento, en compañía de su esposa, Charles-Marie Dauvergne disfrutaba plenamente de su éxito. Recibía a sus invitados en el vestíbulo y los guiaba hasta la hilera de salones recargados de mármoles y dorados, donde un cuarteto de cuerda tocaba música de cámara. Allí los esperaba un suntuoso bufé preparado por Chevet, el elegante servicio de banquetes del Palais-Royal. La gente se reunía en torno a las mesas por afinidades. Las mujeres conversaban acerca del inminente comienzo de la temporada,[2] de los nuevos vestuarios que habían encargado para los bailes y salidas que se avecinaban; también comentaban, en voz más baja, los últimos chismes sobre las relaciones en curso y las parejas que se habían formado recientemente en el bosque de Boulogne o en la Ópera. Los hombres charlaban de la actualidad. Algunos discutían sobre las posibilidades de éxito que tenía el crédito de treinta millones que había aprobado la Cámara para reactivar la economía mediante un excesivo recurso a las subvenciones. A otros les indignaban los ataques de los legitimistas a la familia real, a la que acusaban de ordenar el asesinato del último príncipe de Condé para hacerse con su herencia. Y otros se adelantaban al juicio de los antiguos ministros de Carlos X y daban por buenas las escasas posibilidades que tenía de salvar sus cabezas.

En lo alto de la gran escalera, que conducía a las habitaciones privadas, apoyado con indiferencia en la balaustrada, un joven pálido, de aspecto elegante, aunque marcado por una fragilidad generalmente propia de los convalecientes o tísicos, contemplaba malhumorado aquel vanidoso escenario. Si hubiera sido por él, se habría abstenido de aparecer en público aquella noche. Pero su padre insistió con un tono que no admitía réplica. Dauvergne tenía un ambicioso plan para su único hijo, y esperaba toda su colaboración. Esta opulenta recepción debía permitirle hacer oficial el asunto con todo el brillo que exigía su nueva situación.

El plan en cuestión tenía diecisiete primaveras, respondía al dulce nombre de Juliette y especialmente tenía en cuenta una dote de cuatrocientos mil francos de oro. Era la hija menor de un rico empresario normando con no menos de tres fábricas de hilados, entre Ruan y Elbeuf, y una cartera de valores particularmente extensa. La alianza se anunciaba de lo más fructífera, y no solo en lo referente a las expectativas de continuar con la fina estirpe de los Dauvergne. El recién elegido diputado había dado a entender con toda claridad a su heredero su interés por causar una buena impresión.

La idea de tener que actuar como un caballero de brillante armadura durante toda la velada frente a una joven cándida e inocente, probablemente vestida como una provinciana y sin conversación, no entusiasmaba en absoluto a Lucien Dauvergne. A sus veinticinco años, era todo un niño mimado con una vida de dandi bohemio. Semejante frivolidad exasperaba al señor Dauvergne padre. Inmediatamente después de las elecciones, le dijo a Lucien que ya era hora de que sentara la cabeza. Lo cual, en boca del patriarca, significaba dos cosas: concertar un bonito matrimonio y empezar a interesarse por el precio del cacao y el buen funcionamiento de una fábrica. Aquellos dos objetivos no atraían a Lucien lo más mínimo, pero su padre le amenazó con cortarle el grifo si no cooperaba, así que no había tenido más remedio que ceder.

No obstante, podía contar con su madre como una excelente aliada.

La señora Dauvergne se mostraba indulgente con su hijo, algo que un padre no podía permitirse. Para disgusto de su marido, la madre siempre había animado las veleidades de Lucien por la escritura. El joven, en efecto, alardeaba de literato. Últimamente, tras haber probado sin éxito alguno con la poesía, se había propuesto seducir con su pluma al público de los grandes escenarios parisinos. Nada lo estimulaba más que el teatro y, desde que el invierno anterior asistiera al éxito de las primeras representaciones de *Hernani,* su héroe se llamaba Víctor Hugo. Muy astuta, su madre manipuló para invitar al escritor a su recepción, así como a un puñado de achacosos académicos que servirían de respetables coartadas.

Si Lucien decidió finalmente presentarse en los salones donde se agolpaba aquella multitud de invitados, fue con la firme intención de plantar a su pareja de baile lo antes posible para reservar sus atenciones al autor de *Les Orientales* y *El último día de un condenado a muerte.* Pero los acontecimientos no se desarrollaron como había previsto. En primer lugar, se llevó una gran decepción al enterarse de que el señor Hugo había cancelado su asistencia en el último momento. El escritor tenía un buen resfriado que lo obligaba a guardar cama varios días. Desanimado, el joven Lucien ya se había resignado a pasar la peor velada de su corta vida, cuando le presentaron a la famosa Juliette. Para su gran sorpresa, el granuja de su padre no había elegido tan mal. La joven no andaba corta de atractivos. Era una morenita de ojos aterciopelados, voz alegre y predilección por la poesía romántica. Enseguida, bajo la tierna mirada de sus respectivos padres, los jóvenes comenzaron a intercambiar versos de Lamartine y Alfred de Musset. Lucien sucumbió al encanto de la bella muchacha y se olvidó prácticamente de los cuatrocientos mil francos que constituían el único beneficio de aquella unión

concertada.

Los momentos previos a la tragedia solo pudieron reconstruirse posteriormente, y gracias a una serie de testimonios. La información que recabaron los inspectores de la Sûreté concluyó que, durante la noche, Lucien Dauvergne subió a su habitación para coger algunos sonetos propios. Juliette, a quien el joven había confesado que escribía versos, insistió en que le concediera el privilegio de leer alguno. Lo que siguió fue mucho más confuso. Un criado informó de que se había cruzado con el joven en el pasillo del segundo piso un poco antes de las diez. Allí se habían colocado varios muebles para hacer sitio en los salones, y un imponente espejo veneciano con el marco dorado, que simplemente se había dejado en el suelo, apoyado contra la pared. Con una rodilla en la alfombra y la mirada extrañamente fija, Lucien parecía perderse en su propio reflejo. «El señor estaba tan absorto que no pareció oírme cuando le pregunté si necesitaba algo», explicaría más tarde el mayordomo a la policía, que había acudido a realizar las primeras averiguaciones.

Dado que su encantador acompañante no regresaba, Juliette se extrañó y lo comentó con la señora de la casa. Ante el temor de un nuevo capricho de su incorregible hijo, la señora Dauvergne quiso asegurarse y resolver el problema antes de que su marido notara la ausencia de Lucien. Al llegar al vestíbulo, se cruzó con el criado que bajaba por las escaleras y le preguntó. Siguiendo sus indicaciones, subió al rellano del segundo piso y vio a su hijo en la posición que le acababan de describir. No se había movido ni un ápice.

Con un mal presentimiento, lo llamó.

Al oír esa voz tan querida, el joven Lucien se incorporó. Se giró hacia el lado del pasillo opuesto a su madre, e hizo un breve gesto con la mano a la altura de la cabeza, a modo de una especie de despedida. Luego caminó con paso decidido, aunque algo inseguro, hacia el ventanal más cercano, lo abrió… y, con toda tranquilidad, se lanzó de cabeza al vacío.

Con un grito de espanto, la señora Dauvergne se precipitó hacia allí. Cuando llegó a la fatídica ventana, descubrió el cuerpo sin vida de su hijo, que yacía cinco metros más abajo en el patio, con el pecho atravesado por el tridente del dios Neptuno que adornaba la fuente. Las páginas repletas de versos revoloteaban sin fuerza en el aire, como un reguero de hojas muertas.

2

El Gran Jesús

Una decena se columpiaba de las cuerdas. Unas eran gordas y otras estaban escuchimizadas. Unas eran grises y otras, casi negras. Revoloteaban y giraban en el aire, se rozaban entre sí en una danza macabra y obscena.

Ratas…

Grandes ratas disecadas colgaban del palo que un hombre balanceaba sobre su hombro como si fuera un estandarte. El individuo, con toda probabilidad un vendedor de venenos y trampas para ratas, subía a paso lento por la calle Saint-Fiacre, junto al muro que rodea el hotel Uzès. Cuando lo dejó atrás, se fijó en la primera entrada del edificio de la calle y fue hacia allí arrastrando los pies, lo que revelaba el cansancio acumulado a lo largo del día.

Justo cuando se disponía a probar suerte y llamar a la puerta, una figura, hasta entonces oculta, surgió de las sombras ante sus narices. El pobre hombre se sobresaltó y la colección de roedores.

—¡Sigue tu camino, graciosillo!

La voz tenía un toque juvenil, pero desprendía una autoridad implacable. El hombre de las ratas no pudo evitar retroceder un paso.

—Vaya modales —dijo con una voz quejumbrosa—. No soy más que un simple trabajador. Cepos y trampas de todo tipo.

El desconocido que le desafió con tanta brusquedad era un joven de veintitrés años, con una levita gris, unos pantalones con rayas en las trabillas, un sombrero de copa calado sobre los ojos y un elegante bastón en la mano. Tenía las caderas delgadas y los hombros cuadrados. Su mirada gris y afilada parecía una llama ardiente. Los rasgos finos y delicados, de una belleza singular y casi dolorosa, parecían los de una criatura celestial extraviada en este mundo. Al menos a primera vista. Puesto que un examen más detallado, bajo esa apariencia etérea, revelaba una firmeza y una determinación tan punzantes como el filo de una espada. Entonces, te das cuenta de que

este ángel era uno de esos que llevan espada y que la tensión inmóvil perceptible en toda su persona lo hacía parecer una fiera al acecho.

Ese joven, cuya determinación habría impresionado a los pícaros más temibles, se llamaba Valentin Verne y era inspector en la Segunda Oficina de la Primera División de la Prefectura de Policía: la Brigada Antivicio.

—¡He dicho que te vayas! ¡Conseguirás que me descubran!

—Está bien, está bien —gruñó el vendedor ambulante antes de retirarse—. No hace falta ponerse así. Uno ya ni siquiera puede hacer su ronda y ganarse la vida de forma honrada…

Se alejó a toda prisa al tiempo que lanzaba a sus espaldas miradas llenas de temor. Solo cuando se sintió fuera de su alcance, escupió al suelo y refunfuñó: «¡mierda de pasma! ¡Siempre la toman con la pobre gente!». Luego, reanudó su vagabundeo mientras agitaba la fatídica colección de cadáveres como un sonajero. Valentin Verne se encogió de hombros, se aseguró de que nadie hubiera reparado en la escena y volvió a la penumbra del porche.

Llevaba más de una hora escondido en el mismo lugar, espiando el discreto comercio de los chaperos y de sus clientes. La calle Saint-Fiacre, junto con los muelles desde el Louvre hasta el Pont Royal y el bulevar entre la calle Neuve-de-Luxembourg y la calle Duphot, era uno de los puntos de encuentro favoritos de los pederastas. Las prostitutas no se ocultaban, pero tenían cuidado de no proponer nada hasta que no se hubieran intercambiado las señales de reconocimiento como era debido. El proceso siempre era el mismo. El chapero hacía como si leyera el periódico bajo un farol o caminaba despacio de un lado a otro de la calle. Un hombre solitario, por lo general bien vestido, aminoraba el paso cuando llegaba a su altura. Se producía un intercambio de miradas y, si el negocio era viable, el merodeador se agarraba la solapa del abrigo o redingote con la mano derecha, la levantaba a la altura de la barbilla e inclinaba la cabeza de forma imperceptible. Se habían reconocido. A esto lo seguía una breve negociación en voz baja. Por lo general, los dos hombres se ponían de acuerdo y desaparecían entre las ruinosas cocheras de la calle.

Desde que había empezado a vigilar, el inspector Verne había presenciado ya media docena de conciliábulos de este tipo. Una de las parejas incluso había tenido tiempo de ocuparse por completo de sus asuntos. En cuanto bajó, el cliente salió corriendo en dirección al bulevar Poissonnière y pasó por enfrente del escondite del policía. Abrigo caro, botas de calidad, porte distinguido, cara arrugada y patillas ya canosas. El chico cuyos favores acababa de comprar y que volvió a quedarse esperando, más abajo en la calle, no debía de tener más de quince años.

Un sabor amargo se apoderó del fondo de la garganta de Valentin

Verne. Para calmar su agitación interior, sacó el reloj del bolsillo de su chaleco; se concentró para descifrar la hora en medio de aquella penumbra cada vez más densa por la caída de la tarde. Las seis y media pasadas. Si la información de su soplón era correcta, la persona que estaba buscando aparecería pronto.

En efecto, la espera no tardó en verse recompensada. Menos de diez minutos después, su objetivo se acercaba. Lo sintió incluso antes de confirmarlo visualmente. Era como si la atmósfera de la calle se hubiera cargado de repente con la electricidad que precede a las tormentas. Sin cambiar nada en su práctica, los chaperos parecían más nerviosos. Con cuidado, intercambiaban miradas de preocupación, se pasaban las manos por el pelo o se arreglaban con nerviosismo los cuellos de las chaquetas. Entonces, un paso pesado resonó a lo largo de las fachadas.

El inspector Verne se inclinó hacia delante, de forma que la mitad de su rostro emergió del marco abovedado de la puerta donde se ocultaba. Un recién llegado, vestido con un gran capote de triple cuello, acababa de aparecer por el lado de la calle Jeûneurs y subía despacio hacia el bulevar. Se trataba de un individuo paticorto y curvilíneo, casi tan ancho como alto. Un barril con piernas. Se tomó su tiempo y se acercó a cada chapero. Antes de alejarse, extendía de forma sistemática un gran puño y su interlocutor le dejaba algo en la palma de la mano. Con ese paso de tortuga, tardó casi un cuarto de hora en pasar por cada uno de los buscavidas que había en la calle y llegar hasta el porche donde se escondía el policía.

—El negocio tiene buena pinta —resopló cuando el barril ambulante estuvo casi a su altura—. ¡Aquí consigues una buena renta, por el Gran Jesús!

Si se sorprendió al verse desafiado en su propio terreno, el chulo no dejó que se notara. Se limitó a buscar en la oscuridad detrás de la puerta cochera con unos ojillos entrecerrados.

Valentin Verne dio un paso adelante para desenmascararse.

—¿Tendrás a bien conceder una breve conversación a un funcionario de servicio? Será rápido. Sé que tu tiempo es muy valioso.

Esta vez, el gordo se quedó perplejo. Giró la cabeza con brusquedad hacia ambos lados de la calle. Parecía que intentaba asegurarse de que su rebaño no les prestaba atención o, más probablemente, de que no había nadie más al acecho. Tranquilizado, sin duda, respecto a esto último, dejó que una fina sonrisa le iluminara el rostro hinchado.

—Funcionario, ¿eh? —susurró con voz melosa, y de forma inevitable sus gordos labios recordaron a Verne a dos repugnantes babosas—. Calle Jerusalén,[3] supongo. ¿Antivicio o Sûreté?

—Policía Antivicio, inspector Verne. Me gustaría hacerte dos o tres preguntas.

El hombre al que el joven policía llamaba Gran Jesús arrugó los párpados con desconfianza. Era un ser engañosamente bondadoso, a veces llamativo y otras discreto, pero siempre cruel y astuto.

—¿Verne, dice usted? No lo conozco. Parece bastante joven. Sin duda, es usted nuevo en el puesto. Pero su jefe, el comisario Grondin, le habrá comentado que tenemos nuestros propios acuerdos.

—Acuerdos, vaya, vaya…

—Nunca me niego a la hora de prestar mis servicios a las autoridades. Cuando se trata de cuestiones de orden, se puede confiar en el Gran Jesús. ¡Soy un hombre de principios!

Valentin Verne mantuvo su penetrante mirada fija en el canalla, tanteó a su espalda y empujó la pesada puerta. Esta daba a un pasaje y a un patio que servía de cochera para el hotel Uzès. El oficial de policía había inspeccionado la zona a su llegada. Era un lugar solitario y perfecto para tener una conversación privada.

—Entremos un momento —dijo con un tono que no permitía replica—. Estaremos más cómodos lejos de las miradas indiscretas.

El chulo dejó de sonreír. Frunció el ceño, pero al final accedió sin protestar ni lo más mínimo. El pasaje apestaba a orina y boñigas de caballo. La única luz, tenue y grisácea, procedía del pequeño patio, donde había un gato hambriento en lo alto de una pila de excrementos. Se marchó sin más dilación en cuanto oyó los pasos de los dos hombres.

—Bueno, eso no es todo —gruñó el Gran Jesús—, tengo mis propios asuntos que atender. ¿Qué quiere exactamente de mí?

El policía se pasó el bastón por debajo de la axila izquierda y, con delicadeza, se puso los guantes de fina piel de cabra. Respondió con tono afable:

—Ya te lo he dicho: solo un poco de información. Tengo entendido, por ejemplo, que tus chicos no se limitan a pasear por la calle. He oído también que haces servicios a domicilio. ¿Es eso cierto?

Un brillo de desconfianza iluminó los ojos del chulo. Se encogió, como un luchador de feria que está a punto de recibir una paliza o que, por el contrario, reúne fuerzas para lanzarse sobre su adversario.

—Es posible —refunfuñó—. Todo buen comerciante debe adaptarse a la demanda. Pero no veo a dónde quiere llegar. Como ya le he dicho, el comisario Grondin está al corriente. Sabe que se puede confiar en mí.

Valentin Verne lo interrumpió de pronto mediante un gesto brusco con la mano. Su tono continuaba siendo propio de un diálogo pacífico entre personas del mismo entorno.

—Olvidemos por un instante a ese querido comisario. Después de todo, esto es entre nosotros. Bien, me he enterado de que os habéis especializado en la carne fresca. Niños que consigues a través del hospital Enfants-Trouvés y que entregas en los mejores barrios. ¿Es cierto?

—La gente habla demasiado —suspiró el Gran Jesús—. ¡Si prestara atención a cada chisme! Le aseguro que… —No pudo terminar. El joven inspector le había soltado una bofetada, fuerte e imprevisible. El gordo se tambaleó, más sacudido por la sorpresa que por el dolor.

—Está loco —protestó mientras se llevaba la mano a su inflamada mejilla—. ¡Le digo que me codeo con su jefe! Estoy bajo su protección.

—Las relaciones del comisario Grondin son asunto suyo —replicó con indiferencia el inspector mientras se ajustaba el pañuelo en el cuello de la camisa—. Para mí no eres más que una basura infame y te aconsejo que dejes de esquivar mis preguntas.

—¡No tiene derecho! Esto es abuso de poder. Me quejaré ante…

—El Vicario, ¿te suena de algo ese nombre? —interrumpió en seco el policía.

El Gran Jesús titubeó un instante. Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—¿Cómo dice usted? ¿El… Vicario? ¡Nunca había oído ese nombre! De todas formas, los curas y yo ¡no comulgamos!

—¡Respuesta equivocada! Y eso que te he advertido.

Esta vez, Valentin Verne le asestó un buen puñetazo a la altura del hígado. El otro se agachó y soltó un chillido parecido al de un cerdo. El joven lo enderezó con un gancho en todo el mentón. El Gran Jesús trastabilló hacia atrás y su cráneo se estampó contra el muro de piedra. Cualquier otra persona se habría caído de espaldas, pero, bajo su aspecto regordete, el proxeneta tenía una estructura sólida y efectiva. Soltó un tremendo bramido y se sacó un cuchillo de debajo de la chaqueta de manga ancha.

—¡Pequeño asqueroso! —gruñó, y lo apuntó con la hoja en horizontal—. Me las pagarás, quienquiera que seas. ¡Voy a sacarte las tripas de la panza!

Con una agilidad sorprendente para un hombre de su complexión, se abalanzó sobre el inspector, quien, sin el menor atisbo de miedo, esquivó el ataque con una graciosa pirueta sobre sí mismo. Con ese movimiento, acertó un fuerte golpe con el bastón en el antebrazo de su oponente, de tal forma que lo forzó a soltar su arma. Entonces, cuando el grandullón pasó por delante de él, arrastrado por el impulso, lo dobló de otro revés, esta vez en la nuca.

El Gran Jesús se desplomó sobre el empedrado del patio. Sin darle opción a recuperarse, el inspector lo puso de espaldas. Al caer, el

maleante se había abierto el labio inferior. La sangre, mezclada con la baba, le manchaba la barbilla. Tenía los ojos como platos y la boca bien abierta para recuperar el aliento; se retorcía de dolor y parecía un gran mero recién sacado del agua.

Sin perder la calma, Valentin Verne lo golpeó de forma metódica con el pie y el bastón por todo el cuerpo. Actuó con una frialdad glacial y su bello rostro permaneció impasible, como si no sintiera la más mínima emoción.

El proxeneta dejó de retorcerse enseguida. De sus labios destrozados no salió más que un suave, confuso y lacrimoso gemido de sufrimiento animal que pedía clemencia. El joven policía continuó su minucioso golpeteo durante unos minutos más, y luego se arrodilló al lado de su víctima. Le agarró el rostro ensangrentado con las manos enguantadas y le pasó el dedo índice por la nariz, de la que salían mocos y fragmentos de cartílago. Después se inclinó un poco más. Su voz suave y profunda penetró en el oído del Gran Jesús:

—Un día u otro, mañana, dentro de una semana, un mes o un año, ¡da igual!, un hombre que se hace llamar el Vicario recurrirá a tus servicios. Ese día, créeme, lo mejor será que me informes de inmediato. Inspector Verne, Valentin Verne. Sobre todo, ¡recuerda bien este nombre!

3

Un barril de pólvora

Esa mañana, Valentin Verne salió temprano del edificio en el que vivía, el número 21 de la calle Cherche-Midi. Ocupaba un amplio piso en la tercera planta. Un alojamiento demasiado lujoso para un joven de veintitrés años solo con un humilde puesto de inspector. Si sus colegas hubieran sabido del estilo de vida que llevaba, seguramente tendrían envidia, pero Valentin no era de esos que estrechan lazos con facilidad. En el año transcurrido, desde que se había incorporado a la Brigada de Antivicio de la Prefectura de Policía, ningún miembro del cuerpo se le había acercado lo suficiente como para despertar el menor atisbo de confianza. En el mejor de los casos, lo ignoraban; en el peor, desconfiaban de él. Sin embargo, a pesar de su juventud, su fuerte carácter le había permitido ahorrarse, al menos hasta el momento, una hostilidad mayor.

En esa época del año y a esas horas tempranas de la mañana, una bruma envolvía París en una especie de capullo acolchado. El joven inspector se estremeció y se subió el cuello de la levita. Luego apretó el paso y balanceó su bastón con una ligereza que no reflejaba su estado de ánimo. La noche anterior, mientras salía de la Prefectura de Policía, había recibido una citación inesperada y, cuanto menos, sorprendente. El comisario Jules Flanchard, jefe de la Sûreté, quería reunirse con él a primera hora del día siguiente.

Valentin lo conocía de vista y sabía de su buena reputación, pero nunca había tenido ocasión de hablar con él. Sobre todo, *a priori,* él no tenía nada que ver con los casos de la Brigada de Sûreté. Vidocq, un antiguo condenado a trabajos forzados, fundó la Brigada, durante el Imperio, para atrapar a los delincuentes comunes y combatir el vicio en París. Desde 1827, cuando se sustituyó al jefe, la Brigada se estaba reestructurando y por los pasillos de la Prefectura corría el rumor de que iba a convertirse en una policía secreta encargada de vigilar y perseguir a los opositores políticos del nuevo régimen. ¿Qué tendría

que ver Valentin con ese tipo de actividades?

A fuerza de planteárselo, llegó a imaginar algo muy diferente y se preguntaba si esa repentina convocatoria estaría relacionada con su comportamiento con el Gran Jesús. Su brutal enfrentamiento había tenido lugar dos días antes, por lo que, si el proxeneta gozaba de verdad de cierta protección, habría tenido tiempo de sobra para activarla. Aunque esa explicación no resultaba del todo satisfactoria. Si sus jefes pretendían recriminar a Valentin por su brutalidad, tendría que haber sido reprendido por su superior directo, el comisario Grondin, de la Brigada de Antivicio. ¿Qué tenían que ver los desmanes de un agente de ese departamento con la Sûreté?

Así, el joven se perdió en vanas conjeturas y casi estaba impaciente por encontrarse frente a Flanchard para enterarse de una vez por todas. En el cruce de la Cruz Roja, sin embargo, se entretuvo, como de costumbre, para permitirse un almuerzo rápido. Frente al puesto al aire libre de una cafetería, engulló una gran taza de un amargo brebaje con sabor a achicoria y un trozo de pan tostado con miel. Con el estómago lleno, continuó por la calle Saints-Pères y llegó al muelle Malaquais.

El sol empezaba a atravesar la espesa capa de nubes. En la orilla opuesta, bajo las Tullerías y el Louvre, una luz pálida bañaba el puerto de Saint-Nicolas. El lugar ya bullía de actividad. Mientras seguía su camino, Valentin observó el bullicio de los barqueros y estibadores que trabajaban en la fangosa orilla, y el embarque de los primeros navegantes en el barco de pasajeros que paraba en Chaillot, Auteuil y Javel. Ese paseo por los muelles en dirección a la isla de la Cité levantó el ánimo del joven inspector; le sentó bien. La citación había pasado a un segundo plano.

El Pont-Neuf, abarrotado de vendedores ambulantes, se alzaba ante él. Se abrió paso entre los vendedores vestidos de forma grotesca que ofrecían un revoltijo de chucherías, pastas y cosméticos, que servían para todo y para nada, a los todavía escasos transeúntes. Unos metros después, entró en la calle Jerusalén. La Prefectura de Policía se encontraba en el antiguo palacete de los presidentes del Parlamento de París. En el segundo piso, se dirigió a las oficinas de la Sûreté, donde un alguacil con aspecto desaliñado le pidió que esperara de pie en un pasillo oscuro. Aguardó allí unos buenos veinte minutos, el tiempo necesario para presenciar un desfile de chivatos, máscaras y personajes dignos de un desfile de carnaval.

Cuando por fin le hicieron pasar a un despacho con la pinturas envejecida, se encontró en presencia de un hombre de buen porte que estaba de espaldas a él y miraba por la ventana hacia el río. Como no parecía percatarse de su presencia, Valentin carraspeó de forma intencionada. El otro no reaccionó y permaneció inmóvil durante un

largo minuto hasta que se dignó a girar sobre los talones.

El comisario Flanchard, no obstante, desprendía una especie de energía bondadosa que podía desconcertar a sus interlocutores. La melena de león, las gruesas patillas y la silueta de luchador con unos rasgos algo toscos se suavizaban gratamente con una mirada clara, un pliegue irónico en la comisura de los labios y algún que otro gesto de contención. Tomó asiento detrás de un escritorio lacado en negro y abrió un fino expediente antes de pasar rápidamente varias páginas.

—El inspector Valentin Verne —dijo finalmente de forma pausada mientras alzaba la mirada hacia su visitante—. Según esta nota, usted se incorporó a la segunda oficina de la primera división hace algo menos de trece meses. ¿Es correcto?

—Exactamente, señor comisario.

—¿Y le gusta Antivicio?

—Bueno —respondió Valentin, algo desconcertado por esa introducción—, yo mismo hice las gestiones para entrar en el departamento. Por tanto, quejarme ahora resultaría inapropiado.

Flanchard asintió y entrecerró los ojos como si quisiera examinar a su interlocutor más de cerca. Luego, con un gesto desenfadado, le señaló un asiento y le pidió que se sentara.

—Sin ánimo de ofender a mi colega Grondin —prosiguió con cierta frivolidad—, hay que reconocer que su brigada no goza de muy buena fama. Se critica la falta de disciplina de sus hombres y sus arreglillos con los encargados de los burdeles. Hay quienes los culpan por detener a mujeres honestas mientras que, al mismo tiempo, se deja en libertad, ¿para beneficio de quién?, a maleantes que no respetan ni las normas de sanidad más básicas. Le reconozco que hay muchos detractores y que no debe hacerse mucho caso a los rumores. No obstante, ya conoce el dicho: cuando el río suena…

Valentin se tensó casi sin darse cuenta. Se preguntaba si esos comentarios, tan sorprendentes en boca de un prefecto de policía, no eran más que una forma de recordarle su violento encuentro con el Gran Jesús o si Flanchard lo estaba poniendo a prueba. Ante la duda, optó por no decir nada que pudiera parecer una crítica o un respaldo a esas declaraciones. Sin embargo, su temperamento desafiante lo obligaba a ser tajante.

—Me parece que la Brigada de Sûreté tampoco se libra de las críticas. Se rumorea que hay muchos ladrones por aquí, y no solo entre los detenidos.

—*¡Touché!* —exclamó el comisario, que se recostó en el sillón al tiempo que cruzaba los dedos sobre su barriga—. Aunque las cosas están cambiando. Los tiempos del señor Vidocq y sus esbirros han terminado. Con gente íntegra puede hacerse una buena labor policial,

sin ninguna duda.

Valentin no se molestó en asentir.

—Si me remito a los documentos que me han entregado —dijo Flanchard mientras daba golpecitos a su expediente—, usted es uno de esos hombres. Un padre rentista, fallecido hace cuatro años, que le dejó una herencia bastante jugosa. Una muy buena educación. Estudios de derecho completados de un modo brillante. Además, dice aquí que asistió a la Escuela de Farmacia de la calle de l'Arbalète.

—Solo de manera ocasional. Lo que más me gustaba eran las excursiones botánicas y los experimentos de química. Mi padre, Hyacinthe Verne, era amigo de varios profesores de la escuela. Eso me permitió seguir algunas clases con bastante libertad.

—Y lo felicito por ello. Derecho, ciencia… Tiene usted una cabeza no solo bien formada, sino también llena de conocimiento. Sería una pena seguir desaprovechando esas virtudes.

—¿A qué se refiere?

El comisario levantó el dedo índice, justo por encima de su cabeza.

—Sus cualidades ya son notorias en las altas esferas y ayer recibí una notificación de traslado para usted.

—¿Un traslado?

—Queda temporalmente bajo mis órdenes y se integra en la Brigada de la Sûreté. Tengo un caso bastante delicado entre manos y quieren confiar la investigación a un inspector fiable, discreto y que no pueda considerarse sospechoso de inclinaciones políticas. Supongo que usted encaja con esa descripción. ¿Qué opina?

Valentin no esperaba en absoluto el giro que adquiría la conversación. La idea de un traslado, aunque fuera por poco tiempo, no le gustaba lo más mínimo. En Antivicio, tenía tiempo libre para perseguir al Vicario, y no estaba seguro de disfrutar de esa misma libertad en el futuro. Sin embargo, puesto que la decisión del cambio de servicio ya estaba tomada, no servía de nada manifestar su descontento. Más le valía aparentar que aceptaba la situación de buen grado.

—¿Puedo saber más sobre ese delicado asunto que acaba de mencionar?

—¡Por supuesto! De todos modos, antes de irse, recibirá el informe elaborado a partir de las primeras averiguaciones y testimonios recogidos *in situ.* En resumen, se trata de la muerte inesperada del hijo de un hombre distinguido, Charles-Marie Dauvergne, recién elegido miembro de la Cámara. Todo indica que se trata de un suicidio, pero las circunstancias son un poco desconcertantes, y la propia familia ha pedido una investigación en profundidad.

—¿Hay sospechas de asesinato?

Flanchard agitó la mano con energía. Era como si quisiera borrar esa última palabra que Valentin había pronunciado.

—No, no, yo no iría tan lejos. Digamos que esta muerte escapa al sentido común y que había bastante gente en el lugar de los hechos como para que circularan las versiones más fantasiosas. Sin embargo, dado el estatus político del padre, sería inoportuno que algunas personas se tomaran la libertad de darle demasiada importancia al caso. De ahí la necesidad de averiguar lo ocurrido y calmar las aguas lo antes posible. No hace falta que le recuerde los excesos que produjo la misteriosa desaparición, este verano, del príncipe de Condé.

Aunque llevaba una existencia más bien marginal, Valentin había oído rumores sobre ese reciente escándalo. El anciano príncipe de sangre real apareció colgado de la falleba de la ventana, en su habitación del castillo de Saint-Leu. Dado que su testamento designaba como único heredero al duque de Aumale, hijo de Luis Felipe, los partidarios de Carlos X no habían tardado en acusar al nuevo rey de haber ordenado el asesinato para quedarse con la inmensa fortuna. La investigación seguía abierta y a la espera de nuevas aportaciones; la opinión pública se inclinaba por las hipótesis del suicidio o del crimen enmascarado.[4]

—Se dice que los legitimistas están dispuestos a hacer cualquier cosa para desacreditar al nuevo poder —señaló Valentin—. La rama más antigua de los Borbones no ha soportado que los remplazaran sus primos de Orleans.

El comisario Flanchard dio unos pasos alrededor de su escritorio, abrió un poco la ventana y se situó frente a esta. Tenía las manos cruzadas en la espalda y respiraba profundamente. Daba la impresión de intentar captar, con solo olerlo, el ambiente parisino en toda su complejidad; con sus pasiones, tensiones y luchas subterráneas. Tras aquel breve lapso, se volvió y emitió un largo suspiro.

—Si solo tuviéramos que preocuparnos por los carlistas[5] —soltó—, el mantenimiento del orden sería pan comido. Pero el Régimen es todavía muy frágil y los republicanos aún no han digerido el resultado de la Revolución de Julio. Sabemos que algunos han formado sociedades secretas y están buscando cualquier oportunidad para desestabilizar el trono. Hace diez días los vimos de nuevo en acción.

—Imagino que se refiere a la marcha de los amotinados en Vincennes.

—¡Pues claro! Esos locos están desesperados por matar a los ministros encarcelados. Están convencidos de que supondría una ruptura con los partidarios de Carlos X y las potencias europeas. Lo que quieren es una huida hacia delante; el regreso del terror revolucionario. Incluso aunque eso implicara incendiar el reino y sumirlo en una guerra perdida contra una Europa unida.

Tras la Revolución de Julio, cuatro ministros de Carlos X, entre ellos el príncipe de Polignac, antiguo presidente del Consejo, fueron detenidos mientras intentaban huir al extranjero. Su juicio por alta traición debía comenzar en diciembre ante la Cámara de los Pares. El resultado del juicio se había convertido en un desafío importante para las diferentes facciones políticas del país. A principios de octubre, la Cámara de Diputados, en un intento de apaciguar a la opinión pública, había aprobado un requerimiento en el que se pedía al Rey que presentara un proyecto de abolición de la pena de muerte en materia política. Fue lo que faltaba para levantar una tormenta de indignación entre las filas republicanas. Los más extremistas invadieron el Palais-Royal, luego fueron hacia el fuerte de Vincennes para sacar a los ministros del calabozo y pasarlos por las armas de inmediato. Solo la enérgica intervención de la Guardia Nacional consiguió acabar con la revuelta.

—Entonces, ¿teme que la muerte del hijo de Dauvergne sirva de pretexto para nuevos disturbios? —preguntó Valentin.

—Digamos que, cuanto menos, parece posible. París será un polvorín hasta que se celebre el juicio de los ministros. Esperan de nosotros… —Flanchard mostró una sonrisa fugaz y señaló a su interlocutor antes de corregirse—. Yo espero de usted que arranque esa posible mecha. ¡Ahora váyase y muéstrese a la altura de mi confianza!

4

Diario de Damien

¿Qué sentido tiene dejarlo todo por escrito? ¿Qué puedo esperar que ocurra con el rasgar de mi pluma en el silencio de esta sala? ¿A dónde pueden llevarme estos ríos de tinta en páginas blancas? ¿Es esta la salida que estoy buscando? ¿Un paso de la oscuridad a la luz? ¿De la nada a la vida?

¡Quimeras!

A veces siento que nunca salí de ese sótano ni de esa oscuridad, pues esa boca de tinieblas me capturó y me engulló. La oscuridad no solo me rodea; también se halla en mi interior. En todas partes. En todo momento, para siempre. Se ha convertido en mi otra parte. La más profunda. Esa que permanece oculta. Esa en la que avanzo a tientas incluso a plena luz del sol, como un ciego que vaga por su noche infinita.

Nunca releo lo que escribo. ¿De qué serviría? Dejo que mi mano haga el trabajo, las frases se arrastran por el papel, sinuosas, como si fueran serpientes que se retuercen en la nieve. Me conformo con observar desde la distancia cómo esos sombríos reptiles se entrelazan. Tal vez, a fuerza de esperar, me conduzcan hasta ese rostro que tanto ansío y que me rehúye desde que tengo memoria… El rostro de quien fue mi madre.

A veces, cuando vuelvo de un sueño, tengo la impresión de poder retenerlo. No hay más que esos trozos de cristal, afilados y cortantes, esparcidos a mi alrededor. Cientos de fragmentos que primero se dispersan y luego se ordenan movidos por una fuerza invisible, como si fueran virutas de hierro imantadas. Una imagen toma forma poco a poco. Distingo un óvalo perfecto, un cabello largo que se ondula con suavidad y me recuerda a las algas que languidecen bajo la superficie del agua. Los trazos van encajando, pero al final siempre falta una pieza en el centro de ese espejo casi reconstruido. Corro el riesgo de herirme y paso las palmas de las manos por el suelo, en busca del

fragmento perdido. ¡Es inútil! Y, desesperado, cuando me levanto para intentar superponer mi propio reflejo en el rostro aún inaccesible de mi madre, la superficie pulida vuelve a romperse. Una lluvia de esquirlas de vidrio me acribilla el cuerpo que, con mil cortes, sangra en la oscuridad.

No conocí a mis padres. Lo poco que sé de ellos lo averigüé tarde, cuando ya era un adulto. Una serie de pistas me hacen sospechar que mi padre era un rico comerciante o un rentista parisino, probablemente casado con otra mujer. Mi madre trabajaba como lavandera en el barrio de Saint-Antoine. Me abandonó, cuando yo era un bebé, en el torno[6] de un hospicio parisino. Me metieron una partida de nacimiento dentro del pañal, con mi nombre y apellido. Al cabo de un mes, las hermanas de la Caridad me buscaron una madre nodriza y me dieron en acogida a unos guardabosques de Morvan, a los que simplemente les proporcionaron mi nombre de pila: Damien. Seis letras como único viático. No es mucho para labrarse un futuro en la vida.

¡Miserables!

La pareja que me acogió no tenía más hijos. Ella había dado a luz a una niña dos meses antes de mi llegada, pero el parto había resultado muy difícil. El bebé solo sobrevivió unos días y la mujer ya no podía quedarse embarazada. En retrospectiva, creo que me acogieron por un reflejo de supervivencia, como un hombre que cae al agua se lanza hacia el primer objeto flotante que encuentra para no ahogarse. Habían sentido la necesidad de luchar contra su fatídico destino, de llenar ese horrible vacío en su hogar; un oscuro abismo que amenazaba con engullirlos. Años más tarde, me di cuenta de que tal vez tuvieran sentimientos encontrados hacia mí. Después de todo, ocupé el lugar de su hija, pero nunca, en todo el tiempo que estuve con ellos, sentí rencor alguno por su parte. Se ocuparon de mí lo mejor que pudieron. Y les debo el haber sobrevivido a las vicisitudes de una buena parte de mi infancia.

Tengo muy pocos recuerdos de los primeros ocho años de mi vida. Son más bien reminiscencias, compuestas en su mayoría por sentimientos que me quedaron grabados. A veces los siento como agujas clavadas en la carne. La sensibilidad a flor de piel. Y basta un ligero roce para que salgan a la superficie. Vivíamos en una aldea en el lindero del bosque. La casa, fría en invierno y sofocante en verano, olía a astillas de madera y a animal mojado. Al recordar esa época, se me aparecen la luz del sol esparcida entre el follaje, un olor a musgo y a setas, el sabor agrio de la leche de cabra, el contraste entre la suavidad de una mano cálida sobre mi mejilla y el alivio de los callos resultantes de usar el hacha. Me vienen asimismo a la memoria los retazos de una canción de cuna, cuyas palabras se han esfumado para

siempre pero la melodía, susurrada con una voz dulce, aún me persigue de manera fragmentada e irreal; como un soplo de ternura persistente.

Creo que no fui un niño triste, pero sí un ser solitario y sin duda un poco salvaje. Los niños de la aldea renunciaron a domesticarme. Me excluían de sus juegos y yo tampoco hacía ningún esfuerzo por acercarme a ellos. En realidad, me gustaba estar con los animales. Ya fueran domésticos o salvajes. Mucho tiempo después, cuando la falta de afecto hacía que se me formara un nudo en la garganta y recurría a mi memoria para superar el sufrimiento, encontraba consuelo al recordar a esos animales, que eran más frágiles que yo. Un polluelo caído del nido, una camada de gatitos, un cabrito recién nacido. Sí, durante mucho tiempo me aferré a esas pequeñas, emocionantes y preciosas cosas: plumones, bolas de pelo, pequeñas lenguas húmedas.

¡Ilusiones!

Aunque escribo que no tengo recuerdos claros de mi infancia, no es del todo cierto. Recuerdo una noche de verano a la perfección. Tenía ocho años y hacía tres meses que era el único hombre en la casa. El guardabosques que me acogió bajo su techo desapareció una buena mañana. Era un campesino rudo y callado, pero, a su manera, sabía transmitirme, si no amor, al menos su bondad. Ni él ni su esposa consideraron necesario explicarme porqué se fue, pero bastaba ver las lágrimas en los ojos de la mujer, que entonces consideraba mi madre, para comprender que la desdicha había irrumpido en nuestras vidas. Esta ausencia marcada por el silencio parecía confirmar la ley suprema del destino: las personas a las que amamos nos abandonan tarde o temprano. Así es la vida. Nadie puede escapar a la maldición.

De nuevo, no me enteré de lo que había pasado hasta mucho más tarde. Era julio de 1815. Un mes después de la derrota de Waterloo. En el ciego entusiasmo que siguió al vuelo del Águila, mi padre adoptivo partió para unirse al Ejército Imperial para luchar en Bélgica. Su cuerpo se quedó allí, en la inmensa llanura, azotado por las lluvias y el viento de la derrota. Su viuda escribió a las hermanas para explicarles que ya no podía mantenerme. En cualquier caso, había llegado a la edad en la que se apartaba a los niños abandonados de las familias de acogida para colocarlos con un jefe cuyo negocio requiriera de mano de obra infantil. La administración nos quitaba entonces el collar que llevábamos al cuello, cuya medalla mencionaba nuestra inscripción en los registros de la Asistencia, el año de entrada y el nombre del orfanato de origen.

Por supuesto, en ese momento no lo sabía. En contrapartida, no he olvidado nada de aquella noche del mes de julio de 1815 y de cómo Él entró en mi vida. Ese día hacía mucho calor. El aire se acumulaba como la melaza y los insectos vibraban mientras se arremolinaban

alrededor de nuestras cabezas, frenéticos y ansiosos por picarnos. Me había refugiado en el interior del cobertizo, donde las tablas estaban sueltas y el polvo bailaba a la luz del sol que se desvanecía. Incluso hoy, no tengo más que cerrar los párpados y pensar en esa tarde para reencontrarme con el olor a heno y a manzanas marchitas que reinaba allí. Jugaba con un gran escarabajo de brillo azulado; me divertía haciéndolo pasar de un frasco a otro. Alguien me llamó, una voz que al principio no reconocí pero que pronunció mi nombre. Salí del cobertizo y cerré la puerta con cuidado, sin sospechar que estaba atrapando algo infinitamente precioso en ese lugar que olía a paja y a manzana. Algo que tendría que dejar atrás y que podría llamarse inocencia si cada persona no contuviera en el fondo de su alma, desde sus primeros pasos en la tierra, una parte innegable de culpa.

En la única estancia de la casa, la mujer a la que yo aún consideraba mi madre me esperaba en compañía de un desconocido. Un hombre alto, calvo y de cara afilada, vestido de negro y enfundado en una especie de sotana de viaje. En cuanto entré, sus pequeños ojos brillantes se clavaron en mí sin dejarme escapar. Pero lo que más me impresionó fueron sus manos. Eran largas, pálidas, delgadas y huesudas, con una enrevesada red de venas azules en el dorso, como si unas serpientes de agua se enroscaran bajo la piel. Enseguida sentí que el corazón se me congelaba. Eran unas manos temibles, capaces de llevarte a donde no querías, o de hacerte cosas insoportables. Lo más espantoso fue sentir que, entonces, ese señor tenebroso me tenía entre sus garras, que me llevaría lejos y que yo lo seguiría, con obediencia, aunque nunca volviera de ese terrible viaje junto a él.

Cuando me vio entrar, aquella mujer que ya no era mi madre —y que nunca lo había sido— esbozó una burda sonrisa y se volvió hacia el desconocido para presentármelo.

—Pasa, Damien —dijo con una voz ahogada y realmente inusual para mis oídos—. Ven aquí, muchacho. Este es el padre… perdóneme, padre, he olvidado su nombre.

El hombre de negro también sonrió y reveló unos dientes amarillos y desalineados. Y, por primera vez, oí esa voz que me atormenta todas las noches desde entonces:

—Para el niño, lo dejaremos en el señor Vicario. Así está bien.

5

Un muerto feliz con su destino

Tras despedirse de Flanchard, Valentin recuperó el expediente de Dauvergne y lo estuvo revisando dos horas en detalle. Tal y como había anunciado el comisario, el caso resultaba inquietante. De acuerdo con los testimonios que se recogieron esa trágica noche en la calle Surène, el hijo de la casa se había lanzado por voluntad propia desde una ventana del palacete de su padre. Había muerto en el acto. A primera vista, un suicidio parecía lo más evidente. Sin embargo, resultaba un poco extraño que Lucien Dauvergne hubiera puesto fin a sus días en presencia de su madre quien, preocupada por su prolongada ausencia, había subido a buscarlo. Además, tanto los familiares del fallecido como algunos invitados aseguraron que durante la velada no había ocurrido nada que pudiera augurar un desenlace tan desafortunado. Por el contrario, todos pensaban que el joven se encontraba de buen humor. Se había pasado todo el tiempo bromeando con una chica que su familia pretendía para él. De hecho, el compromiso de los jóvenes iba a anunciarse para cerrar la velada con gran fasto.

Al leer todas esas declaraciones, uno tenía la desagradable impresión de que el impulso de suicidarse se había apoderado de la víctima como un fulminante arrebato de la naturaleza. Esa horrible muerte en mitad de la fiesta había tenido el mismo efecto en todos: el de un rayo caído de un cielo perfectamente despejado en un hermoso día de verano.

Pero otro asunto había llamado la atención de Valentin. En un informe redactado al día siguiente de la muerte se mencionaba que los restos del hijo de Dauvergne se trasladaron al depósito de cadáveres para realizar una autopsia. A nadie le extrañó que un médico examinara el cuerpo para intentar determinar la causa exacta de la muerte. Era el procedimiento habitual ante una muerte violenta, y en este caso se justificaba por partida doble, ya que la tragedia se había

producido en circunstancias sospechosas, o como mínimo inusuales. Sin embargo, lo que sorprendió al joven inspector fue que Charles-Marie Dauvergne hubiera permitido que se llevaran el cuerpo de su hijo a un lugar tan sórdido.

Desde luego, el nuevo depósito de cadáveres de París no tenía nada que ver con la mazmorra subterránea del Grand Châtelet, que hacía las veces de morgue bajo el mando de los antiguos reyes. En los inicios del Imperio, se había trasladado al edificio semiderruido de una antigua carnicería, en el muelle de Marché-Neuf, en la isla de la Cité. Sin embargo, el lugar no había perdido su vocación de servir de fosa común oficial a la capital. Allí se exponían los cadáveres anónimos de los ahogados que se pescaban en el Sena y de los miserables que se recogían cada mañana en las infames callejuelas del viejo París. Aquel lugar arrastraba consigo la mala reputación de estar sucio y descuidado. Se decía que los muertos se amontonaban en condiciones tan deplorables que las ratas roían sus extremidades. En cuanto a los empleados, que se veían obligados a dormir casi al lado de sus huéspedes, se movían en un ambiente tan nocivo que muy pocos aguantaban más de un año. La administración se veía obligada a sustituirlos con regularidad.

Dada la fortuna del diputado Dauvergne y su elevada posición social, cualquiera esperaría que llevara el cadáver de su único hijo a una clínica y que lo examinase una eminencia. Que hubiera optado por el depósito de cadáveres equivalía a favorecer la discreción y a ignorar su rango social. Y aunque el suicidio constituía una gran mancha para una familia tan honorable, el instinto de sabueso de Valentin le decía que aquella elección escondía, sin lugar a duda, algo más. El anuncio de la incorporación a la Sûreté le desagradaba bastante, pero le estimulaba la curiosidad. A él mismo le sorprendieron sus ganas de disipar las brumas que rodeaban esa muerte tan peculiar.

Después de salir de la Prefectura de Policía, subió el muelle de los Orfebres hasta el puente Saint-Michel y cruzó la calzada para llegar al fúnebre edificio de la morgue. Este lindaba con el parapeto del pequeño brazo del Sena y dominaba un cúmulo de espesuras y cobertizos sospechosos. Frente a la entrada, una escalera conducía directamente a la orilla y facilitaba el desembarco de los ahogados que se traían cada mañana en barco.

Valentin tocó la imponente campana y esperó un momento antes de que alguien se dignara a abrirle. El individuo, delgado y larguirucho, que acudió por fin a su llamada parecía un ave zancuda. El holgado delantal de cuero, que le llegaba hasta los tobillos, tenía unas manchas parduzcas; el joven inspector prefirió ignorar el origen

de estas. Después de identificarse, exigió ver el cuerpo de Lucien Dauvergne. El empleado de la morgue le dedicó una sonrisa sarcástica.

—¡Bueno! —espetó con voz ronca—. Podría decirse que es un cambio respecto a nuestros clientes habituales. Esto es lo que ocurre cuando alojamos a gente de clase alta. Aunque reventados, ellos tienen que recibir como si aún estuvieran en sus hermosos salones.

—¿Qué quiere decir?

—Usted no es nuestro único visitante esta mañana. Otra persona ha venido a examinar el cuerpo. El médico de la familia, enviado, como quien dice, para remendar el cuerpo después de la autopsia.

Uno tras el otro se adentraron en la oscuridad. Recorrieron una hilera de pasillos donde reinaba un intenso hedor. A ambos lados se abrían unas salas lúgubres cuyas paredes, cubiertas de salitre, rezumaban humedad. Grandes moscas zumbaban sin cesar por todo el edificio y revoloteaban de forma repugnante alrededor de sus cráneos. Otros bichos, imperceptibles, huían cuando se acercaban, pero sus pequeñas pisadas y sus chirridos se oían con claridad.

—Malditas ratas —refunfuñó el guía de Valentin, al tiempo que daba una patada contra la pared—. ¡Se creen que esta es su casa!

El joven policía apartó el pañuelo que se había colocado en la nariz para protegerse del hedor de la putrefacción.

—¿No han intentado deshacerse de ellas?

—Por más que hagamos, ¡es imposible! Han aprendido a esquivar las trampas y a detectar los cebos envenenados. Intentamos que se fueran con un par de gatos. ¡Imagínese! Dos o tres noches más tarde, ¡devoraron a los oficinistas!

El empleado se detuvo finalmente frente a una puerta de madera con una gran cerradura oxidada.

A excepción de la escasa decoración de la puerta, parecía la entrada de una celda. El hombre con aspecto de zancuda se hizo a un lado para dejar pasar al inspector.

Valentin entró en una habitación alicatada hasta media altura con azulejos blancos y mal iluminada por dos ventanucos por los que se colaba una luz gris. Un olor a fenol flotaba en el aire. En el centro, había una gran mesa de mármol cubierta por completo con una sábana inmaculada. La silueta de un cuerpo rígido y alargado se dibujaba bajo la tela.

Un hombre que se lavaba las manos en un fregadero que había en la esquina se giró cuando entraron. Era un hombre distinguido, de unos cincuenta años, que llevaba un chaleco de seda con botones nacarados y la cadena de un reloj de oro a la altura del estómago. Las mangas remangadas no impedían que se notara la delicadeza y el corte impecable de su ropa. Tanto su pelo como su corta y puntiaguda

barba eran de un rubio ceniza con tendencia al gris. Todo en él transmitía un sentimiento de discreción y arrepentimiento: un rostro serio, una complexión huesuda, una figura marcada por la rigidez. Solo sus ojos, de una intensidad asombrosa y penetrante, contrastaban con esa apariencia de soberbia frialdad.

—Inspector Verne, de la Brigada de la Sûreté —anunció Valentin, que se quitó el sombrero de copa—. Estoy a cargo de la investigación de la muerte del joven Dauvergne. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

El facultativo inclinó el pecho muy levemente, a modo de saludo hacia el recién llegado. Luego se limpió las manos con cuidado y se bajó las mangas de la camisa hasta las muñecas. Después de tomarse su tiempo para ponerse la chaqueta, extendió al fin una gélida mano al policía.

—Doctor Edmond Tusseau —se presentó—. Soy el médico habitual de los Dauvergne, así como un buen amigo de la familia. ¡Qué horrible tragedia!

—Me dijeron que estaba aquí para…, por así decirlo, asear al fallecido.

—La autopsia se completó muy tarde, anoche. Charles-Marie Dauvergne insistió en que interviniera personalmente antes de que el cuerpo fuera devuelto a la familia para los preparativos del funeral. Mis colegas, quienes hacen los exámenes *post mortem* para la Prefectura, tienden a descuidar este aspecto de las cosas y es mejor no confiar demasiado en el personal de la morgue.

—Por casualidad, ¿no habrá visto usted las conclusiones del informe de la autopsia?

—No, pero lo que he visto esta mañana no deja lugar a dudas sobre la causa de la muerte.

—¿Que es…?

—Una rotura total de las vértebras cervicales. El cuerpo presenta numerosas contusiones, sobre todo en la cara, así como rasguños provocados por la grava del patio en brazos y manos. También hay una clara herida en el tórax. Antes de llegar al suelo, Lucien ya se había destrozado el pecho con el tridente de una estatua, pero el pobre desgraciado no murió hasta que se rompió el cuello al final de la caída.

—Vaya, vaya —dijo Valentin, cuyo interés aumentó de repente—. ¿Una herida en el pecho, dice? ¿Podría decirse que el joven Lucien fue agredido antes de su caída? ¿Tal vez golpeado o apuñalado?

El doctor Tusseau no pudo reprimir un sobresalto. Su cara reflejó a la vez sorpresa y reprobación.

—¿Apuñalado? ¡Qué suposición tan curiosa! Es evidente que

Lucien se suicidó, créame. Se precipitó al vacío frente a los ojos de su propia madre. Quisiera añadir que las heridas de su pecho son bastante superficiales y corresponden, sin lugar a duda, a las puntas del famoso tridente.

—Solo lo decía de manera arbitraria —añadió con premura Valentin—. No es más que por deformación profesional. En mi trabajo, ¡veo cosas muy extrañas!

—No lo dudo —dijo el médico al tiempo que ponía cara de fastidio —. Para serle sincero, esa es la razón por la que le aconsejé al diputado Dauvergne que no solicitara una investigación más profunda. La policía tiende a sospechar que hay drama o misterio en todas partes. Entienda que esto no es un reproche: cada profesión tiene sus manías. Sin embargo, el suicidio de Lucien no deja lugar a dudas.

—¿Se ha fijado en la evolución de los hematomas? ¿Las contusiones iban acompañadas por un derrame de sangre en el tejido celular?

Un destello de intriga se encendió en la candente mirada del doctor Tusseau. Era como si contemplara a su joven interlocutor desde una nueva perspectiva.

—Si esto lo tranquiliza, he examinado todas las lesiones y ninguna parece anterior a la caída. No obstante, permita que me sorprenda un poco. Para ser un simple inspector, conoce muy bien la medicina forense.

—Siempre me ha gustado estudiar, y considero que un buen investigador debe prestar atención a los avances científicos. Hace un par de años tuve la suerte de asistir a algunos cursos de toxicología del profesor Orfila.[7] Sus *Leçons de médecine légale* me impresionaron mucho. El tratado superó con creces la obra de sus más estimados predecesores, quienes, no obstante, eran médicos de la talla de Fodéré o Belloc.

Al tiempo que hablaba, con cierto aire despreocupado, Valentin se movía hacia el centro de la sala. Cuando llegó a la mesa de reconocimiento, levantó una esquina de la sábana para descubrir la cabeza y el tronco del individuo.

—¡Diablos! —exclamó—. Esto no es un asunto banal.

—¿Y ahora qué?

—¿Se ha fijado en la expresión de su cara?

—*Rigor mortis* —dejó caer el doctor Tusseau mientras se encogía de hombros con aparente indiferencia—. Los músculos de la cara se han quedado rígidos, igual que los demás tejidos. Es el proceso normal. Si ha leído usted a Orfila, esto no debería intrigarlo.

Valentin no respondió de inmediato. No conseguía apartar la mirada de la cara de Lucien Dauvergne. ¡El cadáver estaba sonriendo!

Tumbado en aquella sórdida habitación, sumido en un sueño eterno, el difunto mostraba la incomprensible expresión de una felicidad radiante.

6

Donde se recogen interesantes confidencias *in extremis*

Tras salir de la morgue, Valentin se dirigió al hotel Dieu. Allí trabajaba el cirujano que había realizado la autopsia a Lucien Dauvergne. Sin embargo, la visita no le aportó ninguna novedad. El forense corroboró las conclusiones del doctor Tusseau: una caída fatal que le había provocado la rotura del cuello. En su opinión, la muerte se había producido en el acto, o casi. Cuando el agente insistió en conocer la opinión del experto sobre la extraña sonrisa que había en el rostro del fallecido, este se sintió bastante avergonzado. Reconoció que ese detalle le había llamado la atención de inmediato y admitió de buen grado que nunca había visto una expresión semejante en el rostro de un suicida. Tristeza, sufrimiento, miedo, sí. A veces incluso rabia, pero nunca tal éxtasis. Y su ciencia no aportaba ninguna explicación en absoluto.

El joven inspector sintió un gran alivio cuando, a la hora de comer, regresó al ajetreo de la calle. En términos de limpieza, el antiguo hospital parisino no era mucho mejor que el depósito de cadáveres. Todo estaba deteriorado y los pacientes se hacinaban en condiciones deplorables. La mayoría eran indigentes sin familia que solo saldrían de allí con los pies por delante. Mientras tanto, languidecían o se pudrían en las decrépitas salas de ese deprimente lugar, que parecía más un hogar para moribundos que una institución sanitaria. De ahí que, a pesar del olor a chamusquina de los numerosos puestos de la calle, Valentin disfrutara de estar al aire libre, alejado del hedor a carne podrida, azufre y metanol. Con todo, estaba ansioso por llegar a la orilla derecha y abandonar el ambiente confinado de la isla de la Cité y sus callejones medievales. De modo que apretó el paso en dirección al novísimo puente de Arcole.

Mientras caminaba, reflexionaba acerca del extraño caso que, muy a su pesar, le había tocado. La muerte de Lucien Dauvergne podía

deberse a un suicidio, pero claramente escondía cierto misterio. Curioso por naturaleza, estaba decidido a averiguarlo cuanto antes.

De todas formas, no tenía muchas opciones. Concluir su investigación y satisfacer así al inspector Flanchard era el camino más seguro para reemprender la búsqueda del Vicario a la mayor brevedad posible. Porque estaba seguro de una cosa: él era la única persona en todo París que podía ayudar a Damien, ese vulnerable huérfano que había caído en manos del monstruo. Porque él también era el único que no lo había olvidado.

Sumido en sus pensamientos, se abría paso a grandes zancadas entre los peatones. Una variopinta multitud de trabajadores, artesanos, costureras y lavanderas se agolpaban en la calle, donde aprovechaban su breve descanso para ir a una de las muchas tascas del barrio. Valentin no pasaba desapercibido en medio de ese montón de gente humilde. La elegante indumentaria, la cintura marcada, la frente amplia y despejada, y el pelo ondulado sobre la nuca, de un castaño claro casi rubio, le daban una atractiva elegancia que apenas mitigaba su expresión seria. Por encima de todo, su mirada impresionaba profundamente a aquellos que se cruzaban con la intensidad de sus pupilas. En función de su ánimo y circunstancias, sus ojos se volvían grises, para asombrar a sus interlocutores, o verdes, para seducirlos. Más de una joven interrumpía su conversación o se apartaba para verlo pasar. Él no les prestaba atención. A diferencia de todos los jóvenes de su edad, no le interesaba complacer a las mujeres. Tampoco era consciente del carisma que desprendía su temperamento, ni de la atracción que ejercía su belleza de arcángel sobre la mayor parte de las damas. Solo le importaba la misión de redentor a la que se había encomendado. Y, sin necesidad de castigarse, se apartaba con toda naturalidad de cualquier posible distracción.

Ya en la orilla derecha, dejó atrás el hotel de Ville para tomar la calle de la Verrerie y, después, la de Saint-Honoré. La humedad del alba se había apelmazado sobre la capital. Aún no llovía, pero bastaba con alzar la vista para atisbar el gran cúmulo de nubes negras que se aproximaba amenazante desde el oeste; este rompió justo cuando Valentin llegó a las arcadas del Palais-Royal. De golpe, comenzó a llover a cántaros.

En los abarrotados cafés, las conversaciones giraban en torno al próximo juicio contra los ministros o a las tensiones políticas en el extranjero. La Revolución de Julio había dado ideas de emancipación a otros pueblos, que el ministro austriaco Metternich había comentado recientemente con las famosas palabras: «Cuando París estornuda, Europa se resfría». Los clientes sentados a las mesas comentaban los disturbios que acababan de estallar en cuatro Estados germánicos y algunos cantones suizos, así como los últimos acontecimientos en el

caso belga.[8] Algunos hablaban de la posibilidad de anexionar Bélgica a Francia. Otros exclamaban que las potencias coaligadas de 1815 no lo permitirían y que cualquier iniciativa de ese tipo conduciría, si era necesario, a la guerra. Todos parecían tener su propia idea sobre cómo debía actuar el Gobierno en medio de los escollos y todos se consideraban un pequeño Talleyrand.

Valentin también se había refugiado en uno de estos establecimientos para evitar el chaparrón. Aprovechó la ocasión para calmar su apetito y pidió una tortilla con setas acompañada de una jarra de vino de Brie. Un niño paliducho de unos ocho años le sirvió el plato. El pobre era un saco de huesos, y no dejaba de mirar la comida mientras salivaba de puro deseo. Parecía un gato hambriento que buscaba un ratón fuera de su alcance.

—Tienes pinta de estar muerto de hambre —dijo Valentin—. ¿Te apetece la tortilla?

El chico se retorció en el acto. Su mirada iba del plato a la cara del policía, en un vaivén que evidenciaba la agonía de un doloroso dilema. Eso ablandó a Valentin. Él, taciturno por naturaleza, mostraba siempre cierta reticencia a entrar en contacto con sus semejantes, pero no tenía las mismas prevenciones con los niños. No es que solo supiera cómo hablar con ellos de forma espontánea, sino que además se las arreglaba para caerles bien.

—¡Bueno! —dijo con amabilidad—. Siéntate pues, ¡porque te mueres de ganas!

Fiel a su palabra, apartó la esquina de la mesa e invitó al niño a unirse a él en su banco. Estaba tentado, pero algo lo retenía.

—No tienes miedo de mí, ¿verdad?

Herido hasta la médula, el chico se puso de pie e hinchó su flaco pecho.

—¡No, señor! ¡Jamás en la vida!

Pero contradijo ese tono fanfarrón cuando dirigió su inquieta mirada al mostrador, donde se encontraba el dueño del café.

—Ya veo lo que pasa —dijo Valentin, que dio una palmada en el asiento del banco que tenía a su lado—. Siéntate a llenar la barriga con tranquilidad. Yo me ocupo del resto.

Cuando el chico se decidió por fin a sentarse, el inspector agitó el brazo en el aire para llamar la atención del jefe. El hombre, un sanguinario con orejas de coliflor y nariz roma, malinterpretó su gesto y, al ver al chico encogido en el banco, se apresuró, furioso, a librar a su elegante cliente del intruso.

—Oye, renacuajo, ¡qué haces molestando a nuestros clientes! ¡Vamos, largo! ¡Mueve el culo o te prometo que te doy tal paliza que no vuelves a sentarte!

Antes de que cumpliera su amenaza, Valentin le bloqueó el paso con su bastón. Esbozó una sonrisa que se vio truncada por la crispación de los músculos de su mandíbula.

—Me temo que ha habido un error, buen hombre. Este niño es mi invitado.

El dueño del local abrió los ojos como platos.

—Este baboso… ¿es su invitado?

—¡Exacto! Resulta que odio comer solo. El chico me hará compañía.

—¡Caray! —exclamó el pelirrojo enorme mientras se rascaba el cráneo, perplejo—. Pero es que este vago tiene un servicio que ofrecer. ¡Señorita! ¡Hay que ocuparse del resto de clientes!

—Bueno, digamos que le alquilo sus servicios en exclusiva para la próxima media hora. ¡Tenga! ¡Cóbrese usted mismo! Creo que es suficiente como para que también me traiga una segunda tortilla.

Sacó de su bolsillo un par de monedas de cinco francos y las dejó caer sobre la mesa. El jefe las cogió enseguida y dijo que por ese precio prescindiría de su ayuda durante el resto del día. En cuanto se volvió para marcharse, el joven empleado se abalanzó sobre la tortilla como si no hubiera comido nada en todo el día.

Mientras veía cómo daba con ansia sus primeros bocados, Valentin se relajó y lo invadió una especie de alegría. Se dejó caer contra la pared, de forma voluptuosa, con las manos cruzadas detrás de la nuca.

—¡Ten cuidado de no atragantarte, enano! —dijo con una sonrisa divertida—. ¡No quiero que tu muerte caiga sobre mi conciencia!

Cuando salió del establecimiento un poco más tarde, había dejado de llover. Regresó a la calle Saint-Honoré y siguió hasta la monumental iglesia de la Madeleine. El edificio, que aún estaba sin terminar, dejaba entrever a través de los andamios la imponente columnata corintia de las fachadas laterales. En su conjunto, recordaba a las famosas Termas de Diocleciano y parecía un intento fallido de resucitar la antigua Roma en pleno París. Valentin no pudo evitar pensar que el dinero gastado en las obras se habría invertido mejor en la limpieza de los barrios bajos del centro, donde se hacinaban los más pobres y los depredadores más miserables tenían muchas facilidades para atacar a sus inocentes presas.

Por el contrario, los bellos palacetes del barrio de Saint-Honoré exhibían en su mayoría una elegancia discreta, que revelaba una elegancia burguesa sólidamente establecida. Salvo algunas residencias. Su llamativa opulencia delataba un evidente deseo de aparentar, lo que, en general, era sinónimo de una fortuna recientemente adquirida. La residencia de los Dauvergne, con su pórtico monumental, sus frisos y mascarones en la fachada, y su estanque de Neptuno de un atroz

estilo barroco, pertenecía a esta segunda categoría.

A Valentin lo hicieron esperar en una sala de estar cuyo sofocante calor se mantenía gracias a un calefactor con salidas de aire invisibles. Las ventanas, con cortinas de damasco, daban a un amplio jardín con elegantes arcos. Las paredes estaban cubiertas de seda de color púrpura, y el suelo estaba cubierto de gruesas alfombras turcas. El mármol de la chimenea y las estatuas se reflejaban en la preciosa madera de unos aparadores Boulle admirables. Un reloj de bronce dorado y grandes dimensiones se encontraba sobre una consola. Todo ese lujo creaba una atmósfera confusa y vagamente repulsiva. En este universo diseñado para la galería, la irrupción de la tragedia debió de ser como una brutal descarga de artillería.

El diputado Charles-Marie Dauvergne vestía de luto con la dosis justa de discreta elegancia. Su tez oscura y las ojeras delataban la falta de sueño. Saludó a su visitante con una breve inclinación de cabeza.

—El prefecto de Policía Girod de l'Ain, que es amigo mío, me aseguró que se encargaría de que la investigación de la muerte de Lucien se confiara a uno de sus mejores hombres. Por favor, no se tome mi comentario a mal, pero usted me parece muy joven.

—Al parecer, a mis superiores no les ha detenido esa coyuntura —respondió Valentin, que se quitó el sombrero para saludar—. Pero permítame, en primer lugar, señor diputado, expresarle mi más sentido pésame por la gran desgracia que acaba de golpear de forma tan dolorosa a una de las familias más respetables de París.

Dauvergne pareció apreciar esa introducción. Se volvió más amable.

—No me cabe duda de que la decisión de los altos mandos está perfectamente justificada —dijo, y señaló un sillón para Valentin, mientras tomaba su propio asiento en un sofá estilo Luis XVI—. Tal vez han considerado, no sin cierta conveniencia, que un investigador de la edad de mi hijo estaría mejor capacitado para averiguar las razones de… digamos, su terrible acto.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que pudo empujarle a quitarse la vida?

Una mueca trágica distorsionó los cansados rasgos del miembro de la alta burguesía.

—¡Ni la menor idea! —exclamó con una voz que se volvió aguda—. De hecho, insistí en una investigación policial para tratar de entender cómo mi hijo pudo llegar a ese extremo. Discreta, por supuesto. Lucien era mi único hijo; el que se habría encargado de mi negocio. Tengo que averiguar los motivos que lo llevaron a cometer semejante locura.

—Esta mañana he ido al depósito de cadáveres y he conocido al

médico que ha examinado el cuerpo de su hijo. Según sus conclusiones, el suicidio resulta evidente.

—Nunca lo he dudado, ¡vamos! ¡Esa no es la cuestión! Lo que quiero que averigüe es qué puede haber impulsado a un chico tan brillante, sano y prometedor a suicidarse.

—Existen todo tipo de razones, y no es raro que un hijo prefiera ocultárselas a su padre.

—¿En qué está pensando?

—Desengaño amoroso, deudas de juego… ¿Qué más?

—Eso me sorprendería mucho. Lucien era un joven serio y estábamos a punto de anunciar su compromiso cuando ocurrió todo. En cualquier caso, me gustaría que no pasara por alto ninguna pista. Quiero saber si alguien es responsable de su muerte y, si es así, quien haya llevado a mi hijo a tal desesperación pagará por su error.

Valentin adquirió un aspecto sombrío. No le gustó el tono autoritario que su interlocutor empleaba. Dauvergne le hablaba como si fuera un vulgar empleado a su disposición. No obstante, lo que más le chocó fue que el parlamentario no se planteara ni por un momento que esa forma de proceder pudiera resultar desagradable. Dar instrucciones a un agente de policía le parecía lo más natural del mundo.

—Por desgracia, en este tipo de situaciones —se complació en recordar—, la justicia humana tiene poca fuerza.

El diputado se levantó, con lo que indicó que la entrevista tocaba a su fin. Cuando retomó la palabra, su voz revelaba una desagradable mezcla de hosquedad y enfado.

—Hay muchas maneras de hacer justicia en este mundo. ¡Créame, la muerte de Lucien no quedará impune!

Cuando los dos hombres volvieron al pasillo, la lluvia había empezado a caer de nuevo con violencia. Golpeaba las ventanas con un estruendo parecido al de una catarata. No sin un toque de fastidio, Valentin pensó que, por no haber tomado precauciones, iba a estropear un buen traje. Fue entonces cuando vio, en una ventana transversal, a una joven de dieciséis o diecisiete años que contemplaba absorta el chaparrón. Tenía una figura regordeta y un rostro sensible y melancólico.

—Mi hija, Félicienne, la única hija que me queda —la presentó Dauvergne, y le hizo un gesto para que se acercara—. ¿Qué haces aquí, cielo?

—Me enteré por Gustave de que recibirías la visita de un policía, padre. Pensé que con este diluvio, tal vez necesitaría algo con lo que protegerse.

Al girar hacia ellos, desplegó un gran paraguas negro y lo sujetó

con fuerza contra su pecho. Dauvergne le sonrió con cariño.

—¡Qué bonito detalle! Fíjese, querido amigo, cuánta amabilidad me rodea, gracias a Dios, en este cruel momento… Pero ¿qué te pasa, hija mía? ¡Acércate! El señor inspector no va a ponerte las esposas.

La adolescente vaciló después de dar unos pasos en su dirección. El comentario de su padre la sonrojó, se acercó a ellos apresuradamente y le dio el paraguas a Valentin, bajando la mirada pudorosamente.

Cuando sus dedos se rozaron sobre el mango, el inspector se estremeció y tuvo que hacer acopio de toda su sangre fría para no delatar su sorpresa. Félicienne le acababa de deslizar una nota en la mano, que había doblado con sumo cuidado.

7

Los Faisanes Coronados

No escuche lo que digan. No saben quién era Lucien en realidad. Yo era su única confidente. ¡Estábamos muy unidos! Pero últimamente estaba muy cambiado. Había empezado a frecuentar a toda una camarilla de jóvenes que se reúnen en un cabaret llamado Los faisanes coronados. Si busca al responsable de su muerte, lo encontrará allí.

Félicienne Dauvergne

Valentin bajó la nota tras leerla por enésima vez. Desde el otro lado de la calle, la fachada del café le pareció de lo más anticuada. Había un horrible cartel de hojalata rematado con un quinqué. Este tenía garabateadas dos aves de alguna especie mal definida, con una corona ridículamente pretenciosa encima. Las paredes eran de adobe, estaban agujereadas, manchadas de barro y negras por el humo. Una puerta baja y dos grandes ventanas con rejas y cristales de culo de vaso no permitían ver el interior.

El local se encontraba a los pies de la montaña Santa Genoveva, en el cruce de las calles Arras y Traversine. El barrio olía a col y estiércol de caballo. Había estudiantes desaliñados y vendedores ambulantes: un afilador, un frutero, un aguador. Valentin había llegado al lugar poco después de la apertura del café. Se había colocado en un portal, a unos treinta metros de su objetivo, de manera que podía observar con discreción las idas y venidas sin arriesgarse a ser descubierto.

A las diez, el cabaret ya había recibido a sus primeros clientes. La mayoría de ellos eran artesanos que se tomaban un descanso en medio de su trabajo matutino. Nada interesante a primera vista, pero, aun así, el joven inspector quería ubicarse un poco antes de presentarse en la puerta del establecimiento. Tenía que determinar qué tipo de clientela lo frecuentaba y si podía correr algún peligro dentro.

La noche anterior, Valentin estuvo reflexionando largo y tendido

sobre su día, dividido entre varios sentimientos contradictorios. No podía negarlo, las peculiares circunstancias de la muerte del hijo de Dauvergne, así como la enigmática sonrisa de su cadáver o los pequeños secretos de su hermana, despertaban en él una gran curiosidad. Había un misterio, algo así como un desafío a su inteligencia, que le habría gustado aceptar en otras circunstancias. Sin embargo, la reunión con Charles-Marie Dauvergne habían enfriado un poco su entusiasmo. Era obvio que el diputado había solicitado una investigación policial con el único objetivo de cobrarse una venganza personal. Y esa forma de actuar no le gustaba a Valentin. Le resultaba absolutamente insoportable. Cuando se acostó, estaba decidido a retirarse del caso. Al día siguiente, buscaría al comisario Flanchard a primera hora de la mañana y le pediría su reincorporación a la Brigada de Antivicio. No merecía la pena sacrificar la búsqueda del Vicario por los caprichos de un rico engreído. Si quería rescatar a Damien, no tenía más remedio que acabar con la bestia inmunda.

Tras haber alcanzado una resolución y cuando ya estaba a punto de dormirse, una imagen irrumpió en su mente y lo hizo cambiar de opinión. Simplemente, había recordado la cara de muñeca de Félicienne Dauvergne. En el preciso instante en el que la adolescente le puso la nota en la mano, vio en sus ojos una angustia insondable acompañada de una desgarradora súplica. Y, solo para responder a esa llamada silenciosa, cuando se despertó fue al café Los faisanes coronados.

Ahora que se acercaba la hora del almuerzo, cada vez había más transeúntes. Una vendedora de frituras había instalado su puesto no muy lejos del portal en el que se encontraba Valentin. Al alcance de la mano izquierda, tenía un montículo de trozos de pan, y a su derecha, en una sartén que había sobre el fogón, chisporroteaba una apetitosa mezcla de salchichas, morcillas, chuletas de cerdo y beicon. Por dos o tres monedas, los habitantes del barrio podían comprar comida sobre la marcha. Debido a la multitud que se había formado, Valentin ya no era capaz de controlar con eficacia las entradas y salidas del cabaret. Eso lo llevó a cruzar el umbral del establecimiento. En cualquier caso, fue el pistoletazo de salida. Dada la concurrencia que había en el interior, nadie le prestaría atención.

Tomó asiento en una de las pocas mesas que quedaban libres y optó por una que le permitía ver toda la sala. Una camarera, un tanto ruda y alegre a la vez, se acercó a tomarle la comanda. El joven retraído debió de gustarle porque, cuando le llevó su plato, le echó una mirada picarona a la que Valentin no reaccionó. Decepcionada, hizo un mohín con gran descaro y se dio la vuelta al tiempo que se encogía de hombros. Mientras fingía leer un número de la *Revue des Deux Mondes,* Valentin empezó a comer sin perderse nada de lo que

ocurría a su alrededor.

Tal vez, un ojo menos perspicaz no habría notado nada extraño. Después de todo, a primera vista, el café de Los faisanes coronados no era muy diferente al resto de los establecimientos parisinos de este tipo. Clientes habituales, comida mediocre pero abundante, un vaivén de jarras y divertidas injurias. Sin embargo, Valentin tenía una especie de sexto sentido que lo alertaba en cuanto sucedía algo inusual a su alrededor o estaba en peligro. Desde su incorporación al cuerpo de policía, este don lo había ayudado a salir de muchas situaciones delicadas. Su instinto profesional nunca fallaba. No tardó en descubrir una curiosa estratagema en la que estaba implicado el propietario del local.

Mientras supervisaba a su equipo, el hombre se balanceaba en una silla a la entrada de la cocina, de donde llegaba el olor a guiso y el ruido de las cacerolas. Saludaba a cada recién llegado con una amplia sonrisa, pero dejaba que sus empleados se ocuparan de ellos. Sin embargo, Valentin se dio cuenta de que algunos clientes, que habían entrado a la taberna solos, o en pareja como mucho, miraban a su alrededor con cautela antes de dirigirse directamente al dueño del local. Los hombres intercambiaban un rápido apretón de manos y el propietario se miraba entonces la palma de la mano y asentía con la cabeza en señal de satisfacción. Abandonaba su silla y conducía a su acompañante o acompañantes hasta una puerta cerrada con llave que seguramente conducía a una segunda sala en la parte trasera del edificio. Después de apartarse para dejarlos entrar, cerraba la puerta, volvía con tranquilidad a su silla y retomaba su balanceo como si nada.

En poco menos de una hora, Valentin presenció esa misma escena cinco veces y en total siete individuos cruzaron la misteriosa puerta. Todos eran burgueses o estudiantes, a juzgar por sus ropas. El último en llegar le pareció vagamente familiar: era un joven que no tendría ni veinte años. Valentin estaba casi seguro de haber visto en alguna parte esa figura esbelta y nerviosa, esa frente ancha e inteligente y esa mirada furtiva. Rebuscó en su memoria. El nombre no le vino a la mente hasta que terminó de comer, cuando el café ya se vaciaba de clientes. Galois. Évariste Galois. Un chico entusiasta con un notable talento para las matemáticas. La primavera anterior había publicado un trabajo sobre ecuaciones modulares en el *Bulletin général et universel des annonces et des nouvelles scientifiques* del barón de Férussac. El artículo era un poco desordenado pero estaba lleno de ideas brillantes. Poco después, Valentin conoció al autor en una sesión de la Academia de Ciencias en la que Galois perdió por poco el Gran Premio de Matemáticas. Los dos jóvenes solo intercambiaron unas pocas palabras cuando salieron del anfiteatro, pero Valentin sintió que era su

oportunidad para entablar conversación y averiguar qué ocurría en Los faisanes coronados. Sin embargo, ahora que el servicio llegaba a su fin, no podía quedarse allí sin llamar la atención. Por lo tanto, pensó que lo más prudente era abandonar el local y aguardar en la calle a que Galois saliera.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Al cabo de unos veinte minutos, el joven matemático reapareció en la puerta del café. Solo, tal y como había llegado. Valentin se sintió aliviado. Por un momento, había temido que Galois apareciera acompañado, lo que habría comprometido su plan. Como su objetivo ya se había alejado unos veinte pasos, corrió en su dirección y lo interpeló:

—¡Disculpe…!, ¿señor Galois? ¿Évariste Galois? ¿Es usted? No me equivoco, ¿verdad?

El hombre se volvió y escudriñó a Valentin.

—¿Nos conocemos, señor? Perdóneme, pero no lo recuerdo.

El tono era amistoso, sin el menor rastro de desconfianza.

—Mi nombre no le dirá nada. Nos conocimos en la Academia de Ciencias. Le expresé mi admiración por su trabajo sobre la solución algebraica de ecuaciones.

—¿De verdad? —dijo el joven matemático, visiblemente halagado, pero con una vergüenza que saltaba a la vista—. Creo recordar… la Academia de Ciencias dice… ¿Sería tan amable de recordarme su nombre?

—Verne. Valentin Verne. A mí me interesan más la química y la mineralogía, pero me apasiona todo lo relacionado con las ciencias fundamentales.

—Claro, ¡ahora sí! ¡Valentin Verne! —exclamó Évariste Galois, que se dio una palmada en la frente—. ¿Dónde tengo la cabeza? ¡Un placer verlo de nuevo!

El inspector se aguantó una sonrisa. De hecho, era la primera vez que le daba su nombre a Galois. Por supuesto, Galois no conservaba el más mínimo recuerdo de su breve encuentro, pero no se atrevió a admitirlo por miedo a ofender a su interlocutor.

—Le ruego que me disculpe por tomarme la libertad de abordarle en medio de la calle, pero me he dado cuenta de que salía usted de Los faisanes coronados. Pensaba encontrarme ahí con mi amigo Lucien Dauvergne para almorzar, pero no lo he visto y me preguntaba si por casualidad lo conocería.

—¿Lucien? ¡Ya lo creo! —El matemático se alegró, contento de que su intercambio tomara otro rumbo—. Tenemos un grupito de amigos, entre ellos Lucien Dauvergne, y nos reunimos en este café con cierta regularidad. Aunque he de decir que hace unas dos semanas que no lo vemos en nuestras reuniones.

—¿Por alguna razón en especial?

—¡Tonterías! Ya sabe cómo son los hombres cuando discuten sobre política. Los ánimos se caldean con facilidad. Una palabra lleva a otra. El tono sube y enseguida se cruzan los límites. Son enfados que no duran mucho.

En ese momento, un aguador pasó por la calle mientras tintineaba sus tazas contra los herrajes de los cubos. Valentin agarró a su interlocutor por el brazo y tiró de él para evitar que lo empujaran o salpicaran.

—¿Quiere decir que Lucien se ha peleado con uno de ustedes? —preguntó, y le quitó el polvo de la manga al joven.

—Discutir sería mucho decir. Digamos más bien que se molestó con Fauvet-Dumesnil, el periodista de *La Tribune.* Al hombre le gusta provocar y no duda en desahogar sus rencillas sobre el terreno. Es un duelista formidable. En cuanto a Lucien, es uno de esos espíritus exaltados que reaccionan a la mínima.

—¿Cuáles fueron sus diferencias?

—Una tontería, ya se lo he dicho. Sobre la cuestión belga. Dauvergne apoyaba a los patriotas belgas que abogan por la anexión de su país a Francia. Según él, era una oportunidad para que nuestra nación afirmara su nueva grandeza y se vengara por lo de 1815. Fauvet-Dumesnil, por su parte, considera que tal opción es infantil y poco razonable. En su opinión, la anexión significaría que toda Europa ardería y que retrocederíamos quince años.

—Tampoco puede decirse que esté completamente equivocado. Según las últimas noticias, el zar Nicolás está movilizando un ejército en la frontera polaca para hacer frente a cualquier eventualidad.

Évariste Galois se encogió de hombros.

—Debo decir que no sé mucho sobre sutilezas diplomáticas. En mi humilde opinión, no debemos interferir en los asuntos de nuestros vecinos. Aún tenemos mucho que hacer para que el espíritu de julio triunfe en nuestro propio suelo. —Se llevó las yemas de los dedos a la frente para hacer un saludo desenfadado a Valentin—. Ahora, querido señor Verne, si me disculpa, debo dejarlo. Si en media hora no estoy de vuelta en el Colegio de Plessis, me arriesgo a que me expulsen de la Escuela Normal.

—Al escucharlo, uno pensaría que está haciendo novillos.

El joven matemático guiñó un ojo a Valentin con cierta picardía.

—No sabe de lo que habla, señor —dijo con un toque provocativo en la voz—. No contento con haber impedido que sus alumnos se unieran a los insurgentes durante las Tres Gloriosas, el infame Guigniaut[9] les negó toda participación en el debate del futuro reglamento de la Escuela. Estará usted de acuerdo en que ese

comportamiento es más propio de un déspota y va en contra del curso de la historia. Por haberlo dicho demasiado alto, ese engendro del Antiguo Régimen me castigó. Me da igual. Soy un maestro en el arte de escabullirse. Sin embargo, no debería faltar a la clase de la tarde.

Con esas palabras, se alejó con unos andares saltarines de duende.

Valentin lo siguió con la mirada hasta que desapareció por la esquina de la calle de Arras. Solo entonces abrió el puño derecho y contempló el objeto que acababa de arrebatarle con discreción del bolsillo al joven matemático. Era un menú impreso y doblado de forma ingeniosa para que sirviera como señal de reconocimiento. Al inspector le recordó a los famosos asignados que los vandeanos de 1793 manipulaban para que aparecieran las palabras «muerte a la República». En este caso, el mensaje era más corto, pero igual de explícito. El encabezado con el nombre del café estaba cortado a la mitad y solo se leía: «Sin coronas». Justo el tipo de confesión que uno esperaría encontrar en alguien sospechoso de una conspiración republicana.

En definitiva, el caso Dauvergne se anunciaba más complejo de lo previsto y Valentin comenzaba a preguntarse, no sin cierta aprensión, hasta dónde corrían el riesgo de arrastrarlo sus oscuros meandros.

8

La farmacia Pelletier

Después de dejar a Évariste Galois, Valentin hizo una ronda para ver a sus informantes en el Barrio Latino. Quería informarlos de que estaría menos presente sobre el terreno en los próximos días, pero que podrían contactar con él en la Prefectura si se enteraban de algo acerca del Vicario.

Ya había terminado su recorrido y se dirigía a su casa a pie por la calle Jacob hacia el Hospital de la Charité, cuando sonaron las seis en el campanario de la iglesia de Saint-Germain-des-Prés. Caía la noche. Proyectados sobre la calzada, dos charcos de colores vivos mostraban la ubicación de la farmacia Pelletier.

Una vez llegó a la altura del local, el policía contempló, pensativo, los dos magníficos frascos de cristal en forma de pera, llenos de un líquido colorado, que coronaban la vitrina. «¡Qué ciencia tan maravillosa es la química!». El dicromato de potasio permitía obtener un rojo brillante y el sulfato de níquel, un verde intenso. Pero el sulfato de cobre con amoníaco podía utilizarse para obtener un celeste, o con cromato de sodio para conseguir un amarillo cálido. Al combinar los recursos de su arte con el alumbrado de gas de sus tiendas, los farmacéuticos habían inventado carteles luminosos. Lo que muy pocos sabían era que la instalación de esos tarros en el escaparate tenía otro propósito comercial aún más sutil. Su disposición dependía de la dirección en la que se abriera la puerta. Cuando un cliente entraba en la tienda, su cara se superponía a la jarra fría, lo que le otorgaba un aspecto cadavérico. Por el contrario, cuando estaba a punto de salir de la tienda, su reflejo adquiría un color cálido y resplandecía de salud. ¡El efecto beneficioso sobre la psique del cliente estaba garantizado!

Valentin cruzó la calle con paso inseguro y empujó la puerta de la botica. El carillón tintineó su retahíla de notas cristalinas. Un dulce olor a plantas secas, tintura de benjuí y ungüento de árnica halagó las

fosas nasales del joven y lo hizo retroceder varios años, a la época en que era un adolescente y pasaba la mayor parte de sus días en este lugar, donde aprendía sobre botánica y realizaba sus primeros experimentos de química. Sintió una punzada de nostalgia en su interior. Paseó la mirada por los estantes donde se alineaban los botes de farmacia y los frascos de cristal con las inscripciones en latín, que tan misteriosas eran para los menos instruidos. Se detuvo ante un gran jarrón de triaca que estaba en lo alto y cuya rica decoración floral era típica de los talleres de Lunéville. También admiró el bajorrelieve que adornaba el mostrador recetario. Higía, la diosa de la salud, aparecía vertiendo aceite en la llama de la vida y resucitando un granado marchito alrededor del cual se enroscaba la serpiente de Esculapio. Ese escenario familiar, impregnado de un simbolismo erudito, le hizo revivir los tiempos despreocupados en los que su padre aún lo arropaba con sus cuidados y pretendía elevarlo a la categoría de científico eminente. Valentin nunca volvía a ese lugar sin una ligera punzada de tristeza.

Cerca de la caja registradora, uno de los estudiantes de farmacia estaba ocupado dispensando agua de colonia y sobres de sulfato de magnesio a una empleada con un delantal. Valentin se llevó un par de dedos al borde de su sombrero de copa a modo de saludo.

—¿El gran hombre está visible? —preguntó, y se deslizó detrás del mostrador.

—Acaba de regresar de la Escuela y está trabajando en el laboratorio. Ha pedido que no se le moleste. Pero para usted, señor Valentin, la puerta nunca está cerrada, ¡ya lo sabe!

«El gran hombre»… Un apelativo que no tenía nada de irónico. Era una muestra de admiración y apego del joven inspector por el hombre que le había transmitido su gusto por la investigación científica. Joseph Pelletier no era un vulgar charlatán. Profesor de la Facultad de Farmacia, miembro del Consejo de Sanidad de París, Caballero de la Legión de Honor, fue uno de los pioneros que, gracias a los recientes progresos de la química extractiva, consiguió aislar en forma de extractos crudos los principios activos de plantas utilizadas desde hace mucho tiempo en terapéutica. A él se debía el descubrimiento de la emetina, la estricnina, la colchicina y la cafeína. Incluso se lo podría considerar, y con razón, un benefactor de la humanidad desde que, junto con su colega Caventou, desarrollara la extracción de la quinina, tratamiento casi milagroso para las fiebres intermitentes. Desde entonces, el erudito había fundado una fábrica en Neuilly para explotar a gran escala, y cada vez con un éxito mayor, sus descubrimientos más prometedores. Sin embargo, a pesar de sus múltiples actividades, nunca abandonó la gestión de la botica de su padre. En la trastienda de este negocio familiar, había realizado la

mayor parte de su trabajo científico.

Cuando Valentin se reunió con él en su laboratorio, Joseph Pelletier, que llevaba un chaleco y las mangas de la camisa remangadas, estaba ajustando la temperatura de un baño maría en el que había sumergida una retorta de cobre provista de un capuchón y una bobina de vidrio. El eminente científico, de unos cuarenta años, conservaba en todo momento un aire de tranquilidad, a pesar del reciente duelo por su esposa. Mostraba un vago parecido con Chateaubriand, pero más sabio, con una melena más ordenada y unos tormentos más sosegados.

—El regreso del hijo pródigo —exclamó con entusiasmo, y abrió los brazos de par en par a su visitante—. Empezaba a creer que habías olvidado el camino hasta aquí. ¡Hace casi dos meses que no te vemos!

—Traigo una lista de reactivos que me faltan y, en lugar de mandar un mensajero a buscarlos, me dije que sería una buena ocasión para pasar a saludar.

Pelletier abrazó al joven con mucho cariño. Luego, mientras lo sujetaba de los codos, dio un paso atrás y lo miró con preocupación.

—¡Y has hecho bien! Me alegro de verte, pero, qué demonios, ¡estás más flaco! ¿Los asuntos policiales no te dan tiempo para alimentarte como es debido? ¡Tu pobre padre se habría angustiado al ver esas mejillas huecas y esa tez cadavérica!

Joseph Pelletier había sido el amigo más fiel del padre de Valentin. Hyacinthe Verne y él se habían conocido en los bancos del liceo. Con una fascinación sin límites por el progreso científico y el mismo carácter generoso, los dos camaradas habían forjado sólidos vínculos que ni el tiempo ni los vaivenes de la vida habían debilitado. Cuando Valentin, a su vez, había manifestado interés por la química y las ciencias naturales, como era evidente, Hyacinthe Verne lo confió a los buenos cuidados de su amigo. Entre los quince y diecinueve años, el adolescente frecuentó varias tardes por semana la botica de la calle Jacob, donde ayudó a Pelletier en sus investigaciones sobre los alcaloides. Este último pensaba incluso ofrecerle un puesto de confianza en la fábrica que había creado para desarrollar su sulfato de quinina. Pero, en la primavera de 1826, la repentina muerte de Hyacinthe Verne, víctima de un accidente de carruaje, trastocó todas estas perspectivas.

Durante varios meses, Valentin estuvo sumergido en un duelo cercano a la depresión. Joseph Pelletier lo animó a emprender un largo viaje alrededor del mundo para que se distrajera. Después de todo, ¿acaso no había heredado una jugosa fortuna que le permitía no tener que ganarse la vida? Sin embargo, el joven no siguió el consejo. Solo salió de su mortecina postración para anunciar a sus escasos amigos que abandonaría sus estudios a fin de ingresar en la Escuela

Politécnica. Para disgusto de Joseph Pelletier, que se sentía en el deber moral de cuidar al hijo de su amigo fallecido, había tomado la desconcertante decisión de licenciarse en derecho para luego entrar en la policía. Además, la Brigada de Antivicio tenía entonces una pésima reputación. Nada había conseguido que cambiara de opinión y, con el corazón en un puño, Pelletier vio alejarse al que consideraba el alumno más brillante que había pasado por su laboratorio.

—Deberías haberme avisado de que venías —retomó el profesor de farmacia con tono de reproche amistoso—. Habría hecho algunos arreglos para estar libre y cenar juntos. Por desgracia, les prometí a mi hija y a mi yerno que esta noche los acompañaría a la ópera.

Valentin apreciaba a su antiguo maestro y no habría querido causarle la menor molestia por nada del mundo. Por esa razón, no replicó ¿De qué serviría decirle que ahora sentía cierta incomodidad cuando cruzaba el umbral de la farmacia? ¿De qué serviría explicarle que su sabia complicidad de antaño le parecía irrisoria? ¿Qué ganaría el buen profesor Pelletier al saber que su alumno consideraba su estudiosa investigación como una pérdida de tiempo y una distracción inútil para idealistas? Nada bueno, al menos no lo suficiente como para pisotear sus buenos recuerdos.

Cuatro años antes, al reparar en los diversos papeles que su padre había dejado, Valentin tuvo la impresión de que un mundo tranquilizador pero ficticio se desmoronaba con brusquedad a su alrededor. Era como si hubiera despertado de una somnolencia demasiado larga, mecida de sueños fantasiosos. Se había dado cuenta de que los esfuerzos de los científicos de todo el mundo por mejorar la existencia de la gente estaban condenados al fracaso. Solo había una batalla que valía la pena librar, la amarga y subterránea guerra contra el mal absoluto, que corroía el corazón de la humanidad. Al menos, el de algunos hombres que se revolcaban en el fango y la oscuridad, donde ahora Valentin trabajaba para darles caza sin descanso. Ingresar en el cuerpo de policía le pareció la forma más segura de llevar a cabo esta tarea, pero enseguida se percató de que nadie lo apoyaría en su lucha. Ninguno de sus supuestos colegas tenía la misma rabia interior, ni se sentía tan implicado como él en una misión casi mística.

Esa misma tarde, el inspector salió del laboratorio de su antiguo mentor, con un paquete de productos químicos bien envuelto bajo el brazo. Estaba deseando volver a su cómodo piso en la calle de Cherche-Midi. Había hecho que le construyeran una habitación secreta que servía a la vez de gabinete de curiosidades y de laboratorio. Siempre que podía se encerraba allí y se dedicaba a diversas investigaciones relacionadas con la toxicología, la detección de todo tipo de falsificaciones o la identificación de personas. A su juicio, la

ciencia ya no representaba más que una herramienta, poco eficaz, en su solitaria lucha contra el crimen.

Sumido en sus pensamientos, Valentin no reparó en la presencia de una figura de gran altura, cubierta con un abrigo largo y un sombrero de ala ancha que le caía sobre los ojos, que caminaba cojeando detrás de él. No obstante, de haberse girado cuando el desconocido pasaba bajo la luz de una farola, le habría sorprendido la cruel expresión de su rostro y el brillo asesino en su mirada. Entonces, habría comprendido que, de cazador, iba camino de convertirse en presa.

9

Diario de Damien

¿Qué he hecho mal?

Me lo he preguntado cientos, miles de veces. Jamás he encontrado una respuesta. Pero tiene que haber alguna explicación. Las cosas no pasan sin más. Me pregunté qué error había cometido que justificara el silencio y las tinieblas, ese abismo sin fondo que me había envuelto. ¿Qué podría haber hecho mal para merecer este olor a moho, esta humedad contenida, estas rejas, la mugre, el hambre y la sed, el miedo, los golpes… y también eso? El resto, *todo* el resto.

Al principio, pensé que lo había hecho enfadar, que había dicho o hecho algo que no le había gustado a Él. En mi cabeza, repetí las etapas de nuestro viaje, desde Morvan hasta las puertas de la gran ciudad. Traté de convencerme de que todo ocurrió allí, en el camino, desde los primeros momentos que pasamos juntos. Me aferraba a una loca esperanza. Quería persuadirme de que, si comprendía la naturaleza de mi error, me perdonaría y lo convencería para que dejara de atormentarme. Fue inútil y lamentable. Pero, cuando solo tienes ocho años, ¿cómo crees en la existencia del mal absoluto? No quiero resistirme ni luchar contra Él, tan solo contemplar su rostro, siniestro y aterrador. Debía de ser culpa mía, porque era la única manera de aceptar que las cosas son lo que son, la única forma de no volverme loco.

¿Qué he hecho mal?

Me he visto a mí mismo docenas y docenas de veces esa primera mañana que salimos de la casa del bosque. Mi madre adoptiva estaba en el portal, con los ojos húmedos. Veo sus manos retorcidas en los pliegues del delantal, el conmovedor gesto de despedida que al final se decidió a hacer, justo antes de que desapareciéramos en la primera curva del camino. En ese mismo momento, el Vicario me pasó el brazo por los hombros, y recuerdo un peso inesperado que cayó sobre mí. Entonces, no le presté más atención. Pensaba en todo lo que dejaba

atrás, en esa mujer cariñosa y en ese entorno familiar que nunca volvería a ver. Trataba de contener las lágrimas, porque un niño grande no llora. «Tienes que ser valiente, Damien. Valiente y obediente». Es lo que ella me repitió la noche anterior mientras me mecía para que me durmiera. Yo no quería dormir en mi cama y ella había aceptado llevarme consigo. Su pelo suelto olía a fuego de leña y su piel tenía un dulce aroma a sudor. Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando pensé en todo lo que ese hombre me arrebataba. Y tenía que esforzarme para que no me cayeran por las mejillas, así que no me preocupó mucho la dureza de ese puño en mi hombro.

¡Ay, cuánto debí hacerlo!

Tardamos seis días en llegar a nuestro destino. Un pueblo tristón situado a las puertas de París. Puede que el Vicario me dijera el nombre, pero no lo recuerdo. Seis días se hacen largos y cortos a la vez cuando se intenta revivir cada momento para encontrar una justificación para lo insoportable.

Fuimos a pie, casi siempre sin hablar. Mi guía era poco conversador, pero se mostraba atento conmigo. A menudo, me soltaba algunas palabras para ver si estaba cansado y necesitaba un descanso. Cada vez que nos cruzábamos con un campesino en su carromato, le daba su bendición y le pedía que nos guiara en nuestro camino. Estábamos en lo más bonito del verano. Los días eran cálidos y las noches, suaves y aromáticas. Cuando nos deteníamos a la sombra de un bosquecillo, el Vicario me escuchaba contar mi vida con mis padres adoptivos o me observaba en silencio mientras yo jugaba. Estaba orgulloso de enseñarle todo lo que el guardabosques me había enseñado: construir una presa para desviar un arroyo, hacer un silbato con un tallo de saúco o capturar una mariposa sin hacerle daño. Recuerdo que mi discurso lo impresionó. Quiso saber si disfrutaba con la captura de criaturas frágiles y pequeñas. Hasta mucho más tarde no recordé el extraño brillo en su mirada aquel día. Pero en ese momento, Él no parecía pensar que divertirse así fuera algo malo. ¡Todo lo contrario! Cada vez que le llevaba un nuevo ejemplar, me animaba con una sonrisa.

A medida que pasaban los días, me iba acostumbrando a su silenciosa presencia. Comíamos a mediodía, cerca de algún riachuelo y, por la noche, en granjas donde, para recibirnos, nos sentaban en torno a la mesa familiar. Y, por más que busque en mi memoria, no recuerdo ningún incidente, gesto o palabra que lo enfureciera conmigo.

¿Tal vez sea otra cosa?

Me llevó semanas, incluso meses, empezar a entenderlo al fin. Percibir la razón más profunda de mi calvario. Yo no había hecho nada malo. No había sido necesario, porque yo era el mal. Mis

verdaderos padres lo presintieron y por eso me abandonaron. Me echaron de sus vidas, como quien acaba con una plaga o un animal enfermo. Era yo quien arrastraba la desgracia a mi paso. Todo tenía sentido: el rechazo al nacer, el hospicio, la desaparición de mi padre adoptivo, el brutal desarraigo de la infancia, la llegada de Él, el encierro y el sufrimiento. Debía pagar por todo el mal que había en mí y del que, hasta entonces, no había sido consciente. Dios me entregó a Él para expiar el único pecado del que era culpable. El de existir.

El último día caminamos hasta el anochecer. Cuanto más nos acercábamos a la gran ciudad, más carros y gente había en la carretera. Pero, sin que yo comprendiera bien el motivo, el Vicario renunció a pedir ayuda. Después de tantos kilómetros caminando, mis piernitas no me sostenían. Estaba agotado y eso nos obligaba a hacer muchas paradas. A Él no parecía molestarle. A la menor queja, Él me permitía descansar un rato sin rechistar. Sin embargo, si le sugería que parara una carreta, respondía de forma sistemática que no estábamos muy lejos y que había que hacer un último esfuerzo.

A ese ritmo, llegamos a nuestro destino bien entrada la noche. Tenía hambre y sed. Estaba muerto de cansancio y me dolían todos los músculos. Apenas pude distinguir las recias siluetas de algunas casuchas en la oscuridad. Al pasar, los perros tiraron de sus cadenas y comenzaron a ladrar enfurecidos, pero nadie asomó ni la punta de la nariz. Los habitantes ya estaban en la cama, así que nadie se dio cuenta de nuestra llegada.

La casa se encontraba un poco alejada del pueblo. Estaba rodeada por un jardín amurallado, con la vegetación abandonada. El Vicario sacó un manojo de llaves del bolsillo de la sotana. Abrió la puerta y, con una sonrisa, me dejó pasar primero. «Ves, te dije que al final llegaríamos. Bienvenido a casa, muchacho». A continuación, volvió a cerrar la verja con cuidado. Hizo lo mismo con la puerta de la entrada.

En el interior, olía a cerrado y a viejo. Me dejé caer en la primera silla que encontré. El Vicario encendió una lámpara y salió a buscar agua del pozo. Cuando volvió, yo ya estaba medio dormido con la cabeza entre los brazos. Me sacudió el hombro con suavidad para despertarme. En la mesa, frente a mí, había un plato con tres buenas lonchas de jamón, galletas, ciruelas y un gran vaso de agua enrojecida de vino. Me dijo que podría dormir tanto como quisiera, pero que primero tenía que recuperar fuerzas. Luego se sentó frente a mí, al otro lado de la mesa. No compartió mi comida. Sonriente, se limitó a verme comer y beber. La única lámpara de la habitación dibujaba sombras movedizas en su rostro y hacía bailar dos brasas incandescentes en el fondo de sus ojos.

De pronto, sentí vértigo.

Todo empezó a dar vueltas a mi alrededor.

Cerré los ojos para intentar detener las vueltas frenéticas que me daba la cabeza. Mis párpados se volvieron pesados, muy pesados. Ya no podía abrirlos. Y de repente, sentí cómo me deslizaba hacia un lado. La silla se volcó conmigo encima y me sumergí en la nada.

Cuando me desperté, estaba totalmente desnudo. Me habían quitado toda la ropa y me habían atado al cuello un cordón de cuero con una pequeña cruz de madera. La oscuridad era total, pero enseguida me di cuenta de que no estaba en una habitación.

Por el olor…

Un tufo a humus y descomposición. Un hedor a sepulcro. A tientas, exploré el espacio a mi alrededor. Descansaba en un banco, un simple tablón de madera remachado a una pared de piedra. También había una manta hecha una bola que olía a moho. Me enderecé para sentarme. De nuevo, sentí náuseas y permanecí inmóvil hasta que la tormenta que se desataba en mi cráneo se calmó. Sentí el suelo de tierra bajo los pies descalzos. Frío. Compacto. Poco a poco, mis ojos se acostumbraron a la noche que me envolvía. Se me formó un nudo en la garganta al contemplar el sótano por primera vez.

Gruesos muros de piedra, un ventanuco en lo alto, oculto por unos tablones bien clavados por fuera. Al final de un tramo de escaleras, había una puerta de madera reforzada con herrajes y una gran cerradura. Unas cuantas cajas, una estantería con botellas vacías.

Y la jaula…

Estaba hecha de barras de acero y fijada al suelo.

Tenía las mismas dimensiones que la caseta de un perro grande.

Al verla, una mano helada me apretó el corazón. Sin saber por qué, supe de inmediato que Él iba a encerrarme ahí. Un terror con garras y colmillos se derritió sobre mí. Quise gritar, pero el sonido no atravesó mi garganta anudada por el miedo. Me acurruqué en mi tabla y, mientras temblaba de pies a cabeza, sollocé durante horas y horas. Igual que un niño perdido.

Así pasó el primer día, y el Vicario no apareció.

En la mañana del segundo día, entró por la puerta y me tendió un cuenco con agua y un bol que contenía unas gachas asquerosas. A pesar de la sed que tenía, traté de morderle la mano.

Pero estaba demasiado débil para sorprenderlo. Esquivó mi ataque y me golpeó con violencia. Primero a puñetazos, luego a patadas. Se ensañó conmigo. Sin rabia aparente, con paciencia; de forma meticulosa y sin pronunciar una sola palabra. Cuando dejé de llorar y de retorcerme en el suelo, me arrastró por los pies hasta la jaula y me encerró dentro.

El tercer y cuarto día, seguí allí encerrado. No podía sentarme ni tumbarme del todo. El Vicario me dejaba la comida fuera de la jaula.

Tenía que agarrar las gachas con las manos y meter la lengua por los barrotes para sorber el agua del cuenco. Peor que un perro.

Por fin, el quinto día, el Vicario me liberó del collar de metal. Me dio un cubo y un cepillo, y me ordenó que limpiara el interior de la jaula, sucia por mis deposiciones. Esta vez, obedecí con docilidad y Él me observó con una expresión de intensa satisfacción. Cuando terminé, me alzó la barbilla con una mano larga y pálida y me acarició la nuca, como habría hecho con un fiel amigo de cuatro patas. «Bien, eso es. Estoy muy contento contigo. Eres un buen chico». El sonido almibarado de su voz me dio ganas de vomitar.

Hasta el décimo día no me trató de forma diferente a un perro. Eso era lo que se moría de ganas de hacer desde que me atrapó en sus redes. Y ese día, ya lo creo, ese día, me lamenté no ser solo eso…, un perro.

Su perro.

Su perro en vez de su cosa.

10

Nuevas confidencias

Estaba lloviznando.

Un tiempo apropiado para las circunstancias. La lluvia, fina, compacta e incesante, cubría el cementerio de Père-Lachaise con un velo melancólico. Alrededor de la tumba, donde cuatro sepultureros bajaban el féretro de Lucien Dauvergne, se congregaba en silencio un grupo numeroso, bajo un bosque de paraguas.

Solo personas de la alta sociedad, vestida de luto. Familiares y amigos cercanos en primera fila. La señora Dauvergne rozaba el desmayo, aferrada al brazo de su marido para no dar un espectáculo al derrumbarse bajo el peso de su propio dolor. Detrás de la pareja, y como borrada por ellos, la poco agraciada silueta de su hija, Félicienne. Los sollozos que la adolescente contenía a duras penas detrás de su pañuelo de batista hacían que la parte superior de su cuerpo se sacudiera. En un segundo plano, se encontraban las personas del círculo profesional y político del diputado. Valentin reconoció al doctor Tusseau por su barba en punta y su apariencia huesuda. Otros rostros pertenecían a grandes personajes de la alta sociedad parisina. Además estaban el prefecto del Sena, media docena de diputados, los banqueros Dominique André y Émile Pereire, y una estrella de la abogacía, Antoine-Brutus Grisselanges.

El joven policía estaba apartado de la multitud, apoyado en un mausoleo de mármol. Por un momento, su mirada abandonó la ceremonia funeraria y se dirigió a las estelas y bóvedas de los alrededores. La maraña de piedras y vegetación, bajo la opaca llovizna otoñal, despertó en él sombríos pensamientos. Esas tumbas ocultas bajo la hojarasca, con sus, a menudo, grandilocuentes epitafios que celebraban la gloria o la belleza le hacían pensar en una prestigiosa ciudad de la antigüedad, ahora en ruinas y en vías de desaparecer bajo el manto de la vegetación. Esa necrópolis, con apariencias de jardín inglés, simbolizaba a sus ojos la lucha irrisoria y desesperada que

libraban los hombres para domesticar a la muerte.

Un movimiento bienvenido se inició entre la multitud de luto, y eso lo arrancó de su meditación sombría. Los sepultureros habían terminado de bajar el féretro, y los feligreses, antes de ofrecer sus condolencias a los familiares del fallecido, se preparaban para desfilar delante de la tumba con el hisopo en la mano. Félicienne Dauvergne se quedó atrás, congelada por el dolor. Valentin aprovechó para acercarse con discreción a ella y se las arregló para llamar su atención.

—Señorita —susurró lo bastante bajo como para que solo la muchacha lo oyera—, fui a Los faisanes coronados. Tengo que decirle algo. ¡Ahora!

La adolescente de semblante redondo adoptó un aire angustioso. Sus párpados revoloteaban de forma frenética como las alas de una mariposa que golpea una ventana. Miró con inquietud a su padre, que acababa de quitarse los guantes para responder a los saludos de los asistentes.

—No será largo —dijo Valentin, que usó un tono tan tranquilizador como insistente—. Pero si quiere que descubra la verdad sobre la muerte de su hermano, tendrá que ayudarme de nuevo.

Félicienne no contestó, pero se apartó de la cola que había ante el recipiente de agua bendita. Las gotas de lluvia golpeaban la tapa del ataúd y provocaban un sonido atroz, hueco y lúgubre. Este monótono tamborileo les permitió hablar en voz baja.

—¿Qué quiere? —preguntó Félicienne susurrando—. A mi padre no le gustaría que le hablara de Lucien. Tiene mucho miedo de que se deteriore su reputación.

—¿Por eso me hizo llegar aquel mensaje a escondidas? Pero, antes de nada, ¿qué le hace pensar que la muerte de Lucien pueda tener relación con las personas que frecuentaba en ese café?

—¿Ha ido de verdad?

—Hace dos días, sí. Tengo muchas razones para pensar que algunos republicanos se reúnen allí en secreto. Probablemente, extremistas que no han aceptado la disolución de la Sociedad de Amigos del Pueblo.[10] ¿Lo sabía usted?

Félicienne dudó un instante y fingió no haber oído la pregunta.

—Lucien siempre ha sido un dulce soñador. Aborrecía todo lo relacionado con el comercio y las finanzas. Sentía un gran odio por lo que él mismo calificaba como «el espíritu mezquino de la burguesía». Eso desencadenaba la furia de nuestro padre, que le reprochaba su ingratitud y le acusaba de morder la mano que le daba de comer.

—¿Discutían a menudo?

—Cuando Lucien era más joven, sí, pero, desde que alcanzó la mayoría de edad, mi hermano se alejó, por así decirlo, del nido

familiar. Alquiló una habitación en la calle Angoulême y comenzó a escribir poesía y teatro. De no haber sido por esta horrible tragedia, ¡se habría convertido en un gran artista!

Al pronunciar esas últimas palabras, no pudo contener un sollozo ahogado.

—No ha respondido a mi pregunta —insistió Valentin—. ¿Por qué me escribió que el responsable de su muerte se encuentra entre los habituales de Los faisanes coronados?

—Quería mucho a mi hermano, pero he de reconocer que la constancia no era su mejor cualidad. Su carácter apasionado lo conducía a dejarse llevar con demasiada facilidad. Últimamente, se mostraba entusiasmado con los ideales republicanos. Decía que la alta burguesía había confiscado al pueblo la Revolución de Julio. Por lo que entendí, sostenía que era urgente actuar para obligar al Gobierno a adoptar reformas liberales. Yo era la única persona en quien confiaba, pero, a decir verdad, su exaltación me preocupaba un poco. Para tranquilizarme, me dijo que no era el único que opinaba así. Lo presioné un poco y logré que me confesara que se había unido a una especie de hermandad secreta que celebraba sus reuniones en ese famoso café.

—Nada de esto me aclara por qué piensa usted que esos hombres pueden ser los responsables de su muerte.

La joven giró la cabeza hacia sus padres y Valentin sintió cómo palidecía de repente. Él se volvió en la misma dirección y vio que Charles-Marie Dauvergne los miraba fijamente. No dejaba de estrechar la mano a amigos y conocidos, pero solo respondía a sus condolencias asintiendo con gestos breves de cabeza. Su expresión de pena se transformó en un gesto de profunda irritación.

—No podemos seguir cuchicheando así—añadió Félicienne a toda prisa—. Todo lo que puedo decirle es que Lucien había cambiado mucho recientemente. No solo por las nuevas ideas que le habían metido en la cabeza. Yo… creo que estaba enfermo de los nervios. Desde hacía varias semanas, sufría debilidades repentinas.

—¿Cree que eso está relacionado con su muerte?

—No soy médico, pero ¿cómo podría ignorar esa posibilidad? Y hay algo más inquietante aún. Hace unos diez días, estábamos celebrando mi cumpleaños. Para la ocasión, Lucien había venido a casa a cenar y a dormir. Entonces, ocurrió algo muy extraño…

—¿Qué pasó? —preguntó Valentin sin tratar de ocultar su impaciencia.

—Aquella noche me desperté al oír unos pasos frente a la puerta de mi habitación. Era Lucien. Parecía estar sufriendo un ataque de sonambulismo. Andaba con los ojos muy abiertos, pero era incapaz de

verme u oírme.

—¿Qué hizo usted?

—Nada en absoluto. Tenía demasiado miedo de agravar la situación si intentaba sacarlo de ese peculiar estado. Estaba a punto de pedir ayuda cuando, al final, volvió a su habitación. A la mañana siguiente parecía haber recuperado su estado normal, así que no me atreví a decírselo a nadie. No dejo de reprochármelo desde su horrible muerte.

Valentin sintió pena por aquella frágil adolescente con los ojos hinchados. Aunque no solía mostrarse muy empático con sus semejantes, tuvo la necesidad de dedicar unas palabras de consuelo a Félicienne.

—No puede culparse —dijo de un modo tranquilizador—. Nadie habría podido anticipar semejante catástrofe. Pero ha hecho bien en confiar en mí. Si consigo arrojar algo de luz sobre las circunstancias que rodean la muerte de su hermano, se lo deberé a usted en gran medida.

El funeral estaba a punto de terminar. Para evitar la creciente lluvia, la gente se apresuró a hacia la salida, donde esperaban sus carruajes. Frente a la tumba solo quedaba la familia más cercana. El policía sacó su reloj de bolsillo. Aún tenía tiempo de buscar la dirección exacta de la habitación que Lucien Dauvergne había alquilado en la calle Angoulême —un detalle que no figuraba en el expediente— para realizar una rápida visita de inspección.

Bajaba por la alameda bordeada de panteones cuando advirtió a una mujer vestida de negro, que parecía haber asistido a la ceremonia, pero alejada voluntariamente. Era bastante joven y, por lo que Valentin pudo apreciar, a pesar de que llevaba la capucha del abrigo sobre la cara, también era bastante guapa. La joven permaneció a unos veinte metros de la fosa, cerca de otra tumba, mientras veía cómo los enterradores tomaban las palas y echaban los primeros terrones de tierra sobre el ataúd. Sus crispados dedos retorcían con ansia un pañuelo de encaje.

Intrigado, Valentin la adelantó sin detenerse. Luego, tras haber avanzado un poco más, se ocultó detrás de un cobertizo para las herramientas, desde donde podía vigilar a la desconocida. Cuando esta se decidió por fin a salir del cementerio, solo los empleados seguían ocupados alrededor de la última morada de Lucien Dauvergne. Incluso la familia, desconsolada, se había marchado ya del lugar. Era como si esa solitaria mujer hubiera insistido en ser la última en tener un cara a cara con el difunto.

Al salir del cementerio, Valentin la siguió con mucha discreción. ¿Quién era? ¿Qué relación había tenido con Lucien Dauvergne? ¿Le sería útil para la investigación? Mientras la seguía de lejos para que no

lo descubriera, las preguntas se agolpaban en su cabeza. Si bien al principio aceptó su incorporación temporal a la Sûreté con un poco de fastidio, ahora no podía ocultar que el caso Dauvergne se había adueñado de sus pensamientos. Había demasiados detalles intrigantes en este caso. Una defenestración delante de su madre, en medio de una fiesta, sin motivo aparente. Un cadáver con una sonrisa dichosa. Una sociedad secreta… y ahora una misteriosa desconocida, que parecía ser cercana al difunto, pero cuya existencia nadie había mencionado. Había buenas razones para coger el gusto al asunto.

Valentin analizaba a su objetivo mientras avanzaba. A juzgar por su forma de andar y su aspecto, pensó que tendría entre veinte y veinticinco años. Su oscura indumentaria denotaba cierto estilo, pero no procedía de un gran fabricante. Resultaba difícil identificar con exactitud su rango social. Desde luego, no era ni una trabajadora ni una empleada, pero tampoco pertenecía a la alta sociedad. La calidad de las telas era mediocre, el corte del montón y sus zapatos estaban un poco gastados, por lo que tenía que rodear los charcos en el maltrecho empedrado. Además, nadie la esperaba a las puertas del Père-Lachaise y, a pesar de la lluvia, no había hecho ninguna señal a los dos coches de plaza libres con los que se había cruzado.

Uno tras otro, entraron en París por el fielato de Aunay, bordearon la prisión de mujeres de la Petite Roquette, cruzaron el canal de Saint-Martin y subieron hasta el Bulevar du Temple. El mal tiempo había ahuyentado a la muchedumbre que habitualmente se agolpaba allí, en un ambiente festivo y agradable, desde el final de la tarde hasta bien entrada la noche. A lo largo de las alamedas plantadas de árboles que bordeaban la calzada, la mayoría de las barracas de los malabaristas tenían las contraventanas cerrada. Sus coloridos carteles parecían grises bajo la lluvia y las lonas de las tiendas se agitaban con tristeza bajo el viento. La joven seguía caminando a paso ligero. Iba directa a la fachada de los pequeños teatros.

Valentin apretó el paso para acercarse a ella. Al ver que se dirigía hacia la puerta de los artistas del antiguo teatro de los Acróbatas, dirigido por la famosa señora Saqui,[11] decidió interceptarla.

—Discúlpeme por abordarla de un modo tan poco cortés, señorita —dijo al tiempo que la sujetaba por el brazo—. Pero ¿me concede un momento?

La joven desconocida se giró con brusquedad. Para analizarlo mejor, se levantó el borde de la capucha y reveló el rostro de una atractiva morena.

—Déjeme adivinar —respondió ella, que lo observó desde abajo—. Apuesto a que usted es como todos los demás. No tienen más que una idea en mente.

—¿Se puede saber cuál? —preguntó Valentin, convencido de que

ella había malinterpretado sus verdaderas intenciones e imaginaba que estaba tratando con un vulgar seductor.

Pero las palabras que soltó entonces, con una risa encantadora, lo desarmaron por completo:

—¡Asesinarme, por supuesto! ¿Qué si no?

11

Pasos en la niebla

—¡Una verdadera hecatombe! Desde principios de año, he hecho un recuento exacto. Me han apuñalado en ciento treinta y cinco ocasiones, me han envenenado doscientas cincuenta y seis veces y me han seducido o secuestrado quinientas veintinueve veces.[12] Así que, imagínese, cuando me ha abordado en la puerta de los Acróbatas, he pensado que era uno de esos autores que no piensan más que en verme morir en las tablas por los hermosos ojos de Talía.[13]

Se llamaba Aglaé Marceau y acababa de cumplir veintidós primaveras. Era actriz y su chispeante belleza le permitía interpretar a jóvenes primerizas en breves interludios dramáticos que se alternaban con la pantomima y los números acrobáticos que eran las especialidades del teatro de la señora Saqui. Durante los últimos doce meses, el joven Dauvergne había empezado a frecuentar con asiduidad los teatros del Bulevar du Temple y había convertido a la joven, cuya obra le había encantado, en su musa habitual.

—Asistía a las representaciones casi cada dos noches —explicó, y sopló con delicadeza la taza de chocolate mientras se sentaba con el inspector en un café frente a los teatros—. Esa fanfarronería suya me resultaba entrañable, aunque era evidente que acababa de salir de la falda de su madre y nunca había conocido a una mujer. Dijo que era una actriz demasiado buena para limitarme a los melodramas y al vodevil. Según él, yo merecía triunfar en el escenario del Théâtre des Variétés o del Théâtre-Français. Su ambición era escribirme un gran papel para una obra que eclipsara todas las obras maestras de sus predecesores. Y hay que reconocer que ponía de su parte. Pasaba casi todas las noches encerrado en su habitación, ¡mientras rellenaba páginas y páginas!

—Lo dice con ironía —remarcó Valentin.

—Su opinión sobre mi supuesto talento y su certeza de superar a Scribe o a Hugo probaban que no tenía más criterio sobre el arte

dramático que sobre cómo comportarse con las mujeres. Pero, al final, me conmovió con su torpeza e ingenuidad. Era el tipo de hombre que falta a una cita por quedarse dormido encima de su manuscrito y luego te entierra en rosas durante días para compensarlo.

Valentin dudó antes de hacer la siguiente pregunta. No quería ser demasiado directo ni herir la sensibilidad de su interlocutora, pero su falta de experiencia con las mujeres hacía que se sintiera incómodo. Por mucho que buscara en su cabeza, no encontraba la frase adecuada. Desesperado, preguntó de sopetón:

—¿Usted lo amaba?

La bella actriz bajó la taza. Su mirada se ensombreció por un momento. Toda su persona desprendía un encanto travieso y una energía amistosa. Ni una pizca de sensiblería en su rostro ocurrente, con la barbilla firme y grandes ojos castaños dorados.

—Si quiere saber si éramos amantes, la respuesta es no —dijo al final, y miró fijamente al inspector—. Para serle franca, creo que no le habría importado. Pero ¿cómo enamorarse de un hombre al que quieres cuidar más que acostarte con él? Para mí era más como un hermano que un posible amante. Su repentina muerte me ha causado un gran dolor.

Para ocultar su apuro, el inspector tosió en su mano.

—Eso me ha parecido antes, en el funeral.

—¡Ah! ¿Estaba usted allí?

Valentin asintió con la cabeza. Cuando antes se presentó a la joven como el policía encargado de investigar la muerte de Lucien Dauvergne, se abstuvo de decirle que la había seguido desde el cementerio.

—¿Por qué ha permanecido alejada?

—Pensé que a Lucien le habría gustado que estuviera presente. Pero, francamente, ¿cree que me habría sentido cómoda en medio de toda esa bonita colección de ropa?

Lo decía sin rencor, como un hecho evidente que era inútil lamentar. Casi a su pesar, Valentin se sorprendió al mirarla con mayor interés. Era una persona graciosa que combinaba la franqueza, un carácter fuerte y unas bonitas formas, sin darse esos aires de coquetería afectada tan frecuentes entre las bailarinas y las actrices.

«Debe de impresionar a muchos hombres. ¡No me extraña que el joven Dauvergne sintiera que le crecían las alas!».

—La hermana de Lucien dice que había cambiado mucho últimamente. Hizo alusión a un posible problema nervioso e incluso al sonambulismo. ¿Usted notó algo similar?

—¿Se refiere a una especie de enfermedad? No, yo no iría tan lejos. No obstante, debo admitir que Lucien no había sido el mismo en las

últimas semanas. Decía que un autor digno de ese nombre no podía desinteresarse de la evolución de su país. Lo había conocido por su carácter desenfadado, pero se había vuelto taciturno y sentencioso. Decía que quería crear una obra que educara a las masas y reavivara la llama de Julio. Rebosaba de grandes palabras: fraternidad, igualdad, universalidad, educación, emancipación, revolución… ¿Alguna vez se ha dado cuenta de que las palabras que terminan en «-dad» y «-ción» tienen el singular poder de marear?

Valentin se abstuvo de comentar y, sin perder el hilo, continuó:

—¿Tiene idea de qué pudo provocar semejante metamorfosis?

—Algunas lecturas que le habrían desequilibrado la mente. Cuando conocí a Lucien el invierno pasado, siempre tenía la nariz metida en una colección de versos, pero últimamente se había aficionado a leer la prensa de la oposición y siempre llevaba un libro del que citaba pasajes enteros de memoria. He olvidado el título, pero el autor es aquel famoso revolucionario al que asesinaron en su bañera.

—*¿Las cadenas de la esclavitud,* de Marat?

—Eso es, sí. Lucien afirmó que nada había cambiado realmente desde entonces, que el pueblo no había roto aún sus cadenas y que ya era hora de abrirle los ojos.

Antes de dejarla, Valentin obtuvo de la actriz la dirección exacta de Dauvergne, en la calle de Angoulême, y una copia de la llave. Salió directo hacia allí; solo tenía que cruzar el bulevar.

En cuanto a la vivienda, el vástago del diputado Dauvergne no ocupaba más que una buhardilla, apenas amueblada, en lo alto de un viejo edificio. Resultaba evidente que el rico burgués no había visto con buenos ojos los cambios de rumbo de su hijo y que, al menos en parte, le había cortado el grifo.

El inspector no necesitó ni una hora para registrar de forma exhaustiva un espacio tan pequeño. Una cosecha escasa, sin duda. Un revoltijo de borradores cubiertos de versos mediocres, varios ejemplares de *La Tribune* y *Le National,*[14] y, escondido en el desaliñado dobladillo de una gabardina, el mismo papel ingeniosamente plegado que él que le había quitado la noche anterior a Évariste Galois del bolsillo. Había un detalle: al desplegar la hoja, en el reverso del menú había una línea dibujada con pluma. La escritura era la misma que la de los poemas. Decía: «Tres golpes cortos, dos golpes más lentos».

Cuando Valentin volvió a la calle, se dio cuenta de que ya era de noche. Con el descenso de las temperaturas, el aire húmedo se condensaba en una espesa niebla que las farolas teñían de un amarillo intenso. El policía apenas distinguía la calzada, pero conocía demasiado bien la ciudad como para preocuparse. Decidió atajar por el barrio de Saint-Antoine.

Mientras avanzaba, se abandonó al flujo de sus pensamientos. Su conversación con Félicienne Dauvergne y las confidencias de Aglaé Marceau habían reforzado su opinión de que la desaparición de Lucien se debía a su reciente conversión a los ideales republicanos y a su repentino cambio de carácter. Dichos acontecimientos estaban demasiado próximos entre sí como para tratarse de una simple coincidencia. Quedaba por descubrir cómo esa toma de conciencia política había conducido, en tan solo unas semanas, a que un hombre joven, con un futuro prometedor, se suicidara. Y, para ello, ya no cabía la menor duda de que Valentin debía correr el riesgo de infiltrarse en el misterioso cenáculo de Los faisanes coronados.

Mientras pensaba en la mejor manera de lograr sus fines, el inspector había llegado al barrio de Sainte-Avoie, con su laberinto de fangosas, pútridas y asfixiantes callejuelas. Allí, en ese París oscuro e insalubre, se refugiaba una fauna consagrada a la más miserable de las existencias: huérfanos, obreros en paro, prostitutas clandestinas carcomidas por la sífilis, rufianes de baja estofa… Fue en ese pantano urbano donde, cuatro años antes, Hyacinthe Verne había perdido la pista del Vicario.

Al recordar a su padre desaparecido, Valentin sintió una mano helada que le apretaba el corazón. El funeral de Lucien Dauvergne no había hecho más que despertarle oscuros recuerdos. El único funeral al que había asistido hasta ese momento era precisamente el de su venerado padre. Se acordaba muy bien del insoportable dolor que lo sacudió entonces. Todo había sido muy repentino. De la noche a la mañana, su existencia se convirtió en una tragedia. Hyacinthe Verne lo atropelló un coche de punto con el tiro desbocado en un muelle del Sena . Recibió un golpe en la cabeza y murió prácticamente al instante. Unos días más tarde, cuando Valentin ordenaba los papeles del difunto, se encontró con un archivo oculto en el cajón secreto de un escritorio. El contenido lo conmocionó. Fue como si un velo se rasgara de repente ante sus ojos. Como si el mal hubiera encontrado la forma de atravesar las míseras barreras erigidas para protegerlo. Todo estaba detallado allí, en aquellas páginas ennegrecidas por la elegante letra de su padre. Entonces, Valentin leyó la terrible historia de Damien, el niño abandonado que había caído en las garras del monstruo. Se enteró de que su padre estuvo siguiendo al Vicario durante siete largos años y nunca le contó nada. Que dedicó toda su energía a ello, y gastó un esfuerzo y un dinero considerables. Gracias a su persistencia había descubierto varias de las guaridas del monstruo, pero siempre llegaba demasiado tarde. Y, al final, le perdió la pista en el ajetreo del París popular.

Valentin se sintió abrumado por el dolor al descubrir el historial del Vicario, plagado de terribles asesinatos. Se encerró en una sombría

rumia de la que casi nunca salía. Lo único que consiguió sacarlo de su postración fue el deseo de continuar la obra de su padre. En lo más profundo de su ser, estaba convencido de que le correspondía a él tomar el relevo. Estaba seguro de que tan solo él podía ayudar a Damien. La muerte del Vicario era lo único que liberaría al niño de su noche perpetua.

Nueve campanadas repicaron en la torre de una iglesia. El sonido, extrañamente amortiguado por la gruesa capa de algodón que llenaba las callejuelas, sacó a Valentin de sus pensamientos. Entonces se dio cuenta de que llevaba varios minutos desorientado, había estado caminado al azar y rozando las fachadas de las casas con la punta del bastón. Se detuvo para intentar ubicarse. Detrás de él, bastante cerca, le pareció oír el eco de una pisada que se interrumpía con un ligero desajuste. Esperó sin moverse, en completo silencio. No le llegó ningún otro ruido. Sin duda, lo había engañado algún fenómeno de resonancia provocado por la niebla.

Incapaz de leer las señales de las calles, decidió confiar en su instinto para continuar su camino. Después de todo, le bastaba con seguir la ligera pendiente de las calles para llegar hasta los muelles del Sena. Desde allí, le resultaría más fácil orientarse y llegar a su casa en la orilla izquierda. Con esta decisión, retomó su laboriosa marcha sumido en esa niebla que parecía un puré de guisantes.

Sin embargo, unos cien metros más adelante, se detuvo de nuevo. El mismo sonido de antes hizo el eco de sus propios pasos. Era como si alguien lo siguiera desde la distancia y pisara por donde él. Prestó atención. Nada. Tan solo ese silencio acolchado, casi palpable, que apagaba los rumores habituales de la ciudad. «¿Estaré siendo víctima de mi imaginación?». Valentin conocía bien la tenebrosa reputación del barrio. Cada semana se registraban una gran cantidad de actos violentos, producto de una miseria que consumía las almas. Robos, atracos, ajustes de cuentas… Como casi todas las víctimas eran pobres o pertenecían a la mafia, las autoridades hacían más o menos la vista gorda. A lo sumo, de vez en cuando, la policía organizaba una redada en esos barrios. Dichas operaciones servían para atrapar a las chicas en situación irregular, a los vagabundos, a los huérfanos o, en el mejor de los casos, a algunos condenados fugitivos.

Puesto que ya no percibía ningún ruido o movimiento sospechoso en la niebla, Valentin reanudó su marcha. Ahora, no obstante, estaba concentrado en su entorno y pendiente de no perderse en sus pensamientos. Gracias a eso, unos minutos más tarde, detectó un pequeño sonido que tal vez no habría notado si sus sentidos no hubieran estado alerta. Ahora estaba seguro de haber oído el roce de un zapato en el empedrado. Además, no podía ser el eco, porque el zapato hacía un ruido metálico que le recordaba al calzado reforzado

que usan algunos lisiados de nacimiento. Ya no había ninguna duda: había alguien detrás de él. Además, el desconocido estaba un poco más cerca que la vez anterior. Por el sonido, Valentin calculó que se encontraba a menos de diez metros.

Sin previo aviso, se dio la vuelta y deshizo rápidamente la misma distancia. ¡Nadie! O bien al otro le había dado tiempo de esconderse en algún rincón, o bien Valentin lo había rozado, en medio de esta insalubre melaza, sin divisarlo. Molesto y perturbado, giró varias veces sobre sí mismo antes de retomar su camino en dirección al Sena mientras apretaba el paso. Durante unos minutos, tuvo la ilusión de que la persona que lo estaba siguiendo se había rendido, puesto que no había ni rastro de ella. Poco a poco, Valentin se relajó. Dos o tres callejuelas más y llegaría a los muelles. Allí, el peligro desaparecería.

Empezaba a reprocharse el haberse alarmado por nada justo cuando un pequeño golpe seguido de una blasfemia ahogada resonó muy cerca de él. Con el corazón acelerado, se dio la vuelta con brusquedad e intentó atravesar la gruesa y mullida cortina en vano. A pesar de ello, dijo:

—¿Hay alguien ahí?

De inmediato, se dio cuenta de su error. Su voz serviría a su misterioso seguidor —quienquiera que fuera y cualesquiera que fueran sus intenciones— para localizarlo. Antes incluso de que sintiera un brusco movimiento por la izquierda, su instinto le dictó que se echara contra la fachada más cercana. Tal vez, ese reflejo le salvó la vida. Un objeto contundente le rozó el cráneo y cayó con fuerza en la unión entre su cuello y el hombro. Aturdido, con el lado izquierdo paralizado, el inspector supo que tenía que reaccionar rápido.

Se sobrepuso al intenso dolor, sacó la virola del bastón y mostró una fina hoja de acero. Con los brazos en posición de defensa, se precipitó hacia delante en la dirección aproximada en la que el impulso debería haber lanzado a su agresor. Luego, en tres ocasiones, se movió hacia delante y soltó varias estocadas a ciegas. En el último asalto, la punta encontró cierta resistencia al final del recorrido. Entonces, con un juego de muñeca, aumentó su alcance. Enseguida se oyó una queja desgarradora y, justo después, unos pasos torpes que se alejaban por la niebla.

Muy tocado como para emprender una persecución incierta, Valentin se dejó caer de rodillas sobre el grasiento empedrado. El cuello le palpitaba y las estrellas centelleaban ante sus ojos. Se esforzó en respirar profundamente para controlar el acelerado ritmo de su corazón. Poco a poco, el dolor que le adormecía todo el lado izquierdo disminuyó. Entonces, se acercó la hoja del bastón-espada a la cara.

En una longitud de unos cinco centímetros, la punta estaba teñida de un brillante color escarlata.

12

En la boca del lobo

No sin cierto recelo, Valentin se acercó al dueño de Los faisanes coronados. A pesar de que era por la mañana, el cabaret estaba igual de lleno que en su primera visita. El dueño seguía en su asiento favorito, en la entrada de la cocina, donde olía a fritanga. Tenía una pipa en la boca y se balanceaba sin fuerzas al tiempo que se apoyaba en las patas traseras de la silla.

La noche anterior, después del ataque, el inspector se curó la herida —un feo moratón en forma de huevo de paloma en la clavícula— mientras pensaba en los últimos avances y en la mejor manera de continuar la investigación.

Cuanto más pensaba en ello, más sospechosa le parecía aquella agresión en medio de la niebla. De haber sido un vulgar ladronzuelo que creía estar atracando a un burgués descarriado, el individuo lo habría amenazado primero para robarle la cartera. Solo habría recurrido a la fuerza para hacer frente a una posible resistencia. En cambio, su misterioso agresor aprovechó la niebla para acercarse a él e intentó rematarlo desde el principio. Dada la violencia del golpe, si Valentin no se hubiera apartado justo a tiempo, le habría destrozado el cráneo. No, en definitiva no se trataba de un simple atraco, sino de un intento de asesinato.

¿Habría sido a causa de sus primeras investigaciones? ¿Habrían molestado tanto a alguien como para que se atreviera a atacar directamente a un agente de la ley? A Valentin le costaba creerlo. No estaba más que al principio de su investigación y solo había recogido algunos testimonios, pero ninguno era realmente decisivo. Aunque ¿por qué otra razón iban a atacarlo? En cualquier caso, la única pista que tenía era sobre las actividades de aquellos republicanos que celebraban sus reuniones secretas en el café de Los faisanes coronados. No le quedaba más remedio que volver allí y tratar de averiguar más sobre lo que ocurría en la trastienda del local. A pesar del riesgo

potencial, la aproximación frontal le pareció la mejor manera de proceder.

De acuerdo con esa decisión, que tomó el día anterior, el joven policía se plantó frente al dueño. Este último se encontraba ocupado hurgándose las uñas con la punta de un cuchillo de cocina. Hizo una pausa, limpió la hoja con el brazo y examinó a la persona que tenía enfrente desde abajo. Su napia rojiza y llena de venas purpúreas eran un indicio más que suficiente de que no se contentaba con vender su vino, sino que además lo probaba con frecuencia.

—¿Desea algo, buen hombre? —Le apestaba el aliento a alcohol y a sarro de dientes podridos.

Valentin se abstuvo de responder, pero, imitó la escena a la que había asistido tres días antes y abrió el puño para revelar el menú doblado de manera que solo aparecieran las palabras «sin coronas».

«Ábrete, sésamo. Es el momento de la verdad. Ya no hay marcha atrás».

El patrón pestañeó un par de veces antes de asentir con la cabeza.

—Muy bien, guarde eso —gruñó—. No es un habitual, ¿verdad? Tengo memoria para recordar jetas, y no habría olvidado una cara de ángel como la suya.

—Soy amigo de Lucien Dauvergne. Fue él quien me habló de las reuniones en la trastienda. Quería presentarme a estos caballeros.

—Nada de nombres, ¡maldita sea! —escupió el dueño entre dientes al tiempo que miraba a su alrededor, molesto, para asegurarse de que ningún cliente los hubiera oído—. Maldita sea, ¿para qué tenemos una señal de reconocimiento, entonces?

Valentin puso cara de arrepentimiento y siguió dócilmente al patán, que se había levantado de la silla para guiarlo hasta la puerta del fondo. El dueño del café sacó una gran llave de debajo del delantal, abrió la cerradura y se hizo a un lado antes de invitar a su huésped a entrar. Le lanzó un guiño de complicidad mientras pasaba y le murmuró:

—Última habitación a la derecha, al final del pasillo.

Luego cerró la puerta, que le golpeó al inspector en los talones. La cerradura volvió a sonar con un golpe seco.

«Primer obstáculo superado. Ahora empieza lo bueno. Mi pequeño Valentin, vas a tener que jugar en serio».

Cuando se preocupó por la forma más segura de entrar en aquel sitio, el joven policía llegó a la conclusión de que la única opción era echarle agallas. Al fin y al cabo, si los antiguos compañeros de Lucien se veían obligados a utilizar un signo acordado de antemano, era porque no todos los que acudían a esas famosas reuniones secretas se conocían. Nada sorprendente. Desde la disolución de la Sociedad de

Amigos del Pueblo, numerosos informes de la policía hablaban de intentos menos anárquicos de constituir una organización republicana oculta. Por falta de coordinación, esos círculos secretos, auténticos islotes de insurrectos en potencia, competían entre sí con el objetivo de tomar la delantera y ganar en número de reclutas a los demás. De ahí que muchos de ellos cometieran una serie de imprudencias que facilitaban en gran medida la vigilancia a la Prefectura de Policía. Solo la indulgencia del poder actual explicaba que los principales agitadores no hubieran sido encarcelados aún.

El pasillo en el que acababa de entrar Valentin era un espacio apestoso y sin luz. Unos dibujos medio descoloridos cubrían la pintura desconchada de las paredes. Cuatro puertas sobresalían de entre las sombras, de dos en dos, un par frente al otro. El inspector se dirigió a la que le había indicado el propietario. Pegó la oreja a la puerta. Le llegó el bullicio de unas voces, pero apenas captó un par de palabras inconexas que carecían de sentido.

A sabiendas de que solo tendría una oportunidad, decidió confiar en la ingenuidad e inexperiencia del difunto Lucien Dauvergne. Después de todo, los poetas no son buenos revolucionarios. Contuvo la respiración y llamó a la puerta, con la secuencia de golpes que el chico había cometido el error de anotar. Tres golpes rápidos, y luego dos más separados.

Las voces se callaron de inmediato. Una silla raspó el suelo. Unos pasos se acercaron a la puerta sin prisa. Se levantó un pestillo. El listón se apartó y la llama de un quinqué buscó el rostro de Valentin en la oscuridad.

—Pase, camarada. No se ha perdido nada. Acabamos de empezar.

Al mismo tiempo que sonaba la atractiva voz, una mano se posó en el hombro del inspector y lo instó a cruzar el umbral. El portador de la lámpara lucía una sonrisa fraternal. No tendría aún veinte años y su aspecto desaliñado bastaba para que cualquier ojo entrenado identificase a un estudiante del Barrio Latino.

Al abandonar la oscuridad del pasillo, Valentin tuvo que entrecerrar los ojos para examinar el lugar. Se encontraba en una especie de sala de estar con muebles sencillos. Unas cortinas oscuras ocultaban la única ventana. Enseguida, el policía dirigió su atención a las personas que había en la habitación. Una docena de ellos estaban sentados alrededor de una mesa alargada, repleta de botellas, vasos, hojas, bolígrafos y tinteros. Tres lámparas humeantes marcaban el relieve de sus caras, tallaban unos bordes afilados y creaban vacíos en la oscuridad.

—Muévase —dijo el hombre, con aspecto de dandi, que estaba sentado en el centro de la mesa—. Que le veamos un poco mejor.

Valentin accedió. Al adentrarse en la luminosidad de las lámparas,

examinó con más detenimiento los rasgos y la vestimenta de quienes estaban frente a él. Dos o tres obreros en bata, estudiantes, algunos con el uniforme de la politécnica, y cuatro burgueses en traje.

El inspector se dio cuenta de que, al menos, conocía a dos de ellos. El primero era el maestro Antoine-Brutus Grisselanges, un abogado bien conocido por sus ideas liberales, al que ya había visto el día anterior en el funeral de Dauvergne hijo. El segundo se llamaba Étienne Arago. Era un dramaturgo que dirigía, con cierto éxito, el teatro Vaudeville, pero, aun así, no podía competir en fama con su hermano mayor François, un eminente astrónomo y físico, miembro de la Academia de Ciencias, nombrado consejero general del Sena, en septiembre. Ambos hermanos eran también unos republicanos acérrimos y a Valentin no le sorprendió encontrarse con uno de ellos en la asamblea.

Curiosamente, quien presidía la sesión no era ninguna de esas dos figuras parisinas, sino el hombre de elegante vestimenta —redingote de lana rojo y corbata fijada con un alfiler de oro—, que se sentaba entre ellos. Tenía un rostro de facciones marcadas, una nariz aguileña y un fino bigote castaño cuidadosamente recortado. Acariciaba de forma distraída, con la punta de los dedos, el mango de una campanilla metálica que tenía delante.

—No te conocemos —señaló con un tono neutro—. ¿Cómo te llamas y en qué trabajas?

Valentin se vio tentado a dar un nombre falso, pero justo a tiempo recordó que había cometido el error de revelar su identidad a Évariste Galois cuando lo abordó a la salida del café. El joven matemático no estaba en la reunión, pero, si la investigación del policía lo llevaba a asistir a otras sesiones de ese tipo, sus caminos podrían volver a cruzarse. Era mejor ceñirse a una verdad a medias.

—Me llamo Valentin Verne y soy oficinista.

—Ninguno de los miembros aquí presentes ha solicitado el ingreso de un nuevo candidato como tema a tratar en el orden del día. ¿De parte de quién vienes?

—Era amigo de Lucien Dauvergne —respondió Valentin con fingida confianza. Luego, al recordar que el padre del fallecido tenía una fábrica en el Oise, añadió—: Él me convenció para dejar Senlis, de donde vengo, y unirme a vosotros.

—¿Te han informado sobre el primero de nuestros principios, al que debes adherirte sin reservas si pretendes ser uno de los nuestros?

—Lucien me habló mucho de los ideales republicanos que defendéis. Los comparto todos con entusiasmo.

—¿Profesas, entonces, que únicamente el pueblo es soberano, y que el primer deber de todo gobierno es establecer dicha soberanía

como un hecho y como un derecho?

—Lo proclamo alto y claro.

Los tres hombres del centro de la mesa intercambiaron una mirada cómplice.

—Dauvergne está muerto —comentó el abogado Grisselanges al tiempo que se volvía hacia el inspector—. ¿Cómo sabemos que dices la verdad y no eres un soplón?

—¿Cómo podría estar aquí si no me hubiera hablado de sus reuniones? El pobre desventurado tenía pensado presentarme. Yo, para honrar su memoria, pensé que debía acudir, pero si no confiáis en mí, lo mejor será que me retire de inmediato.

Arago se inclinó entonces hacia el presidente de la reunión, seguido rápidamente por Grisselanges. Los tres hombres intercambiaron algunas palabras en voz baja. Entonces, el caballero del traje rojo volvió a dirigirse a Valentin en el mismo tono tranquilo:

—Nuestro secretario —hizo un gesto con la cabeza en dirección a Grisselanges— señala, con razón, que las normas de nuestra sociedad establecen, por razones obvias de seguridad, que un miembro en activo debe apadrinar a cualquier candidato. El suicidio de nuestro difunto camarada lo despoja de tal posibilidad. Sin embargo, nuestro tesorero —hizo otro movimiento con la barbilla, esta vez en dirección a Arago— objeta, de forma no menos pertinente, que ya tienes el código de reconocimiento, lo que acredita tus palabras. Por lo tanto, hemos decidido someter tu afiliación a la votación de esta asamblea.

Valentin miró a la docena de rostros que tenía delante.

—Señores —dijo con un toque de gravedad—, me atengo a su decisión. Sea lo que sea, créanme, el ardor de mis convicciones no cambiará.

—Tus palabras te honran, ciudadano —comentó el presidente, que agitó su campanilla—. Ahora vamos a pedirte que te retires. Espera en el pasillo el resultado de la votación. Si al menos dos miembros se oponen, rechazaremos tu afiliación.

Con un gesto de la mano, el mismo estudiante de antes se levantó para abrir la puerta e hizo una breve llamada. A diferencia de lo que Valentin había imaginado, no fue el dueño del café quien lo recibió en la puerta, sino un hombre alto y pelirrojo con la cara manchada de serrín. El inspector siguió al recién llegado por el pasillo.

El pelirrojo fue a buscar un taburete en la habitación de enfrente y se lo dio a Valentin sin mediar palabra. Luego, colgó su quinqué en un clavo, cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en la pared para esperar.

—¿Cree que les llevará mucho tiempo? —preguntó Valentin, solo para entablar conversación.

Pero su guardián ni siquiera se molestó en responder. Con el ceño fruncido, se limitó a soltar un gruñido, cuyo significado era más que evidente. Después, sacó un arpa de boca del bolsillo del chaleco y se puso a tocar una serie de notas quejumbrosas con el instrumento.

Con todo, su indiferencia solo era aparente, y Valentin no tardó en darse cuenta de que lo ojeaba de vez en cuando y giraba la cabeza de forma brusca cada vez que sus miradas se encontraban.

La espera no duró mucho. Menos de diez minutos después, llamaron a Valentin de nuevo a la sala de la reunión. Todos los miembros se pusieron de pie para el anuncio de los resultados de la votación. El inspector se sintió aliviado al notar que la mayoría de ellos le sonreía de forma acogedora. Tan solo el abogado Grisselanges mostraba una expresión algo ceñuda.

El presidente de la reunión agitó la campanilla y, con voz solemne, anunció:

—Ciudadano Verne, los miembros de la sección de Renovación Jacobina, reunidos hoy en sesión ordinaria, han decidido por unanimidad, a excepción de un voto, admitirlo entre sus filas. Bienvenido a nuestra comunidad. Tras recibir las felicitaciones de sus compañeros, lo invito a tomar asiento con nosotros.

Siguieron apretones de manos, abrazos fraternales y presentaciones rápidas. Valentin se enteró de que el hombre del atuendo rojo, que dirigía la sección, no era otro que Fauvet-Dumesnil, el periodista con el que, según Évariste Galois, el joven Dauvergne había tenido unas palabras pocas semanas antes de suicidarse. Era imprescindible que el inspector supiera más sobre ese famoso altercado. Pero tendría que ser paciente si no quería levantar sospechas. Haber conseguido que lo aceptaran tan fácilmente ya era algo inesperado. Necesitaría más tiempo para determinar si estaba tratando con idealistas inofensivos o con extremistas peligrosos.

Sin embargo, el primer punto del orden del día constituía el principio de una respuesta. La sección de la Renovación Jacobina tenía que decidir los medios que utilizarían para influir en la opinión y obtener las cabezas de los antiguos ministros de Carlos X, a los que se sometería a juicio en la Cámara de los Pares antes de fin de año. Los miembros de la asamblea acordaron enseguida que las reuniones públicas y las campañas de prensa no bastaban. Había que mantener al Gobierno bajo presión. Entonces decidieron seguir fomentando la agitación en los barrios obreros y realizar demostraciones de fuerza casi diarias bajo las ventanas del palacio de Luxemburgo.

Una vez aclarada esta primera cuestión, cuando iba a pasarse el informe del tesorero de la sección, reapareció el bribón pelirrojo. Esta vez llevaba una bandeja repleta de botellas de vino y comida. Tras reabastecer a la audiencia, se inclinó hacia el oído del presidente.

Mientras lo escuchaba, Fauvet-Dumesnil adoptó un aire sombrío que no presagiaba nada bueno. Cuando se enderezó, el camarero no pudo evitar lanzar una mirada sarcástica a Valentin. Este último no tuvo tiempo de preguntarse qué significaba exactamente esa manifestación de hostilidad, ya que Fauvet-Dumesnil retomó la palabra y se dirigió a él:

—Valentin Verne… Ese es el nombre que nos has dado, ¿verdad?

—No tengo otro.

—¿Y has dicho que fuiste oficinista en Senlis?

Un mal presentimiento se apoderó de Valentin, que se limitó a asentir con la cabeza. A su alrededor, los demás miembros de la sección se removieron en sus sillas, intrigados por el repentino cambio de actitud de su líder. Las miradas expectantes iban del joven inspector al periodista del traje rojo.

—Pues —continuó hablando con una voz tranquila y bien timbrada —, Teódulo —señaló con la barbilla al camarero pelirrojo— te ha hecho un buen examen hace un momento, en el pasillo. Está seguro de haberte reconocido y dice cosas muy curiosas. Según él, te pareces mucho a Valentin Verne, quien, hace unos tres meses, inspeccionó el burdel que regenta su hermana. Pero ese Verne no era un chupatintas. Era inspector de la Segunda Oficina de la Primera División de la Prefectura de Policía. ¿Tienes algo que decir al respecto? ¿O debemos darlo por sentado?

Valentin renunció a explicarse. La pistola de medio cañón con la que Fauvet-Dumesnil lo apuntaba al pecho bastó para convencerlo de que cualquier negación estaría condenada de antemano.

13

De Caribdis a Escila

Valentin se dejó hacer cuando los republicanos más enfurecidos se abalanzaron sobre él para someterlo. Había leído en los ojos de Fauvet-Dumesnil que no dudaría en disparar al menor signo de resistencia. En cualquier caso, sus oponentes eran demasiado numerosos como para poder escapar. Lo mejor sería mantener un perfil bajo y esperar que, tarde o temprano, se presentara una oportunidad para salir del paso.

Entonces, se produjo un momento de gran confusión. Algunos miembros de la sección, sobre todo los estudiantes, enfadados porque un policía había intentado engañarlos, le gritaban a Valentin y lo golpeaban con energía, mientras tanto otros republicanos le ataban las manos a la espalda y lo amordazaban con un fular. Fue necesaria toda la autoridad de Fauvet-Dumesnil para imponer un poco de calma:

—¡Detened un poco este alboroto! Llamaréis la atención de los clientes. Llevemos a este bicho al sótano. Allí decidiremos su destino con tranquilidad.

El tono autoritario que empleó fue suficiente para calmar, por un momento, el furor de los más exaltados. Acto seguido, dos miembros de la sección de Renovación Jacobina agarraron al inspector por las axilas y lo arrastraron fuera de la sala. Precedido por Fauvet-Dumesnil y Grisselanges, el pequeño grupo atravesó una de las puertas que daban al pasillo y descendieron por una escalera un tanto empinada, que pasaba por debajo de los cimientos del edificio. Al bajar los escalones, atravesaron una sólida puerta de madera y entraron en un espacio de modestas dimensiones, ocupado en gran parte por barriles de vino. El suelo era de tierra y las paredes estaban carcomidas por el salitre. Ningún ventanuco, ninguna ventilación.

Un olor a tierra y humedad impregnó las fosas nasales de Valentin. Se tambaleó y sus piernas casi cedieron. Se le revolvió el estómago y la cabeza le daba vueltas. Ese oscuro sótano era como una tumba. Y el

inspector tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para superar su debilidad. En la Prefectura, nadie sabía de su intento de infiltrarse en el círculo republicano. La noche anterior se había limitado a redactar un breve informe para el comisario Flanchard, en el que mencionaba que Lucien Dauvergne pertenecía a una sociedad secreta republicana que celebraba sus reuniones en el café Los faisanes coronados. En caso de que desapareciera, el informe desencadenaría una investigación *in situ,* pero era insuficiente para esperar ayuda a corto plazo. En lo inmediato, solo podía contar con sus propios recursos para evitar lo peor y escapar de la venganza de esos adversarios convertidos en verdugos. Tal certeza hizo que un sudor frío le recorriera la espalda. Atrapado como estaba, apresado por esos hombres decididos en una estrecha habitación con una sola salida, no se dio la más mínima oportunidad.

¡Estaba completamente a su merced!

Los dos estudiantes que lo sujetaban lo obligaron a sentarse en una silla desvencijada con un asiento de paja roto. Permanecieron a ambos lados, con una mano sobre cada uno de sus hombros. Valentin se dio cuenta de que un pequeño grupo de republicanos, entre ellos Étienne Arago, había aprovechado el cambio de sala para escabullirse. Sin duda, no querían verse involucrados en lo que venía después, y eso no lo tranquilizó en absoluto.

—Quitadle la mordaza —ordenó el periodista de *La Tribune*—. Antes de decidir su castigo, tenemos algunas preguntas para este siervo del poder.

—No sabía que estaba ante un tribunal —dijo Valentin con ironía cuando le quitaron el pañuelo de la boca—. A menos que sus ideales republicanos den cabida a una noción de justicia un tanto relativa.

—Usted ha venido aquí a espiarnos —escupió el abogado Grisselanges—. Merece el destino que se reserva a los traidores de todo tiempo y lugar.

El inspector notó que había pasado a hablarle de usted. Era una mala señal.

—Un alegato que vale para cualquier acusación, querido maestro —espetó Valentin con ironía—. Con su permiso, prescindiré de su elocuencia y defenderé mi caso yo mismo.

Grisselanges frunció los labios. Un destello de maldad brillaba en sus ojos. Frente a él, Valentin aparentaba una calma y un desinterés que en realidad estaban muy lejos de ser ciertos. Sin embargo, dada la situación, era consciente de que necesitaba ganar tiempo y solo podía confiar en su mente para tratar de desestabilizar a sus oponentes.

—¿Cómo se ha enterado la policía de nuestras actividades? —preguntó Fauvet-Dumesnil—. ¿Y qué esperaba descubrir usted al

infiltrarse en nuestra organización?

—Los «sin coronas»… —dijo Valentin con una fina sonrisa—. Imagino que estará orgulloso de su pequeña ocurrencia. No sé de quién fue la idea de hacer ese sutil pliegue, pero yo en su lugar estaría preocupado. Tomar como ejemplo las prácticas del extinto Ejército católico y real de Vandea, cuando uno se proclama heredero de Danton y Robespierre, es algo desafortunado.

Se oyeron protestas entre los republicanos. Solo su líder, vestido de rojo, se mostraba indiferente a las provocaciones del policía.

—No ha respondido a mis preguntas —señaló con frialdad.

Valentin reflexionaba a toda prisa. Ya solo le quedaba una última baza que jugar. Así que, sin más dilación, fue a por todas.

—Entiendo que mi presencia aquí sea motivo de preocupación. Al fin y al cabo, le he dado a vuestro sabueso la señal necesaria para llamar a la puerta. Sin ella, no habría tenido el placer de miraros a la cara.

Esas últimas palabras causaron un ligero revuelo entre los miembros de la Renovación Jacobina, pero Grisselanges los apaciguó con un gesto de la mano, seco y afilado.

—Si cree usted que nos impresiona, se equivoca. Sus amenazas mal disimuladas no nos provocan temor alguno. Un muerto lo olvida todo, caras y nombres.

—Si me matan, nunca sabrán cómo conseguí esta información ni, lo que es más importante, a través de quién.

—¿Sugiere usted que hay otro traidor entre nosotros? —preguntó Fauvet-Dumesnil.

Valentin se encogió de hombros sin perder su aparente amabilidad.

—Usted mismo lo ha dicho y le dejo la responsabilidad que conlleva emplear esa palabra.

Esa vez, se oyeron unos murmullos inquietos entre el grupo.

—¡No son más que palabras vacías! —exclamó Grisselanges, que lanzó una mirada de reproche a sus compañeros—. ¿No veis que lo único que quiere este desgraciado es crear problemas entre nosotros? ¡Haría cualquier cosa con tal de salvar su pellejo!

—Dice la verdad —comentó uno de los estudiantes con el uniforme de la politécnica—. Conocía todos nuestros códigos. ¡Alguien ha tenido que dárselos!

—No necesariamente —replicó el abogado—. Tras el suicidio de Dauvergne, la policía pudo descubrir papeles comprometedores entre sus pertenencias. Nunca se toman suficientes precauciones. ¡Acabemos con este soplón ahora mismo!

Valentin lanzó un último dardo:

—¿Y quién dice que he venido solo? Tal vez, la policía haya

bloqueado todas las salidas de Los faisanes coronados, mientras yo estoy aquí hablando con ustedes.

El abogado parecía agitado, pero Fauvet-Dumesnil reaccionó con compostura y lucidez.

—Eso, al menos, es fácil de comprobar. —Señaló a Theodule, el camarero pelirrojo que los había seguido hasta el sótano—. Sube y echa un vistazo fuera. Si de verdad estamos rodeados, lo verás enseguida.

Durante unos minutos, Valentin permaneció sentado en su silla, envuelto en el hostil silencio de los republicanos. A pesar de la serenidad que intentaba mostrar, el corazón le latía con fuerza. Había sido terriblemente imprudente al presentarse ahí solo. El breve respiro que había ganado no serviría más que para posponer el momento en que tendría que pagar por su insensatez.

Como para confirmar sus temores, la puerta se abrió de nuevo y Theodule calmó a sus compañeros. En la calle todo estaba tranquilo. No había nadie sospechoso. Una ola de alivio recorrió las filas de la pequeña asamblea.

El abogado Grisselanges se rio y señaló al inspector.

—Os lo he dicho. Este sinvergüenza se está riendo de nosotros. ¡Acabemos con este asqueroso espía!

Fauvet-Dumesnil hizo una señal a Valentin para que se levantara. Su voz conservaba ese timbre gélido que resultaba mucho más imponente que los excesos del abogado.

—La decisión la tomará toda la sección. Los que estén a favor de una liquidación inmediata que levanten la mano, por favor.

Los miembros de la Renovación Jacobina reaccionaron de forma unánime. Fauvet-Dumesnil asintió despacio.

—Esto tiene el mérito de la claridad —constató—. Colocadle la mordaza y estranguladlo con un torniquete. Esperaremos hasta el anochecer para sacar el cuerpo en un barril.

Dos estudiantes y un trabajador se apresuraron a ejecutar la sentencia fatal. Desesperado, Valentin tensó los músculos en un intento de oponer una última resistencia, que sabía condenada al fracaso, cuando una voz juvenil pero autoritaria se elevó de repente:

—¡Esperad, amigos míos! La República está orgullosa de sus héroes y mártires, pero no tolera a los asesinos.

Todas las miradas se volvieron hacia el umbral del sótano donde acababa de aparecer Évariste Galois. Detrás de él, Valentin creyó ver el rostro de Etienne Arago.

—¿Quién habla de asesinato? —refunfuñó Grisselanges—. ¿Eres tú, Galois? Este policía se ha infiltrado en nuestras filas para confundirnos. La asamblea ya ha resuelto su destino. No hay

necesidad de prolongarlo más. Merece el castigo reservado para los soplones.

El aguerrido matemático avanzó varios pasos para situarse al lado de Valentin. Después, en lugar de responder directamente al abogado, se dirigió a los demás miembros y los escudriñó con la mirada.

—¡Y yo digo que esta muerte va en contra de nuestros ideales! ¿No veis, hermanos míos, que, al ejecutar a sangre fría a este hombre indefenso, nos rebajaríamos al nivel de aquellos a los que decimos combatir? Luchamos contra las irregularidades; queremos que en este país haya más justicia y fraternidad. ¿Puede lograrse tal objetivo si se recurre al crimen?

—¡La muerte de un traidor no es un crimen!

—Traicionar es faltar a la palabra que uno ha dado a sus hermanos. Según lo que se me acaba de informar, este hombre no es más que un simple policía. Tan solo obedece órdenes. Repito que matarlo mientras esté a nuestra merced sería un asesinato.

La fuerza de convicción del joven empezaba a sacudir las conciencias de sus compañeros. Sobre todo, los estudiantes, que hasta entonces habían mostrado la mayor hostilidad hacia el prisionero, asintieron en señal de aprobación ante las palabras de su compañero.

Fauvet-Dumesnil sintió el cambio de aires y reaccionó antes de perder por completo la oportunidad:

—Te escuchamos bien, Galois. Pero ¿qué propones? Es evidente que, si liberamos a este hombre, no tardará en denunciarnos a todos. Nos perseguirán y detendrán. Las autoridades estarán encantadas de decapitar nuestro movimiento.

—Lo único que digo —continuó el matemático, que extendió las manos para indicar que no tenía respuesta a la pregunta— es que cualquier sangre derramada de forma indigna se volvería contra nosotros y supondría un flaco favor para nuestra causa.

Algunas voces se alzaron en la oscuridad para expresar su conformidad. El periodista los silenció con un gesto de la mano. Una cruel sonrisa se dibujó bajo su fino bigote.

—Si lo he entendido bien —dijo—, lo que te molesta es la ejecución. Bien, pues quizá tenga una solución. Este hombre nos ha ultrajado al proclamar falsamente su compromiso con nuestro ideal republicano. Debe pagar por ello. Estoy dispuesto a liberarlo si nos da su palabra de que no dirá nada sobre lo que ha visto y oído bajo este techo. Pero, mañana al amanecer, me encontraré con él en el campo.

—¿Un duelo?

—¡Exacto! Propongo que lo liberemos, para que nadie se preocupe por su repentina desaparición, con la condición de que prometa no denunciarnos. Tú, Galois, no te separarás de él hasta mañana, para

asegurarte de que cumple su palabra. También lo llevarás al lugar del duelo, donde le servirás de testigo. Por lo tanto, ¡no hay crimen! Tu protegido se enfrentará a mí en igualdad de condiciones y nuestra disputa se resolverá según los códigos de honor. ¿Le parece bien?

Évariste Galois se inclinó hacia Valentin y le susurró al oído:

—Acepte. Es su única oportunidad para salir de aquí con vida.

14

Espejos mortales

Poco después, Valentin, libre al fin, paseaba por las calles parisinas con su salvador. Respiró el aire frío de la mañana, aún aturdido por la forma casi milagrosa en que había salido ileso de ese horrible sótano.

—¿Cómo puedo agradecérselo? —preguntó a Évariste Galois—. De no ser por su intervención, estaba perdido.

—Por desgracia, me temo que solo le he dado un pequeño respiro. Fauvet-Dumesnil es un pistolero extraordinario. Sin duda, uno de los mejores de París. Para serle completamente franco, nunca ha perdido un duelo.

Pero Valentin estaba demasiado contento por haber salido de una situación tan mala como para pensar en el día siguiente. Se limitó a dedicarle a su compañero una sonrisa de agradecimiento.

—Supongo —dijo— que fue Étienne Arago quien le advirtió del lío en que me había metido. Lo que no termino de entender es qué le ha empujado a acudir tan rápido en mi rescate.

El joven matemático se encogió de hombros.

—No creerá que soy tan ingenuo como para no sorprenderme cuando un supuesto amigo de Lucien Dauvergne me aborda en plena calle. Un amigo cuyo nombre nunca había mencionado, ni siquiera a mí. Mis sospechas aumentaron cuando, un poco más tarde ese mismo día, me di cuenta de que mi «sin coronas» había desaparecido. Usted me habló de la Academia de Ciencias. Así que fui a los archivos de esa noble sociedad para ver si encontraba su rastro.

—¿Y cuáles fueron los resultados de su investigación?

—Un tal Valentin Verne, inspector de policía y corresponsal de la Academia, presentó el pasado mes de junio un trabajo sobre la presencia sistemática de equimosis subpleurales o subpericárdicas en las muertes por asfixia. Indagué, y descubrí que, hace cuatro años, el mismo Verne había participado en los experimentos químicos del famoso profesor Pelletier.

—Sigue sin decirme por qué ha intervenido en mi favor.

—Mis convicciones políticas se inclinan por una fraternidad idealizada. Por tanto, ¿cómo no sentirme cercano a un hombre honesto, sea cual sea su trabajo, que se interesa por la ciencia? No soy de esos extremistas que se dedican a demonizar a todos los servidores actuales del poder. La República no renunciará a los policías, ¡sobre todo si son eruditos!

—¡Pues sí! —exclamó Valentin con alegría—. No puedo más que alabar esta generosa apertura de mente. De no haber sido por su animada defensa, sus amigos me habrían enviado de inmediato al otro mundo.

Habían llegado a la calle de Enfer. Eran casi las once de la mañana. Tras la verja de los Jardines de Luxemburgo, la niebla se deslizaba con suavidad entre unos árboles desprovistos de hojas. El canto de los pájaros se ahogaba con el traqueteo metálico de las carrozas que, brincando sobre el suelo embarrado, amenazaban con salpicar en cualquier momento a los dos viandantes.

—Desde que el Gobierno ordenó la disolución de la Sociedad de Amigos del Pueblo —explicó Galois—, nos hemos vuelto muy precavidos. Sospechamos que el poder quiere silenciar a la oposición republicana. Y, para los más vengativos de entre nosotros, los policías no son más que servidores de la opresión.

—¿Usted también piensa así?

—Digamos que no confío para nada en la burguesía que se impuso tras las Jornadas de Julio, ni en este rey con falsa apariencia de burgués. Si el pueblo no se hace oír como es debido, se le reprimirá igual que en los momentos más sombríos de nuestra historia.

—Sin embargo, estará de acuerdo conmigo en que, hasta ahora, Luis Felipe ha sido bastante tolerante con sus oponentes. Se ha restablecido la libertad de prensa, y las manifestaciones se dispersan solo en casos de auténtica violencia.

Évariste Galois dirigió una sonrisa maliciosa a su interlocutor.

—Pero al mismo tiempo —observó con ironía—, los detectives de la policía se convierten en espías.

—Le aseguro que se equivoca. Yo solo me he interesado en las actividades de su pequeña sociedad clandestina por Lucien Dauvergne. Mis jefes me pidieron que investigara su sospechosa muerte.

—Creía que se había establecido que el desafortunado hombre se suicidó.

—Pero hay algunos detalles inquietantes, y espero que me perdone por no mencionarlos, que deben aclararse.

—Bueno —respondió el matemático, cuyo aspecto se había ensombrecido de repente—. Si lo que dice es cierto, me temo que ha

puesto su vida en riesgo por muy poco. Puedo asegurarle que la Renovación Jacobina no tiene nada que ver con esta muerte. Hay algunos exaltados entre nosotros, pero queremos establecer el poder del pueblo a través de la reforma de las instituciones. Como ha visto, el propio Fauvet-Dumesnil renunció a cometer un crimen cuando lo convencí de que su ejecución sería eso mismo: un asesinato.

—Una vez más, tiene usted todo mi agradecimiento.

El joven Galois parecía contrariado.

—Por desgracia y a pesar de todo, todavía está metido en un mal negocio. Ese duelo…

—¡Ese duelo puede esperar hasta mañana! —le interrumpió Valentin con alegría al tiempo que le daba una palmada amistosa en la espalda—. Por lo pronto, sigo vivo y coleando, y le propongo que lo celebremos en mi casa ¡con una botella de champán!

Los dos hombres siguieron su camino, a través de un París húmedo y gélido, hasta la calle de Cherche-Midi. Estaban a punto de entrar en el elegante porche del número 21 cuando oyeron una voz imperiosa tras ellos:

—¡Inspector Verne! ¡Inspector Verne, se lo ruego!

Valentin se dio la vuelta. En la acera de enfrente, se encontraba estacionado un coche de plaza con el cochero sentado en su sitio, listo para fustigar a la yunta. Al otro lado de la puerta entreabierta, un hombre se inclinaba y hacía grandes gestos con la mano.

—¡No puedo creerlo! ¡Jamás esperaría verlo aquí!

—¿Quién es? —preguntó Galois.

—Mi superior directo, el comisario Flanchard. No sé qué quiere, pero no puedo permitirme ignorarlo. Sospecharía que algo no va bien.

El matemático se mordió el labio. Pareció dudar sobre qué hacer, aunque al final asintió con la cabeza.

—Está bien —concedió—, ¡adelante! Pero recuerde que me he responsabilizado de usted. Ha prometido guardar silencio y estar presente mañana en el lugar del duelo.

—No se preocupe, allí estaré. Puede recogerme aquí mismo al amanecer. Estaré a su entera disposición. Mi apartamento ocupa todo el tercer piso.

Los dos hombres intercambiaron un fuerte apretón de manos para sellar su acuerdo y Valentin se apresuró a cruzar la calzada. El comisario Flanchard le dio la bienvenida con bastante frialdad:

—Hace casi una hora que ando con el quinqué frente a su puerta y hace un frío glacial. Me preguntaba dónde diantres se había metido. A juzgar por su aspecto desaliñado, ¡uno diría que viene de una boda!

El percance que Valentin acababa de vivir en el sótano de Los faisanes coronados había atentado contra su habitual y elegante

manera de vestir. Llevaba la corbata parcialmente desatada, la levita, repleta de manchas, y los bajos de los pantalones, rotos. Por encima de todo, el pómulo hinchado y el labio cortado daban buena cuenta de los golpes que había recibido. Si no dependiera más que de sí mismo, se habría marchado para darse un baño caliente y tomar una copa de Armañac como reconstituyente.

—¿Una boda? ¡La novia debía de ser una auténtica arpía!

—¡Vamos! —dijo el comisario al tiempo que una sonrisa iluminaba su cara de león—. ¡Suba, Verne! Cuéntemelo por el camino. Lo llevo ante el prefecto de la Policía. Quería recibirnos a los dos juntos.

El jefe de la policía parisina tenía mal aspecto. Con el traje apagado, la tez amarillenta, la nariz huidiza y las mejillas flácidas, Amédée Girod de l'Ain parecía un pastor anglicano con problemas intestinales. Sentó a sus dos subordinados en un despacho austero y estrictamente funcional.

—Caballeros, los he convocado por este triste asunto de Dauvergne. El padre de la víctima es un viejo amigo. Como imaginarán, tras la muerte de su único hijo, está destrozado. Ha insistido en que se lleve a cabo una investigación exhaustiva para aclarar las circunstancias de la tragedia. Al principio acepté su petición, más por compasión que por otra cosa. Parecía evidente que se trataba de un suicidio.

El comisario Flanchard estuvo muy de acuerdo:

—Todos los testimonios recogidos apuntan en esa dirección.

—Al hojear el expediente que me ha enviado, señor comisario —continuó el prefecto, que señaló una gruesa cartera de cuero marrón, sobre un escritorio—, me ha llamado la atención un detalle. Se trata del espejo frente al que el joven Dauvergne estuvo un buen rato justo antes de defenestrarse.

—Varias personas han dado fe de ello —confirmó Flanchard con cautela.

—Me parece curioso que un joven lo bastante desesperado como para suicidarse ante los ojos de su propia madre se tomara el tiempo de mirarse al espejo, como si se hubiera preparado para una cita romántica. ¿A usted no, comisario?

—Es un hecho bastante singular. El inspector Verne, aquí presente, me entregó ayer un nuevo informe que pone de relieve otros detalles inquietantes, aunque parece difícil sacar conclusiones.

—Lo leeré con mucho interés. Mientras tanto, siento decir que este caso va a ser mucho más tortuoso de lo esperado.

El prefecto de Policía echó su silla hacia atrás y comenzó a caminar por el despacho, con las manos cruzadas a la espalda. Frunció el ceño, contrariado.

—Imaginen, señores, que desde ayer por la tarde hemos tenido que lamentar una nueva y aún más insólita muerte. El señor Tirancourt, viajante de comercio y célebre bonapartista, se quitó la vida en una casa de citas cerca del Palais-Royal. Al parecer, el individuo fue presa de un repentino ataque de locura mientras se encontraba en compañía de una… digamos que de una anfitriona de la casa. Rompió todos los cristales de la habitación con un candelabro antes de amenazar a su acompañante con una pistola. Al oír los gritos de la joven, los empleados se apresuraron a entrar y derribaron la puerta que el tipo había bloqueado. En el instante en que irrumpieron en la habitación, este movió el arma hacia sí mismo y se disparó en el pecho. Sin embargo, la muerte no fue inmediata, y el hombre tuvo tiempo de susurrar algunas palabras antes de exhalar su último aliento.

—¿Y qué dijo?

—Precisamente eso es lo más extraño de todo. Tirancourt pronunció las siguientes palabras: «Los espejos me obligaron a hacerlo».

—¿Los espejos? —repitió Valentin, que logró ocultar a duras penas su escepticismo.

—Tres personas afirman haber escuchado lo mismo. Ahora entenderán por qué me siento tentado de hacer la conexión con el suicidio de Lucien Dauvergne.

—Quizá no sea más que una coincidencia —aventuró el comisario Flanchard—. Usted mismo ha dicho que era como si ese Tirancourt hubiera perdido la cabeza. ¡Diría cualquier cosa!

—¡Son coincidencias muy lamentables, comisario Flanchard! Mi amigo, el diputado Dauvergne, me dijo que su hijo se había convertido recientemente a los ideales republicanos. En cuanto a Tirancourt, de nombre Michel, era un antiguo oficial del tirano corso, sospechoso de ser un agitador en el entorno de los *demi-soldes.*[15] Esto no me gusta, Flanchard. ¡No me gusta nada!

—¿Qué espera de nosotros, señor? —preguntó con deferencia el comisario—. Estamos completamente a su servicio.

—Necesitamos saber si estas dos muertes, tan violentas y seguidas, esconden una tentativa de desestabilización. No hace falta que diga lo delicado que es el contexto político. Esta mañana, al señor Laffitte se le ha encomendado la tarea de formar un nuevo Gobierno. Al asignar esta tarea a los más liberales de sus partidarios, el rey intenta claramente desarmar a la oposición republicana. Por otra parte, la primera decisión de Laffitte ha sido nombrar al par de Francia encargado de investigar el caso de los ministros encarcelados en Vincennes. Y ha designado esta función al vizconde Alphonse de Champagnac, un hombre moderado. Se trata de tranquilizar al pueblo

con garantías de que el proceso se celebrará mucho antes de fin de año. Hasta entonces, debe reinar la calma en la capital. No es cuestión de que una espectacular ola de suicidios se cierna sobre los opositores al Régimen. Toda la política de apaciguamiento a que aspira Luis Felipe correría el riesgo de quedar en jaque.

—Si lo entiendo bien, señor prefecto, sería deseable que la investigación del inspector Verne concluyera de forma oficial que estos dos suicidios son, en efecto…, suicidios. Pero, si por casualidad fuera otra cosa, le pondríamos remedio. Con discreción, claro.

Girod de l'Ain se frotó las manos y sus labios se curvaron sobre los dientes en un laborioso estiramiento que seguramente reemplazaba a una sonrisa.

—Veo que nos entendemos a la perfección, Flanchard. Y no olvide mantenerme informado con regularidad del estado de la investigación. En cuanto a usted, inspector… —El prefecto se volvió hacia Valentin y chistó al notar por primera vez su rostro hinchado—, tiene carta blanca para llevar a cabo todas las investigaciones que considere necesarias. No escatime ni en esfuerzo ni en tiempo, pero llegue al fondo de esta aberrante historia de los espejos.

15

Diario de Damien

Me encontraba realmente confuso. Unas cosas puntiagudas, ardientes y voraces me molestaban sin descanso. Miedo y sufrimiento físico, por supuesto, pero no era lo único. También ira, abatimiento, soledad y vergüenza. Estuve a punto de volverme loco. Lo que me salvó fue ser solo un niño. No tenía palabras para expresar todo ese horror ni para reflexionar sobre esa pesadilla en la que me encontraba. Creo que eso es lo más confuso de todo: cuando lo peor permanece encerrado en lo más secreto de tu corazón porque no sabes cómo expresarlo en forma de palabras sensatas o tan siquiera audibles. Entonces no tienes más remedio que guardarlo en lo más profundo de tu ser. Construir un espacio interior donde encerrar todo lo que te asusta, te molesta y te hace daño. Es como cavar un sótano en la mente. Y ahí es donde colocas a la Bestia inmunda. La encarcelas y, a su vez, le niegas el acceso a otros territorios.

La mayor parte del tiempo me acurrucaba en esos espacios preservados. Logré cultivar la ilusión de ser un chico como los demás. Soñaba despierto y seguía con la mirada las líneas que el sol dibujaba en el suelo al colarse entre las tablas del ventanuco. Solía jugar a las tabas con trozos de carbón o entonaba en mi cabeza las rimas infantiles que la mujer del guardabosques me cantaba de pequeño. Por supuesto, en ese momento no era muy consciente de que me había construido un refugio mental. Era incapaz de pensar así. Sólo tenía ocho años. Era un crío. No fue hasta mucho después, cuando comprendí lo que había sucedido en aquel siniestro sótano. Puse el dedo en lo que me había permitido aguantar, resistir el encierro y *todo* lo que conllevaba.

Aunque no era muy consciente de las barreras que mi cerebro había erigido para protegerme de Él, confiaba en mi instinto de supervivencia. Dos veces al día, ese instinto vaciaba mis ojos de toda expresión. Eso se repetía cada vez que el Vicario me bajaba la comida.

Simplemente porque no habría soportado que había encontrado una manera de escapar de su dominio. Sí, al menos ese pensamiento surgió en mi cabeza. «No debe descubrir el secreto de tu escondite». Se había convertido en mi obsesión. Durante semanas y meses, temblé al pensar en lo que me convertiría si Él lograba abrirse paso. Hasta que me di cuenta de que no tenía ese poder. Porque Él no me veía como un ser humano, sino como una presa. Podía golpearme, hacerme objeto de su despreciable placer, pero era incapaz de seguirme hasta lo más recóndito de mis pensamientos. Cuando lo entendí, supe que no lograría doblegarme. Había en mí un núcleo irreductible que resistiría todos los abusos. Me quedaría dentro y esperaría al momento adecuado. Tarde o temprano, se me presentaría una oportunidad.

El tiempo… se convirtió en una noción sin consistencia real. Algo que sabemos que existe, pero que hemos renunciado a controlar. Sin embargo, casi todos los prisioneros encuentran la manera de mantener la noción del tiempo. En general, a poco que puedan seguir la pista a la alternancia de los días y las noches, consiguen dibujar palos en las paredes de sus celdas. Pero son adultos que saben lo valioso que es el tiempo, porque es lo que los une a su existencia anterior. Si se corta este hilo, te conviertes en una hoja muerta que ha caído a la superficie de un arroyo y que la corriente arrastra aquí y allá.

Ocho años… No había tenido el acierto de marcar rápidamente los días en las paredes del sótano. Cuando se me ocurrió hacerlo, ya era demasiado tarde. No sabía cuánto tiempo llevaba cautivo. Eso fue suficiente para disuadirme. Después, hice varios intentos. Pero siempre me decía: «¿Qué sentido tiene?». ¿Qué sentido tenía llevar un recuento de los días truncado? Era una tontería. No tenía sentido. Así que dejaba de hacerlo. Y luego, después de un tiempo, lo retomaba, aunque olvidaba marcar un día de cada cuatro.

Cuando la señorita Louise irrumpió de repente en mi vida, y acabó así con mi infierno de soledad, ocultas bajo mi banco, había trescientas doce muescas en la pared del sótano.

La señorita Louise… sin ella, es probable que hubiera terminado dando vueltas a las cosas en mi enclave protegido, dentro de mi cabeza. Después de todo, tal vez había un dios distraído en lo alto de los cielos que al final dirigió su mirada hacia mí. Me la había enviado como un modesto pero eficaz y poderoso ángel de la guarda.

Una mañana, al despertarme, ella apareció en el sótano. En ese momento, no me creía lo que veía. Aparte del Vicario, era el primer ser vivo que veía desde que había llegado a esa casa maldita.

Había pasado una mala noche, debido al penetrante frío que reinaba en el sótano y a las pesadillas que no me daban respiro. Con el cerebro aún obnubilado y los miembros agarrotados, desperté lentamente. Una claridad tenue y difusa teñía de gris todo el espacio a

mi alrededor. Me enderecé con dificultad y dejé que mis pies desnudos se deslizaran hasta el suelo de tierra. Me sentía como si tuviera cien años. Y la tentación de quedarme en la cama me rondaba, incluso a sabiendas de que a Él no le gustaba y me daría un buen correctivo si, cuando me llevara la ración de la mañana, me encontraba tumbado en el banco. Era un palo volver a la jaula de hierro hasta la noche. Lo había experimentado de forma cruel unos meses antes, cuando la humedad me provocó una fiebre de caballo y Él me encontró tiritando en la litera. Esa vez sí que me sacudió de verdad. Pero, cuando me sacó de la jaula, al anochecer, me había dejado una manta más gruesa. Entonces me dije que, a su manera —tan peculiar, vil, cruel y degenerada—, aún se preocupaba un poco por mí.

Esa mañana, con la cabeza entre las manos, congelado sobre mi tabla, sentí náuseas al recordarlo. Estaba asqueado, consumido, cansado. Después de todo, quizá era mejor acabar de una buena vez por todas. No levantarse más, provocar su ira para que me golpeara solo un poco más fuerte. Soportar el sufrimiento hasta el punto de no retorno…

Y fue entonces, en ese preciso momento en el que estaba a punto de abandonar la lucha, cuando me fijé en la señorita Louise.

Estaba de pie a menos de dos metros, encaramada a un cajón. Mientras me observaba con sus pequeños ojos azabache, se peinaba con la pata bien lamida y dejaba que su larga cola marrón se balanceara con suavidad en el aire. Un ratón o más bien una musaraña. De repente, dejó de moverse. Con el hocico puntiagudo, los finos bigotes y las pequeñas orejas, parecía estudiar la densidad del aire entre nosotros. Y no dejaba de mirarme, como si, en realidad, yo fuera lo más increíble que había visto en toda su existencia de animalito curioso y astuto.

Despacio, muy despacio, me acerqué a ella. Estaba demasiado lejos para alcanzarla. Y tampoco era mi intención. Solo quería ver su reacción. Con el primer movimiento que percibió, se sobresaltó, pero permaneció en su sitio. No quería asustarla, por lo que moví la mano milímetro a milímetro.

Mantenía la mirada fija en mí, y su cola, que se había detenido durante unos segundos, reanudó su tranquilo balanceo.

Tal vez parezca una tontería, pero me invadió una profunda alegría. Sentí que, con tiempo y paciencia, nos domesticaríamos el uno a la otra… Había ido bastante bien…

Tenía tiempo de sobra.

16

Bromas y cartón piedra

Desde su conversación con el inspector, Aglaé Marceau no se había quitado aquel rostro angelical de la cabeza. Había quedado encantada ante la pureza de esos rasgos y esa apariencia distinguida, pero, sobre todo, perturbada por el aura tenebrosa que desprendía toda su persona. Había algo gélido, inquietante y oculto en él que repelía tanto como atraía. A Aglaé le hubiera gustado volver a verlo para tratar de desvelar el misterio de esta doble personalidad. Al mismo tiempo, se reprochaba a sí misma esa curiosidad que, en sus destellos de lucidez, se le aparecía como lo que era: una forma lamentable de justificar la atracción física que había sentido desde el primer momento en que se vio sentada frente al atractivo policía.

«Mi pobre niña, de nada sirve pretender ser una emuladora de Claire Démar[16] si te encaprichas del primer dandi que aparece».

Y, mientras se recriminaba, Aglaé imaginó cómo se sentiría si un día el inquietante efebo la abrazara. Sin duda, sería un cambio con respecto a los besos robados y los manoseos descarados que sus compañeros masculinos —y no solo los jóvenes protagonistas— se permitían con regularidad, cuando aprovechaban el estrecho espacio entre bastidores.

Esa noche, su irritación estaba llegando al límite. El hombre cuyas manos se habían entretenido en los pliegues de su corpiño no era otro que el marido de la señora Saqui, la dueña del teatro, a cuya compañía se había unido ocho meses antes. Y, a este, no era cuestión de darle una buena bofetada o una patada en la espinilla. Sin embargo, ganas no le faltaban. No había encontrado nada mejor para deshacerse de él que amenazarlo con la ira de su prometido, un elegante inspector de la Sûreté con mucha influencia que, con un simple chasquido de los dedos, cerraría el teatro. El señor Saqui se retiró a toda prisa. Si había algo que temía en este mundo, aparte de las homéricas rabietas de su señora esposa, era el fantasma de la

bancarrota. Un par de tetas, por muy redondas y firmes que fueran, no valía tanto como un teatro lleno y unos ingresos generosos. Dicho esto, al vejestorio no le gustó mucho el desaire y se prometió a sí mismo vigilar más de cerca la compañía de la joven actriz. Si la muy pícara le había tomado el pelo, la despediría de inmediato. ¡Veremos si sigue haciéndose la tonta una vez que la echen a la calle!

Sin saber lo que pasaba por la cabeza de su patrón, Aglaé debería haber disfrutado plenamente de su fácil victoria. No hizo nada de eso. La espontaneidad con la que había inventado una relación amorosa con su apuesto inspector demostraba lo mucho que este rondaba sus pensamientos. *¿Su* inspector? No, ¡realmente debía recuperar el dominio de sí misma! ¿Qué había de extraordinario en ese chico rubio para que la atrajera tanto? Desde el día anterior, no pasaba una hora sin que cayera en un dulce ensueño cuando evocaba unas veces el verde de sus ojos y, otras, el contorno de sus labios. Ya era hora de seguir adelante, primero, porque tal vez no volvería a verlo y, segundo, porque tenía que cumplir con una tarea que requería toda su atención.

Decidida a no distraerse más, pegó la oreja a la puerta detrás de la que esperaba desde hacía unos minutos. Cuando sintió que por fin podía actuar, giró con cuidado el picaporte y cruzó el umbral de puntillas. La habitación parecía iluminada solo con un candelabro. La llama parpadeante dibujaba sombras titilantes en las paredes y despertaba el viejo dorado de las encuadernaciones en los estantes de una imponente biblioteca. Aglaé tomó la vela y examinó las obras, que estaban cuidadosamente alineadas. Mientras señalaba un título tras otro, su expresivo rostro delataba curiosidad, impaciencia y, más acentuada a medida que pasaba el tiempo, una terrible ansiedad.

Por fin, dio un pequeño salto y, temblorosa, abrió la puerta de cristal. Su mano tanteó a ciegas en la oscuridad del armario. Se oyó un chasquido y varios laterales comenzaron a girar para revelar un compartimento secreto. Aglaé se apoderó entonces de un montón de hojas. Con una sola mirada, supo que se trataba de los papeles que buscaba. La prueba irrefutable de la conspiración para asesinar al rey e iniciar una guerra sanguinaria contra las grandes potencias europeas.

—¡Tenías razón, hija mía! —exclamó mientras colocaba su descubrimiento sobre un pequeño velador para examinarlo más a gusto—. ¡Esta es una gran moneda de cambio para sacar a tu viejo padre de la cárcel, a donde sus enemigos lo han arrojado de forma infame!

Sin más preámbulos, se sumergió en la lectura de los documentos. Apenas se había puesto manos a la obra cuando la puerta se abrió de forma silenciosa a sus espaldas. Entonces, apareció un individuo de

aspecto triste y tenebroso, cuyo rostro desvelaba la gran oscuridad de su alma.

Vestido con un redingote lleno de parches, el sombrero ladeado y una corbata de dudosa pulcritud, llevaba una venda oscura sobre el ojo izquierdo y la barbilla cubierta por una barba de tres días. Su tétrica apariencia habría bastado para asustar al más intrépido. Y ¿qué decir del largo cuchillo cuya hoja desnuda brillaba en su mano?

Levantando exageradamente los pies, como una garza cautelosa, el hombre se acercó con sigilo a la joven, que estaba demasiado ensimismada en su lectura como para darse cuenta del peligro que la amenazaba. Su inexorable avance parecía personificar el destino en movimiento. Una vez estuvo justo detrás de su futura víctima, elevó el brazo casi desde la espalda, por encima de su cabeza, con una lentitud exasperante.

Fue en ese mismo momento, cuando se oyó una voz desafiante en la sala:

—Entonces, navajero, ¿te decides a clavar el puñal o necesitas ayuda?

—¡Cierre el pico, gallina!

El tuerto del cuchillo se detuvo y se levantó la venda para mirar a la chusma del gallinero que acababa de interrumpirlo en el momento fatídico y había estropeado cualquier efecto dramático. Ya en el patio de butacas, la *claque* desencadenaba una contraofensiva de abucheos contra los alborotadores y una salva de aplausos para animar a los dos actores a seguir con la escena. El público no tardó en dividirse en dos, y los bandos enfrentados se lanzaron insultos y pullas. El papel grasiento hecho una bola y los corazones de manzana hervidos llovían sobre la habitación desde el desván oscuro que servía de paraíso.

A falta de sentir caer sobre ella el golpe fatal que le permitiría expresar toda su ciencia de la agonía, Aglaé dejó de fingir leer y volvió a centrarse en las primeras filas de espectadores. Al instante, le dio un vuelco al corazón. Justo debajo, el apuesto rostro del inspector Verne destacaba entre la penumbra que envolvía los asientos de la orquesta. Decidido a desafiar el aceite de las lámparas que goteaban, se había sentado lo más cerca posible del escenario para ver la representación.

Aglaé temblaba de emoción, pues estaba segura de que había acudido allí solo por ella. Con la impaciencia de una adolescente en la víspera de su primer baile, olvidó todos sus buenos propósitos, se dirigió a su compañero y lo interpeló en tono quejumbroso:

—¡No vamos a pasar aquí toda la noche! ¿Te decides a dar la puñalada, sí o no?

Para gran disgusto del autor, que se escondía entre bambalinas, y

del señor Saqui, que se rasgaba las vestiduras mientras imaginaba los comentarios de los críticos en las gacetas del día siguiente, una enorme carcajada se apoderó al instante de toda la sala. Y el melodrama que supuestamente iba a hacer saltar las lágrimas a los más indiferentes del bulevar tomó entonces, y hasta que cayó el telón, el cariz de comedia burlesca.

—¿Las funciones siempre son tan agitadas?

Al final de la obra, Valentin aprovechó su posición como miembro de la Sûreté y se dirigió a los camerinos. Encontró a Aglaé roja de vergüenza por el fiasco del espectáculo, aunque la chica recuperó el ánimo rápidamente cuando el inspector le propuso alargar la noche juntos. Los dos jóvenes fueron a Chez Bertrand, una taberna de la calle Faubourg-du-Temple, donde los extras y los actores secundarios eran habituales. Sentados en una mesa con dos jarras de cerveza, hablaban entre el humo azul de las pipas y el hipo sulfuroso del viejo calentador.

—Bueno, ¡lo de esta noche no ha sido nada! —exclamó Aglaé, obligada a inclinarse hacia su acompañante para superar el tumulto del abarrotado café—. Antes trabajaba en el Petit Lazari. Allí, el espectáculo se produce tanto en la sala como en el escenario. Es lugar de encuentro para trabajadores y niños de los suburbios. ¡La gente del pueblo, ya sabes! Comen allí durante las actuaciones y no es raro que la basura y los restos de comida acaben en el escenario.

Casi de inmediato, se arrepintió de su franqueza.

«¡Qué estúpida! Dile directamente que no eres más que una pequeña y mediocre actriz que actúa en teatros de segunda categoría. Oh sí, de verdad, ¡qué cabeza hueca! Pensará que eres una pobre chica sin talento ni ambición, y te lo habrás merecido».

Pero Valentin estaba lejos de albergar tales pensamientos. La proximidad de la joven lo perturbó, no esperaba sentirse tan incómodo. Cada vez que ella se inclinaba hacia él, olía su perfume con notas florales y desviaba la mirada para no perderse en la hendidura de su corpiño, donde se revelaba un pecho exquisitamente redondo.

Después de dejar al comisario Flanchard y al prefecto de Policía, y de terminar sus preparativos para el duelo del día siguiente, no se atrevió a pasar en soledad la que quizá sería su última noche en esta tierra. No quería dar vueltas a la cabeza y buscaba formas de distraer sus pensamientos de aquella fatídica fecha. Entonces, pensó en la joven actriz que había conocido el día anterior. Ya que iba a arriesgar su vida al amanecer con Fauvet-Dumesnil, por qué no romper con sus hábitos monásticos y regalarse una agradable velada en el teatro. Solo al final de la obra pensó en la posibilidad de invitar a Aglaé a cenar. Lo hacía sin ninguna intención oculta, puesto que, a diferencia de la

mayoría de los jóvenes de su edad, Valentin no buscaba los favores del sexo débil. En general, se mostraba indiferente ante las mujeres. Sin embargo, a medida que avanzaba la noche, su malestar aumentaba. Era a la vez sensible a su travieso encanto y muy consciente de su incapacidad para participar en un juego de seducción.

—Sin duda, su talento merece florecer en escenarios más prestigiosos —respondió a su comentario anterior—. ¿Acaso Lucien Dauvergne no la consideraba digna de un repertorio más amplio?

—Lucien aún era un niño, y se emocionaba con facilidad. Pero, como le dije cuando nos conocimos, la moda del teatro ya había pasado de largo. Y comenzó a regalarle ramos de rosas a otra mujer.

Valentin reaccionó con una franqueza espontánea.

—¡Es imperdonable por su parte! Apuesto a que usted no tenía nada que envidiar a la nueva.

Aunque estaba encantada por el cumplido, Aglaé trató que no se le notara. No quería quedar como una tonta que perdía la cabeza con unas cuantas palabras bonitas. Y menos aún como una mujer desvergonzada que se enamora del primer corazoncito que se le presenta. Sin embargo, en el fondo, tuvo que admitir que no era insensible al inspector. A pesar de su aparente frialdad y su mirada a veces dura, había en él una especie de sufrimiento oculto. Eso era lo que le daba un aire sombrío y formaba un pliegue de amargura en sus labios. ¿De dónde procedía ese dolor? ¿Y cómo explicar el impulso que sentía de disiparlo, igual que la brisa disipa las nubes? ¿Tenía siquiera el poder de hacerlo?

Con la frente arrugada, Aglaé se mordía la punta del pulgar sumida en sus pensamientos cuando se dio cuenta de que su interlocutor la miraba fijamente, como si esperara una respuesta. Vagamente confundida, resopló y preguntó:

—Disculpe, ¿qué me decía?

—Le preguntaba quién era la persona de la que ese gran necio de Lucien se había encaprichado tanto como para atreverse a abandonarla.

—¿Le suena el apellido de la señora de Mirande?

Valentin rebuscó en su memoria, pero al final negó con la cabeza.

—No. ¿De quién se trata?

—Una mujer muy distinguida que vive en París desde el año pasado. Reside en un palacete de la calle Saint-Guillaume, donde celebra un popular salón todos los jueves. Está bien visto asistir y aún más llamar la atención. Acuden escritores, pintores y músicos, además de periodistas y políticos.

—Supongo que de ambientes republicanos.

—¿Lo dice por las creencias de Lucien? ¡Desengáñense! El salón de

la señora de Mirande es probablemente el único lugar de París en el que se ven orleanistas, legitimistas, republicanos e incluso bonapartistas codeándose en buen entendimiento. Parece que es una de sus muchas cualidades: reúne a todos los talentos de la capital, sin distinción de fortuna, origen social u opiniones políticas.

—Una anfitriona a la que no le debe faltar ni inteligencia ni encanto —comentó pensativo el inspector—. Me pregunto qué aspecto tendrá la señora. Supongo que será una belleza hechizante.

Esa hipótesis reavivó la herida que Lucien Dauvergne había causado a la autoestima de la joven actriz. Como si se hubiera acalorado, reaccionó de forma exagerada.

—¡Ya veo que usted también se muere por conocer a esa mujer! —exclamó, con molestia en los ojos—. Aunque hace un minuto no sabía ni que existía. Pero ¡qué locura!

Consternado por el repentino cambio de humor de su acompañante, Valentin quiso retractarse:

—¡Para nada en absoluto! Le aseguro que…

—Es inútil que se justifique —lo interrumpió Aglaé, esta vez con el ceño fruncido—. Entiendo a la perfección que una distinguida señora que vive en el barrio de Saint-Germain y frecuenta la buena sociedad le resulte mucho más atractiva que una modesta actriz del Bulevar.

Valentin no entendía cómo lo que había dicho había desencadenado semejante reacción, pero, al notar que se levantaba irritada de la mesa, se aventuró a poner una mano sobre la de ella. Ella no la retiró.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó en un intento de calmar la situación—. Estábamos hablando tranquilamente como buenos amigos. Se ha molestado usted sin motivo. No tengo interés alguno en esa señora de Mirande, se lo aseguro.

—Esa no es la impresión que ha dado hace un momento.

—Es usted un bichito muy gracioso, ¿sabe? Primero alegre y juguetona, hasta que de pronto se pone hecha una furia, con garras y todo. No sé qué he hecho para que se enfurezca de tal modo, pero lo lamento. Le ruego que me disculpe por mi torpeza.

Aglaé se mordió el interior de las mejillas. El policía parecía arrepentido de verdad y tenía una expresión de remordimiento que lo volvía sumamente entrañable. Con esos dulces ojos verdes y el rostro de joven dios griego, podría tener muchas conquistas femeninas. Sin embargo, había decidido pasar la noche con ella. ¡Y la pobre tonta lo avergonzaba por una minucia! ¡Se habría abofeteado a sí misma!

—No tiene nada que reprocharse —dijo ella, que bajó la mirada—. He sido yo la que ha reaccionado de manera absurda. Siempre estoy un poco nerviosa después de la última actuación del día.

—Me sentiría aún más afligido por haberla molestado —retomó Valentin con una frágil sonrisa—, porque, si el destino se pone en mi contra, usted será la última mujer con la que intercambie algunas frases en este mundo.

La mano de Aglaé se tensó bajo los dedos del joven. Su rostro se agrietó con una confusa expresión que evidenciaba su mal presentimiento.

—¿A qué se refiere?

—Mañana al amanecer me batiré en duelo. Mi oponente, si hago caso a los rumores, es un excelente tirador. Lo ve: la señora de Mirande no tiene cabida en mi futuro, el cual me temo que pronto se reducirá de forma drástica.

Mientras hablaba, Aglaé abrió los ojos de par en par por el susto. No se había equivocado al adivinar en ese hermoso rostro la sombra de un terrible destino. Muy despacio, retiró la mano y murmuró como para sí:

—¡Dios mío! ¡Qué estúpidos son los hombres!

17

Frente a la muerte

Una tímida luz se filtraba entre los troncos de los árboles y teñía de azul la negrura. A ambos lados del sendero cubierto de escarcha, en el bosque de Vincennes se alzaban los grandes robles como espectros esbozados con la punta seca. El camino llevaba a un claro en forma de círculo. Allí esperaba una berlina, con el pelaje de los cuatro caballos del carruaje humeando en el gélido aire de la madrugada. Un hombre, con un redingote largo de doble cuello y un elegante sombrero de copa, paseaba frente a la puerta. Se mesaba el fino bigote con nerviosismo y, cada poco, miraba irritado en dirección al sendero y exhalaba un suspiro excitado que se convertía en una nube de vaho en cuanto salía de sus labios.

Una voz melosa salió del carruaje:

—Le aseguro, mi querido amigo, que sería mejor que esperara dentro con nosotros. Hace mucho frío y podría enfermar. Admita que sería una lástima. Además, con esto no conseguirá que su oponente llegue antes.

—¡Lleva casi un cuarto de hora de retraso! ¡Es intolerable! Acordamos que la reunión tendría lugar a las siete, Grisselanges…

—¡Por supuesto! Yo mismo acordé todos los detalles del enfrentamiento con el pequeño Galois. Nuestro joven camarada respondió por ese servidor de la Prefectura.

—Pero, es evidente que ¡no por su puntualidad! —gruñó el hombre del redingote, que no era otro que Fauvet-Dumesnil—. Espero que no tengamos que lamentar haber confiado en ese policía.

El gran y abultado rostro del abogado Grisselanges, hinchado aún por el sueño, apareció por la puerta de la berlina.

—Ante eso, querido —dijo el abogado con un rastro de fastidio en su voz—, solo puede culparse a sí mismo. Si me hubiera escuchado, nos habríamos ocupado de ese sucio chivato en Los faisanes coronados, mientras estaba a nuestra merced. ¿Qué le hace estar tan

seguro de que cumplirá con su palabra en lugar de denunciarnos ante sus superiores?

—Galois debía vigilarlo para evitar sorpresas —contestó irritado el periodista, que había dejado ya de recorrer el suelo endurecido por el frío—. Y me enorgullezco de ser capaz de juzgar a cualquier individuo a primera vista. Ese Valentin Verne no es un hombre que falte a su palabra ni que huya ante el peligro. Estoy seguro de que vendrá. Y ya puede darlo por muerto.

—Si está usted tan seguro, ¿por qué lo martirizan tanto unos minutos de retraso?

—Es una cuestión de principios. No se hace esperar a la persona que lo va a mandar a la tumba, a no ser que sea el más grosero de… Anda, ¡mire! Parece que son ellos al fin.

Un elegante cabriolé, con la capota echada, subía al trote por la calzada. El traqueteo del carruaje daba ritmo al vaivén de los caballos, envueltos en su propio vaho. Eran bestias de porte altivo, con las sujeciones sueltas. Como bailarinas en la niebla. La escena tenía un aire etéreo y fantasmagórico.

Los recién llegados estacionaron su carruaje al otro lado del claro. Dos hombres bajaron de la misteriosa berlina y se unieron a Armand Fauvet-Dumesnil en un comité de bienvenida lleno de reproches. El individuo que había esperado en el interior del carruaje en compañía de Grisselanges tenía unos anteojos con montura de carey, además de un botiquín que revelaba su profesión: cirujano. En fila, los tres hombres observaron en silencio cómo los recién llegados se acercaban.

A la cabeza, mientras caminaba por la hierba cubierta de escarcha, se aproximaba Valentin Verne. El policía iba vestido de una forma poco habitual en él. Llevaba un sombrero mullido con los bordes acampanados y una gran capa con reflejos muaré. Bajo el brazo izquierdo había una caja plana en marquetería de olmo. Évariste Galois lo seguía de cerca, al tiempo que daba saltitos y abría los brazos con fatalismo, como si quisiera decir que él no era responsable del retraso.

—Llevamos esperando unos veinte minutos —protestó Fauvet-Dumesnil con una mirada sombría—. ¡No estoy haciéndoles ningún cumplido, señores! Los duelos deben respetarse y más vale que terminemos con esto antes de que se haga completamente de día.

—No es culpa nuestra —dijo Galois—. El coche de plaza que tenía que recogernos en casa del inspector Verne no apareció.

Valentin se quitó el sombrero para saludar de forma solemne a su contrincante.

—Siento haberlos hecho esperar, caballeros. He tenido que echar mano del cabriolé de mi vecino, el profesor Dupuytren;[17] no me ha

quedado más remedio que sacar a tan excelente hombre de la cama. Creo que me ha tomado por un loco y, de no ser por su amistad con mi difunto padre, lo más probable es que hubiera pedido a su gente que me echara.

—Nosotros nos hemos congelado mientras esperábamos hasta que se ha dignado a aparecer —dijo Grisselanges en un tono cortante—. Y sus explicaciones me parecen bastante ligeras teniendo en cuenta que se trata de un asunto de honor y que, por tanto, exige ser tratado con la más absoluta atención.

Igual que en el sótano de Los faisanes coronados, la hostilidad del abogado era evidente.

Valentin optó por responder con ironía:

—Me temo, querido maestro, que no me es posible reparar esta ofensa. A menos que el Colegio de Abogados acepte tomar su turno después de la prensa de opinión. —A continuación, se inclinó hacia Fauvet-Dumesnil—. Y que su amigo aquí presente me dé la oportunidad de dejar que lo mate previamente por compromiso, pero me temo que esa no es su intención.

—Ese tratamiento impertinente no es apropiado —espetó el abogado—. ¡Veamos si sigue siendo tan listillo con una bala de plomo en el pecho!

Valentin hizo caso omiso de los improperios y se limitó a dirigirse hacia su oponente antes de hacerle una pequeña reverencia.

—De veras, *monsieur,* si cree que haber pasado frío mientras esperaba afectará a la imparcialidad de nuestro encuentro, estoy dispuesto a posponerlo en función de su conveniencia.

En esta ocasión, Fauvet-Dumesnil agarró a Grisselanges por la manga para evitar que tomara represalias. Aunque su nerviosismo era máximo y arremetía contra los impuntuales, parecía haber recuperado la compostura desde que estos habían aparecido. En su rostro demacrado se percibía la determinación de un hombre seguro de sí mismo. Un destello asesino brillaba en sus ojos de duelista experimentado.

—Es una propuesta muy honorable por su parte —dijo, y le devolvió el saludo al policía—. Pero este asunto ya se ha demorado bastante. Vayamos al grano.

En ese instante, Valentin mostró el estuche de madera que apretaba contra su costado y se lo presentó al periodista, horizontalmente sobre los antebrazos.

—Confieso que no sé nada sobre los usos en esta materia. Sin embargo, pensé que, dado que usted se considera como la parte ofendida y, por consiguiente, ha elegido las armas, tal vez me permitiría luchar con estas pistolas, que heredé de un padre al que

veneraba.

Extendió los brazos para que Fauvet-Dumesnil tocara las dos pequeñas llaves de cobre del estuche. Este intentó abrirlo varias veces e incluso se rasguñó un poco el pulgar izquierdo, ya que los mecanismos de las cerraduras estaban algo dañados. Cuando logró levantar la tapa, descubrió, sobre un relleno de terciopelo verde, dos magníficas pistolas de duelo firmadas por Lassence Rongé. Aquellas armas, de casi cuarenta centímetros de longitud, resultaban de lo más imponente. Las culatas y las cajas eran de nogal tallado, los cañones octogonales estriados, estampados de Lieja, y los percutores grabados con follaje. Numerosos accesorios completaban la panoplia: unos frascos para la pólvora, unas varillas de limpieza, el mazo, el deshollinador, el molde de las balas…

—Mis felicitaciones —comentó Fauvet-Dumesnil después de llevarse a los labios la rozadura que se había hecho en el dedo—. Son unos utensilios magníficos. Es una pena que se hayan utilizado tan poco, al menos a juzgar por el ruinoso estado de su estuche. Bueno, ¡que así sea! Si prefiere sucumbir de ese modo, utilizaremos las armas de fuego de su padre. Nuestros dos testigos las comprobarán. A continuación, cada uno de ellos cargará una de las pistolas y las repartiremos al azar. ¿Le parece bien?

Una vez que Valentin asintió, Grisselanges y Galois se alejaron con el estuche hacia la berlina. Mientras examinaban y preparaban las armas, el cirujano recogió el sombrero, la capa y la chaqueta de cada duelista. Como hacía mucho frío, ambos mantuvieron los chalecos bordados, y Valentin se aflojó la corbata para respirar mejor.

El sorteo favoreció al periodista de *La Tribune,* que tuvo libertad para elegir el arma. Luego, mientras Évariste Galois se acercaba a Valentin con la caja, Grisselanges les recordó en voz alta las reglas del enfrentamiento:

—Caballeros, cuando estén listos, vengan y pónganse espalda contra espalda frente a mí. A continuación, contaré despacio hasta diez. Cada uno de ustedes dará un paso hacia delante. Cuando termine la cuenta atrás, y solo entonces, podrán darse la vuelta y disparar a discreción. El duelo se detendrá con la primera sangre.

Una sonrisa malévola acompañó a esa última frase. El abogado no dudaba de que la destreza de Fauvet-Dumesnil solo conduciría a un resultado: la muerte súbita de su oponente.

Évariste Galois debió de pensar lo mismo. Al tenderle el estuche abierto a Valentin, parpadeó con los ojos llenos de preocupación y no pudo evitar darle un último consejo:

—A veinte pasos, Fauvet-Dumesnil haría diana hasta en una moneda de veinte peniques. Su única oportunidad es disparar antes que él y herirlo lo suficiente como para evitar que le devuelva los

disparos. ¡Que Dios lo bendiga!

Valentin le dio las gracias encarecidamente al joven científico. Se habían encontrado alrededor de las cinco; no obstante, el poco tiempo que pasaron juntos confirmó que compartían las mismas afinidades. Sin duda, de haberse conocido en otras circunstancias, habrían sido buenos amigos. Galois en particular, que la víspera se había alegrado mucho de haber sacado al inspector de las garras de sus camaradas, se reprochaba ahora haber apoyado un duelo tan desigual. A sus ojos, no era más que un asesinato encubierto por una cuestión de honor. Y la muerte del inspector sería más inútil aún, ya que, según él, los miembros de la Renovación Jacobina no tenían absolutamente nada que ver con la muerte de Lucien Dauvergne. Había ofrecido a Valentin interceder ante Fauvet-Dumesnil para que entrara en razón, pero el policía estaba convencido de que era una pérdida de tiempo, por lo que al final lo disuadió. Ahora, de todos modos, ya no era cuestión de echarse atrás. Había que llegar hasta el final.

Mientras el cirujano colocaba sobre el banco de la berlina vendas e instrumentos para atender a un posible herido, los otros cuatro protagonistas se dirigían muy despacio al centro del claro.

Aunque no era tan mal tirador, Valentin estaba lejos de tener las facultades de su oponente en este ámbito. Habría estado mucho más tranquilo si el enfrentamiento hubiera tenido lugar con una espada, ya que siempre había cultivado cierto gusto por la esgrima, ese noble ejercicio en el que los combatientes deben luchar cuerpo a cuerpo, en el que la muerte se da o se recibe cara a cara y no de lejos, de forma rastrera y vulgar. La pistola de duelo le pesaba de un modo sorprendente, desde el extremo del brazo, justo al lado del muslo. Nunca había tenido la oportunidad de manejar un arma de fuego tan imponente. Al haber adquirido el estuche la víspera, a última hora de la tarde, poco antes de ir al teatro, ni siquiera se había molestado en entrenar con ella. La fama de duelista de Fauvet-Dumesnil le había parecido que hacía que aquello fuera del todo inútil y su deseo de olvidar la fatídica prueba en compañía de la bella Aglaé terminó de despistarlo. Pero ahora, mientras él y su rival armaban el martillo de su pistola y se colocaban espalda con espalda a la espera de las órdenes de Grisselanges, se preguntaba si había sido demasiado confiado o imperdonablemente descuidado. Además, ambas cosas equivalían a lo mismo y tendrían el mismo resultado: su cadáver tendido sobre la hierba y su sangre derramada sobre la escarcha blanca.

El abogado empezó a contar y ambos contrincantes se alejaron poco a poco. Al llegar al número «diez», ambos dieron un último paso, se giraron y se presentaron de perfil, de modo que ocultaban el pecho para ofrecer un blanco más pequeño. Valentin no pudo evitar

estremecerse. La distancia entre él y el periodista parecía increíblemente pequeña. Tuvo la escalofriante impresión de que veía el más mínimo movimiento en su rostro.

Mientras apuntaba con el arma hacia delante, se arriesgó a echar una ojeada a su lado. Évariste Galois estaba inquieto y zapateaba. Leyó en sus labios que el matemático lo instaba a disparar. De nuevo, dirigió toda su atención a su oponente. Curiosamente, Fauvet-Dumesnil tampoco parecía tener prisa por disparar. El cañón de su pistola vaciló, como si el periodista dudara sobre a qué parte del cuerpo apuntar. Valentin respiró hondo, bloqueó el aire en su pecho y se tomó su tiempo para asegurarse de no fallar.

Su dedo apenas comenzaba a apretar el gatillo cuando Fauvet-Dumesnil se decidió de una vez por todas a disparar.

La detonación sonó como un seco chasquido. El eco rebotó durante mucho tiempo en el gélido aire. Valentin cerró los ojos. Un velo rojo cayó sobre él.

18

Una visita inesperada

El portero del 21 de la calle Cherche-Midi estaba al acecho. En cuanto oyó el ruido metálico de las ruedas del cabriolé sobre los adoquines, se apresuró a abrir de par en par los dos batientes de la puerta cochera. Valentin apenas detuvo el carruaje cuando el hombre se unió a él mientras sostenía tímidamente la gorra con ambas manos.

—Me alegro de ver al señor Verne de vuelta tan pronto. ¡Ahora bien! No tuve más remedio que obedecerla. Estaba armando un buen alboroto. Pensé que alertaría a toda la gente del edificio y alrededores. ¡Una auténtica furia! De lo contrario, por supuesto, nunca le habría abierto. ¡Piénselo! Sé lo mucho que el caballero aprecia su tranquilidad.

Valentin saltó del cabriolé y se acercó al hombre, que había puesto los ojos en blanco del susto.

—¡Al diablo si entiendo algo de lo que me está diciendo, señor Mathurin! ¿Qué alboroto? ¿Qué furia? Vuelva a sus cabales y dígame con claridad qué ha pasado.

—¡Es esa mujer! ¡Un auténtico torbellino, señor Verne! Y sin embargo ya me conoce. No tengo la costumbre de dejarme impresionar por la primera persona que conozco. Pero esta mujer, esta mujer… ¡Es un verdadero demonio! Tan pronto habla con dulzura y zalamerías como se pone a gritar. Un torbellino, señor. Yo no sabía ni dónde estaba. De verdad, se lo juro. No sé cómo lo ha hecho, pero no he visto más salida que darle las llaves.

—Sinceramente, señor Mathurin —dijo Valentin, medio molesto por las confusas explicaciones del portero, y medio divertido por su expresión de desconcierto—, no entiendo nada de lo que me dice. Si empieza desde el principio, con calma…

El portero evitó la mirada del inspector y se retorció la gorra frenéticamente.

—Es una mujer joven, morena, delgada, bastante guapa. Ha

llegado alrededor de las ocho y ha exigido ver al caballero con urgencia. Le he respondido que usted no estaba, pero que pensaba volver pronto. En relación a que le oí decir a usted al profesor Dupuytren que le devolvería el carruaje por la mañana. Entonces, me ha pedido que le abriera el piso para que pudiera esperarlo. Como imaginará, me he negado. Le he comentado que no la conocía y que era inapropiado que la dejara entrar a su casa en su ausencia.

—Pero al final ha cedido y le ha entregado mis llaves.

—¡Oh, señor Verne! ¡Si supiera usted cuánto lo siento! No sé cómo lo ha hecho. ¡Ha sido muy rápido, muy confuso! Ella estaba ahí, mientras ponía muecas y profería amenazas. Ha dicho que era una prima suya que venía de provincias y que el caballero se enfadaría mucho si se enteraba de que la había echado a la calle. De verdad que no sabía qué hacer con ella.

Esa vez, Valentin frunció el ceño. Una arruga de preocupación apareció en su frente. La historia de la prima que aparece de pronto de la nada no le daba buena espina.

—Y supongo que esa persona joven se ha ido hace ya un buen rato.

—¡Nada más lejos! Aún lo espera en su casa.

Mientras refunfuñaba entre dientes, Valentin corrió sin dilación hacia las escaleras.

—¡No podía haberlo dicho antes, señor Mathurin! —Luego, en el umbral del edificio, abrumado por una repentina inspiración, preguntó sin siquiera tomarse el tiempo de girarse—. Por cierto, ¿le ha dicho la joven cómo se llama?

—Tan solo me ha dado su nombre. Ha dicho que era su prima Aglaé.

Valentin ascendía ya por las escaleras y subía los peldaños de cuatro en cuatro. En un instante, la ansiedad que le había provocado el anuncio de una presencia extraña en su guarida había dado paso a un atónito deleite. La noche anterior, cuando Aglaé Marceau supo que Valentin iba a batirse en duelo estuvo enfurruñada el resto de la cena y los dos jóvenes se separaron, no enfadados, sino estúpidamente contrariados, cada uno con la sensación de haber estropeado en parte lo que podría haber sido un momento agradable entre ambos.

Sin embargo, esa noche no hizo más que confirmar la atracción que Valentin sentía hacia la actriz desde su primer encuentro. Aunque la joven tenía unos atributos físicos innegables, no se trataba de una atracción amorosa. Había algo picante en ella, una libertad de espíritu descarada, pero que Valentin encontraba sumamente agradable. Pasaron buena parte de la cena expresando su entusiasmo por el movimiento que, con el apoyo de la prensa, que volvía a ser libre, estaba iniciando la emancipación de la mujer. Era una verdadera

seguidora de Olympe de Gouges, leía a George Sand y se emocionaba con el lugar que ahora ocupaban sus compañeras en artes como la pintura[18] o la literatura. Al principio, su rebeldía y franqueza desconcertaron a Valentin, pero luego lo sedujeron. La idea de que aquella joven tan aferrada a su independencia hubiera flaqueado por él hasta el punto de haber corrido a su casa esa mañana para conocer el resultado del duelo tomó al inspector por sorpresa, y no precisamente para su disgusto.

«Por cierto, ¿cómo ha descubierto mi dirección?».

Con esa pregunta en mente, entró de forma silenciosa en su piso. Había una capa tirada en el sillón del vestíbulo y la puerta de la sala de fumadores estaba ligeramente entreabierta. Valentin se volvió hacia ese lado. El batiente de la puerta se abrió sin hacer ruido. Las persianas seguían cerradas, de modo que la estancia se sumía en la penumbra. De espaldas al umbral, una mujer vestida de organdí, con los hombros cubiertos por un chal de muselina bordada, repasaba los títulos de las obras sabiamente colocados en la estantería.

—Mi prima de la provincia, ¡ni más ni menos! ¡Vaya, qué audacia la suya!

Valentin entró de puntillas en la sala de estar y llamó a su visitante con voz potente. Sobresaltada, la joven se dio la vuelta con una mano en el pecho.

—¡Usted! ¡Es usted! —exclamó Aglaé Marceau, con un destello de incredulidad que asomaba por sus bonitos ojos de color castaño dorado—. ¡Dios mío, me ha asustado! ¡No sorprenda a la gente por la espalda! —Entonces, de repente, plenamente consciente de la situación, dejó que una sonrisa floreciera en sus labios y juntó las dos manos como si estuviera a punto de aplaudir—. Pero entonces, si usted se encuentra aquí ante mí, eso significa que su duelo…

El inspector hizo un gesto desenfadado con la mano.

—… Eso ya es cosa del pasado —añadió de forma despreocupada —. No se puede decir lo mismo de mi oponente, que tardará unos días, si no semanas, en recuperarse de un feo arañazo que le he hecho en el brazo derecho.

La actriz frunció el ceño y adoptó un aire feroz.

—¡Una lástima por él! —dijo con vehemencia—. Resulta inaudito que se desafíe a duelo a la gente honesta. Al fin y al cabo, ya no estamos en la Edad Media.

Valentin se acercó a una consola y eligió un fino cigarro de una caja con incrustaciones. Se tomó su tiempo para disfrutar de su aroma y se pasó el cilindro bajo las fosas nasales antes de volver a hablar:

—Aprecio la preocupación que siente por mí, querida, pero esto no explica qué hace en mi casa esta mañana, ni cómo ha conseguido mi

dirección.

De forma inesperada, Aglaé no mostró el menor signo de confusión. Con las manos en las caderas, bien plantada frente a él, lo miró fijamente y frunció su pequeña y bonita nariz respingona. Le brillaban los ojos.

—Porque cree que, en cualquier momento, puede anunciar así que piensa batirse en duelo contra un destacado experto en el arte de asesinar al prójimo y que, después de tal declaración, puede actuar como si nada hubiera ocurrido. Imagínese, mi querido señor, que anoche no pegué ojo, pues no dejaba de pensar en el drama que tendría lugar esta mañana. Y que me he apresurado a ir a la calle Jerusalén a primera hora para evitar semejante locura.

—¿Afirma que ha ido a la Prefectura de Policía al amanecer?

—¿Qué podía hacer sino? Debía echarle el guante para impedir que se pusiera en peligro. Y ese era el único recurso que tenía.

—Pero ¿cómo ha convencido al guardia para que le diera mi dirección? Eso va estrictamente en contra de las normas. ¡No me diga que allí también ha hecho de prima Aglaé!

—¿Acaso tenía otra opción? Debía convencer al ordenanza para que me dejara entrar. —Vaciló por un momento antes de continuar—. Pero cuando me he encontrado frente a su superior, me he dicho que una simple prima no bastaría para convencerlo.

—¿Ha visto al comisario Flanchard? ¿Qué le ha contado?

—No esperaba que me llevaran ante un comisario. Así que… he improvisado. Le he dicho que era su nueva amante, que nos habíamos…, bueno, que nos habíamos conocido esa noche en la calle Jerusalén, me ha parecido necesario un eufemismo bíblico, en un camerino de los italianos. Que me había dejado una nota para que supiera dónde encontrarlo esta mañana, pero que se me había extraviado sin darme cuenta.

—¡Y ha conseguido que se tragara una historia tan abracadabrante!

—¡Ah, eso! —dijo la joven, que fingió estar ofendida—. Si lo desea, enfádese por la mala reputación que le he dado, pero no le permitiré que cuestione mis habilidades de actriz.

Valentin se rio y levantó las manos en señal de rendición.

—Está bien, está bien. Yo que daba la imagen de un ser taciturno, a partir de ahora, mis colegas me verán como un horrible sátiro.

—No exagere —dijo Aglaé mientras se acomodaba en una poltrona como si se encontrara en su propio salón—. Y, dígame, cómo se las ha arreglado para salir ileso de su terrible encuentro de duelistas.

A su pesar, Valentin se emocionó ante la nota de admiración que percibía en aquella petición. No obstante, la tentación de engañar a la joven no se le pasó por la cabeza ni un segundo.

—A riesgo de decepcionarla, querida Aglaé, mi victoria no tiene nada de heroica. No se debe a ninguna habilidad secreta como tirador, ni siquiera a la intervención de la providencia divina. No me andaré con rodeos: hice trampa.

—¿Trampa? —repitió Aglaé, asombrada—. Pero ¿cómo se puede hacer trampa en un duelo de pistolas? Porque supongo que tanto usted como su oponente iban acompañados por testigos; garantes del correcto desarrollo del enfrentamiento.

Valentin asintió y prendió su puro con la llama de una lámpara de aceite.

—Testigos que no vieron nada de nada. Y, créame, no me atribuyo ningún mérito. Si los deberes de mi cargo no me hubieran prohibido arriesgar mi vida de una forma tan tonta, nunca habría faltado a mi honor. Pero hay intereses superiores ante los que todo debe inclinarse. Entonces el fin justifica los medios.

—Pero ¿qué medios? —preguntó Aglaé con entusiasmo, para quien la curiosidad por ahora ganaba a las consideraciones morales—. ¿Piensa contarme de una vez cómo ha logrado evitar el disparo mortal de su oponente?

—La respuesta se encuentra en el contenido de este frasco —respondió Valentin, al tiempo que sacaba un pequeño bote del bolsillo del chaleco.

—¿Qué es?

—Se trata de una sustancia altamente tóxica procedente de una planta originaria de África: la nuez vómica. El profesor Pelletier, de la Escuela de Farmacia de París, la extrajo por primera vez en 1818 y le dio el nombre de «estricnina».

—¿Cuál es su efecto?

—Es un fármaco que actúa sobre el sistema nervioso. Presenta un gran interés terapéutico para aumentar la capacidad respiratoria y agudizar los sentidos. Sin embargo, en dosis más elevadas, provoca espasmos musculares que pueden conducir a convulsiones, paro cardíaco y muerte por asfixia. En el caso de Fauvet-Dumesnil, me conformé con una dosis que le ha causado unos trastornos musculares que le han impedido apuntar correctamente.

—Sin embargo, ha sido muy imprudente —comentó Aglaé, que abrió mucho los ojos como si se hallara ante un niño travieso—. Imagine que su bala hubiera dado en un órgano sensible…

—Ese era un riesgo que debía asumir. Tuve muy poco tiempo de preparación antes del duelo y, como le dije, no podía confiar en mis escasas habilidades de tiro.

—Sin embargo, le ha dado a su rival.

—En el brazo, aunque estaba apuntando al hombro, ¡es lo que hay!

Aglaé tembló de miedo. Entonces, al darse cuenta de que Valentin aún no le había contado todo, volvió a preguntar:

—Y esa droga tan horrible, ¿cómo se la ha dado a su oponente sin que él, o alguno de los asistentes a la reunión, se hayan dado cuenta?

—Una vez se me ocurrió lo de la estricnina, le di muchas vueltas al asunto antes de encontrar la solución.

—Deje ya su jueguecito de revelaciones a medias, ¿quiere? Cuénteme de una vez por todas cómo lo hizo.

—Un estuche de pistolas, cuya cerradura había manipulado previamente, y una aguja hueca llena de droga escondida en la cerradura para que cualquiera que forzara una de las llaves no pudiera evitar inyectarse el veneno. Lo difícil ha sido asegurarme de que empleáramos las armas que había llevado en el duelo. Ahí, he tenido que copiar su talento para la actuación y mentir con mucho descaro. Supongo que se me da bastante bien; a fin de cuentas, todo ha resultado tal y como había planeado.

En ese momento, las campanas de la cercana iglesia de Saint-Sulpice dieron las nueve. Aglaé se levantó con brusquedad.

—¡Qué tarde es! —exclamó, al tiempo que se arreglaba—. Debo marcharme, pero, ahora que sé que está usted sano y salvo, me quedo más tranquila.

Valentin no pudo ocultar su decepción.

—¿Por qué tan rápido? No he comido nada desde esta mañana. Ya que ha venido hasta aquí, tal vez podríamos desayunar juntos.

—Tal vez en otra ocasión —respondió Aglaé con una sonrisa traviesa y juguetona—. Pero hoy me resulta imposible. Tenemos una nueva obra de teatro en casa de la señora Saqui; empieza el próximo martes y los ensayos, hoy. Debo estar en el teatro a las diez.

Una vez se hubo quedado solo, Valentin se perdió en sus pensamientos por un momento. Era la primera vez en su vida que sentía tal afinidad con una mujer, seguramente porque también era la primera vez que una mujer no se sentía abrumada por la perfección de sus rasgos, sino que le mostraba un interés más profundo. ¡La prima Aglaé! ¡Su nueva amante! ¿Qué extraño y pequeño ser era aquel, que mentía cual sacamuelas, que tomaba iniciativas que un hombre no se hubiera atrevido a imaginar y que tenía el rostro más espiritual y descarado que jamás había visto?

Cuando se sorprendió a sí mismo sonriendo tontamente, Valentin decidió moverse. No se había tomado tantas molestias para escapar de las balas asesinas de Fauvet-Dumesnil para perder el tiempo en vanas cavilaciones. Ahora que sus conversaciones con Évariste Galois lo habían convencido de que Los faisanes coronados y la sección de la Renovación Jacobina eran una pista falsa, debía retomar el caso.

Quizá husmeando sobre Tirancourt, ese bonapartista del que el prefecto de Policía le había hablado. ¿Qué dijo entonces ese energúmeno tras haber roto todos los espejos y justo antes de dispararse en la cabeza?: «Los espejos me obligaron a hacerlo». Es cierto que el hecho era inquietante, aunque en sí mismo no significaba gran cosa.

Mientras reflexionaba, Valentin se acercó a la biblioteca frente a la que había sorprendido a Aglaé hacía un rato. Sin necesidad de buscar, reparó enseguida en un ejemplar de los *Ensayos* de Montaigne, y lo inclinó hacia delante. Se oyó un clic y toda una sección de estanterías se abrió para revelar un pasadizo secreto.

Al atravesarlo, Valentin desembocó en una habitación ciega de unos veinte metros cuadrados. Era su refugio, un lugar que tan solo él conocía y donde guardaba gran parte de su vida pasada. Una larga mesa ocupaba el centro y sobre esta se apilaban hornillos, crisoles, retortas, tubos de ensayo y globos de cristal; toda la parafernalia científica de un laboratorio de química del que ni siquiera el gran Pelletier habría renegado. Al fondo, había varias estanterías llenas de pequeños animales disecados, diversas colecciones de minerales, fósiles e insectos, y tarros llenos de formol en los que flotaban extraños amasijos de carne y material gelatinoso. En las paredes, había ejemplares de plantas medicinales, así como mariposas de diversas formas y colores que, enmarcadas, completaban este ligeramente inquietante gabinete de curiosidades.

Valentin guardó el frasco de estricnina entre otros botes perfectamente alineados sobre la mesa.

Luego se dirigió a un escritorio donde almacenaba todos sus archivos importantes, ordenados con un cuidado obsesivo. Apenas abrió el cierre del escritorio, le bastó una mirada para darse cuenta de que los documentos ya no estaban exactamente en la misma posición que la noche anterior.

Alguien había entrado en su cuarto secreto y había registrado sus papeles.

19

Padre e hijo

Valentin durmió mal esa noche. Se despertó varias veces empapado en sudor y con sensación de asfixia. Al cabo de un rato, cuando ya no aguantaba más, se levantó de la cama y se fue al salón, donde trató de encontrar una forma de aliviar su insomnio leyendo un tratado de medicina. Sin embargo, no se concentraba. Las letras bailaban frente a sus ojos. El significado de las frases se le escapaba. Simplemente, no soportaba que un intruso hubiera irrumpido en su habitación secreta. Era como si le hubieran arrancado algo muy íntimo.

Al final, dejó caer el libro en su regazo, con el dedo aún entre las páginas, y se apoyó en el respaldo de la silla. Poco a poco, lo invadió una especie de entumecimiento y un viejo recuerdo salió a la superficie de su conciencia.

Era verano, apenas tenía quince años. Hyacinthe Verne había estado fuera durante tres días para visitar a una pariente lejana cuya salud estaba debilitándose. Había dejado a Valentin bajo el cuidado de una vieja solterona llamada Ernestine, quien se ocupaba sola de la casa y hacía las veces de criada, cocinera y madre sustituta. La buena mujer cuidaba bien del solitario adolescente, pero no conseguía distraerlo de su lúgubre aburrimiento.

A decir verdad, no estaba de muy buen humor. Habría preferido acompañar a su padre en su viaje a provincias que quedarse en París sin él. Se había esforzado para salirse con la suya, pero Hyacinthe Verne no había cedido. Por lo que contaba, su prima era una solterona cascarrabias que no soportaba ni a los niños ni el ruido. A veces, resultaba incluso odiosa, y solo la docena de gatos que la rodeaban encontraban piedad en sus ojos. Como hijo obediente, Valentin había terminado por dar su brazo a torcer. No obstante, se reconcomía desde entonces. El gran piso de la calle Cherche-Midi le parecía demasiado austero sin la benévola presencia de su padre. Su condición de hijo único, privado de la presencia de su madre, que por lo general

toleraba bastante bien, le pesaba. Ni siquiera la erudita lectura, que llevaba a cabo con sorprendente placer para un chico de su edad, bastaba para llenar ese vacío emocional.

Aquella tarde, fue absolutamente incapaz de centrarse en una actividad durante más de unos minutos. Había jugado algunas rondas de billar e intentado resolver un problema de ajedrez que su padre le había planteado antes de partir, pero todas estas diversiones le habían parecido básicamente insípidas. Vagaba de habitación en habitación, sin hacer nada, mientras se quejaba del sol sofocante que generaba un ambiente agobiante y casi irrespirable. Todo le irritaba. El nauseabundo olor de la cera del parqué, el constante zumbido de las moscas contra las ventanas, la canción que Ernestine tarareaba de manera distraída en la cocina mientras preparaba mermelada de fresa…

Sus pasos habían terminado por llevarlo a la habitación de su padre. Se sorprendió al encontrar la llave en la cerradura. Era libre de entrar y salir a su antojo del piso, pero esa habitación era dominio privado de su padre. Este nunca le había permitido cruzar el umbral y, aunque no se había establecido ninguna prohibición formal, Valentin había comprendido por sí mismo que la habitación era un territorio reservado para el uso estricto de su único ocupante. Además, su padre cerraba la puerta con mucho cuidado.

Al constatar que la llave estaba en la cerradura, el adolescente había sentido un escalofrío de excitación que le recorrió de pies a cabeza. El atractivo de lo prohibido le hormigueaba en el cerebro. Por nada del mundo hubiera deseado causar a su querido padre la más mínima molestia, pero, después de todo, si este no se enteraba, ¿cómo iba a ofenderse?

Aguzó el oído para asegurarse de que Ernestine no se movía de la cocina y se acercó a la puerta, con el corazón acelerado de golpe contra las costillas. Al tocar la llave, no pudo evitar que le temblaran los dedos, como si el metal estuviera al rojo vivo y tuviera el poder de quemarlo con el menor contacto.

Pero no fue así.

La llave giró con suavidad en la cerradura. La puerta se abrió y pivotó en silencio sobre los goznes. Valentin echó un vistazo por encima del hombro, vaciló de pronto justo antes del paso decisivo y casi deseó que la criada apareciera al final del pasillo para no tener que cruzar la frontera invisible. Sin embargo, nada ni nadie había acudido para impedir que cometiera algo que ya era irreparable.

Las persianas estaban cerradas y la habitación, sumida en la penumbra. El polvo en suspensión jugaba entre los finos rayos de sol que se filtraban por las grietas de la madera. Un dulce aroma que recordaba al incienso llenaba todo el espacio. Valentin había cerrado

la puerta tras él y se había arriesgado a dar unos tímidos pasos por la habitación. La madera de los muebles brillaba de forma tenue en la oscuridad. Había una gran cama con un baldaquín, un armario, un tocador con un espejo y artículos de aseo, una mesa y, también, un reclinatorio con una Biblia encima.

Valentin se había acercado a la mesa donde había visto un candelabro de dos brazos con un encendedor Fumade justo al lado. El adolescente había tomado la caja de doble compartimento. Del primero había sacado una cerilla y la había sumergido en la botella de ácido sulfúrico que se encontraba en el segundo. La llama había surgido de inmediato. Frágil y parpadeante. Una vez prendidas las dos velas, Valentin había tomado el candelabro de plata y lo había alzado a la altura de su cabeza para alejar las sombras de la habitación.

Ahí lo había visto por primera vez.

Justo en el reclinatorio. En la pared donde uno hubiera esperado ver colgado un crucifijo o una imagen de la Virgen.

Se trataba de un cuadro de una espléndida mujer rubia, de pie, con un vestido de noche de cuerpo entero y caída aireada, y un ribete con tonalidades cremosas. La modelo estaba representada en una vista de tres cuartos, con la cabeza ligeramente inclinada hacia el hombro, en una actitud tan natural como llena de un encanto indefinible. La misteriosa desconocida era realmente preciosa, muy hermosa, e irradiaba una dulzura angelical. A la luz titilante de las velas, este retrato, apenas más pequeño que al natural, adquiría el aspecto de una aparición fantasmal. Y, bajo el efecto de aquella imagen milagrosa Valentin se había encontrado en medio de una ensoñación, en medio de un cuento de hadas.

Desde su espalda y tras un tiempo imposible de determinar, una voz familiar lo había sacado de golpe de su estupor:

—¿Qué haces aquí, Valentin?

Sorprendido y asustado, el adolescente casi había dejado caer la linterna. Hyacinthe Verne estaba de pie en la puerta. Todavía llevaba la ropa de viaje. Su silueta estaba a contraluz, por lo que resultaba absolutamente imposible leer la expresión de su rostro.

Valentin pensó que el corazón le iba a estallar en el pecho. La repentina aparición de su padre lo había dejado de piedra. Sabía que lo que había hecho estaba mal. Al entrar en esa habitación, había abusado de la libertad que siempre se le había concedido. Había traicionado la confianza de la persona que más apreciaba en este mundo.

Aceptó la culpa por adelantado y casi deseó un castigo justo.

—Le ruego que me perdone, padre —dijo con una voz que mostraba un arrepentimiento sincero.

Hyacinthe Verne se había acercado y su rostro había emergido poco a poco de las sombras. Curiosamente, sus rasgos no transmitían cólera alguna, sino una sorda preocupación. Y, cuando se había decidido a hablar, lo había hecho con una suavidad desconcertante:

—¿Por qué te disculpas? ¿Qué falta crees haber cometido, muchacho?

Valentin había esperado tanto padecer la ira de su padre que esta actitud lo había desconcertado. Su respuesta no había sido inmediata. La confusión aumentó cuando vio que una tierna sonrisa se dibujaba en los labios de su padre, quien estaba a una distancia tan corta que lo podía tocar.

—Yo… no debería haber entrado en su habitación sin su permiso.

La sonrisa se había teñido de melancolía y la voz había permanecido sorprendentemente dulce.

—¿Alguna vez te he prohibido la entrada? No, ¿a que no? Entonces, ¿por qué deberías culparte? Toda zona de este piso es tu casa. —Se detuvo un momento y, acto seguido, tomó a Valentin por el hombro, de forma que lo invitó a que se volviera hacia el cuadro. Él mismo se puso a su lado y contempló el retrato—. A decir verdad, si alguien tiene que pedir disculpas aquí, ese soy yo. Debería haberte traído hace años para que la vieras. Es una tontería, pero siempre hay algo que me lo impide en el último momento. Una reticencia inexplicable. No obstante, ahora me complace presentártela. Es hermosa, ¿verdad?

Mientras hablaba, Hyacinthe Verne miraba fijamente a la enigmática mujer rubia. Tal vez, algún sueño o recuerdo le sacudía el alma, pues unos temblores fugaces animaban sus rasgos iluminados por la luz de las velas, y su mano se crispaba por momentos sobre el hombro de su hijo.

Perturbado por aquella carga emocional tan patente, Valentin había asentido con la cabeza.

—Parece un ángel —había murmurado al fin.

Hyacinthe Verne se había vuelto hacia su hijo, como tocado por la relevancia del comentario. Su mirada iba del cuadro a Valentin, mientras en su rostro se dibujaba una expresión angustiosa y casi dolorosa.

—Te pareces mucho a ella, sabes. Si Dios le hubiera permitido seguir entre nosotros, no me cabe duda de que os habríais llevado de maravilla. Te habría transmitido su alegría de vivir y esa jovialidad que todos los que la conocían adoraban. A veces tengo la impresión de que te estoy proporcionando una existencia aburrida y muy poco acorde con lo que un chico de tu edad tiene derecho a esperar.

—¿Por qué dice eso? —había protestado Valentin. Es usted el más

cariñoso de los padres.

—¿Lo crees de verdad? ¡Ah, hijo mío, no sabes el placer que me da! A menudo pienso que mi Clarisse habría sabido criarte mucho mejor que yo. Poseía el don de iluminar con su sola presencia los lugares donde se encontraba. Clarisse…

Valentin volvió a centrarse en el retrato. Su padre estaba tan confundido que ni siquiera le había dicho quién era la joven. Sin embargo, el adolescente, no se atrevía a preguntarle directamente por pudor. Había intentado proceder de otro modo.

—¿Por qué habla de ella en tiempo pasado? ¿Está… muerta?

Valentin nunca olvidaría el velo de tristeza que se cernió sobre su padre en ese preciso instante. De pronto, su mirada se había quedado en blanco y apenas había abierto los labios para responder:

—Murió durante el parto. Los médicos hicieron todo lo posible para salvarla, pero no pudieron hacer nada. Ningún hombre en esta tierra puede impedir que un ángel levante el vuelo.

Entonces, como si quisiera ahuyentar las imágenes del doloroso pasado que lo asaltaban, Hyacinthe Verne había resoplado y arrastrado a Valentin fuera de la habitación. Estaba ansioso, según afirmó con falso entusiasmo, por enseñarle el telescopio que le había traído como regalo para celebrar su regreso.

Tras este episodio, el inconsolable viudo había entendido que Valentin necesitaba abrirse al mundo exterior. No podía mantenerlo encerrado, como en una campana de aislamiento, en aquel piso donde él mismo vivía en el recuerdo de una felicidad desaparecida. Al día siguiente, había llevado al adolescente a visitar por primera vez a su amigo, el profesor Pelletier. En este último, Valentin había encontrado algo más que un maestro y un ejemplo a seguir. Enseguida se había convertido en parte de la vida de toda la casa, y almorzaba a diario en la mesa familiar. Y, todas las noches, cuando Hyacinthe Verne volvía a la calle Cherche-Midi, lo hacía encantado de oírlo hablar de la hermosa complicidad que lo unía a los propios hijos del gran científico.

Durante el resto de la vida de su padre, Valentin no volvió a cruzar el umbral de aquella habitación. No volvió a tener la oportunidad de contemplar el fascinante retrato. Tan solo después de la muerte de Hyacinthe Verne, vio de nuevo el cuadro y lo descolgó para instalarlo en su flamante gabinete secreto. Ahora, la sola idea de que un desconocido se hubiera permitido mancillar el cuadro con su mirada le producía un horrible resentimiento.

20

Señor V

De acuerdo con las instrucciones que había recibido, Valentin se deslizó bajo las ramas caídas de los sauces que bordeaban el estanque de Saint-Mandé, y luego caminó por la orilla hasta llegar a la calle Pissotte. Allí, en un recodo de vegetación bañado por una luz fría, un hombre envuelto en una pelliza y con un magnífico sombrero de paja disfrutaba de uno de los últimos bonitos días del otoño. Sentado en una silla plegable, gozaba de la pesca con caña. Su cabeza, con el pelo rubio y rizado que sobresalía bajo el sombrero, parecía estar directamente unida a sus anchos hombros.

—¿No hace mucho frío para pescar gobios? —preguntó el inspector —. Espero que al menos pique alguno.

El pescador se giró sobre su asiento. Era un hombre de unos cincuenta años, con una constitución sólida y maciza. Su rostro ovalado mostraba determinación, por su barbilla alargada y la nariz aguileña, pero también malicia, por esos ojos grises y en constante movimiento. Tenía una cicatriz en el labio superior y un arete de oro en una de las orejas perforadas.

—¿Es usted, Verne? Llega tarde. No es propio de usted.

—El carruaje de Vincennes ha chocado con el charrete de un hortelano en la Barrière du Trône —justificó Valentin—. La mercancía se ha derramado y hemos tenido que despejar la calzada antes de continuar. ¡Qué importa! Cuando me dijo que nos encontráramos aquí y no en su fábrica, no esperaba verlo con una caña de pescar en la mano.

—¿Acaso no le parece que mi aspecto sea el adecuado? —preguntó su interlocutor, con una sonrisa divertida en los labios.

—Digamos que no es la imagen que la gente se hace de usted cuando leen sus *Memoires.* Y yo creía que estaba ocupado fabricando ese famoso papel a prueba de falsificaciones que desarrolló hace poco.

El hombre del sombrero de paja recogió el hilo de pescar y realizó

otro lanzamiento a su izquierda. El sedal silbó en el aire y el corcho aterrizó en la superficie del estanque, cerca de un gran tocón cubierto de musgo, donde el agua parecía más oscura y profunda.

—La pesca me relaja y me ayuda a seguir teniendo buena mano —explicó, y su sonrisa se ensanchó hasta parecer casi la de un depredador—. Pescar no es muy diferente a cazar animales o maleantes. Lo importante es conocer los hábitos de la presa. Aquí, por ejemplo. ¿Ve ese tocón de álamo? Es la guarida de un viejo conocido que se esconde al acecho de alburnos y gobios. ¡Una magnífica lucioperca! ¡De casi un metro de largo! Tarde o temprano, créame, acabará picando el anzuelo.

—No lo dudo —respondió Valentin—. Pero, si quería verlo, no era para hablar sobre el arte de usar una redecilla o poner un cebo a los peces. Necesito su consejo sobre un asunto bien diferente.

El hombre soltó una risotada algo vulgar. Dejó la caña de pescar a los pies de la silla plegable, se golpeó los muslos con las manos y se puso de pie antes de estirarse de forma exagerada.

«Torpe como un oso, pero listo como un mono», pensó Valentin. Desde que lo conocía, siempre había tenido sentimientos encontrados hacia él. Su increíble capacidad para salir bien parado de las peores situaciones le causaba la misma fascinación que sus artimañas y sus malas maneras de canalla.

—Entiendo que se trata de una necesidad urgente —comentó el hombre al tiempo que tomaba a Valentin del brazo—. Vamos, caminemos un poco hacia ese césped de allí. Así podremos hablar lejos de oídos indiscretos.

—¿Sigue bajo vigilancia policial?

—¡Más que nunca! Esta mañana me siguen dos. Uno está allí, escondido detrás de esos grandes arbustos de hiedra y agracejo. No ha parado de observarnos con el catalejo desde que usted ha llegado. En cuanto al otro, debe de estar apostado cerca de la fábrica, por si le doy esquinazo a su colega.

Cogidos del brazo, los dos hombres habían llegado a una gran zona verde, donde se resguardarían con facilidad de cualquier intento de espionaje.

—¿Le suena de algo el nombre de Tirancourt? —preguntó Valentin sin rodeos.

—Tirancourt. ¿Ese loco que consideró que sería oportuno pintar con su sangre la habitación de un burdel de la calle Anglade?

—Ya veo que se mantiene muy bien informado.

—¿Qué quiere que haga? La información es una inversión como cualquier otra, pero con una excelente rentabilidad. Pocos la tienen y muchos la buscan. Volviendo a su Tirancourt, por desgracia no puedo

decirle mucho al respecto. Un *demi-solde* sin importancia que se daba aires de grandeza para impresionar a las damas, pero que no tenía cabida alguna en las cercanías del bonapartismo. Un peso ligero.

El inspector encajó su decepción sin rechistar. Si aquel diablo no tenía en su mochila ninguna otra información sobre Tirancourt, seguro que las pistas lo llevarían a su vez a un callejón sin salida. Por tanto, cambió de dirección.

—¿Y qué puede contarme sobre una tal señora de Mirande que celebra un salón todos los jueves en un palacete de la calle Saint-Guillaume?

—En ese caso, lo siento, pero ¡ya no estamos en el mismo mundo! Su señora de Mirande marca la tendencia de todo lo que importa en París en materia de arte, estética, moral, filosofía… En resumen, en su salón se construyen y destruyen buena parte de las reputaciones de hoy en día. Dicho esto, y retomando lo de antes, esta nueva pitonisa sale más o menos de la misma cloaca que el señor Tirancourt… La señora de Mirande… Lo de señora es adorno y lo de Mirande, pura invención. Esta persona, tan atractiva, por cierto, nació como Emilie Chapelle, hace unos treinta años. Con las mujeres, como bien sabe usted, es delicado precisar las fechas. Su padre dirigía una parada de correos en la carretera de Poitiers.

—¿Y cómo se las arregló para ascender hasta su posición actual?

—No finja ser más inocente de lo que es. El método es tan viejo como el mundo. ¡Imagine si está probado! ¿Cómo asciende una en sociedad cuando la Madre Naturaleza le proporciona un físico aventajado y suficiente inteligencia como para no desperdiciar un peculio que solo espera crecer?

—¿Así que se trata de una vulgar cortesana?

—Yo no diría tanto. Digamos que encontró protectores filantrópicos y se deshizo de ellos a tiempo, cada vez, igual que las moscas cambian de carruaje.

—¿Tiene nombres?

—El último es el doctor Edmond Tusseau, que le presentó a algunos de sus pacientes más selectos. Entre ellos, ha puesto sus ojos en el vizconde Alphonse de Champagnac. Este último paga las facturas de la calle Saint-Guillaume. Por cierto, la mansión le pertenece.

Esta vez Valentin intuyó que tenía algo. Los dos nombres le resultaban familiares. Tusseau era el médico de cabecera de los Dauvergne, el facultativo que había conocido en el tanatorio, cerca de los restos del joven Lucien. En cuanto al vizconde de Champagnac, no era otro que el par de Francia recién nombrado para investigar el caso de los antiguos ministros de Carlos X. Como era evidente, había mucho donde rascar. Había hecho bien al ir a Saint-Mandé y haber

confiado en las innegables habilidades del más inusual de los pescadores.

Estuvo a punto de dejarlo así y despedirse de su interlocutor, pero la sensación de invasión que había experimentado tres días antes, al comprobar que la entrada de su habitación secreta había sido forzada, lo llevó a realizar una nueva petición:

—¿Puedo pedirle un favor? *A priori,* sin relación con el resto.

—¡Vamos, sin formalidades entre nosotros! Ya se lo dije cuando lo conocí, hace un año, cuando llegó a la calle Jerusalén: usted me gusta. De inmediato, percibí el alma de un policía. ¿Qué digo de un policía? De un justiciero. ¡Y considero que sé mucho de la gente! Dígame qué puedo hacer para complacerlo.

Valentin dudó por un instante, pero al final dijo:

—Se trata de una mujer llamada Aglaé Marceau. Trabaja como actriz en la empresa de la señora Saqui. Me gustaría que, con discreción, se informara sobre ella. Su pedigrí, sus hábitos, sus compañías… Ya se hace una idea.

El hombre del sombrero de paja se rio al tiempo que se frotaba el arete de oro que llevaba en la oreja derecha.

—¡Y tanto que me la hago! ¡Ah, la juventud! Ya me parecía raro no verlo nunca con una hermosa chica del brazo. Es un mozo muy atractivo. ¡De verdad! Ahora ya puedo decírselo: me preguntaba si no era usted un poco afeminado. ¡Oh, vamos! Esta todo bien. Puede darlo por hecho. Veremos si la dama es fiel o si tiene dos caras.

Valentin se sintió molesto por las insinuaciones de su compañero, pero se encargó de ocultárselo. Aquel individuo era una fuente irremplazable y le interesaba conservarlo. Hizo bien en actuar así, pues el otro cambió súbitamente de tema.

—Qué curioso que se haya puesto en contacto conmigo —dijo, con el rostro serio de pronto—. Estaba a punto de hacer lo mismo. Se me ha adelantado unas horas. Recuerdo que una vez me comentó que buscaba a un malhechor al que llamaban el Vicario. ¡Pues bien! No es probable que le eche el guante. Hace tres años que el individuo abandonó París. Sin embargo, por una fuente fiable, acabo de saber que ha regresado a la capital. —Sacó una nota arrugada del bolsillo de su abrigo y se la entrega a Valentin—. Esta es la dirección del cuchitril donde se refugia en el barrio de Saint-Merri. No sé si todavía le interesa, pero por si acaso…

El joven policía olvidó todo lo que había pasado antes. Al oír que el otro pronunciaba el nombre del Vicario, la emoción se apoderó de él hasta tal punto que tuvo que esforzarse para que no le temblara la mano con la que sujetaba el trozo de papel.

—Una última advertencia —añadió el exfuncionario, que miró

fijamente a Valentin a los ojos—. También ha llegado a mis oídos que últimamente ha generado usted un gran interés en los bajos fondos. La gente se informa, hace preguntas aquí y allá. Aún no sé quién está detrás de este circo, pero no tiene buena pinta. Yo en su lugar vigilaría la retaguardia durante los próximos días.

Un momento después, tras haberse despedido de su acompañante, un confuso Valentin se alejó del estanque hacia el centro de Saint-Mandé, donde pretendía alquilar un coche para regresar a París lo antes posible. Antes de cruzar una cortina de árboles, se giró brevemente. El hombre del sombrero de paja había vuelto a sentarse en su silla plegable. Bajo la apariencia pacífica de ese pescador anónimo, pocos habrían reconocido al convicto que se había escapado varias veces de las cárceles de Brest y Toulon, al antiguo jefe de la Brigada de la Sûreté que firmaba sus notas de servicio como «Monsieur V».

V de Vidocq.

21

El diario de Damien

La señorita Louise me visitaba todos los días. Era sorprendentemente regular, siempre venía a primera hora de la tarde. La había engatusado con trozos de comida de la escasa dieta que el Vicario me daba dos veces al día. Dado que Él estaba presente en todas mis comidas, mientras obtenía un placer sádico al verme sorber el contenido de mi cuenco, tenía que engañarlo para sustraer pequeños pedazos sin que se diera cuenta. Hacía como que tosía, me atragantaba o bien guardaba el último bocado contra mi mejilla hasta que Él salía del sótano. Me estremecía al pensar en la posibilidad de que descubriera mi pequeño truco. Suponía que odiaría saber que ahora tenía compañía en el sótano. Quería que fuera solo y enteramente para Él.

Me había amaestrado con paciencia para ello. En los primeros días, cualquier excusa era buena para encerrarme en la jaula y maltratarme: una orden que tardaba demasiado en obedecer, unos ojos que no bajaba lo bastante rápido, un cubo de las necesidades que no limpiaba lo suficientemente bien… Lloraba, suplicaba, pero eso no hacía más que enfurecerlo. Así que había aprendido a sufrir en silencio. Al principio, busqué en el sótano algo que pudiera usar como arma para defenderme, pero no había nada. De todos modos, no era más que un niño pequeño. El Vicario era mucho más fuerte que yo. Entonces, poco a poco, dejé de ofrecer resistencia. No hice más que obedecer.

Pero odiaba su rostro demacrado, sus ojitos crueles, su aliento fétido que apestaba a cebolla y clavo. Aborrecía sus finas manos blancas que alternaban bofetadas y caricias. Por la noche, soñaba que las destrozaba con los dientes, como un perro que se vuelve salvaje. No obstante, durante el día, aceptaba sin rechistar todo lo que se me ofrecía: comida, dolor y ese inmundo placer. Me daba asco a mí mismo. Fue entonces cuando traté de averiguar qué había hecho mal para merecer tal destino, antes de comprender que la culpa no podía

ser solo mía. Que el espíritu del Mal me había marcado desde mi nacimiento. Él no era más que el verdugo encargado de castigarme.

En retrospectiva, todos esos pensamientos morbosos que me asaltaban día y noche parecen una insensatez. Al fin y al cabo, tan solo era una víctima inocente. Pero, por dentro, estaba roto en mil de pedazos. El terror me impedía pensar con normalidad. Yo temblaba todo el rato, lo seguía con el rabillo del ojo cuando se detenía en el sótano y, en cuanto me quedaba solo, tenía miedo hasta de mi sombra. No obstante, su comportamiento empezó a cambiar. Poco a poco, los castigos se hicieron menos frecuentes. Había logrado su objetivo. Me había vuelto bastante dócil. Se me habían secado las lágrimas. Ya no suplicaba. ¿Para qué?

Había ganado en comodidad. Me devolvió la ropa y los zapatos. Me proporcionó mantas, una jarra y un cuenco, e incluso una peonza de madera. Todo esto —que no era nada, pero que lo era todo—, no quería perderlo. Así que guardé el secreto sobre la señorita Louise.

Pero su llegada lo cambió todo. Las paredes del sótano me asfixiaban. Tenía la impresión de que iban a aplastarme, de que terminaría enterrado vivo en ese oscuro lugar que olía a cerrado. La señorita Louise me permitió escapar de esta locura que me carcomía el cerebro lenta pero inexorablemente. Por primera vez en meses, tenía un propósito. Algo que me hacía levantarme por la mañana. Cada día, mientras esperaba con impaciencia la aparición de aquel ángel de cuatro patas, el tiempo volvía a su lugar concreto; volvía a fluir. Sí, ¡tenía un objetivo! ¡Por fin! Quería domar a mi visitante, que fuera una compañera fiel.

Me esforcé día tras día para lograrlo al tiempo que sorteaba la vigilancia del Vicario. Al principio, la señorita Louise dejaba que me acerara a ella y la alimentaba en la palma de la mano, pero me costó semanas y una paciencia infinita hasta que pude acariciarla sin que se asustara. El día que ocurrió, pensé que me estallaría el corazón. ¡Lo había conseguido! Desde mi llegada a esa sórdida prisión, era la primera vez que lograba algo. Me propuse hacerlo aún mejor. Recubrí la parte superior de la peonza con comida, enseñé a la Louise a saltar sobre ella mientras la hacía girar y luego a empujarla hacia mí con la punta del hocico.

Así es como nos hicimos amigos. La musaraña tenía una inteligencia notable para ser un animalito tan pequeño. Se había dado cuenta de que era mejor que mi carcelero no la viera y venía a buscarme a horas fijas. Siempre a primera hora de la tarde. Era el único momento en que el Vicario no bajaba al sótano y en que podía liberar la tensión que, de lo contrario, me agotaba los nervios. Con el tiempo, había deducido que Él debía ser adepto a la siesta. Me hicieron falta meses y meses para llegar a esa conclusión. Sin

embargo, la señorita Louise parecía haberlo entendido enseguida, como guiada por un instinto cien veces más eficaz que todas mis facultades juntas. Desde el tercer día, había elegido esa hora del día para visitarme y nunca la había cambiado.

Gozar de su presencia, al parecer insignificante, me sacó de la noche destructiva en la que me había hundido y que estaba muy cerca de engullirme. La señorita Louise no era solo una compañera de juegos. Se había convertido en mi confidente. Le contaba mi historia, mis miedos, mis dudas, mi asco por todas las porquerías que el Vicario me obligaba a hacer o padecer. Al hablarle, expresé en palabras lo que me ocurría. Me liberaba de esa venda de culpabilidad que distorsionaba mi visión de las cosas. No era responsable de lo que me estaba pasando. ¡De ninguna manera! El Mal no estaba en mí. Él era el Mal; el Vicario. Y uno tiene derecho a combatir el Mal con el Mal.

No sé cómo, Él comprendió que algo había cambiado. Creo que, a pesar de todas mis precauciones, lo leyó en mi cara, en el fondo de mis ojos. Yo ya no era su cosa. Entonces, empezó a vigilarme aún más de cerca. El terror regresó a mí. Cada vez que la señorita Louise venía a visitarme, me moría de ansiedad al pensar que nos sorprendería. Ni siquiera me atrevía a imaginar la ira que eso desencadenaría en él. Y a fuerza de pensarlo, un poco como un imán atrae las limaduras de hierro, lo peor terminó por llegar.

Ese día, la señorita Louise y yo estábamos experimentando con un nuevo juego. La sostuve en la palma de la mano derecha. Con los brazos estirados en horizontal, dejé que mi amiga se deslizara bajo mi manga. Me subía por el hombro, me rodeaba el cuello y entraba en la otra manga para salir por la de la mano contraria. Cuando caminaba, sus pequeñas patas me hacían deliciosas cosquillas, pero me aguantaba la risa para no llamar la atención.

De nada sirvió.

La puerta del sótano dio un súbito portazo cuando se estampó con fuerza contra la pared. La llama de una lámpara me cegó.

—¡Pequeña alimaña! ¡Sabía que me ocultabas algo! ¿Por qué te ríes así?

El Vicario había irrumpido con sus gritos. Parecía lanzar rayos por los ojos. Frunció la boca en una mueca maligna y la baba le brillaba en la comisura de los labios. Puso el quinqué sobre un cajón y se abalanzó con violencia sobre mí, por lo que me tiró al suelo. Fue en ese mismo momento cuando vio a la señorita Louise.

—¡Maldito ratón! ¡Ya verás como te pille!

Quiso darle un manotazo con su alargada mano, pero la musaraña fue más rápida que él. En pocos saltos, llegó a un rincón oscuro del sótano, donde desapareció. Tras ese intento baldío por atraparla, el

Vicario se volvió hacia mí, contrariado. Sus fosas nasales palpitaban de rabia. Le temblaba la voz mientras me insultaba y me daba patadas. Me acurruqué y esperé a que pasara la tormenta. Un único pensamiento me ayudó a soportar el dolor: «Se ha escapado. Está ilesa. No ha conseguido herirla».

¡Pobre idiota!

Una vez el Vicario se hubo cansado de golpearme, me arrastró por el suelo hasta la jaula de metal, donde me encerró. Luego tomó la lámpara y me dejó solo mientras jadeaba en la oscuridad. Mi cuerpo no era más que una gran herida. La boca me sabía a sangre, y dos dientes me bailaban en sus cavidades. Pero nada de eso importaba. La señorita Louise se había escapado. A pesar de mi dolor, que irradiaba de todas partes, sentía una profunda alegría ante la idea de que un animal tan pequeño hubiera mantenido a raya a quien yo siempre había visto como un demonio todopoderoso.

Pero mi satisfacción duró poco. Pocos minutos después, el Vicario reapareció. Frente a mi mirada de horror, dispuso media docena de trampas para roedores alrededor de la jaula. Luego colocó un trozo de queso en cada uno como cebo.

—¿Tal vez pensabas que dejaría entrar sin impunidad a una alimaña en la casa de un hombre de Dios? ¡Desengáñate muchacho! Está escrito en el Levítico: «Procederé contra vosotros con furia, y os castigaré aun siete veces por vuestros pecados».

Luego, sin añadir nada más, volvió a salir del sótano.

¿Cómo describir la desesperación que me invadió? Incluso hoy, no puedo describir el colapso que sentí. Desgarrado por el dolor y reducido a la impotencia del encierro, tenía la impresión de que el destino se me echaba encima. Una vez más, la oscuridad y la locura amenazaban con engullirme. Porque estaba seguro de una cosa: los lazos que me unían a la señorita Louise eran demasiado estrechos y fuertes como para que ella desapareciera de la noche a la mañana. El miedo que debió de sentir cuando el Vicario se abalanzó sobre ella no bastaría para disuadirla de volver. Yo no tenía forma de impedir que se acercara a esos apetitosos pedazos de queso. Cada hora, cada minuto y cada segundo que pasaba me acercaban a un desenlace inevitable. Habría gritado.

Y el tiempo pasó. De forma irremediable. No pegué ojo en toda la noche mientras le rezaba a Dios para que perdonase a mi amiga. Tenía en mis manos la pequeña cruz de madera que el Vicario me había puesto alrededor del cuello el primer día de mi encierro. Bajo mis dedos, sentía las ásperas marcas que habían dejado mis dientes, de cuando la repugnante Bestia me desgarraba la carne y hacía conmigo lo que quería. Le rogué al Señor que me concediera precisamente eso: una pequeña vida a cambio de todo mi sufrimiento.

Pero no me escuchó.

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, con la puntualidad de una amiga fiel, la señorita Louise apareció en mi campo de visión. Salió de la oscuridad para seguir los delgados rayos de sol que se colaban por las tablas mal unidas del tragaluz. Habría llorado. A un metro de la jaula, se detuvo de golpe. Sus largos bigotes se crisparon y levantó su esbelto hocico para olfatear el delicioso olor a queso que tanto contrastaba con el ambiente cerrado del sótano.

Estiré los brazos fuera de mi prisión de acero. Los agité con desesperación y grité con toda mi voz en un intento por asustarla. La señorita Louise se limitó a mirarme fijamente mientras, con una pata, se peinaba la parte superior de la cabeza. Exactamente igual que la primera vez que la había visto. Luego, en silencio, salió trotando hacia la trampa más cercana. Cerré los ojos. Hubo un fuerte chasquido. Cuando los abrí, el desafortunado animal tenía una pata pillada en el cepo. Chillaba de forma estrepitosa. Los latidos de su corazón se habían acelerado bajo el pelo de su diminuto pecho. Y allí estaba yo, mirándola, sin poder hacer nada. Tan vano e inútil como si no existiera.

Mis gritos debieron de alertar al Vicario, pues no tardó en aparecer. Una sonrisa malvada se dibujó en sus labios al ver a la pobre musaraña atrapada en el cepo. Se arrodilló despacio y, con infinito cuidado para que no se le escapara, liberó a la señorita Louise del gancho de hierro. Entonces se levantó triunfante y la sostuvo por la cola.

—«Y ejecutaré contra ellos grandes venganzas con terribles consecuencias —declamó entonces—, y sabrán que yo soy el Señor cuando haga caer mi venganza sobre ellos».

—¡Piedad! —supliqué—. Por favor, no le haga daño. Si deja que viva, haré lo que quiera.

Se volvió hacia mí. Un destello vicioso se había encendido en sus ojos.

—¿Lo que quiera? ¿De veras? ¿Y si te tomara la palabra, muchacho? —Sin soltar a su presa, metió la mano en la jaula para liberar el candado—. Sal de ahí. ¡Vamos, apresúrate un poco!

Me arrastré por la estrecha abertura tan rápido como pude. Aún me dolían las costillas, pero, si había una pequeña posibilidad de salvar a la señorita Louise, no la dejaría escapar mientras perdía el tiempo.

—Puesto que lo pides con tal amabilidad —dijo el Vicario con una voz baja y ronca que parecía una queja—, no mataré a este animal. No obstante, debes ser plenamente consciente de que estos roedores son portadores de todo tipo de enfermedades. No se puede dejar que

campen a sus anchas en una casa sin exponerse a graves peligros. Por eso, hay que aplicar medidas draconianas.

—Se lo ruego, ¡no le haga daño! —repetí, incapaz de apartar la mirada del pequeño ser inerte que colgaba de su puño.

—¿Estás sordo, muchacho? Ya te he dicho que no lo tocaré. —De nuevo, esa horrible y enfermiza sonrisa en sus labios—. ¡No, lo harás tú!

Puso a la señorita Louise en el suelo de tierra y tan solo la soltó cuando estuvo seguro de que no tenía fuerzas para huir.

—Aplástala —ordenó secamente al tiempo que se levantaba.

Pensé que no lo había oído bien. Sacudí la cabeza con desesperación y lloré.

—¡No! ¡Eso no! No es más que una pobre musaraña.

—Es la última vez que lo repito. Aplástala, muchacho. ¡Ahora!

Su estrecha mirada se volvió cada vez más oscura y su rostro era como el cielo antes de una tormenta. En un insoportable destello de lucidez, me di cuenta de que todo lo que había aguantado hasta entonces no era nada comparado con lo que vendría si no obedecía.

Entonces, lo hice.

Yo era plenamente consciente de la terrible herida que me estaba infligiendo. A partir de ese momento, las pesadillas de mis largas y solitarias noches resonarían sin cesar con ese siniestro crujido, el de los delicados huesos de la señorita Louise que se rompían bajo mi zapato.

Pero lo hice.

Porque necesitaba tiempo. Necesitaba ser más rápido y fuerte. Para, a mi vez, tenerlo a mi merced un día.

Había que sobrevivir.

22

El antro del Mal

Al crepúsculo, la oscuridad en el callejón se espesaba con rapidez. Sin embargo, la casa torcida al otro lado del pasillo de tierra batida seguía siendo claramente visible.

Valentin llevaba casi tres horas sin quitarle los ojos de encima. Era una fachada deteriorada, con una capa de cal que se desprendía por placas y dejaba al descubierto los tablones incrustados en las paredes. La planta baja albergaba una zapatería. Un postigo ocultaba la fachada y había tablones clavados en la puerta. Las dos plantas superiores estaban ocupadas por pisos que parecían deshabitados. La madera de las ventanas estaba medio podrida y había muchos cristales rotos. Asimismo, la choza debía de tener un pequeño jardín o patio trasero. A un lado se veía el principio de un estrecho camino de entrada. Un sendero cubierto de maleza. Hacía años que nadie pasaba por allí. De hecho, el edificio parecía abandonado. Desde que había iniciado su vigilancia, el policía no había detectado ningún movimiento o ruido procedente de allí. Podría haber llegado a la conclusión de que había llegado demasiado tarde, de que el pájaro había volado, pero no fue así. La larga búsqueda de su padre y el relato que había dejado de ella le habían enseñado a tener cuidado con los trucos del Vicario. Era mejor no confiar en una primera y única impresión. Tenía que ser prudente y no precipitarse en territorio desconocido.

De hecho, a fin de contar con tiempo de sobra para encontrar el lugar, Valentin había ido discretamente al barrio de Saint-Merri al final de la tarde. Para aumentar sus posibilidades de éxito, también se había quitado sus elegantes ropajes y se había puesto el atuendo típico de los trabajadores: pantalón viejo, blusa ceñida a las caderas con un cinturón ancho y gorra inclinada sobre la oreja. De este modo, había pasado desapercibido en aquel mísero barrio, que era uno de los más antiguos y pobres de París. Allí, entre una promiscuidad enfermiza, se

codeaban todos aquellos que, frente a las dificultades de la vida, quedaban al margen de la sociedad. Hacía un par de años que sufrían problemas económicos y, desde la Revolución de Julio, estos no habían hecho más que aumentar. A pesar de los talleres municipales de ayuda al empleo puestos en marcha a finales del verano, muchos trabajadores de la industria se encontraban en la calle.[19] Ante la nueva competencia de las fábricas, los artesanos y la mano de obra de los pequeños talleres vieron cómo sus ingresos se derretían como la nieve con el sol. Las tarifas contractuales de las costureras y las lavanderas se habían reducido a la mitad en pocos años. Aunque trabajaran doce o trece horas al día, muchos de ellos ya no podían alimentar a sus familias ni encontrar una vivienda adecuada. Se trataba de todos los que habían quedado atrás; los decepcionados por el nuevo Régimen que poblaban las moradas insalubres del viejo París medieval.

Al adentrarse en el laberinto de sinuosas callejuelas que conformaban el barrio de Saint-Merri, Valentin se había sorprendido al cruzarse con tan poca gente. En general, era un hervidero a todas las horas del día: desempleados que vivían a duras penas, borrachos que dormían la mona bajo un porche, lisiados —reales o falsos—, que mendigaban para sobrevivir, chicas que merodeaban, pandillas de chavales abandonados a su suerte… Había tardado un poco en darse cuenta de que era sábado, y todos los que aún podían permitírselo ya se habían ido a la Courtille, más allá del muro de las Granjas Generales, a los pies del pueblo de Belleville. Ahí florecían varios merenderos donde se podía bailar, comer y emborracharse por poco dinero: Les Écureuils del famoso Desnoyez, Les Amis des Dames, La Goguette, Casa Dormois… Dichos establecimientos ubicados fuera de las murallas estaban exentos del pago de concesiones y el mal vino fluía a raudales. Por diez céntimos, uno se hacía con un litro de vino y un breve olvido de sí mismo. La gente llana se mezclaba alegremente con los soldados que salían y con los burgueses de clase media que habían acudido allí para darse un capricho. La fiesta duraba toda la noche y se prolongaba durante todo el domingo. No era raro que una pareja de clase obrera, agotados por el duro trabajo de la semana, gastara allí casi todo su sueldo. Algunos llegaban incluso a comprar en la farmacia del «durmiente» una misteriosa composición con propiedades sedantes, para aturdir a sus hijos durante todo el domingo y así poder emborracharse a su antojo.[20]

La dirección de la nota de Vidocq había obligado a Valentin a aventurarse en esa cloaca, en ese lugar que acogía todas las miserias de la capital. Mientras avanzaba por las callejuelas embarradas, abarrotadas de basura y excrementos, tanto de humanos como de animales, no pudo evitar pensar en el ataque que había sufrido unos días antes, en el barrio vecino de Sainte-Avoie. A fin de cuentas,

aunque no lo había hecho a propósito, era mejor ir a ese nauseabundo laberinto un sábado. La inusual tranquilidad del lugar le facilitaría la detección de una posible amenaza.

Dicho pensamiento se vio interrumpido cuando una frágil silueta que salía de una esquina lo sorprendió. No había tiempo para el miedo. La aparición no tenía nada de amenazante. Al contrario. Era una niña de aspecto enclenque, vestida con harapos y unas simples sandalias envueltas en trapos, pese a que el mal tiempo se acercaba. Parecía agotada, con el pelo sucio y enmarañado y la piel casi lívida. Tenía la sien repleta de venas azules, y los ojos marcados por un círculo gris. Había agarrado al inspector por la manga para ofrecerle una pobre sonrisa sin alegría. Le faltaban dos dientes en la parte delantera.

—¿Unas bonitas flores para tu prometida, muchacho? —preguntó, y señaló una cesta con unos ramos de crisantemos y camelias.

—Gracias, pero no tengo prometida —respondió Valentin mientras liberaba su brazo con suavidad.

—¿Para tu madre entonces? Pareces un buen chico, te dejo mi mejor ramo por solo ocho *liards.*[21] ¿Qué es eso, dos miserables *sous?*[22]

En otras circunstancias, Valentin se habría tomado el tiempo de buscar algunas monedas en sus bolsillos, pero ya tardaba en llegar a la guarida del Vicario. Así que respondió con cierta brusquedad:

—¡Mi madre ha muerto! No tengo absolutamente nadie a quien regalarle flores.

Ocultos tras un rebelde flequillo, sus ojos oscuros se habían iluminado de repente, como si estuvieran dotados de vida propia. La voz se deslizó hacia un registro más bajo, cálido y cariñoso:

—¡Qué triste! ¡Un chico guapo como tú! Debes de estar necesitado de afecto y sería una chica mala si dejara que te fueras así. Por treinta *sous* puedes venir a mi apartamento y entrar en calor.

Mientras lo miraba de un modo sugerente, se había remangado las faldas y había dejado al descubierto unas flacas y sucias piernas hasta la mitad del muslo. Al verla más de cerca, Valentin se dio cuenta de que probablemente era un poco mayor de lo que había pensado en un principio. Trece, catorce tal vez. Su delgadez y su pequeña talla lo habían engañado.

En lugar de ignorar a la joven y continuar su ruta, el inspector no había podido resistirse al desamparo que se leía tras esa falsa provocación. Le había dado pena. Al tiempo que se reprochaba su imprudencia, le había tomado la mano a la adolescente, obligándola a soltar la falda. Luego, había sacado el monedero y vaciado su contenido en la palma de una pequeña mano plagada de durezas.

Frente a tal cantidad de monedas, la chica había abierto los ojos de

par en par.

—Bendito sea el Señor —había gritado ella, cercana al éxtasis—. ¡Me ha enviado por las buenas un ángel de su paraíso!

Valentin había tenido grandes dificultades para deshacerse de ella. ¡De qué servía disfrazarse a fin de pasar desapercibido si luego se hacía notar a la primera ocasión! En un barrio como ese, las noticias corrían como la pólvora. Un obrero rico como Creso, ¡nada más idóneo para levantar sospechas o excitar la codicia de los malhechores! Apretó el paso para llegar cuanto antes a su objetivo, pero el rostro de la pequeña vendedora de flores lo acompañaba. Después de todo, había emprendido su búsqueda para ayudar a esa infancia desheredada y, ahora que alcanzaba el objetivo, nada lo detendría.

Valentin resopló en un intento de deshacerse de la imagen de la pobre niña. Volvió a centrar su atención en la casa del zapatero y en las chabolas de los alrededores —que amenazaban con derrumbarse en cualquier momento—, donde se hacinaban las familias. Decidido, a pesar de los años, el Vicario no había cambiado sus hábitos. Le gustaba estar en el fango más despreciable, allí donde le resultara sencillo encontrar nuevas víctimas. Pero esta vez no le traería buena suerte.

En algún lugar del barrio, unas campanas tocaron las once y media. Era hora de dar con la malvada bestia.

El inspector se aseguró de que la daga que ocultaba en el tobillo se deslizara bien en su funda. Se trataba de una precaución innecesaria, ya que había tenido el cuidado de engrasarla antes de salir de casa. Después, de debajo de la blusa de trabajo sacó una pistola de pedernal de viaje de doble cañón. Tenía la ventaja de que el arma era de pequeñas dimensiones —menos de veinte centímetros— y de fácil manejo; además, permitía efectuar dos disparos sin necesidad de recargar. Valentin comprobó que la pistola estaba bien cargada antes de metérsela en el cinturón, al alcance de la mano. No podía evitar sentirse excitado, como un depredador que se abalanza sobre su presa. Llevaba años esperando ese momento.

Cuando salió de la casucha semiderruida que le había servido de puesto de observación, la oscuridad de la noche flotaba ya en el aire. El alumbrado de gas, que había aparecido el año anterior, solo se había instalado en las arterias más elegantes de la capital. Aquí, en el casco antiguo de París, no había más que lámparas de aceite, y las que no estaban rotas, quedaban a menudo inutilizadas debido a la falta de vigilancia de las autoridades del distrito, quienes debían supervisar que permanecieran encendidas. Esa penumbra continua al anochecer exacerbaba la sensación de inseguridad; aun así, por una vez, el joven inspector no se quejó. Si permanecía entre las sombras, nadie lo vería

acercarse.

Tras reflexionar sobre la mejor manera de proceder, Valentin había renunciado al ataque frontal y había optado por entrar en la choza por detrás. Era importante evitar que el Vicario se sintiera acorralado o atacara a su o sus prisioneros. Valentin no tenía ninguna duda al respecto. A su regreso a la capital, el monstruo no había podido renunciar a su vicio. Si los informantes de Vidocq no se habían equivocado, el Vicario no se encontraba solo en el lugar. Había traído consigo a sus *pequeños animales de compañía.*

Con cuidado de no resbalar en el caldo de inmundicias que hacía las veces de calzada, Valentin cruzó el callejón con un par de saltos y se adentró en el camino lateral, que estaba invadido por las malas hierbas. Una brisa nocturna se había levantado y hacía crujir los tallos secos, con lo que animaba la oscuridad con un inquietante rumor. El inspector se adentró en la sombra de una valla y se encontró, como había imaginado, en un pequeño patio. Un pozo cubierto de musgo se hallaba en el centro y un cobertizo destartalado, con un techo reventado y aberturas salpicadas de zarzas, se apoyaba en la pared del fondo.

Valentin entrecerró los ojos e inspeccionó la parte trasera de la choza. Una de las ventanas en la planta baja tenía todos los cristales destrozados. ¡La puerta de entrada ideal!

Despacio y sin hacer ruido, el inspector se arrastró hasta allí y se aupó con los brazos. Dentro, olía a humedad y a moho. Había una vieja estufa de leña en una esquina, una mesa manchada y ollas y sartenes colgadas en la pared. El policía se acercó a la estufa, abrió la trampilla y rebuscó en su interior. Bajo una gruesa capa de cenizas, había trozos de carbón, algunos todavía calientes. La casa parecía deshabitada, pero alguien había encendido un fuego al anochecer o, como mucho, el día de antes.

Tenso y con los sentidos alerta, Valentin se incorporó y escuchó atentamente. En un primer momento, el rugido del viento que venía de fuera, no le permitió oír bien, pero, a fuerza de concentrarse, distinguió el sonido de un ligero rasguño. Era como si alguien arrastrara una silla por el suelo o moviera un objeto pesado. Parecía venir de la parte delantera de la casa, del lado del taller de reparación de zapatos.

Con cautela, Valentin tomó la pistola y amartilló los cañones; rodeó el arma con la otra palma de la mano para amortiguar los dos chasquidos. Acto seguido, se dirigió a la puerta y entró en un pasillo que se encontraba sumido en una oscuridad total. Prender la luz era correr el riesgo de ser descubierto. Pero avanzar sin ver nada, en una casa desconocida que podía ocultar muchas trampas, no era una opción mejor. Tras una breve vacilación, el joven policía encendió una

rat-de-cave.[23] Unas sombras inquietantes bailaron en las paredes.

Una escalera llevaba a los pisos superiores y a cuatro puertas. La escalera se interrumpía a mitad de camino, pues los peldaños estaban carcomidos por la humedad. Todas las puertas estaban cerradas. Valentin esperó, indeciso. De repente, tuvo la impresión de que el viento hacía un ruido infernal cuando alzaba las tejas, como si aquel estruendo llenara todo el espacio. Y, entonces, abajo, casi imperceptible, se oyó de nuevo ese roce. Venía de delante, de la puerta de su derecha, para ser más precisos. Y fue como la materialización de una siniestra amenaza, como la confirmación de lo que, en el fondo, siempre había sabido. El Vicario no era una presa cualquiera. No se dejaría sorprender con tanta facilidad.

Valentin ocultó la vela con la mano armada y reanudó su avance. Se detuvo justo detrás de la puerta y contuvo la respiración. Al pegar la oreja al marco de la puerta, percibió con mayor claridad el sonido. Resultaba imposible identificar de qué se trataba, pero ahí detrás había alguien ocupado en una misteriosa tarea.

El inspector activó la manivela mientras rezaba para que el mecanismo no chirriara. Esta descendió centímetro a centímetro sin el más mínimo crujido. Cuando llegó al tope, Valentin empujó con suavidad para asegurarse de que la puerta no estaba cerrada. Casi se abrió sola. Entonces, respiró profundamente, dio una fuerte arremetida y se precipitó al interior, con la pistola apuntando al frente.

¡No había nadie en la habitación!

El lugar debía de servir de trastienda y taller para el artesano que en su día lo había ocupado. Se distinguían las virutas de madera sobre una alfombra deshilachada, así como unas estanterías vacías, las herramientas rotas u oxidadas y todo tipo de trastos inútiles y sin valor.

Al otro lado de la casa, Valentin vio una estrecha ventana. El viento otoñal producía un ruido palpitante al batir la contraventana, lo cual había llamado su atención. De pronto, la excitación que se había apoderado del joven inspector desde que había salido de su escondite se redujo. Le siguió la certeza de que había llegado demasiado tarde.

Estaba a punto de salir de la habitación para buscar en el resto de la casucha, más por asegurarse que por otra cosa, cuando, de súbito, el corazón le dio un vuelco. ¡Por todos los demonios! ¡Y pensar que casi se le pasa por alto!

«¿Una alfombra? ¿En un taller?».

Enseguida, se agachó y levantó una esquina de la alfombra desgastada.

El rectángulo de una trampilla se dibujó ante la claridad parpadeante de la *rat-de-cave.*

Al instante, volvió a sentir los nervios a flor de piel. Con un cuidado infinito, agarró la anilla para alzar la trampilla y tiró hacia él. Un pozo de oscuridad. Unos escalones desiguales se adentraban en las entrañas de la casa.

Comenzó a descender, alerta y con el arma apuntando hacia abajo. A medida que se sumergía en la oscuridad, alejó la lámpara de su cuerpo y un olor terroso le llenó las fosas nasales. Desagradable. Asfixiante. Por un momento, el hedor a tumba le hizo vacilar, pero enseguida se repuso.

Al final de la escalera, se topó con una puerta que chirrió con violencia cuando la empujó para abrirla. Lo primero en lo que se fijó fue en los arcos apuntados de una bóveda que seguramente databa de la Edad Media.

Entonces, justo después, vio la jaula. Con grandes barrotes de acero. Maciza y sombría.

El cuerpo de un niño yacía en un jergón contra la pared del fondo. Estaba completamente desnudo. Su hermoso cabello rubio le cubría buena parte del rostro. De su garganta cortada, había escapado un chorro de sangre. Ahora formaba una mancha oscura alrededor del crucifijo que, en un cordón de cuero, permanecía en su escuálido pecho.

Una simple cruz de madera con unas pequeñas asperezas.

—Damien —soltó Valentin con voz ahogada.

Sin embargo, antes de acercarse al cadáver y apartar los sedosos mechones, supo con la más absoluta certeza que no podía ser él.

23

El singular doctor Tusseau

Valentin tardó dos días enteros en recuperarse de su expedición al barrio de Saint-Merri. Fue un tiempo para reflexionar sobre su fracaso y aceptar que el Vicario se le había escapado de las manos, como ya había sucedido en varias ocasiones, cuando su propio padre, Hyacinthe Verne, había dirigido la persecución. No obstante, esta vez había sido por poco. Al interrogar a los vecinos, el inspector se había enterado de que un anciano había vivido en la casa durante varias semanas antes de desaparecer repentinamente dos días antes. La gente se había imaginado que se trataba de un artesano que planeaba reabrir el taller, pero no sabían más. El desconocido vivía recluido y no tenía relación alguna con nadie de la zona. Registrar el lugar de forma más exhaustiva tampoco había arrojado ningún indicio que condujera a la policía a una nueva pista. En cuanto al cadáver del niño, que el monstruo había sacrificado en su huida, era imposible identificarlo. Con toda probabilidad, se trataba de un niño que habría recogido en la calle y cuya desaparición no alarmaría a nadie.

¿Cómo había sabido el Vicario que el secreto de su guarida se había revelado? Valentin no dejaba de darle vueltas a esa cuestión. Pero, al final y a falta de algo mejor, se había hecho a la idea de que los informantes de Vidocq no debían de ser muy discretos. Siempre al acecho, el depredador había desbaratado su vigilancia y decidido, justo a tiempo, cambiar su territorio de caza.

Abatido, para consolarse, Valentin se había dicho a sí mismo que había perdido una gran oportunidad, pero que el tiempo jugaba a su favor. Poco a poco, la red se estrechaba. Si el Vicario permanecía en la capital, lo encontraría. Su última víctima probaba que era incapaz de abandonar sus inclinaciones criminales y perversas. Tarde o temprano cometería un error fatal. Todo lo que tenía que hacer era ser paciente y estar allí en el momento adecuado. Y así, una vez Valentin lo hubiera dejado fuera de juego para siempre, Damien escaparía al fin

de las garras del Mal.

Entretanto, el joven inspector no había tenido más remedio que retomar su investigación sobre las muertes de Lucien Dauvergne y, posiblemente relacionada con esta, del conocido como Tirancourt. El comisario Flanchard y el prefecto de Policía lo habían dejado bien claro unos días antes: querían resultados rápidos para desactivar cualquier rumor sobre la supresión de los opositores al nuevo Régimen. Ahora, tras su encuentro con Vidocq, Valentin disponía de tres nombres que podían ayudarlo a desenredar los hilos de este turbio asunto de locura, muerte y espejos: el vizconde de Champagnac, Émilie de Mirande y el doctor Edmond Tusseau.

Tres nombres que eran como hilos de los que tirar para ver qué destapaban.

Decidió comenzar con el que le parecía más accesible, y se dirigió a la calle Surène, al palacete de los Dauvergne. Allí, renunció a solicitar una entrevista con el propietario del lugar. Algo le decía que Charles-Marie Dauvergne no sería el interlocutor adecuado. El diputado estaba menos preocupado por la justicia que por la venganza. No cabía duda de que, si surgía una verdad molesta, haría todo lo posible para sofocarla. No, tenía que dirigirse a una persona que apreciara al pobre Lucien y que hablara con él sin la menor reserva.

Por esa razón, se apostó en la acera frente al palacete para vigilar de un modo eficaz las entradas y salidas. Cuando, a media mañana, vio a una joven sirvienta que salía del lugar con una cesta de provisiones, le siguió el paso y esperó a llegar a la siguiente manzana para abordarla. Al principio, la criada se mostró reticente; sin embargo, cuando respaldó su petición con una moneda de cinco francos, accedió a prestarle su ayuda. Entonces, Valentin regresó a la calle Surène, donde esperó, mientras merodeaba y reflexionaba sobre las posibles alternativas en caso de fracaso. Pero, un cuarto de hora después de que la criada regresara de los recados, con la cesta rebosante de víveres, la reja del palacete se abrió de nuevo para dejar paso a Félicienne Dauvergne. La joven se hallaba sola. Una vez en la calle, miró a su alrededor y no pudo no ver a Valentin, apostado cerca de allí, pero hizo como si nada y se alejó en dirección a la calle Anjou.

Valentin la siguió a distancia.

Uno detrás del otro, ascendieron por la avenida repleta de elegantes propiedades y hermosos edificios construidos a finales del siglo anterior, bajo el Imperio. En un momento dado, el inspector estuvo tentado de acercarse a Félicienne en plena calle, pero con un discreto gesto de la mano ella le indicó que tenía otra cosa en mente y que debía ser paciente. Llegaron a la plaza Luis XVI y a la capilla expiatoria erigida allí en memoria del monarca decapitado y de la

reina María Antonieta. Bordearon el monumento y cruzaron el patio de honor, enarbolado con cipreses y decorado con cenotafios dedicados a los guardias suizos masacrados en 1792 durante la detención del rey. El lugar estaba aparentemente desierto. Enseguida, de un modo enérgico y decidido, la joven Félicienne se encaminó hacia una de las dos galerías del claustro que flanqueaban el pórtico que daba acceso a la capilla propiamente dicha. Fue allí donde Valentin la abordo.

—Le agradezco que haya respondido a mi mensaje con tanta rapidez —dijo tras saludar a la adolescente—. No obstante, tenía miedo de que no la dejaran salir sola.

La chica se sonrojó.

—Por lo general, nunca salgo de casa sin compañía. Pero, desde la terrible muerte de Lucien, padre y madre no han sido del todo ellos mismos. Me bastó con fingir que quería ir a la iglesia para recordarlo. Nadie me hizo ninguna pregunta. Aquí podemos hablar con tranquilidad y sin que nadie nos vea o nos moleste.

—Definitivamente, es usted una persona con recursos —comentó Valentin, que recordó la nota que le había deslizado con tanta habilidad en la mano la primera vez que llegó a la calle Surène.

—¿Por qué tenía usted tanta prisa en hablar conmigo? —preguntó Félicienne, que trató de reprimir cierta impaciencia—. ¿Ha averiguado qué fue lo que empujó a Lucien a acabar con su vida?

—Me encantaría decirle que sí, pero, por desgracia, aún estoy reconstruyendo sus acciones y gestos en las semanas previas a su muerte. Me interesan sobre todo las personas que estuvieron con él durante ese periodo. En nuestra entrevista anterior, usted me dijo que su hermano estaba delicado de los nervios y que tal vez sufría de sonambulismo. ¿Sabe si llegó a consultar a un médico?

—Imagino que está pensando en el doctor Tusseau.

—Naturalmente, ¿no? ¿No es su médico de familia?

—¡Oh! No desde hace mucho tiempo. Precisamente, fue Lucien quien se lo presentó a padre. Alabó el aspecto innovador de sus métodos terapéuticos. Lo que sí es cierto es que el hombre posee un increíble poder de seducción. Incluso papá, que no es de entusiasmarse con facilidad, se encariñó enseguida con él.

Valentin detectó algo de reticencia en su voz.

—¿Me equivoco o no comparte ese entusiasmo general? —Félicienne frunció el ceño. La tensión resaltó el aspecto de muñeca de su rostro. De repente, a Valentin le pareció sumamente vulnerable. Ya no tenía ante sí a una joven decidida, dispuesta a desafiar las prohibiciones de su casta para ayudarlo a progresar en su investigación, sino a una adolescente frágil y confusa, apenas salida de

la infancia.

—No me gusta la forma en que ese médico se ha impuesto en nuestro hogar, ni el dominio que tenía sobre mi hermano y que se ha trasladado a mis padres. Por su culpa, mi madre y yo estamos separadas en el momento que más nos necesitamos.

—¿Cómo ha ocurrido eso?

—La brutal muerte de Lucien, y sobre todo las desafortunadas circunstancias en que se produjo, han afectado mucho a mi madre. Ahora, como le he dicho, el doctor Tusseau se ha ganado la confianza de mi padre. Lo convenció para que la dejara descansar en una clínica que posee en el valle d'Aulnay.

—¿Y no ha ido a verla?

—Sí, ¡claro que sí! Mi padre me llevó hace tres días. Es un lugar bastante peculiar, me dejó una impresión un tanto extraña. Las visitas tienen una duración y frecuencia limitadas. Además, los pacientes permanecen en estricto aislamiento. No se mezclan entre ellos y comen en sus habitaciones… Entre esas paredes hay un ambiente extraño.

Algo hizo clic en el cerebro de Valentin. Por el momento, no era más que una confusa intuición, pero sentía que debía indagar en esa dirección.

—Mencionó que Lucien hablaba de los métodos originales de tratamiento del doctor Tusseau. ¿Tiene idea de lo que quería decir con eso?

—Lo cierto es que no. No le presté mucha atención entonces. Todo lo que sé es que decidió tratar a madre con una cura del sueño. De hecho, cuando fuimos a verla el otro día, parecía algo confusa. Tuve la impresión de que no estaba del todo presente con nosotros, y no me gustó nada.

—¿Sabe si a su hermano también lo trataron en esa famosa clínica? ¿Por su sonambulismo, por ejemplo?

—No estoy al tanto de eso, pero desde que dejó la casa familiar, Lucien se había vuelto retraído. Ya no confiaba tanto en mí. Tal vez permaneciera en ese establecimiento sin decir nada al respecto. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Una vez más, intento averiguar más sobre lo que pudo haber hecho los días anteriores a su muerte. Tengo una última pregunta: ¿le dice algo el nombre de Michel Tirancourt?

—No, nada —respondió Félicienne tras un visible esfuerzo de concentración—. ¿Quién es? ¿Era alguien que Lucien conocía?

—Por el momento, nada lo sugiere. Pero ¿quién sabe? —Hizo una pausa antes de continuar—. ¿Podría hacerme un gran favor, Félicienne?

Una pálida sonrisa se dibujó en los labios de la chica.

—¿Acaso no le he mostrado ya que sí?

—Supongo que verá a su madre en los próximos días. ¿Podría aprovechar su visita para descubrir si su hermano estuvo en esta famosa clínica? ¿Y si también es el caso de Michel Tirancourt? Podría interrogar al personal con discreción. Debe de haber un registro donde se anoten los nombres de los pacientes. Le dejo mi dirección para que, si descubriera algo interesante, me lo haga saber.

Le deslizó una nota en la palma de la mano.

—Puede contar conmigo, haré todo lo posible —dijo Félicienne, que asintió con la cabeza con solemnidad—. Ahora, si me perdona, debo irme a casa. Si me ausento demasiado tiempo, padre empezará a preocuparse.

Le tendió la mano y él la rozó con los labios. Un estremecimiento la recorrió entera. Después, permaneció quieto y pensativo, mientras observaba cómo esa pequeña y regordeta pero sorprendentemente decidida figura se alejaba entre las hileras de cipreses.

24

Donde se discuten los descubrimientos de la química

La profunda voz del orador se apagó en el anfiteatro de la Escuela de Farmacia. Un día gris brillaba a través de las ventanas que daban a la estrecha calle Arbalète, y una especie de fuego sagrado resplandecía en los ojos del público. Todos los estudiantes se levantaron en un estallido de entusiasmo y dieron un fuerte aplauso al profesor Pelletier, cuya charla, como de costumbre, había sido tan clara como sobresaliente.

El profesor adoptó cierto aire de modestia y atemperó el desborDamiento del auditorio con un gesto de la mano. Luego, no sin una especie de satisfacción por el deber cumplido, observó cómo el flujo de levitas negras y grises salía de la sala. Si había conseguido transmitir su pasión por la química a no más de dos o tres de esos jóvenes, no había perdido el tiempo.

Solo media docena de estudiantes seguía en la sala cuando reparó en que Valentin estaba de pie contra la pared, cerca de la puerta. Mientras lo saludaba desde lejos, su antiguo discípulo aplaudió en silencio.

—Mis felicitaciones, señor —dijo el joven policía al acercarse para estrecharle la mano, una vez que la sala se hubo despejado—. Solo he escuchado el final de la conferencia, pero sus explicaciones me han parecido muy esclarecedoras. Y veo que sus lecciones se siguen con la misma asiduidad. ¿Está asegurada la sucesión?

—¡Valentin! ¡Qué alegría verte! —respondió con gran entusiasmo el científico al tiempo que se echaba sobre el hombro el extremo de su banda universitaria carmesí, ribeteada con tres hileras de armiño—. En cuanto al relevo generacional, te encuentras bien situado como para saber que, por desgracia, el más aventajado de mis alumnos ha dado la espalda a la farmacia.

—No obstante, hoy acude el alumno para que su maestro lo

ilumine una vez más. ¿Tendría usted un momento?

—¡Claro! Para ti, siempre. Pero, si te parece, acompáñame al guardarropa para que me quite esta pesada toga. Hablaremos de camino. Esta tarde debo leer un importante memorando sobre las diversas adulteraciones de la jalea de grosella al Consejo de Salud de París. Y aún no he terminado de escribirlo.

Valentin no pudo contener una sonrisa. Desde que lo visitaba, el querido gran hombre siempre estaba ocupado con sus múltiples trabajos y sus diversas funciones que, de forma oficial, desempeñaba en varias sociedades científicas. Aunque se quejaba de que no lo veía con suficiente frecuencia, nunca podía dedicarle más de unos minutos a su antiguo protegido.

—No era consciente de que la jalea de grosella fuera un tema tan importante —comentó con ironía.

—Bueno, pues ¡desengáñate! En caso de enfermedad, los pobres la utilizan como bebida curativa diluida en agua, o como alimento diario para su progenie. Sin embargo, la jalea adulterada que obtienen por su coste menor carece de todo valor nutricional.

—He aquí su preocupación por el bien público.

—Y que lo digas. Hay que denunciar esta lacra. Existen diferentes tipos de fraude. He identificado dos principales. El primero consiste en emplear pectina coloreada con zumo de remolacha, aromatizada con jarabe de frambuesa y solidificada con gelatina. El segundo es más común en las provincias occidentales, donde se utilizan algas comunes para lograr la consistencia, malva real para el color, ácido tartárico y glucosa para el sabor… En fin, me pierdo con mis asuntos… Has dicho que venías a consultarme…

El rostro del inspector se ensombreció.

—Es por un caso que estoy investigando, es bastante delicado. Me preguntaba si conocía, entre las muchas sustancias naturales que se han aislado en los últimos años, una droga que aniquile la voluntad y cause graves anomalías de comportamiento.

—¿Qué tipo de anomalías? —preguntó Joseph Pelletier.

—Bueno, que provoque sonambulismo o locura, o incluso que conduzca al suicidio.

El eminente profesor alzó la vista al cielo y después lanzó a su joven acompañante una mirada de asombro.

—¡Mi pobre muchacho! Tenías madera de gran químico, ¡y ahora te ves reducido a enfrentar tu inteligencia con los crímenes más sórdidos!

—Por favor, no volvamos a las vanas discusiones que tuvimos hace cuatro años cuando decidí entrar en la Policía. Usted y yo simplemente hemos elegido luchar contra el mal desde terrenos

diferentes. Creía que tenía poco tiempo y necesito que me ilumine.

—Perdóname, Valentin —dijo el científico, que le puso una mano afectuosa en el hombro—, pero sabes que no puedo evitar preocuparme por ti. Veamos… ¿Has dicho que era una droga que privaría a un hombre de su libre voluntad?

—Eso mismo.

—Veamos… Lo que mencionas me trae de inmediato a la mente plantas de la familia de las solanáceas venenosas. En particular, las conocidas como «tres demonios», que sin duda conoces.

—Belladona, datura y beleño —recitó Valentin, que negó con la cabeza—. Obtuvieron su apodo porque se decía que las brujas las utilizaban para convocar al diablo en sus aquelarres. Sé que las tres son venenosas y potencialmente mortales.

—¡Excelente! Veo que no has perdido nada de tus conocimientos botánicos. El beleño se conoce como la «bella durmiente», porque altera la percepción de la realidad y, tomado como una infusión, puede inducir a un sueño irreparable. Sin embargo, las otras dos son más temibles aún y, hoy en día, son objeto de numerosos estudios. La química extractiva y analítica ha permitido avanzar en el conocimiento de sus distintos principios activos. Son, en su mayoría, alcaloides muy potentes.

—Ya sabía yo que no estaba tocando a la puerta equivocada.

Pelletier no se mostró insensible al cumplido y dejó de desvestirse para continuar la charla. Mientras hablaban, llegaron al guardarropa de la facultad que colindaba con el salón de actos de la Escuela. A través de la puerta abierta, se veía la madera barnizada y los cuadros que representaban a los maestros boticarios del pasado. Al contemplar estos solemnes retratos, Valentin no pudo evitar pensar que los farmacéuticos contemporáneos eran realmente los dignos herederos de aquellos que los antiguos monarcas habían erigido como guardianes de los venenos.

—Volvamos con la belladona —prosiguió el profesor Pelletier—. Vauquelin aisló su principal componente durante el Imperio, un alcaloide que un farmacéutico del otro lado del Rin bautizó como atropina hace unos años, por el nombre de la Parca, quien cortaba el hilo de la vida. En caso de intoxicación, provoca ansiedad, mareos, alucinaciones y convulsiones. A esto lo puede seguir un coma tranquilo y la muerte por parálisis cardiorrespiratoria. La datura también contiene atropina, aparte de otros alcaloides en grandes cantidades que aún no se han aislado en forma pura. Una vez más, estas drogas causan confusión y alucinaciones angustiosas. Algunos químicos prusianos han hecho más progresos que nosotros en la extracción de estos compuestos. Hace poco leí una ponencia de uno de ellos en la Academia Prusiana de las Ciencias. Afirma que las personas

intoxicadas por estas drogas aún mal identificadas podrían encontrarse en un estado de ausencia seguido de una pérdida de memoria.[24]

—Muy interesante —contestó Valentin, que se frotó la barbilla de forma pensativa—. ¿Cree que con este tipo de compuestos es posible drogar a alguien sin que ni él ni sus más allegados lo sepan?

El científico negó con la cabeza.

—Eso me parece muy poco probable. Sobre todo, por las crisis alucinatorias que provocan y que no pasan desapercibidas, aunque el propio sujeto no guardara traza de ello. Además, no hablabas solamente de ataques de locura, sino también de crisis de sonambulismo. No se ha descrito nada parecido con los alcaloides de las solanáceas.

—Ya veo. ¿Hoy no existe una droga capaz de privar a un hombre de su voluntad y provocar, sin su conocimiento, una forma de sueño despierto en ocasiones y un delirio furioso en otras?

—No que yo sepa.

Valentin hizo una mueca. Cuando Félicienne había mencionado los métodos originales del doctor Tusseau, imaginó que el médico habría utilizado ciertas sustancias con efectos nocivos. Pero, si el eminente profesor Pelletier admitía su incapacidad para identificar dichas sustancias, era más que probable que tuviera que abandonar esa teoría.

De vuelta a casa, el joven inspector encontró el correo que el portero había dejado en la consola del pasillo. Había dos cartas y las llevó a la sala de fumadores de la biblioteca. La primera tenía un discreto olor a madreselva. Al abrirla, Valentin sintió que su aprensión crecía y, a su pesar, dirigió la mirada hacia los estantes que ocultaban la famosa puerta oculta.

Su instinto no se había equivocado. La carta era de Aglaé Marceau, y en ella decía que quería volver a verlo y lo invitaba a una de las primeras representaciones de su nueva obra. A la carta se había adjuntado una entrada a su nombre para la noche siguiente. El joven se mordió el labio. Su expedición nocturna a la guarida del Vicario y sus recientes investigaciones sobre el doctor Tusseau habían relegado a la guapa actriz a un segundo plano en sus pensamientos. Pero no había olvidado su terrible sospecha tras descubrir que alguien había registrado su gabinete secreto. Ese día, al salir de su piso al amanecer para asistir a su duelo con Fauvet-Dumesnil, había dejado sus pertenencias perfectamente ordenadas. Se había ocupado de ello. Aglaé había aprovechado su ausencia para entrar en su apartamento. ¿Quién más que ella habría llevado a cabo ese registro en toda regla? ¿Cuál era su propósito? ¿Había cedido a una curiosidad femenina u obedecía a un asunto menos confesable? Y, dado que esas preguntas

seguían sin respuesta y se había percatado de que la posible traición de la joven le generaba una emoción que era incapaz de contener, prefirió no pensar más en ello; de modo que, aunque le resultaba difícil, decidió ignorar la invitación.

La segunda carta llevaba su nombre, sin dirección alguna. Era una nota corta, cerrada con cera, pero sin sellar. Al escudriñar rápidamente las pocas líneas de aquella torpe escritura, a Valentin casi le dio un vuelco al corazón.

> *Si todavía persigue al Vicario, debe saber que ahora está en las últimas. Se ha corrido la voz por todas las bandas de París. Ya nadie lo ayudará. Un contacto de confianza ha prometido darme información vital mañana por la noche. La cita está fijada para las once, en la entrada de la obra de la isla Louviers. Esté allí sin falta.*
>
> *Monsieur V.*

25

La clínica del valle d'Aulnay

Al día siguiente, en lugar de dar vueltas tontas mientras esperaba a que se hiciera la hora de acudir a la cita fijada por Vidocq, Valentin ocupó su día con un viaje al valle d'Aulnay. Dejó a un lado sus zapatos relucientes, su levita y su sombrero, se puso las botas de jinete de cuero suave, un calzón de ante y una cómoda chaqueta de caza de terciopelo negro. Asimismo, se equipó con un amplio morral, donde amontonó todo lo que resultaría útil para su expedición, comenzando por su pistola de doble cañón. Luego, satisfecho con el aspecto de caballero de campo que le había devuelto el espejo de la entrada, abandonó su apartamento y tomó uno de los *coucous*[25] que había estacionados en el fielato d'Enfer para llegar a Châtenay. Desde allí, optó por llegar a pie a la aldea de Aulnay, situada en el hueco del valle donde serpenteaba un riachuelo con el mismo nombre.

El tiempo más bien benigno de los días anteriores se había mantenido. Resultaba agradable caminar por ese campo de aromas ácidos. Sus pasos hacían crujir la alfombra de hojas muertas y Valentin recuperaba las placenteras sensaciones de su pretérita infancia mientras paseaba por los bosques. El otoño era, con diferencia, su estación favorita, pues combinaba belleza y fragilidad, y se acoplaba de maravilla a los pliegues de su alma atormentada.

Cuando el policía llegó a las primeras casas, la campana de la capilla hizo eco con los tintineos de un martillo sobre un yunque; una vibración de bronce llenó el aire. Valentin se dirigió hacia la plaza de la aldea, donde la forja enrojecida retumbaba como un sabueso en el extremo de su tensa correa. El herrero, un coloso bonachón cuyo poderoso torso desaparecía bajo un grueso delantal de cuero, martillaba una pieza de enganche. Interrumpió su obra al ver a un joven sonriente y con aspecto de dandi que se acercaba hacia él.

—Muy buenos días, amigo —lo abordó Valentin con un tono alegre —. Sin duda, usted podrá informarme. Busco una casa de reposo que,

según me han dicho, está por aquí.

El artesano se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y miró al recién llegado con cautela.

—¿Viene usted a visitar a uno de sus seres queridos? —preguntó a la vez que fruncía el espeso ceño.

—No exactamente. Me recomendaron este lugar por su tranquilidad y aislamiento. Mi vieja tía está recuperándose de una fea neumonía y pensaba que tal vez sería beneficioso para ella abandonar la atmósfera confinada de la capital. No hay nada como el aire fresco para sanar, pero quería comprobarlo por mí mismo antes de decidirlo.

Valentin había desarrollado su pequeña perorata durante el viaje en carruaje, cuando había considerado interrogar un poco al vecindario antes de llegar a la clínica del doctor Tusseau. Al oírlo, el herrero dejó entrever cierta reticencia.

—Desde luego, aislado lo está —balbuceó—. En cuanto a saber si su pariente estará bien aquí, eso es otra historia.

—¿Qué quiere decir?

—No quiero que se tome en serio mis palabras. Hay muchas habladurías por el mundo. Le digo esto porque tiene usted buen aspecto, y no quisiera yo que confiara a su señora tía a cualquiera.

Valentin ocultó su satisfacción. Había tocado a la puerta adecuada a la primera. Ahora solo debía hacer que el hombre hablara sin despertar su desconfianza con preguntas demasiado precisas.

—¿Tan mala es la reputación de esa clínica? No es lo que me habían dicho.

—¡Cuidado! —dijo el coloso, preocupado de repente por no aventurarse en terreno desconocido—. No le hablo de los cuidados que pueden recibirse allí. Es solo que un lugar como ese, a mí, más que ayudarme, me haría sentir deprimido.

—¿Y por qué?

—Si se acerca hasta allí, se hará una idea. A mí no me quitarán de la cabeza que parece más una prisión que otra cosa. Además, esas personas tienen maneras extrañas.

—Me intriga usted. ¿Qué gente? ¿Y a qué se refiere con «maneras extrañas»?

—Un médico de París compró la propiedad hace tres años. Cuando apenas estaba instalado, hizo arrancar los setos vivos y cercarlo todo con altos muros. Y ahora, día y noche, varios sabuesos, bestias altas como terneros, guardan las verjas. Algunos incluso afirman que hay trampas para lobos en el parque. ¿Lobos por aquí? ¡No, de qué hablamos!

—Ese médico… ¿Alguna vez lo ha visto?

—¡Jamás en la vida! No más que a los empleados o los

pensionistas. Esos no viven más que entre ellos. ¿Acaso no son formas salvajes? ¡Mire! La única persona que tiene contacto con el exterior es un lisiado encargado de los abastecimientos. Un sordomudo ¡Eso ya dice mucho! No, de veras que es un lugar extraño, en serio.

—¡Bueno! Puede decirse que he tenido suerte de encontrarme con usted antes de poner un pie allí. Aceptará una pequeña compensación.

Cuando Valentin se llevaba la mano al bolsillo, el herrero agitó sus grandes y peludas manos en señal de negación y se retiró de forma precipitada. Agarró de nuevo las pinzas y el martillo y, acto seguido, reanudó su obra golpeando de nuevo. Como si de repente sintiera que había hablado de más. El inspector comprendió que era mejor no insistir.

—No me queda más que darme cuenta por mí mismo —añadió con un tono falsamente ligero—. Si aún tuviera la amabilidad de indicarme el camino…

—Pasado el pequeño bosque, llegará a una cruz que hay en una bifurcación del camino. Allí tendrá que tomar el ramal izquierdo y seguir el curso del arroyo. La clínica se levanta en la otra vertiente del barranco.

Las indicaciones del coloso de lengua suelta resultaron particularmente precisas y Valentin encontró sin problemas la institución del doctor Tusseau. Su curiosidad había aumentado después de la información que había recogido en la fragua. Las precauciones para protegerse de posibles intrusos o de la curiosidad de los lugareños parecían algo desproporcionadas para, simplemente, garantizar la tranquilidad de los internos. En cambio, si el establecimiento ocultaba alguna actividad menos confesable, aquello se justificaba un poco mejor. El policía comenzó a pensar que esa vez había dado con una pista prometedora y estaba deseando aprender más sobre las prácticas del buen doctor.

La amplia propiedad se ubicaba en un repliegue de terreno, alejada de cualquier paso. De acuerdo con las indicaciones del herrero de Aulnay, una muralla la rodeaba por completo. Valentin comprobó que alcanzaba casi tres metros de altura en varios puntos, y que en su cima se erigían unas puntas de hierro afiladas. Esta obra no solo protegía contra cualquier posible intrusión, sino que también evitaba las miradas indiscretas. El joven inspector le dio la vuelta para comprobar que la única apertura al exterior era la reja de entrada que se abría en el camino del valle. Cuando se acercó, resonaron unos ladridos fuertes y agresivos, que perturbaron la quietud bucólica del lugar. Valentin solo tuvo tiempo de tumbarse al abrigo de un arbusto antes de ver cómo surgían dos feroces dogos con las fauces espumosas y los ojos salvajes. Las bestias se toparon con el portal, giraron sobre sí mismas, se levantaron sobre las patas traseras e hicieron chirriar las pezuñas

sobre el metal. En algún lugar detrás de ellas, se oyó una breve llamada y los dos molosos regresaron jadeantes.

«Qué encantador comité de bienvenida, pero se necesita algo más para desanimarme», pensó Valentin mientras salía de su refugio. Regresó y se trasladó a la parte trasera de la propiedad. Allí, un tejado de pizarra con contornos complicados y múltiples aguilones rebasaba la muralla. Cuando brillaba el sol, debía de estar enmascarado por la espesura del parque, pero ese día, si ganaba altura, parecía posible observar la clínica a distancia.

Seguro de su comprobación, el inspector procedió a subir la vertiente arbolada del monte. El canto de un pájaro invisible acompañaba su lenta progresión. Una ligera brisa aportaba un agradable aroma a musgo y, al agitar el ramaje otoñal, hacía llover a su alrededor las últimas piezas de oro de la temporada. En otras circunstancias, Valentin se habría detenido con gusto a contemplar ese delicioso cuadro impregnado de una dulce melancolía, pero su instinto de cazador arrasaba con todo lo demás. Una pequeña voz le susurraba al oído que su viaje hasta Aulnay no había sido en balde.

Una vez hubo llegado a la mitad del camino, se dio la vuelta. Entre los árboles despojados de su follaje, a través del entramado de las ramas, gozaba de una vista que desembocaba sobre el parque y la casa solariega donde el doctor Tusseau había instalado su clínica. El edificio se alzaba en el borde de un estanque en el que, varios cisnes se deslizaban en silencio y rompían el reflejo de los juncos y la superficie lisa del agua.

Valentin centró su atención en la escalera de piedra blanca que conducía a la puerta de entrada. Un elegante tílburi estacionaba al pie de las escaleras. El policía sacó de su morral un catalejo, lo desplegó y apuntó al coche. Sin ninguna duda, a juzgar por el lujoso equipamiento y el carácter de pura raza de los dos caballos en el enganche, se trataba de un vehículo de precio que solo un gran señor o un hombre particularmente acaudalado podía permitirse. Valentin alzó el catalejo e inspeccionó la fachada. Las contraventanas estaban abiertas en la planta baja y unos barrotes defendían casi todas las ventanas de los dos pisos. Aquí o allá era posible distinguir las siluetas vagas que iban y venían detrás de los visillos blancos.

Valentin decidió tomárselo con paciencia. Tarde o temprano, alguien aparecería, y él se quedaría allí, observando todo el día, o al menos hasta la hora de tomar el último transporte a París. Se sentó sobre un montón de hojas muertas, acomodó su espalda contra el tronco de un nogal y sacó una petaca de plata del bolsillo de la chaqueta. El trago de armañac añejo transmitió un calor reconfortante hasta su vientre.

«Y ahora, querido doctor Tusseau, ¡veamos qué justifica que haya

convertido su clínica en un fuerte atrincherado!».

Para hacerse una idea, no tuvo que esperar hasta la noche. Primero, observó que un guardia acompañado de un perro con correa hacía rondas regulares en el parque. Luego concluyó que el personal debía comer y, sin duda, alojarse allí, pues nadie había salido de la propiedad a la hora del almuerzo. Por último, mientras se ponía le sol —había echado un vistazo a su reloj de bolsillo y eran casi las cuatro—, la puerta de entrada se abrió para un personaje con una levita marrón. Valentin apuntó la lente al rostro óseo y la barba en punta del dueño del lugar. No había duda. Se trataba del médico que había conocido en la morgue, junto al cadáver de Lucien Dauvergne, y que había vuelto a ver en el entierro de este último. Al parecer, el médico se encontraba en medio de una discusión con alguien que todavía estaba dentro del edificio. Un instante después, el batiente de la puerta se apartó más y dos nuevas personas se materializaron en la parte superior de la escalinata.

Con gran interés, Valentin ajustó el instrumento para obtener una mayor nitidez. La figura con quien el doctor Tusseau se mostraba obviamente cortés era una mujer de unos treinta años. Su rostro era de altiva belleza y una magnífica cabellera castaña trenzada le caía con gracia sobre los hombros. Debajo de una esclavina de muselina bordada, la magnífica aparición llevaba un vestido de organdí, con escote barco y mangas presunto, que habría sido más adecuado para una salida a los Campos Elíseos que para una escapada campestre. Se mostraba animada mientras hablaba con el médico.

El tercer personaje, por su parte, se mantenía alejado. Era un hombre vestido de negro, con capa y sombrero de copa. No participaba en la conversación y parecía desinteresado, como si estuviera inmerso en pensamientos lejanos. Sin embargo, cuando su compañera le hizo un discreto gesto después de darle la mano al doctor Tusseau, él reaccionó de inmediato y se le adelantó en la escalera. Se movió de un modo singular, rígido y a trompicones a la vez. Su forma de ayudar a la mujer a acomodarse en el tílburi parecía tan torpe como vacilante. Luego, poco a poco, rodeó el coche para tomar asiento a su lado. Por un momento, cuando se inclinó para aflojar el freno y tomar las riendas, volvió el rostro hacia Valentin. El inspector recibió entonces una verdadera conmoción. Comprendió de inmediato por qué el desconocido le había parecido abstraído.

Sus ojos muy abiertos presentaban una fijeza extraña y casi perturbadora. Era como la mirada ausente de alguien dormido y despierto al mismo tiempo.

26

Cuatro contra uno

Al caer la noche, unas grandes nubes pesadas se habían acumulado sobre París. Un viento húmedo se había alzado y barría la superficie del río. Valentin rebasó el convento de los Celestinos y dejó atrás los edificios del Arsenal, donde, a pesar de la hora tardía, aún reinaba cierta actividad. Frente a él, la masa oscura de la isla Louviers destacaba sobre la sinuosidad lustrosa de las aguas del Sena. Desde hacía unos veinte años, el lugar era un descampado de madera para quemar. Los edificios escaseaban. Había una oficina destinada a la administración del aserradero, en el extremo occidental de la isla, un pequeño almacén y las ruinas de una antigua fábrica de botones requisada bajo el Terror para fabricar armas y, desde entonces, abandonada. Por lo demás, nada interesante: algunos álamos, magras malezas y rocas. Por la noche, tras la salida de los obreros y los recaderos, el lugar se quedaba totalmente desierto.

«El lugar ideal para una cita discreta… o para una emboscada».

Valentin se replegó los faldones de la capa para protegerse del frescor nocturno y se adentró en el puente de Grammont, que atravesaba el estrecho del Mail. La obra conectaba la isla con el muelle de Morland, en la orilla derecha. Los pasos del inspector, acompañados por el golpe rítmico de su bastón sobre la plataforma de madera, resonaron en el silencio y señalaron su presencia a unos kilómetros a la redonda. Entrecerró los ojos y observó la orilla frente a la suya en un intento por atisbar un posible comité de bienvenida. En vano. Una única farola de aceite iluminaba la fachada de la casa solariega que servía de oficina. La llama amarillenta no disipaba la oscuridad. Las capas de niebla ascendían de las aguas y sepultaban las orillas bajo un lívido sudario.

Cuando llegó al otro lado del puente, el inspector se acercó al halo de luz. No había el menor indicio de presencia alguna, salvo por un viejo gato doméstico encaramado sobre un banco, a la altura de la

farola, que huyó enseguida. Valentin comprobó que la puerta del edificio estaba cerrada y que nadie podía ocultarse dentro. Luego aprovechó una breve abertura en las nubes para inspeccionar los alrededores, bañados por la claridad de la luna. Era como si un polvo gris hubiera cubierto los montones de madera, arbustos y paredes de la antigua fábrica. Todo parecía congelado por una especie de gel mineral que evocaba a abandono y a muerte. Esa funesta impresión no duró, ya que, un instante después, las nubes formaron una cubierta opaca y todos los detalles del paisaje volvieron a desaparecer en la oscuridad.

Solo entonces, Valentin decidió instalarse en el lugar que el gato acababa de liberar y sacó la petaca. El último trago de alcohol que le quedaba lo trasladó a su larga espera vespertina, mientras espiaba la clínica del doctor Tusseau. En su mente, ya no había duda de que el médico, de una u otra manera, era responsable de la muerte de Lucien Dauvergne. El individuo que había visto salir del lugar en compañía de una bella desconocida presentaba el mismo aspecto sonámbulo que había mencionado Félicienne a propósito de su hermano. No podía tratarse de una simple coincidencia. Por el contrario, todo apuntaba a que esos síntomas guardaban relación con los famosos «tratamientos originales» de los que el médico se hacía eco. ¿En qué consistían? ¿Habrían empujado al joven, frágil de los nervios, al suicidio? ¿Se trataba de un simple accidente o de algo cuya naturaleza exacta aún estaba por determinar?

Valentin reflexionaba acerca de todas esas cuestiones cuando, en algún lugar, desde las oscuras profundidades, un perro comenzó a ladrar. Como si respondiera a una señal, una sombra se desprendió de las ruinas más cercanas. Era una figura esbelta que avanzaba sin prisa y se dirigía directamente al inspector. Este último se levantó de su banco sin apartar la mirada de aquella aparición.

«¡Aquí estamos! ¡Una verdadera cita o una trampa, es la hora de la verdad!».

La sombra solo había cubierto la mitad de la distancia que la separaba del policía cuando otro noctámbulo surgió de la oscuridad. Salía del sendero que atravesaba la isla y permitía alcanzar, en la zona oriental, al segundo acceso a la obra, constituido por la pasarela de la Estacade. Como es natural, al ver ese punto de retirada cortado, Valentin redirigió su atención hacia el puente de Grammont, por donde había llegado.

Los bancos de niebla que se movían a lo largo del pequeño brazo del Sena no le permitieron asegurarse de que la vía estuviera libre. Sin embargo, en los minutos siguientes, no le extrañó oír unos pasos que resonaban sobre la estructura de madera. Si su oído no lo engañaba, allí había otros dos hombres que le bloqueaban toda posibilidad de

escape. ¿Amigos o enemigos? Habida cuenta de las circunstancias, la respuesta a dicha pregunta no le dejaba lugar a dudas. No obstante, se transformó en una funesta certeza cuando se dio cuenta de que uno de esos ecos de pasos iba acompañado de un raspado metálico que le resultaba familiar. ¡Era el mismo ruido que había precedido a la agresión de la que había sido víctima en el barrio de Sainte-Avoie, el día en que conoció a Aglaé Marceau!

Esa revelación bien podría haberle provocado una escalada de pánico. Y así habría sido de no haberse anticipado a una situación de este tipo. Pero, durante su larga sesión de observación en Aulnay, había tenido tiempo de sobra para pensar en la cita que, en teoría, le había fijado Vidocq. Y, cuanto más lo pensaba, menos convencido se sentía con el contenido de aquella nota que supuestamente había escrito este último. Si el antiguo jefe de la Sûreté quería reencontrarse con uno de sus soplones, que al parecer lo informaba sobre un Vicario en apuros, ¿por qué había invitado a Valentin a participar en el encuentro? No tenía sentido. También podría haberle transmitido la información obtenida más tarde y haber mantenido el secreto de sus fuentes. Y luego estaba la hora y el lugar de la cita. Esa isla Louviers, a la que nadie iba una vez caída la noche. ¿Qué justificaba una entrevista en un lugar tan aislado y a semejante hora, si no la seguridad de poder ajustar cuentas sin que lo molestaran y la facilidad de deshacerse de un cuerpo al arrojarlo al Sena?

Todas estas reflexiones habían llevado a Valentin a la única conclusión que se imponía: quería atraerlo a una burda trampa. En el carruaje que lo había llevado a París a última hora de la tarde, había tenido todo el tiempo necesario para idear un plan de acción. La facilidad y la seguridad lo habrían empujado a informar al comisario Flanchard y a acordonar la isla con sus colegas y una escuadra de agentes municipales. Pero, quizá, tal despliegue de fuerzas no habría pasado desapercibido, y habría corrido el riesgo de alertar a quienquiera que fuera tras él. Valentin tenía en mente tanto el ataque que había sufrido en la niebla como el registro de su despacho secreto. Si esos acontecimientos guardaban relación, significaba que, por tercera vez en pocos días, lo atacaban de forma directa. No quería que hubiera una cuarta, y para ello no debía dejar pasar la oportunidad que se le ofrecía de desenmascarar a su o sus adversarios, aunque eso supusiera asumir riesgos que muchos habrían considerado desmesurados.

Enseguida, los cuatro hombres se encaminaron en dirección a su presa. Mientras permanecían a distancia, en la penumbra, Valentin se había quedado totalmente inmóvil, plantado justo debajo de la linterna de aceite. Era plenamente consciente de ser un blanco perfecto, pero había sopesado los pros y los contras. Con la casucha a

su espalda y las dos salidas hacia la orilla derecha bajo control, estaba acorralado. Los demás lo sabían. No tenían razón alguna para llamar la atención con un disparo. Si lo habían traído a ese recóndito lugar era justo porque pensaban acabar con él con total discreción.

Al mismo tiempo que se desplegaban en un semicírculo para impedir cualquier huida, los cuatro hombres llegaron a los límites de la zona luminosa. Valentin pudo al fin escudriñarlos mejor. Tres de ellos llevaban vestimentas de obrero y el último, de burgués. Sus rostros estaban tiznados, pero el inspector reconoció sin dificultad alguna al que su vestuario designaba como jefe. Esa silueta bajita, esa forma redonda de barrica y esos ojos astutos, profundamente hundidos en la grasa de los párpados. No cabía duda: se trataba del Gran Jesús, el pelirrojo al que había golpeado dos semanas atrás, justo antes de que Flanchard lo destinara a la Brigada de la Sûreté. En cambio, los otros tres eran desconocidos. Dos de ellos apuntaban hacia delante con unas temibles hojas de cuchillo. El último era una especie de Hércules con el rostro bestial y blandía, con inquietante soltura, una pesada maza de cantero. Este era quien cojeaba ligeramente. Llevaba un refuerzo metálico en uno de los zapatos destinado claramente a compensar una malformación del pie. Pese a dicha desventaja, era el más intimidante de los cuatro con diferencia.

—¡Volvemos a vernos, señor funcionario! —fanfarroneó el gran rufián, que apuntó al policía con una impresionante pistola de caballería—. No es muy prudente arriesgarse a venir a solo a lugares tan aislados a estas horas intempestivas. Sobre todo, cuando uno pretende dar una lección a los demás.

Valentin soltó una risa irónica. Después, señaló con el mentón el rostro del otro, que aún llevaba las marcas de la paliza que le había infligido.

—Más bien eres tú, amigo, el que no debería salir de noche. Con esa cara cosida, si te cruzaras con un chaval, creería ver al hombre del saco en persona.

El Gran Jesús se encogió de hombros con desdén y se volvió hacia sus secuaces, como para tomarlos como testigos.

—¡Escuchad! El señor inspector aún encuentra la manera de hacer chistes. —Volvió a posar la mirada muy despacio sobre el policía. Un brillo malévolo resplandeció en el fondo de sus pupilas—. ¡Hazte el listo, venga! Pero ¡te has equivocado de cabo a rabo! El golpe final de la nota firmada por Vidocq no estuvo mal, ¿verdad?

Por supuesto, el canalla quería tomarse su tiempo. Quería saborear lo que creía que era su revancha. Valentin pensó que debía aprovechar para analizar el modo de actuar de la banda.

—¿Cómo supiste que estaba en contacto con Vidocq? —preguntó, sin perder de vista el más mínimo movimiento de sus adversarios.

—¡Pobre tonto! ¿Qué creías? ¿Qué podías atacar a un hombre como yo y salir impune? En las últimas dos semanas, mis hombres no te han quitado el ojo de encima. Como sabía que ibas tras el Vicario, cuando me contaron lo de Vidocq, enseguida pensé que si combinaba ambas informaciones, encontraría la manera de atraerte hacia una encerrona.

—Sin contar que has llegado incluso a entrar en mi casa para registrar por todas partes. Era arriesgado. Alguien podría haberte sorprendido.

El Gran Jesús lo miro asombrado. O Valentin lo había desconcertado mucho, o tenía un auténtico talento como comediante.

—¿De qué hablas? —Frunció el tupido ceño—. A diferencia de ti, nosotros no estamos tan locos como para lanzarnos a la boca del lobo.

—Dejémoslo así. Dime, ¿qué piensas hacer ahora?

—¿Estás seguro de que no tienes ni idea de lo que estás preguntando?

Valentin se frotó el mentón con aire dubitativo.

—Bueno, es posible. Sin embargo, no me creo que seas tan estúpido como para pensar que podrías atacar a un inspector de policía sin pagar las consecuencias, tarde o temprano. Todo acaba por saberse en París.

El obeso dejó escapar una risa siniestra.

—Para acusar a alguien de asesinato, es necesario que haya un cadáver. —Designó al coloso que no había dejado de mover su herramienta entre las manos, a la manera de un luchador de feria ansioso por impresionar a la multitud—. A Petit-Pierre no le gustó nada que le perforaras la piel la otra noche. Su herida manaba sangre. Desde entonces, solo sueña con tenerte a su merced. Cuando acabe contigo, habrá convertido tu cuerpo en papilla. Los peces del Sena se deleitarán.

—¡Carne para paté, eso es lo que voy a hacer con él! —Creyó oportuno confirmar el llamado Petit-Pierre antes de escupirse en cada una de las manos y levantar la maza sobre su cabeza.

—¡Un momento! —intervino el Gran Jesús, que, con la mano extendida, detuvo a su cómplice—. Es mejor evitar sorpresas desagradables. Tu espada de bastón, tírala por aquí. Me pareció entender que no te la apañabas mal con ella.

Valentin inspiró profundamente. Era el momento fatídico. Aquel por cuya eventualidad había efectuado, dos horas antes, una primera y rápida incursión en la isla Louviers. Era cuestión de reconocer el lugar y ser precavido frente a cualquier posible contratiempo. En unos segundos, sabría si no había mostrado un exceso de confianza. En cualquier caso, de ser así, no tendría mucho tiempo para lamentarse.

Como si obedeciera la orden del Gran Jesús, que aún lo amenazaba con la pistola, el policía soltó la empuñadura del bastón y la agarró por el otro extremo. Sin embargo, en lugar de arrojarla a los pies de sus agresores, la levantó con brusquedad en vertical y la utilizó para romper la lámpara de aceite. De un solo golpe, la oscuridad más completa se cernió sobre los cinco hombres.

Valentin aprovechó el efecto sorpresa y sacó la pistola que llevaba en el cinturón. Rápidamente, disparó sus dos tiros hacia donde se encontraba Petit-Pierre. Quería asegurarse de dejar al mastodonte fuera de combate lo antes posible, ya que, si ese portento de la naturaleza lo atrapaba, sería el fin. Un gruñido desgarrador siguió a las dos detonaciones y se adelantó, por muy poco, al choque de una maza pesada que se abatió sobre el suelo.

—¡Maldición! —chilló el Gran Jesús en la oscuridad—. Este demonio le acaba de romper la cabeza a Petit-Pierre. ¡Vosotros, no le dejéis tiempo de recargar! ¡Matadlo! ¡Matadlo!

Valentin lanzó su arma inútil en la dirección de donde provenía la voz. Por el momento, su espada de bastón tampoco lo ayudaba, pues no podía enfrentarse a la vez a tres hombres, uno de los cuales poseía un arma de fuego. Por fortuna, aún contaba con otros recursos escondidos en el lugar de su primera visita. Metió ambas manos bajo el banco adosado a la casucha y sacó un par de pistolas de gendarmería ya cargadas y listas para abrir fuego. Cuando los dos sinvergüenzas, alentados por las exhortaciones de su jefe, se acercaron mientras daban puñaladas al aire, sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad. Con una pistola en cada mano y una rodilla en el suelo para tener mayor estabilidad, apuntó con calma a las dos sombras en movimiento. Dos llamaradas salieron de forma simultánea de los cañones. Fulminados, los miserables se desplomaron hacia atrás sin siquiera gritar.

Apenas a una decena de pasos, el Gran Jesús percibió la caída de sus cómplices. Sintió un escalofrío que le recorría la columna vertebral. ¡Una pesadilla! Vivía una pesadilla. En cuestión de segundos, el maldito policía había acabado con sus tres mejores hombres. Ahora se encontraba solo frente a ese ángel exterminador.

Aterrorizado, observó inquieto entre las sombras. El otro parecía haberse volatilizado. Mientras sujetaba con fuerza la pistola entre las manos temblorosas, apuntó hacia la masa más oscura de la casucha y comenzó a alejarse. Tan pronto como considerara lo bastante lejos, saldría pitando para llegar al puente de Grammont y camuflarse por las callejuelas del Marais.

Con toda su rabia y desesperación, desafiaba con la mirada la oscuridad, temiendo a cada segundo que su enemigo surgiera ante él, como un diablo fuera de su caja. La sangre le latía con fuerza en la

sien, por lo que no advirtió un ligero crujido de la hierba a su izquierda. Su pánico era tal que dominaba todas sus otras sensaciones. De repente, no entendía de dónde provenía ese intenso calor que le envolvía todo el cuerpo. Dio uno o dos pasos más, titubeando. Una auténtica lengua de fuego le desgarraba las entrañas. Sin darse cuenta, abrió los puños en un espasmo incontrolable y dejó escapar el arma.

Al momento, el Gran Jesús cayó de rodillas sobre la hierba. Abrió la boca para atrapar aire con avidez, como lo habría hecho un pez fuera del agua. Un hipo lo sacudió y vomitó un torrente de sangre. Su cabeza se inclinó sobre su pecho. Solo entonces, el inmundo personaje miró hacia abajo y lo último que vio en el mundo fue esa larga y fina hoja de acero que emergía de su chaleco a la altura del corazón.

27

El diario de Damien

Me he equivocado.

Pensé que después de todo este tiempo —meses… años—, el Vicario se preocuparía un poco por mí. A su manera, por supuesto. Violenta, exclusiva, fea y repugnante. Pero, de todos modos, había llegado a pensarlo. Me dije que por esa razón me había obligado a matar a la señorita Louise. De ese modo, no tendría que compartirme. Porque no toleraba que nadie se interpusiera entre nosotros.

Me equivoqué. Me di cuenta en los días siguientes a la horrible muerte de mi compañera de cuatro patas… Cuando el *Otro* apareció en el sótano…

Entonces, me encontraba en un estado lamentable. Demasiadas dificultades, demasiada desesperación y dolor. Finalmente, los nervios me habían fallado. Las manos me temblaban todo el rato. Y me daba la impresión de que me devoraba una especie de fiebre, aunque, cuando me llevaba la mano a la frente, no parecía más caliente que de costumbre.

Confundido y aturdido, ya no hallaba descanso. Permanecí sentado en mi banco toda la noche mientras mecía la parte superior del cuerpo sin cesar, como para adormecerme. Durante el día, en cambio, me hundía en un estado semicomatoso, en el que alternaba entre breves fases de vigilia, donde no podía contener las lágrimas, y fases de desmayo más que de sueño, de las que salía aún más agotado, en un estado de estupor y aturdimiento inimaginables.

Fue después de uno de estos desmayos cuando me di cuenta de que ya no era el único prisionero en el sótano.

No sucedió de golpe. ¡Oh, no!

Volví en mí por etapas. Una pinza me atenazaba las sienes. Sentía náuseas y ganas de vomitar, y cada vez que trataba de abrir los párpados, decenas de agujas me perforaban el cerebro. Giré sobre mí para colocar el rostro en las mantas que apestaban a moho y apreté los

puños contra mis ojos. Presioné durante mucho tiempo, hasta que los puntos rojos cesaron su loca zarabanda. Solo entonces separé los dedos con cuidado.

Los rayos de luz arañaban la oscuridad del sótano. Me pareció ver una forma humana tendida en el suelo y pensé que estaba siendo víctima de una ilusión. Era evidente que mi mente me estaba jugando una mala pasada. Cerré los párpados. Esperé a que el mareo disminuyera. Cuando me atreví a mirar de nuevo, la forma seguía allí.

Era el cuerpo de un chico.

Como solté un gruñido al incorporarme, el *Otro* también se despertó y se sentó sobre el montón de trapos viejos que le habían servido de litera. Era rubio, igual que yo, pero tenía un rostro más feroz. Un carácter más definido.

Sí, un chico rubio… pero no como yo. Mayor, también más alto y fuerte.

—¿Quién… quién eres?

No hubo respuesta. El *Otro* me miraba fijamente, pero hacía como que no me oía. El corazón se me aceleró en el pecho. Me debatía entre la incredulidad y el miedo ante la aparición de este extraño en un universo que creía congelado para siempre.

—¿Cómo has llegado aquí? ¿Ha sido el Vicario? ¿Él te ha encerrado?

Sin embargo, el chico rubio permaneció callado. Me miró en silencio. No había miedo en sus ojos. Solo una tranquila curiosidad, que, a medida que inspeccionaba el sitio, iba tiñéndose de lo que me pareció una pizca de ironía. No sabía qué actitud adoptar. No me atrevía a acercarme a él. A medida que pasaban los minutos, su incomprensible mutismo me produjo un profundo malestar. ¿Quién era? ¿Por qué no decía nada? ¿Representaba un peligro para mí?

No sé cuánto tiempo permanecimos así, mirándonos como perros de porcelana, casi desafiándonos. Se me pasaron varias ideas por la cabeza. El Vicario se había dado cuenta de que la soledad me agobiaba y, por fin, había decidido darme un compañero. Este desgraciado compartiría mi cautiverio. Por el momento, la angustia lo privaba de cualquier tipo de reacción, pero acabaríamos por establecer un contacto distinto al de la mirada. Nuestra desgracia común no podía más que acercarnos. Sin embargo, de forma inexplicable, sentía que éramos demasiado diferentes para llevarnos bien. Había una dureza y un salvajismo tras ese rostro cerrado que hizo que se me atenazara la garganta. Poco a poco, busqué otra explicación a su presencia en el sótano.

Y al fin la encontré.

El Vicario no intentaba aligerar mi encierro. Al contrario, me

guardaba rencor por haberle ocultado la existencia de la señorita Louise y había decidido sustituirme. El *Otro* ocuparía mi lugar. Me suplantaría. ¿Qué sería de mí? ¿Qué se hace con un juguete que ya no te gusta?

Me invadió la ansiedad. Sentí como si mi respiración se redujera a una fina corriente de aire. Me ardían los pulmones. Me asfixiaba. Quise golpear la puerta del sótano, llamar al Vicario y rogarle que me perdonara. Pero ni siquiera podía levantarme, y mucho menos caminar. Sentía las piernas como si fueran de algodón. No tenía fuerzas. Desesperado, me dejé caer al suelo y me arrastré por la tierra. A toda costa, deseaba llegar al tramo de escaleras que conducía a la puerta con candado. Aunque sabía muy bien que no sería capaz de subirlas.

Fue en ese mismo momento cuando el *Otro* se echó a reír.

Era una risa hiriente y afilada como una zarza. Me di la vuelta. El desconocido estaba de pie con las manos en las caderas y se reía a carcajadas al tiempo mientras miraba cómo me retorcía en el suelo. A sus ojos, era un miserable gusano. Una cosita insignificante que puede aplastarse sin prestar la más mínima atención.

Así fue como tuvimos conocimiento el uno del *Otro*.

28

Todo empieza a tomar forma

—Entonces, la matanza de anoche en la isla de Louviers… ¿Fue usted?

—Fui yo.

—¡Maldición! Cuando decide usted hacer limpieza, ¡no se anda con chiquitas! Me dijeron que la Prefectura se inclinaba por un ajuste de cuentas entre bandas rivales.

—No seré yo quien los desengañe. Es mejor evitar explicaciones complicadas. El Gran Jesús la tenía tomada conmigo desde un pequeño desacuerdo que tuvimos. Es posible que fuera él quien removió su entorno en los últimos días para obtener información sobre mí.

—No serviría de nada que lo advirtiera del riesgo que corre si sus superiores descubren que va por ahí ajustando cuentas personales a sus espaldas y, además, fuera de todo marco legal. Estoy en buena posición como para saber que, en la Prefectura de Policía, se cortan las cabezas que sobresalen. Dicho esto, nadie lamentará la desaparición del Gran Jesús. Ese sinvergüenza hacía tratos con orfanatos para abastecer de efebos a señores de la clase alta. ¡Que arda en el infierno!

Vidocq respaldó su maldición con un elocuente gesto de la mano. Valentin y él se encontraban en el apartamento del primero. Cómodamente instalados cerca de un buen fuego en la chimenea, fumaban mientras degustaban un viejo coñac metido en barrica antes de la Revolución.

—Olvidémonos de ese canalla —dijo Valentin—. Le he pedido que venga a verme porque tengo algunas novedades sobre mi caso.

—Sí, lo sé, el suicidio de Dauvergne hijo.

—¡Qué diablo de hombre! ¿Cómo lo ha adivinado? No le dije ni una palabra cuando lo visité en Saint-Mandé.

—Simples informaciones cruzadas —eludió el exconvicto—. Ya me

conoce, debería saber que es casi imposible ocultarme algo, pero me pareció entender que usted también estaba muy interesado en la desaparición de ese loco, el llamado Tirancourt.

—De hecho, se trata del mismo caso. Esta misma mañana me lo han confirmado. La hermana de Lucien Dauvergne me dijo que su hermano y Tirancourt se habían alojado en la clínica del doctor Tusseau en las semanas anteriores a sus brutales muertes.

—¿Cómo se enteró?

—A pesar de su edad, es una persona decidida y no se amilana. Le pedí que fisgoneara un poco cuando fuera al valle d'Aulnay, donde se encuentra su madre. Consiguió que una de las hermanas encargadas del cuidado de los residentes hablara. Dauvergne y Tirancourt siguieron las curas del doctor Tusseau y se suicidaron poco después, en las dramáticas condiciones que usted ya conoce.

—Vaya, vaya…

—Estoy convencido de que no se trata de una simple coincidencia. Por eso volví a ponerme en contacto con usted. ¿Ha conseguido alguna información útil sobre ese médico y sus prácticas poco ortodoxas?

Justo después de recibir la breve nota de Félicienne, Valentin había enviado un correo a Saint-Mandé para pedir a Vidocq que se informara sobre Edmond Tusseau y que se reuniera con él en cuanto tuviera algo interesante al respecto. El antiguo jefe de la Sûreté no había perdido el tiempo, pues ese mismo día, a última hora de la tarde, se había presentado en su puerta.

—Tusseau es un conocido médico de la capital —añadió tras apurar su bebida—. Resulta paradójico, porque se trata de un individuo muy discreto. Incluso podría decirse que cultiva cierto gusto por pasar desapercibido. A pesar de ello, en pocos años ha conseguido una clientela muy selecta. Sus pacientes pertenecen a lo mejor de la sociedad: parlamentarios, magistrados, escritores, banqueros, comerciantes… Parece que nuestro buen doctor Tusseau posee un auténtico don y se vuelve rápidamente indispensable para quienes recurren a su arte.

—Es en efecto lo que me dio a entender Félicienne Dauvergne —confirmó Valentin, mientras depositaba la ceniza de su puro en un vasito de plata—. Afirma que su padre se encaprichó de Tusseau en unas pocas semanas. Y le aseguro que el diputado Dauvergne no es un hombre fácil. No es alguien que otorgue su confianza con facilidad.

—No es el único que ha sucumbido a los poderes de seducción del doctor. Como le dije en nuestro último encuentro, durante un tiempo, Tusseau se mostró incluso del brazo de Émilie de Mirande, antes de que lo reemplazara el vizconde de Champagnac. En resumen, ¡he aquí

un discípulo de Asclepio que frecuenta la élite política y social!

Como las llamas se fueron apagando, Valentin se acercó al hogar. Las brasas brillaban débilmente y dejaban escapar chispas fugaces. Removió el fuego y echó dos troncos más. Una vez hubo reavivado el fuego, se enderezó y se volvió hacia su visitante mientras disfrutaba del suave calor que le envolvía el costado.

—Si lo entiendo bien —dijo con el ceño fruncido—, Tusseau ha demostrado ser lo bastante hábil como para conseguir un poderoso apoyo. De modo que convendría tener más de un buen as en la manga para enfrentarse a él.

—No puedo decirle lo contrario, querido. Aun así, el personaje no cuenta con un apoyo unánime. Y en particular dentro de su propia profesión. Este hombre ya ha tenido un enfrentamiento con la Facultad de Medicina. En parte, esa es la razón por la que dejó su consulta en París para abrir su famosa clínica en el valle d'Aulnay.

—Interesante. ¿En qué se fundamentaban las críticas de sus colegas?

Vidocq se encogió de hombros y estiró las piernas de forma lasciva hacia la chimenea.

—Bueno —respondió—, no sé mucho de medicina, pero creo que fue acusado de aplicar prácticas terapéuticas condenadas por la Academia de Medicina. ¿Ha oído hablar alguna vez del magnetismo animal?

—Sé que fue una doctrina médica introducida en Francia a finales del siglo pasado por un médico vienés llamado Mesmer. Fue condenada de forma oficial poco antes de la Revolución, pero algunos médicos la siguen utilizando de forma más o menos clandestina.

—Bueno, según los rumores, su Tusseau sería uno de ellos. Al parecer, emplearía un método muy personal que se inspira en el trabajo de otro médico, un tal Alexandre Bertrand. Fue uno de los fundadores de *Le Globe*. Es responsable de la redacción de los artículos científicos.

—¿Tiene idea de en qué consiste ese famoso método?

—¡En absoluto! Pero yo en su lugar me daría una vuelta por las oficinas del periódico, en el Passage Choiseul, un día de estos. Seguro que ese Bertrand tiene información.

A Valentin le costó disimular la emoción. Tiró el resto del cigarro a la chimenea y se frotó las manos alegremente al tiempo que se dirigía a la puerta de la sala de fumadores de la biblioteca.

—¿Por qué posponerlo? ¡Iré ahora mismo! Con un poco de suerte, le echaré las manos encima a ese Bertrand y, si no, me aseguraré de conseguir su dirección.

Todavía apoltronado en su silla, Vidocq dio una profunda calada a

su cigarro y echó una mirada de disgusto a su copa vacía y la jarra de brandi. Los reflejos de las llamas hacían bailar tonalidades de cuero y oro viejo en la superficie del líquido.

—De repente, ahora tiene prisa por salir corriendo al frío. ¿No quiere que le cuente lo que he recabado sobre esa actriz del bulevar, la tal Marceau?

Valentin se quedó helado, casi sorprendido por la exquisita mordedura que ese simple nombre le provocaba en el pecho.

—¿Aglaé? ¿Ha descubierto algo interesante sobre ella?

—No mucho, a decir verdad, y más bien tranquilizador para usted, pues entendí que la señorita no lo dejaba indiferente… Pero bueno, esta chimenea desprende un calor infernal. Se me ha secado la garganta. ¿Me permite? —Señaló con la barbilla la garrafa llena de alcohol y, sin esperar el permiso de su anfitrión, la agarró para llenarse el vaso generosamente. Luego tomó un sorbo y chasqueó la lengua contra el paladar—. ¡Mis felicitaciones! Tiene usted buen gusto. Es como si los ángeles le bajaran a uno piando por el gaznate.

—Entonces, ¡Vidocq! ¡Dígame! ¿Qué tenía que decirme sobre Aglaé?

El exconvicto, expolicía, nuevo negociante y todavía un poco bribón en demasía esbozó una irónica mueca. Parecía un gran felino, que reinaba sin oposición sobre su territorio y se deleitaba con el poder adquirido sobre sus vecinos. Comenzó a recitar y entrecortó cada una de sus frases con un sorbo de brandi:

—La chica tiene veintidós años y llegó hace cuatro de su Lorena natal. Enseguida consiguió pequeños papeles en varios teatros de butaca. La señora Saqui se fijó en ella y la contrató el pasado mes de marzo. Al parecer, es una chica seria y, a diferencia de la mayoría de las actrices, rehúye de las fiestas y cenas que siguen a las actuaciones. No se le conoce ninguna relación seria, aunque ha tenido muchos pretendientes. El último, además, fue Dauvergne hijo, pero dejó de frecuentarla varias semanas antes de su muerte.

—¿No hay ninguna compañía sospechosa ni relación con ningún partido político?

—Ni el más mínimo rastro. Si le interesa esa Aglaé, puedo tranquilizarlo: el camino está despejado. Pero cuidado, ¡esa preciosidad no parece fácil! A pesar de las innegables ventajas que la naturaleza le ha proporcionado de forma tan generosa, ¡no avanzará en territorio conquistado!

Valentin no se molestó en contradecir a Vidocq. No le importaba que el otro hombre pensara que tenía intenciones con la joven. Saber que Aglaé no tenía nada que ocultar fue suficiente para provocarle una felicidad inmediata y le proporcionó un gran alivio. Sin embargo,

quedaba una pregunta: si no era ella, ¿quién había entrado en su gabinete secreto? No obstante, por el momento, debía ocuparse de otros asuntos. Se apresuró a la entrada donde había dejado la capa, el bastón y el sombrero.

—Gracias por estas informaciones —espetó, a través de las habitaciones—. Me voy a la redacción de *Le Globe.* Disfrute del fuego y del brandi, no tendrá más que avisar al portero cuando se vaya. Tiene las llaves de repuesto y cerrará el piso.

Cuando oyó el portazo, Vidocq sonrió ampliamente satisfecho. Se sirvió otra copa, eligió un nuevo puro de una preciosa caja de marquetería, lo encendió con cuidado y dio voluptuosas caladas mientras se recostaba en su silla. «¡Ah, la juventud! ¡Ojalá volviera a tener veinte años!».

En cuanto salió del edificio, Valentin buscó un carruaje que lo llevara a la orilla derecha lo más rápido posible. Era viernes por la tarde, aún no habían dado las siete. Con un poco de suerte, la mayoría de los redactores estarían todavía en las oficinas de *Le Globe* para ultimar el diseño de los dos números que se publicarían el sábado y el domingo.

El otoño había quemado sus últimos cartuchos. Desde la noche anterior, un tiempo gris y lluvioso se había instalado en París. A esta hora tardía, las calles del distrito se encontraban desiertas. Los pocos transeúntes que se cruzó el inspector eran siluetas rezagadas, vestidas con gruesos abrigos. En la plaza de Saint-Sulpice, un equipo de trabajadores se ocupaba de sustituir las antiguas farolas de aceite de dos mechas por farolas de gas de cinco llamas. Con una mirada torva y vagamente envidiosa, los hombres, obligados a seguir con su trabajo bajo una lluvia torrencial, lo vieron pasar con sus finas ropas. Al final, tuvo que esperar hasta llegar al palacio de los Pares, en la calle de Vaugirard, para encontrar un coche de plaza libre. El cochero dormitaba en su asiento, con una lona sobre la cabeza y los hombros a manera de capota. Valentin se vio obligado a menearlo para subirse.

Lo llevó hasta la calle de Petits-Champs, cerca de una de las entradas del Passage Choiseul. En esta galería cubierta, recientemente construida por iniciativa del banco Mallet y que enseguida se había convertido en uno de los lugares más concurridos de la escena parisina, *Le Globe* había instalado sus oficinas, en el número 75. El periódico, bajo la dirección de Dubois y luego de Rémusat, se había consolidado como uno de los principales órganos de la resistencia a la política de Carlos X, así como un opositor declarado del ministro Polignac. Desde las Tres Gloriosas, la mayoría de los redactores, orleanistas convencidos, habían abandonado el periódico y, a muchos de ellos, el nuevo régimen les había ofrecido puestos oficiales y gratificantes. Con la intención de convertirlo en portavoz de la

doctrina sansimoniana,[26] una nueva dirección acababa de retomar hace unos días *Le Globe,* que había estado en liquidación durante un tiempo.

Sin detenerse a contemplar la magnífica vidriera o las pilastras de mármol entre las que se encontraban las numerosas *boutiques* de moda, Valentin se dirigió, con grandes zancadas, hacia las oficinas del periódico. Allí encontró un bullicioso hervidero de actividad donde, entre el humo de las pipas y los puros, se cruzaba toda una fauna de periodistas de aspecto bohemio y de tipógrafos atareados. El inspector detuvo a uno de ellos, se identificó y pidió hablar con Alexandre Bertrand. El trabajador lo miró con cierto desconcierto, pero sin hostilidad. Desde que el gobierno de Luis Felipe había restablecido la libertad de prensa, la policía seguía sin tener buena fama en las redacciones, pero al menos ya no se señalaba directamente a sus miembros como enemigos a los que había que matar.

Para gran alivio de Valentin, el hombre le señaló una especie de cubículo acristalado en la parte trasera de la redacción. El doctor Bertrand se había aislado allí para encontrar algo de paz y tranquilidad. Intentaba dar los últimos toques a su informe sobre las reuniones de la Academia de Ciencias, que debía aparecer en la edición del domingo.

El médico tenía unos treinta años, una frente grande y ancha y unos rasgos fuertes enmarcados por unas imponentes patillas. Enfundado en una gruesa levita de lana, con el cuello de la camisa levantado por una corbata blanca anudada en varias vueltas, hacía crujir con nerviosismo una pluma sobre el papel mientras hacía un visible esfuerzo por concentrarse a pesar del bullicio circundante.

Cuando Valentin le explicó en pocas palabras el motivo de su visita, sacudió la cabeza con fatalismo.

—¡Pobre de mí! —suspiró, y tiró la pluma en un gesto de desilusión—. ¡Está decidido que no tendré una hora de paz para completar este artículo! ¿Qué quiere saber exactamente sobre el magnetismo animal?

—A decir verdad, cualquier cosa que pueda decirme al respecto resultaría útil para mi investigación. Mis conocimientos sobre el tema se limitan, más o menos, a estos misteriosos términos y al nombre de Mesmer.

—Empecemos desde el principio, ¿quiere? Mesmer estudió Medicina en la Universidad de Viena. Llegó a París en 1778, precedido de una reputación bastante controvertida como curandero. Enseguida desarrolló un enfoque terapéutico original que tuvo cierto éxito. Según él, existiría un fluido magnético natural en el cuerpo cuyos bloqueos internos son la causa de diversas enfermedades. El papel del terapeuta sería, por tanto, magnetizar a su paciente para condensar este fluido y

redistribuirlo con fines curativos. Para ello, Mesmer comenzó a emplear imanes, y después una bañera en la que sumergía a varios de sus pacientes y que debía actuar como acumulador. El hecho es que algunas de las mejores personas de la sociedad que se sometieron a este baño tan especial experimentaron verdaderos ataques, durante los cuales perdieron todo el control sobre sí mismos hasta sufrir convulsiones. Esta práctica pronto dividió al mundo médico. Algunos veían a Mesmer como un vulgar charlatán; otros, como un revolucionario de la medicina.

—Y ¿cuál era en realidad la situación?

—Como casi siempre, la verdad se encuentra en un término medio. El error del médico vienés fue querer basar, a toda costa, su práctica en una realidad física y fisiológica cuestionable: la existencia del famoso fluido magnético. Eso provocó la oposición en 1784 de la Academia de Ciencias y de la Real Sociedad de Medicina. Finalmente, cansado de luchar contra los escépticos, Mesmer volvió a su país, pero uno de sus más fieles discípulos, el marqués de Puységur, había matizado su planteamiento. Fue el primero en afirmar que los resultados positivos obtenidos en ciertos pacientes se debían a que estaban inmersos en un estado de conciencia desconocido que denominó «sueño magnético».

Valentin se estremeció.

—¿Podría ser una forma particular de sonambulismo?

—No exactamente, aunque ambos estados guardan relación entre ellos —respondió el doctor Bertrand, que parecía haber olvidado por completo su artículo inacabado y estaba dejándose llevar poco a poco por el tema—. Yo mismo he pasado muchos años estudiando esos fenómenos y les he dedicado varios libros.[27] He llegado a la conclusión de que el fluido magnético es una quimera. Por otra parte, las formas de condicionamiento introducidas por Mesmer, y desarrolladas posteriormente por Puységur, pueden ser eficaces en medicina, sobre todo para suprimir ciertos tipos de dolor. Estoy convencido de que se explican por una especie de sueño lúcido en el que la imaginación y la sugestión desempeñan un papel esencial.

—¿Quiere decir que sería posible moldear a los pacientes para que actúen según sus sentimientos?

—Más aún —opinó el médico—. Durante muchos años, he mantenido una animada correspondencia con varios practicantes en Europa cuya actividad se inspira más o menos abiertamente en la obra de Mesmer. Los principales son un sacerdote portugués llamado abate Faria y un magnetizador suizo de nombre Lafontaine. Ambos sumergen a quienes acuden a ellos en esta especie de sueño de vigilia y no solo consiguen modificar sus sensaciones, sino también inducir ciertas acciones por su parte. Lo más sorprendente es que, cuando

estas personas despiertan, no recuerdan los actos que han cometido con independencia de si ha sido bajo su voluntad.

Al oír aquellas explicaciones, Valentin no pudo reprimir un escalofrío de ansiedad mezclado con un toque de repulsión. Sintió cierto vértigo ante las posibles consecuencias de esa manipulación de la mente en asuntos criminales.

—¿Y por qué medios es posible inducir dicho estado de sensibilidad exagerada a las sugerencias de los demás?

—¡Excelente pregunta, inspector! —exclamó Bertrand, que fingió dar un aplauso—. No creía que un simple policía fuera a asimilar tan rápido estas cuestiones. El aspecto del desencadenamiento de la fascinación ha evolucionado mucho desde Mesmer. Otro de mis colegas por correspondencia, un médico escocés llamado James Braid, afirma ser partidario de las nuevas técnicas de inducción. Defiende que es capaz de inducir el sueño lúcido mediante la fatiga de los centros nerviosos. Y para ello propone un método novedoso que busca alterar las facultades de la mente obligando a los ojos a enfocar un objeto brillante. A dicho enfoque, lo llamó «hipnosis».

Esa vez, el corazón de Valentin deceleró. Todo tenía sentido: los síntomas presentados por Lucien Dauvergne en las semanas que precedieron a su suicidio, los mismos signos observados en el desconocido que había visto en la puerta de la clínica del doctor Tusseau, las súbitas convulsiones de Dauvergne y Tirancourt, la presencia en ambos casos de espejos con superficies brillantes, las misteriosas curas de Tusseau, su interés por el magnetismo animal, ese extraño sueño que permitiría someter un espíritu a una voluntad externa… En definitiva, ¿qué oscuros designios perseguía el médico del valle de Aulnay? ¿Existía un vínculo con Émilie de Mirande y, sobre todo, con el vizconde de Champagnac, encargado de preparar el juicio de los antiguos ministros de Carlos X?

Aquella última pregunta atormentó a Valentin al salir de las oficinas de *Le Globe,* pues sabía que, en caso afirmativo, ni el comisario Flanchard ni el prefecto de Policía le perdonarían el más mínimo error.

29

Donde uno es rechazado mientras hace valiosos descubrimientos

Al día siguiente, al final de la mañana, Valentin se presentó en la puerta de la mansión que el vizconde de Champagnac ocupaba en el barrio de Saint-Germain. En los dos días anteriores, gracias a su viaje a Aulnay y a la información que le habían proporcionado Vidocq y Bertrand, su investigación había avanzado mucho. Ya no quedaba ninguna duda de que el doctor Tusseau era el responsable de los suicidios de Dauvergne y Tirancourt. Sin embargo, antes de enviar su informe al comisario, el inspector quiso aclarar la naturaleza de las relaciones entre Dauvergne, Tusseau y, también, la intrigante Émilie de Mirande y Alphonse de Champagnac. Con ello, era plenamente consciente de que se acercaba a un terreno sumamente delicado. Tendría que andarse con pies de plomo.

El mayordomo en librea que lo recibió tenía toda la pinta de ser un sabueso sombrío y estúpidamente servil. Pertenecía a esa raza de sirvientes tan común bajo el Antiguo Régimen y la Restauración, imbuidos de los privilegios de sus amos y que eran todavía más duros y despectivos con la gente humilde que estos.

Después de haber dado la bienvenida a Valentin, tras juzgarlo por su aspecto y el corte de sus ropas, hizo una mueca ante la declaración de sus funciones y el motivo de su visita. Su primer movimiento fue negarle el acceso con el pretexto de que el vizconde nunca recibía invitados por la mañana, y menos aún el sábado. Sin embargo, ante la insistencia de Valentin y el preocupante cambio de color de sus ojos, que habían pasado de verdes a grises, terminó accediendo y se dignó a conducir al visitante a una antecámara suntuosamente amueblada con ventanas que daban a un bonito jardín francés.

Unos altísimos ramos de lirios inmaculados esparcían sus embriagadores perfumes en magníficos jarrones de cristal de Murano. En las cuatro esquinas de la sala, unas admirables esculturas de estilo

Pompadour se erguían sobre columnas de ébano y sonreían con amabilidad al recién llegado.

«He aquí una bienvenida que al menos es mejor que la del lacayo de turno», reflexionó Valentin mientras, con la palma de la mano, acariciaba de forma mecánica la mejilla de un querubín de mármol.

Convencido de que no esperaría mucho, el joven inspector desdeñó los bancos tapizados con telas preciosas y se sumergió en la contemplación de los numerosos cuadros que adornaban las paredes. Había pinturas de pequeños maestros como Michel Garnier, Jean-Joseph Taillasson y Louis Boilly, pero también obras de artistas más reconocidos como Jean-Baptiste Chardin o François Boucher. Algunas de ellas eran grandes y selectas maravillas que atestiguaban el buen gusto de su propietario.

Al pasar de uno a otro, el policía se fijó en un detalle bastante incongruente en un salón donde era evidente que todo estaba hecho para impresionar a los invitados de paso. En la pared tapizada de seda dorada y roja quedaba la huella del marco de un cuadro descolgado recientemente. Ese rectángulo pálido, sobre una cara mesa de pedestal, entre las dos ventanas que daban al jardín con su cuidado césped y sus parterres, atraía la mirada de forma inevitable. Era una falta de gusto un tanto inexplicable. Parecía una verruga mal colocada que desfiguraba el rostro de una bonita mujer.

En algún lugar del palacete, un reloj dio las once. Este recordatorio sonoro tuvo el efecto de sacar a Valentin de su análisis de la habitación. Como si nada, llevaba plantado ahí un cuarto de hora, mientras esperaba que el famoso vizconde lo recibiera. Su paciencia no tardaría en agotarse. Si no hubiera estado en casa de un noble de Francia, emparentado con algunas de las familias más antiguas de la nobleza gala, sin duda habría manifestado su mal humor en voz alta, pero en este caso necesitaba demasiado la información que probablemente le daría Alphonse de Champagnac como para arriesgarse a ofender a una figura de tan alto rango. Aunque le costara, no le quedaba más remedio que tragarse su impaciencia mientras esperaba que el vizconde se decidiera a abrirle la puerta.

Los minutos seguían pasando con una lentitud exasperante. Entonces, Valentin se percató del inusual silencio que reinaba en la inmensa residencia. Un silencio que era difícil de explicar, dado el bullicio habitual de una casa tan grande. El personal de servicio debía de ser numeroso y, a medida que avanzaba la hora, cada vez estaría más ajetreado. Sin embargo, no se oía el más mínimo ruido ni se percibía movimiento alguno. Era como si el palacete estuviera deshabitado o albergara a un convaleciente al que no había que molestar bajo ningún concepto.

Intrigado, Valentin apenas podía quedarse quieto. Se paseó

nervioso por la antesala y miró irritado la puerta por la que había accedido. Luego, al ver que no ocurría nada, y sin poder soportarlo más, se dirigió hacia el lado opuesto y abrió con cautela la segunda puerta que debía de conducir a una de las salas de recepción de la planta baja.

Descubrió entonces un lujoso salón cuyas ventanas francesas quedaban ocultas por gruesas cortinas. No obstante, a pesar de la semioscuridad que ahogaba la habitación, se dio cuenta de que varios cuadros fijados a las paredes estaban cubiertos con un trozo de tela blanca.

«Alphonse de Champagnac tiene sin duda una concepción original de la decoración. ¡Es sorprendente para un hombre que debe de estar acostumbrado a recibir a la élite parisina en su casa!».

Valentin cruzó de puntillas el umbral del salón y se acercó al cuadro más cercano. Lo miró fijamente. ¿Para qué sería esa tela? ¿A qué se debían tantas rarezas? El cuadro retirado de la pared en la antesala, el silencio opresivo en el palacete, esos cuadros ocultos…

Con el corazón cada vez más acelerado, levantó un poco el velo por una esquina, para revelar… la superficie lisa y reflectante de un pomposo espejo.

El inspector giró la cabeza en dirección a las distintas salidas. Seguía sin oírse nada. Ya podía despedirse de su carrera si lo descubrían. El vizconde debía de conocer a suficientes personas en las altas esferas del poder como para que lo despidieran en un santiamén de la policía. Pero tenía que saberlo con seguridad.

Consciente de que su descubrimiento era de todo menos trivial, se tomó el tiempo de comprobar que las otras tres telas también ocultaban espejos idénticos. Así era. No hacía falta ser adivino para darse cuenta de que la marca en la seda de la antecámara no era el rastro de un cuadro, como había pensado en un primer momento, sino el de otro espejo. Como no podía ocultarse en una sala donde se esperaban muchos visitantes, no había otra opción que hacerlo desaparecer.

Valentin pensaba a toda velocidad cuando salió del salón. Aquel embrujo de los espejos vinculaba sin duda a Alphonse de Champagnac con los suicidios de Dauvergne y Tirancourt y con las prácticas del doctor Tusseau inspiradas en el magnetismo animal. Por tanto, con el inminente juicio de los exministros, la investigación adquiría una dimensión política extremadamente delicada. Justo lo que el prefecto de Policía temía. El inspector no podía ir más allá sin informar a sus superiores y obtener su acuerdo para continuar las investigaciones en el entorno del vizconde. No solo tendría que interrogar a este último, sino también a la misteriosa Emilie de Mirande, ya que parecía ser el punto de unión entre tres de los cuatro protagonistas conocidos de

aquel tenebroso asunto.

Decidido a no perder un tiempo tan valioso, Valentin se dirigía ya hacia la puerta del vestíbulo para abandonar el lugar e ir a la calle Jerusalén sin demora, cuando la puerta giró sobre sus goznes. El criado que le había recibido media hora antes reapareció, tieso como una tabla. El hombre lo miró con un aire mortecino no disimulado.

—El vizconde informa a este caballero de la policía que lamenta no poder concederle una entrevista. Acaba de recibir una visita inesperada de una amiga íntima, la señora de Mirande, y no puede hacer otra cosa que retenerla para el almuerzo. El vizconde ha añadido que podría volver a visitarlo, pero no antes de mediados de la próxima semana, y preferiblemente a primera hora de la tarde.

Ante tanta condescendencia, Valentin se vio tentado a mostrar su irritación, pero logró controlarse. ¿Para qué? El otro se habría alegrado de forma ostensible de su frustración y se habría complacido aún más al acompañarlo a la escalinata del palacete. Tomó el asunto en mano y expuso una sonrisa de circunstancia:

—Veo que a su señor le gusta cultivar las tradiciones francesas de la galantería. Felicítelo por ello. O, mejor dicho, yo mismo lo haré cuando tenga la satisfacción de someterlo a un pequeño interrogatorio.

El mayordomo movió la nariz. Que un humilde funcionario se atreviera a presumir de imponer algo a su amo lo horrorizó. Si hubiera podido agarrar al inspector con un par de pinzas y echarlo, lo habría hecho.

Uno detrás del otro, los dos hombres atravesaron en diagonal el vestíbulo, cuyas vastas dimensiones amplificaban el eco de sus pasos en el suelo de cuadros. Una escalera monumental de piedra de Crussol conducía a una galería y a los pasillos que llevaban a las habitaciones del primer piso. Al pasar, Valentin percibió un movimiento en lo alto y miró hacia arriba. Un hombre y una mujer ricamente vestidos se situaron detrás de la barandilla de hierro forjado y los vieron pasar.

No le costó reconocerlos.

Era la pareja que había visto salir de la clínica del valle de Aulnay dos días antes.

30

El comisario Flanchard al mando

Cuando Valentin llegó a la calle Jerusalén, se percibía cierta tensión en la puerta de la Prefectura de Policía. Dos coches de plaza estaban alineados a lo largo de la fachada, uno de los cuales ya estaba ocupado por cuatro inspectores de paisano. La puerta del otro la mantenía abierta un sargento municipal. En la entrada, varios individuos hablaban de forma animada. Justo cuando el joven policía llegó a la altura del soldado de guardia y se disponía a preguntarle qué ocurría, el pelo desgreñado y la complexión maciza del comisario Flanchard surgieron de entre el grupo de personas que charlaban. El jefe de la Sûreté lo agarró por el brazo.

—Verne, ¡llega justo a tiempo! Tenemos información de primera mano sobre un tal Lastours, agitador bonapartista que hace de trilero en el Bulevar du Temple. Sería una tapadera inteligente para reunirse con los jefes de grupo de su asociación clandestina. Voy allí para supervisar su detención. No hay tiempo que perder si queremos esposarlo.

—Tengo novedades sobre el caso Dauvergne. Debo hablar con usted sin demora. He de comentarle un asunto muy serio.

—¡Bien! ¿Cuál es el problema? —dijo el comisario, que se llevó a su subordinado sin miramientos—. Lo único que debes hacer es subir conmigo al carruaje. Me lo explicarás todo por el camino.

En cuanto entró en el coche, Flanchard golpeó el pomo del bastón contra la pared frontal de la cabina y los dos coches de plaza se pusieron en marcha al trote rápido hacia la calle Barillerie y el Pont au Change.

Mientras se acomodaba en el banco, el comisario dirigió un rostro de afabilidad hacia Valentin.

—Le escucho, muchacho. ¿Qué hay del caso Dauvergne? ¿Qué ha descubierto?

Valentin tuvo que forzar la voz para superar el estruendo de los

cascos y del hierro de las ruedas sobre el pavimento.

—Temo que el caso Dauvergne se convierta muy pronto en el caso Champagnac.

—¡Mierda! —respondió el comisario, cuyos rasgos acababan de perder todo rastro de amabilidad en una fracción de segundo—. Me preocupas, ¿sabes? ¿Qué quieres decir con eso?

El inspector se dispuso a relatar con todo lujo de detalles el estado de su investigación y lo que había descubierto desde que empezó a seguir el rastro del doctor Tusseau. Al final de su presentación, concluyó con seguridad:

—Para mí, está bastante claro. El doctor Tusseau debe de haber desarrollado una formidable técnica de sugestión a través del uso de espejos. Eso le permite tomar el control de los pensamientos y acciones de sus futuras víctimas. Estoy convencido de que, de esta manera, llevó al hijo de Dauvergne y a Michel Tirancourt al suicidio. Lo más grave es que ahora tiene al vizconde de Champagnac bajo su control. En cuanto a Émilie de Mirande, creo que le sirve de secuaz. Tal vez sea ella quien le proporciona sus cobayas humanas. ¿Qué pretenden exactamente? Aún no lo sé, pero deberíamos ser capaces de averiguarlo con rapidez si ponemos a ambos bajo estrecha vigilancia. Por supuesto, también tendríamos que obligar al vizconde a responder a nuestras preguntas.

El comisario Flanchard se frotó la barbilla, pensativo. Una arruga de preocupación le atravesó la frente y movió la mano con nerviosismo sobre el pomo del bastón.

—Debo admitir que ha hecho un trabajo excelente, Verne —dijo tras un suspiro que delataba su apuro—. Sin embargo, como comprenderá, nos aventuramos en un terreno resbaladizo. Piense en ello. ¡Un par de Francia! Y, lo que es más, ¡encargado de instruir el juicio de los ministros! Esto ya no es un simple asunto policial.

—Soy perfectamente consciente de ello, señor.

—¡Eso está bien! Porque usted y yo, muchacho, podríamos perder nuestros puestos. Por el momento, no se mueva ni un centímetro. Está fuera de lugar que prosiga con la investigación mientras no le cubra las espaldas. Primero daré parte al prefecto Girod de l’Ain. Es el único que nos conseguirá una autorización para interrogar a Champagnac y continuar nuestras investigaciones. ¿Me he explicado bien?

—Perfectamente, señor. ¿Puedo preguntarle cuándo cree que conseguirá una audiencia con el prefecto de la Policía? Porque el tiempo apremia. No sé hasta dónde ha llegado Tusseau con su trabajo de condicionamiento de Champagnac, pero a juzgar por el estado en el que se encontraba el vizconde cuando lo vi en Aulnay, lo peor podría ocurrir cualquier día.

—Iré a ver al prefecto de Policía en cuanto hayamos detenido a ese maldito bonapartista en el bulevar. En mi opinión, dadas las posibles implicaciones políticas, se verá obligado a remontarse hasta el ministro. Por lo tanto, no debemos esperar recibir ninguna instrucción antes de mañana por la mañana, como muy pronto. Hasta entonces, le ruego que mantenga la discreción y que no tome ninguna iniciativa inoportuna. ¿Estamos de acuerdo?

Valentin disimuló su decepción y aceptó con docilidad. Si por él hubiera sido, se habría arriesgado a actuar sin esperar carta blanca de sus superiores. Pero el inspector Flanchard, como jefe de la Sûreté, estaba en mejor posición para comprender los riesgos. Cuestionado en la calle, preso de los ataques de una oposición dividida pero particularmente virulenta, el nuevo Régimen no podía permitirse dar el más mínimo paso en falso. La corona de Luis Felipe aún se tambaleaba de forma peligrosa sobre su cabeza.

Para olvidar su decepción, el joven inspector dirigió su atención hacia el espectáculo de fuera. Su carruaje subía a buen ritmo por la calle Saint-Denis. Acababa de pasar por el emplazamiento de la antigua posada del hotel Grand Cerf y el cochero tuvo que alzar la voz para ahuyentar a los numerosos obreros que trabajaban allí para abrir el pasaje cubierto. En unos minutos, los dos carruajes de la policía entrarían en los bulevares que, como todos los sábados, estarían muy concurridos.

—Dejaremos los carruajes en el teatro Ambigu —dijo el inspector Flanchard, después de asomarse a la puerta para hacerse una idea de su avance—. Luego iremos a pie hasta el Bulevar du Temple. No quiero que nadie se fije en nosotros. Ese Lastours es un tipo listo, siempre vigilante. No es la primera vez que pensamos en atraparlo, pero hasta ahora se las ha arreglado para escabullirse.

Valentin asintió sin hacer comentario alguno. La mera mención del bulevar del Crimen había bastado para que el rostro de Aglaé Marceau pasara al primer plano de sus pensamientos. Y esa evocación iba acompañada de una dolorosa punzada en su corazón. Ya hacía dos días que la había dejado plantada, reacio a aceptar su invitación de ir a aplaudirla en su nueva obra, y seguía sospechando de ella por haber violado el santuario de su gabinete secreto. Pero, desde entonces, Vidocq había disipado en gran medida sus dudas. No soportaba la idea de que la bonita actriz estuviera resentida por su aparente indiferencia. En cuanto se le presentara la ocasión, tendría que encontrarla y correr el riesgo de una explicación franca.

A medida que los coches llegaban a los primeros teatros del Bulevar Saint-Martin, el comisario Flanchard sacó a Valentin de su ensimismamiento cuando le ordenó al cochero que se detuviera. Pronto sería mediodía y muchos de los paseantes habían abandonado

las callejuelas para ocupar los numerosos restaurantes de los alrededores. Así, los seis policías caminaron más rápido hasta el Château d'Eau. A partir de ahí, el carril se ensanchó durante trescientos metros, donde formaba una especie de plaza oblonga y sombreada. Esa era la parte más popular de las antiguas fortificaciones, el famoso Bulevar du Temple, con sus fachadas barrocas, sus salas de espectáculo con frontones pseudocorintios o pseudobizantinos, pero también su parque de atracciones permanente. Allí, los escenarios de los ilusionistas, las carpas de los acróbatas y los exhibidores de fenómenos atraían, hasta la apertura de los teatros, a una multitud abigarrada, donde el obrero y el burgués, el bribón ocioso y el vendedor ambulante haciendo negocios, se codeaban en un rumor festivo y frívolo.

—No podemos permanecer juntos —dijo Flanchard a sus subordinados—. Nos verán a cien metros de distancia. Si mi informador está en lo cierto, tal y como afirma, Lastours se encuentra frente al gabinete de figuras de cera de Curtius. Ustedes cuatro —señaló a los detectives del segundo carruaje— dispérsense entre la multitud, reúnanse en el lugar y procuren rodearlo con discreción. Pero ¡cuidado! Asegúrense de no perderme nunca de vista. Cuando me toque la parte superior del sombrero, y solo entonces, tensarán la red. No nos encontraremos con ese maldito bonapartista hasta el último momento. Verne, usted se queda conmigo.

Los dos policías esperaron a que sus colegas ataviados con redingotes grises[28] desaparecieran entre la multitud antes de ponerse a su vez en marcha. El aire se llenó con el delicioso aroma de las salchichas asadas, el bastón de caramelo y los *macarons*. La gente se agolpaba alrededor de los caballetes con un buen humor contagioso. Algunos abrían los ojos de par en par al ver a un perro bailarín con un tutú o a un mono sabio que contaba con los dedos. Otros escuchaban la perorata de un vendedor de elixires o las bromas de un Pierrot equilibrista. Por todas partes se escuchaban voces y risas, los anuncios de los pregoneros de los periódicos y las llamadas de los vendedores de pasteles al aire libre.

—¿Cree que reconoceremos a nuestro hombre entre toda esta gente? —preguntó Valentin, que apartó a un vendedor de cerillas químicas de Alemania («¡Las más fiables del mercado! ¡Satisfacción garantizada!»).

—No se preocupe —respondió Flanchard—. Ya se lo dije, pensó que nos daba el pego montando un puesto de caramelos. Con uno o dos cómplices, vuelve a pasarse por los sótanos donde se juega al *calot.*[29] La tapadera no está mal. Puede reunirse con sus amigos con toda discreción y, al mismo tiempo, aumentar sus fondos. Pero ¿qué ocurre, Verne? ¡Está muy pálido de repente! No se siente bien.

Valentin sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió el sudor de la frente. Desde que se había fundido con el comisario entre la multitud, se sentía vagamente oprimido. El olor de la comida, el clamor y ese ajetreo que los rodeaba hacían que se sintiera indispuesto. Cuanto más tiempo transcurría, más se intensificaba ese mareo desagradable.

—No es nada —soltó, y trató de superar la confusión—. Apenas he comido esta mañana. Debe de ser el hambre.

—¡Bueno, pues renazca, quiere! Le aseguro que no es el momento de enfermar.

Justo entonces, empezaron a caer gotas de lluvia. No fue un chaparrón, solo una ligera llovizna, pero suficiente como para disolver las filas de paseantes. Varios de ellos se apresuraron a refugiarse bajo los árboles del paseo o en las marquesinas de los teatros. Valentin sintió que respiraba mejor. Inclinó la cabeza hacia arriba y el agua lo ayudó a reponerse.

—Ya estamos —anunció Flanchard unos minutos después, y le dio un ligero codazo en las costillas—. ¿Ve al delincuente grandón con el traje morado? Es él, es Lastours.

El inspector giró la cabeza en la dirección indicada. A unos diez metros delante de ellos, vio a un hombre alto y delgado, muy moreno, con redingote de cuello, corbata y pantalones a cuadros, de pie detrás de una caja volcada con una cortina a modo de mantel. Lo rodeaban varios espectadores. Con movimientos lentos y descompuestos, el hombre colocó una canica sobre la mesa improvisada y la cubrió con un bolo hueco. Luego añadió dos bolos más a cada lado de la primera.

—¡La bolita! —exclamó—. ¡Pasa, pasa la bolita! ¡Pasa la bolita! ¡La bolita!

Y, mientras hablaba, movía los bolos y los deslizaba sobre el mantel sin levantarlos, para que la canica no escapara. Después de unos cuantos pases, se detuvo y abrió los brazos de par en par.

—¡Un *louis*[30] para quien señale al que tiene la bolita! —gritó.

Un hombre con uniforme de guardia nacional puso cuatro monedas de cinco francos delante de uno de los bolos.

—Está aquí —dijo con seguridad.

—Es muy sencillo —intervino un segundo espectador bigotudo, con bastón, sombrero de copa y abrigo de cuello de piel—. La bolita siempre está bajo el mismo bolo. Basta con no perderlo de vista.

Levantó el bolo que ocultaba la canica de madera.

—¡Ya lo ve! —clamó triunfante—. ¡Nada más elemental!

El inspector Flanchard había apartado a Valentin, bajo un plátano, como si quisieran resguardarse de la lluvia ligera. Dejó escapar una risa divertida.

—Hasta ahora, ha sido puro teatro —le comentó a Valentin—. Por

supuesto, esos dos están en el ajo. Son compinches que en realidad no juegan. Su único papel es cebar a las palomas. Mire como sigue la cosa.

Alrededor de la caja, el mismo carrusel había comenzado de nuevo. Sin embargo, a la hora de apostar, el hombre del abrigo fue el más rápido. Y, como antes, eligió el bolo correcto y ganó el doble de su apuesta.

—Los preliminares han terminado —anunció el comisario Flanchard—. La mayoría de los espectadores están convencidos de que no es tan difícil encontrar el bolo correcto. Ahora comenzará lo serio. Cuando vaya a mover los bolos, Lastours se guardará con suma habilidad la bolita en la palma de la mano. Por arte de birlibirloque. El primo podrá apostar a cualquier bolo y siempre perderá.

Efectivamente, el público se enganchó al juego. Mientras el trilero volvía a remover los bolos, varias personas del público se empujaron angustiados para acercarse lo más posible a la mesa. Uno de ellos, un burgués con gruesas patillas, le gano una mano a la competencia al colocar una moneda de oro delante del bolo de la derecha.

—Ha fallado —comentó Lastours mientras levantaba el bolo—. Pero soy generoso. Le propongo un doble o nada en los dos bolos restantes. ¿Cuál quiere?

Una vez que el burgués había hecho su elección, Lastours procedió a la comprobación. Nada, por supuesto. El cómplice del abrigo volvió a intervenir y alegó que el hombre de las patillas no había estado lo bastante atento. Según él, era evidente que la bola se encontraba todo el tiempo bajo el tercer bolo. Y, con la intención de demostrarlo, lo levantó él mismo, por lo que dejó la bola de madera al descubierto.

—¿Has entendido el truco? —preguntó Flanchard con un guiño—. El hombre esconde una segunda canica, idéntica a la primera, entre los dedos. Lo único que tiene que hacer es dejar que se deslice sobre la mesa mientras agarra el ultimo bolo. Así es como Lastours se comunica con sus contactos. A lo largo del día, uno tras otro, sustituyen a uno de los compinches y deslizan mensajes en la segunda bola que está hueca.

—Vaya, está muy bien pensado —comentó Valentin.

—Si, pero todas las cosas buenas llegan a su fin. Y va siendo hora de acabar con este jueguecito. Voy a ver a mis colegas para asegurarme de que el dispositivo está en su sitio. En cuanto a usted, acérquese a Lastours sin que se note. En cuanto dé la señal, láncese sobre él. Mis hombres se encargarán de los demás.

La lluvia había cesado. Mientras el comisario desaparecía entre la muchedumbre del callejón, que volvía a ser bastante densa, Valentin se dirigió a los jugadores. Se detuvo a unos cuatro metros de Lastours,

que iniciaba un nuevo pase.

De repente, una llamada estridente se sobrepuso a todos los demás ruidos:

—¡Cuidado! ¡La pasma!

Sorprendido, Valentin no reaccionó en el acto. Cuando se dio cuenta de la situación, la muchedumbre era presa de un gran revuelo. La gente se movía en todas direcciones, se ponía de puntillas o saltaba para ver qué pasaba. Atrapado por el movimiento general, el inspector vio cómo Lastours registraba angustiado las filas de curiosos. Sus miradas se cruzaron. Antes de que Valentin tuviera el reflejo de alejarse, el bonapartista señaló en su dirección.

—Ahí —gritó—. ¡Todo recto, de frente!

«¡Maldición! ¡Ese canalla me ha descubierto!».

Centrado en exclusiva en capturar a Lastours, Valentin se precipitó hacia delante y apartó a todos los que se interponían en su camino. Impulsado por una gran emoción, con los ojos clavados en su objetivo, no prestó atención al movimiento a sus lados. Por eso no vio al hombre vestido de guardia nacional que se acercaba a él a toda prisa, con un cuchillo en la mano.

Por suerte, un nuevo empujón lo desplazó de golpe hacia la izquierda en el mismo momento en que su atacante pasaba a la acción. La hoja solo le rozó el brazo; una mujer detrás de él gritaba de dolor. Al ver la sangre en su vestido, el pánico se apoderó del público. Los gritos aumentaron. Hubo una terrible conmoción durante la que Valentin perdió todo contacto visual con Lastours y sus cómplices.

Diez minutos después, cuando Flanchard y sus hombres pusieron un poco de orden, los bonapartistas habían desaparecido.

—Qué fiasco —suspiró el comisario—. ¡Ese diablo de Lastours ha vuelto a encontrar la manera de escaparse! Y usted, Verne, ¿de veras no ha podido hacer nada para detenerlo?

Valentin pasó un dedo por la rasgadura que ahora adornaba la manga de su levita.

—Un poco más, y casi no vivo para contestarle. Si al menos hubiera atrapado al que dio la voz de alarma…

—Probablemente un vigía que no habíamos detectado. Lo más importante es que usted haya salido ileso y que la mujer a la que han herido en su lugar no esté muy grave. Ya me va a caer una buena regañina del prefecto por haber dejado escapar a Lastours…

Valentin permaneció en silencio. Lo había evitado por poco. Esa vez, la fortuna había estado de su lado. Debería haber disfrutado de ese golpe de suerte, pero algo se lo impedía. Por mucho que se dijera a sí mismo que quizá era un efecto de su imaginación, no se quitaba de la cabeza el hecho de que la voz del misterioso vigilante no le era del


todo desconocida.

31

Reflexión

Tras dejar a Flanchard y a sus hombres a las puertas de la Prefectura de Policía, Valentin se refugió en la primera taberna que encontró. Después de haber estado tan cerca de morir, necesitaba un trago fuerte. Comprensivo, el comisario le había dado el resto del día libre. Tan solo había recordado al joven inspector en tono firme que debía abstenerse de cualquier iniciativa arriesgada y esperar el resultado de su reunión con el prefecto antes de reanudar su investigación. «La prudencia es la madre de la Seguridad [Sûreté]», había añadido, e hizo hincapié en la última palabra por si Valentin no lo había percibido.

Sentado ante su tercera copa de Floc de Gascuña, Valentin se reponía lentamente de sus emociones. En apenas una docena de días, era la quinta vez que su vida había pendido de un hilo. Primero el asalto en la niebla, luego su enfrentamiento con los miembros de la Renovación Jacobina en el sótano de Los faisanes coronados, para seguir al día siguiente con su duelo con Fauvet-Dumesnil. Dos días antes, la emboscada del Gran Jesús y sus compinches en la isla Louviers. Y ahora un ataque con cuchillo. Esa vez, los acontecimientos habían sucedido de una forma tan repentina y la confusión en medio de la multitud había sido tal que ni siquiera había tenido tiempo de asustarse. Sin embargo, fue ese último ataque el que le produjo, retrospectivamente, los escalofríos más desagradables. Quizá fue justo porque no lo había visto venir y había tenido la odiosa sensación de estar punto de morir de forma tonta por un asunto que no merecía la pena y que ni siquiera lo concernía.

Por primera vez desde que había ingresado en la policía, era plenamente consciente de los peligros inherentes al modo de vida que había elegido. La idea de que podría sucumbir antes de haber logrado el único objetivo que realmente le importaba —poner fin a las acciones del Vicario y devolver al pobre Damien su completa libertad

— le nublaba la mente. Al mismo tiempo, se dio cuenta de lo solo que estaba. No tenía absolutamente ningún oído al que confiar su angustia, ni un familiar ni un amigo de verdad.

Aparte del profesor Pelletier, al que solo veía entre dos puertas y que estaba totalmente absorto en sus investigaciones, no tenía una relación emocional con nadie. De hecho, desde la muerte de su padre, se había aislado de todos sus semejantes y llevaba una vida de ermitaño, o más bien de un soldado-monje. ¿No habría sobrestimado sus fuerzas? ¿Existe un solo ser en el mundo que pueda pretender realizar grandes cosas al apartarse del mundo de los vivos?

Esas cuestiones dirigieron sus pensamientos hacia la única persona que últimamente le había mostrado signos de apego: Aglaé Marceau. Desde su primer encuentro, se había sentido atraído por la guapa actriz, antes de verse perturbado por las inesperadas emociones que ella había despertado en él. La joven había demostrado una libertad de espíritu y de palabra que le eran exclusivamente propios. Se atrevía a romper con las convenciones, no había dudado en irrumpir en la Prefectura bajo falsos pretextos y forzar su propia puerta para intentar disuadirlo de que arriesgara su vida en un duelo.

¿Y él, por su parte, qué había hecho?

Confundido por los nuevos sentimientos que experimentaba, incapaz de reprimirlos o de expresarlos, había aprovechado el primer pretexto que se le había presentado para cortar lazos. Después de todo, ¿estaba seguro de que alguien había registrado su oficina? Había tenido la impresión, solo la impresión, de que alguien había removido sus cosas. ¿Seguía igual de convencido? Con lo nervioso que se había sentido la víspera de su duelo, bien podría haber movido él mismo ciertos objetos sin darse cuenta. Por ejemplo, cuando había trabajado durante varias horas seguidas en su despacho para manipular las cerraduras del estuche con las pistolas de duelo. Sí, ahora que pensaba con calma en el curso de los acontecimientos, le parecía casi obvio que las cosas hubieran ocurrido así. En cualquier caso, Vidocq lo había tranquilizado mucho sobre la moralidad de Aglaé. Era él quien se había comportado como el último de los canallas.

Decidido a enmendar su desliz, si es que tal cosa era aún posible, hizo que le trajeran papel y un tintero. Con la mano temblorosa, escribió apresuradamente una nota a la joven, en la que le aseguraba que lamentaba haber perdido la oportunidad de aplaudirla en su nuevo papel. Un imprevisto de última hora le había impedido acudir, el tipo de obligaciones por desgracia propias de su función… Sin embargo, esperaba que Aglaé no se lo echara en cara y le aseguró que asistiría a una de las próximas representaciones de la obra.

Tan pronto como hubo doblado la carta, vio a un chaval que, en su aburrimiento, trataba de distraerse mientras observaba a los clientes

jugar a los dados. Era un chico flaco de unos doce años, con una mata de pelo desordenada y unos ojos inquietos. Valentin le ofreció una moneda de dos francos para que llevara su carta al teatro de la señora Saqui. Pero no era tan ingenuo, por lo que le prometió que recibiría a su hermana gemela si realizaba su tarea con diligencia y estaba de vuelta antes de las tres. Luego, dado que no había comido nada desde la mañana y el alcohol empezaba a marearlo, pidió un bocado consistente.

Cuando salió del café dos horas más tarde, sentía el corazón más ligero y el estómago, más pesado. Pese a ello, se preguntó cómo pasar el resto de la tarde. Flanchard le había prohibido acercarse a los protagonistas del caso hasta nuevo aviso. Según él, no había que llamar su atención y, además, debían asegurarse de que sus superiores estaban dispuestos a cubrir las espaldas a la policía si la investigación los obligaba a vigilar de cerca al vizconde de Champagnac. Condenado a la inacción, el inspector temía que el tiempo se le hiciera largo hasta la noche. Fue el paso de un coche fúnebre en la calle Four lo que lo impulsó a dirigirse en dirección al cementerio del Sur.[31]

Cuando llegó a la necrópolis, la lluvia había empezado a caer de nuevo, con fuerza y palpitante. Un tiempo muy adecuado dadas las circunstancias. Creado en 1824, ese nuevo lugar de enterramiento tenía un aspecto campestre con sus vastas extensiones de césped, sus numerosas especies de árboles e incluso la casa del guarda, que se había instalado en uno de los antiguos molinos de harina del monte Parnaso. Las lápidas, aún escasas, se concentraban en la zona norte, como si los muertos no se atrevieran a acomodarse y sintieran cierto remordimiento por colonizar un espacio demasiado bello para ellos.

Valentin bajó por el camino principal hasta un majestuoso fresno sin hojas. Al pie del árbol, una tumba de mármol blanco destacaba por los numerosos elementos relacionados con las ciencias que la adornaban. Un ojo entendido distinguiría un compás, una escuadra y varios símbolos químicos de La Tabla de Afinidades depositada en 1718 en la Academia de Ciencias por el boticario Étienne-François Geoffroy: espíritus ácidos, régulo de antimonio, ácido vitriólico, ácido acético, tierra absorbente… Las primeras ciento cuarenta cifras decimales del número pi, calculadas por el matemático Jurij Vega en 1789, recorrían toda la estela. La inscripción funeraria sorprendía por su sencillez. Solo dos nombres y cuatro fechas:

Clarisse Verne 1780-1802

Hyacinthe Verne 1774-1826

La lectura de la inscripción fue suficiente para reavivar la memoria de Valentin. Como cada vez que iba a meditar, le venía a la mente una imagen del pasado. Siempre la misma. La cara de un hombre sonriente, multiplicada hasta el infinito en la densa oscuridad. El pelo

blanco como la nieve, a pesar de estar en la flor de la vida, enmarcaba su apuesto rostro. Extendía los brazos en una invitación, cautelosa y delicada, como si temiera asustar a un pequeño animal extraviado. Esa sonrisa, ese gesto amable, eran los más lejanos recuerdos que Valentin guardaba de su padre. Tenía entonces unos doce años.

Más tarde, el joven descubrió tesoros de paciencia y afecto en ese padre solitario y a menudo taciturno. Sin dejar que nadie despertara la mente de su único hijo, Hyacinthe Verne se había encargado él mismo de su educación. Le había transmitido su creencia en la omnipotencia de la razón y su desmesurado gusto por las ciencias. Unos años más tarde, cuando los adolescentes de su edad estaban fascinados por los relatos heroicos o vivían sus primeras aventuras amorosas, el joven Valentin dedicaba días enteros a la lectura de ciertos artículos de la *Enciclopedia* o al estudio de las obras de Newton o Lavoisier. Luego vino el episodio del dormitorio, con el descubrimiento del retrato de Clarisse Verne, la joven esposa de Hyacinthe que había muerto en el parto años antes. El inconsolable viudo se había dado cuenta de que su hijo tenía que abrirse al mundo exterior. Entre los quince y los diecinueve años, Valentin había repartido su tiempo entre el piso de su padre y el laboratorio de Joseph Pelletier, ilusionado con la idea de aportar una modesta contribución a las investigaciones de aquel gran científico.

Durante todos esos años, Hyacinthe Verne había velado por él sin descanso. Tal vez incluso lo había sobreprotegido con su dulzura y su amor, en un intento por que olvidara la ausencia de una madre. A veces se ausentaba de casa. Nunca durante mucho tiempo, y solo una o dos veces al año. Esa vieja prima que vivía sola en provincias y de quien no podía desentenderse por completo. Cada vez, Valentin sentía que era un verdadero suplicio para su padre. Lo dejó al cuidado de su única sirvienta, Ernestine, con muchas recomendaciones inútiles de sensatez y prudencia. Sus regresos, en cambio, eran ocasión de verdaderas celebraciones y siempre traía un regalo para su hijo. Sin embargo, debió de preocuparse por la salud de su prima, ya que, conforme envejecía, Valentin comprendió que siempre volvía de esos viajes afectado y marcado por una tristeza indescriptible.

¿Cómo iba a adivinar la verdad?

Al recordar ese pasado feliz, Valentin sintió que se le formaba un gran nudo en la garganta. Pese a la lluvia que empapaba el suelo, se dejó caer en la hierba junto a la tumba y apoyó la frente en la fría piedra de la estela.

Todo había cambiado en los primeros meses de 1826. Hyacinthe Verne parecía cada vez más preocupado. Él, habitualmente tan atento y tranquilo, se volvía distraído y nervioso. Ese invierno había hecho no menos de dos viajes a provincias. Su prima estaba enferma y

necesitaba cuidados, que él se encargaba de organizar desde la distancia. Durante la segunda ausencia de su padre, Valentin había leído en *L'Écho du soir* el relato de un macabro descubrimiento. En enero, una casa de una planta en la comuna de Belleville se había derrumbado a causa de un corrimiento de tierras. Por suerte, el inquilino se había ausentado ese día y no se lo había visto desde entonces. Era un clérigo que había dicho a su casero que se llamaba Martin, pero seguramente no se trataba de su verdadero nombre. Algún tiempo después, el equipo de excavadores empleado para despejar los escombros descubrió que la bodega abovedada se había librado del desastre. Cuando entraron en el sótano, se encontraron con una terrible estampa. El cadáver de un niño de diez años yacía desnudo dentro de una jaula de metal. El desdichado había muerto por asfixia.

Valentin quedó terriblemente conmocionado al leer ese desastroso relato. Un poco como un ciego que de repente recupera la vista por un milagro y cuyos ojos se queman con la luz del día. O como una persona dormida que lucha por la noche con una pesadilla y se despierta para descubrir que la realidad es aún peor que su sueño. Sabía que el pequeño fallecido había sido víctima del Vicario. Todo encajaba: la desaparición de un miembro del clero, el sótano, la jaula de metal… Cuando Hyacinthe Verne había regresado a su piso, había encontrado a su hijo presa de terribles tormentos. Los dos hablaron largo y tendido, sin llegar a un acuerdo sobre lo que se debía hacer. Valentin había sufrido mucho. Era la primera vez que surgía una disputa entre él y ese hombre que era la bondad misma y al que reverenciaba por encima de todo.

Unas semanas después, como si el destino se empeñara en destruir una felicidad que no había sido más que una ilusión, se había producido aquel terrible accidente de carruaje. Como cada mañana, Hyacinthe Verne estaba dando su paseo por las orillas del Sena. En el muelle Voltaire, una caja se había caído del carro de un pajarero y se había roto en la acera. Por una desafortunada coincidencia, el repentino vuelo de una docena de periquitos había asustado a los caballos de un carruaje aparcado en las cercanías. Tomado por sorpresa, el cochero no pudo frenar al animal, que se lanzó al galope hacia delante. Hyacinthe Verne se encontraba en la trayectoria desbocada del carruaje y este lo golpeó con violencia en la sien y el hombro. Unos testigos lo llevaron inconsciente a una tienda de antigüedades cercana; asimismo, se había buscado de urgencia un médico del vecindario. Mientras tanto, la documentación del herido había permitido identificarlo y encontrar su dirección. En menos de media hora, un inquieto Valentin había acudido al lugar de los hechos. Por desgracia, al llegar, su padre ya había dejado este mundo.

Abrumado por el dolor y por la idea de que no habían tenido tiempo de reconciliarse, el joven había permanecido, durante largos minutos, en silencio y postrado frente a aquel cuerpo ya rígido por la muerte y aquel noble rostro con sus blancos cabellos manchados de sangre.

Había pensado que nunca se recuperaría de esa cruel pérdida, como la desafortunada Ernestine, que había muerto de pena tan solo unos días después que su amo. Y luego, dos semanas más tarde, cuando se sentía como si se hubiera precipitado a un abismo del que nunca volvería a levantarse, se había propuesto llenar el vacío de sus días ordenando el escritorio de su padre. Allí había encontrado su secreto. La vieja prima no existía. Hyacinthe Verne había pasado los últimos siete años de su vida persiguiendo sin descanso al Vicario. Por amor a él, porque la felicidad de Valentin era más importante para él que cualquier otra cosa, ese tranquilo hombre, amante de la paz y el progreso, había forzado su naturaleza para convertirse en un justiciero. Cuando se marchaba durante unos días, era porque tenía una pista seria y quería verificar su información sobre el terreno.

Aquella revelación había sacudido a Valentin hasta el fondo.

¿Cómo era posible que no hubiera visto nada? ¿Cómo no lo había adivinado? ¿Era tan indiferente a los demás, estaba tan destrozado por dentro, que no había sido capaz de proporcionarle a Hyacinthe Verne toda la ayuda que él había recibido? Sin embargo, el papel de un hijo era ayudar a su padre. Una mezcla de vergüenza, dolor y rabia había llevado al joven a emprender la misma lucha. El monstruo seguía allí, acechando en las sombras. Ya era hora de plantarla cara y liberar por fin al pobre Damien de sus garras.

En medio de su recuerdo del pasado, Valentin no se dio cuenta de que la lluvia había tomado fuerza de nuevo y se había convertido en un intenso aguacero. Cuando por fin salió de su ensimismamiento, su ropa estaba empapada y le goteaba la cara. De mala gana, dejó la tumba aislada y se dirigió al pabellón de entrada, bajo cuyo toldo se habían refugiado los pocos visitantes del cementerio. Aunque ahora estaba a cubierto, las gotas le caían por las mejillas y le dejaban un ligero sabor a sal en los labios.

32

Diario de Damien

En los días —¿semanas?— que siguieron a su aparición en el sótano, tuve una relación de lo más extraña con el otro chico. En los primeros días de mi encierro, había imaginado que tener compañía me ayudaría a soportar el cautiverio y los abusos que me infligía el Vicario.

¡Quimeras!

Sin embargo, ese fue el apoyo moral que la señorita Louise me proporcionó durante un tiempo. Había sido mi compañera de juegos, mi confidente y, me atrevo a decir, mi amiga. Hoy, en retrospectiva, me parece que el afecto que me había unido a esa pequeña musaraña era desproporcionado en comparación con la mediocre relación entre mi nuevo compañero de infortunio y yo. Este último había roto por fin su silencio. Respondía a mis preguntas, pero casi siempre con monosílabos. Era como si lo molestara, como si se resistiera a verme como su semejante. Me dio su nombre de pila, me dijo que era huérfano como yo y que él también había caído en las garras del Vicario. No obstante, eso fue todo lo que aceptó contarme. Ni una palabra sobre su pasado. Era un ser que había salido de la nada, y me daba la desagradable sensación de que podía retornar a ella cuando quisiera.

Como era evidente, ese no fue el caso. En efecto, el *Otro* también era un prisionero, condenado a mi misma suerte.

¿Al mismo destino?

¡No exactamente! Me había equivocado, el primer día, al creer que el Vicario se había regalado un juguete nuevo y que el recién llegado ocuparía mi lugar. ¡No podía estar más equivocado! Ni una sola vez mi torturador le impuso un acto antinatural. Ni siquiera una simple caricia. Nunca lo tocó ni se acercó a él. Tampoco le habló. Cuando su asqueroso deseo le impulsó a bajar al sótano, ignoró al *Otro* e hizo conmigo lo que le apeteció, como si estuviéramos solos. ¿Debo admitirlo? Las primeras veces, a pesar del dolor, casi sentí alegría, o al

menos verdadero alivio. Al final, nada había cambiado. Yo seguía siendo su favorito. Y volver a complacerlo era la garantía de seguir vivo.

Y luego, a la larga, una vez apaciguado el miedo a que me eliminara, sentí la mordedura de los celos en mi carne. ¿Por qué ese trato especial? ¿Por qué yo y no él? ¿Por qué se libraba? ¿Por qué lo había raptado el Vicario si iba a ignorarlo? La incomprensión y un fuerte sentimiento de injusticia me corroían. Era como un veneno que se extendía muy despacio por mi torrente sanguíneo y me pudría por dentro. Me volvía rencoroso, resentido.

El *Otro* debía de tener un don especial para leer las mentes, porque en la tarde de un día en que una vez más tuve que doblegarme a los caprichos del Vicario y, cuando, agazapado en mi jergón y preso por una sorda hostilidad, lo miraba con el rabillo del ojo, me dijo con sorprendente dulzura:

—Es porque ha conseguido doblegarte.

Me sorprendió. No solía dirigirme la palabra. Por lo general, era yo quien lo interpelaba, mientras que él se contentaba con responder de forma lacónica.

Balbuceé:

—¿Qué? ¿Qué acabas de decir?

—Te estabas preguntando por qué el Vicario solo la toma contigo —respondió, al tiempo que un atisbo de una sonrisa asomaba a sus labios—. Digo que es porque has renunciado a resistirte. Se las ha ingeniado para someterte.

Me sorprendió y me pilló desprevenido. ¿Cómo había adivinado mis cavilaciones mentales? Ser descubierto de esta manera tan solo exacerbó mi resentimiento. Casi dejé que mi ira estallara para abalanzarme sobre él, aunque eso significara recibir una paliza, ya que era probable que no tuviera ninguna dificultad para dominarme físicamente. Sin embargo, en el último momento, algo me retuvo. Era su sonrisa. O más bien, lo que percibía tras el esbozo de una sonrisa. No era una burla o un desprecio como había temido, sino una cierta forma de solicitud.

—¿Cómo quieres que me resista a él? —pregunté con obstinación—. Es un adulto y yo, solo un niño. Me golpearía y me encerraría de nuevo en la jaula. ¡Y de eso nada! ¡No lo soportaría!

—Si quisiera tocarme, adulto o no, te aseguro que pagaría el precio. —Chasqueó los dientes y cerró la mandíbula con brusquedad—. ¡No escaparía de una pieza, ya ves a lo que me refiero!

Me encogí de hombros con desdén.

—Solo presumes porque acabas de llegar. Llevo encerrado en este sótano tres… o cuatro años. Ni siquiera lo sé con exactitud, he perdido

la cuenta. Pero ¡ya veremos si sigues yendo de listillo cuando lleves tanto tiempo pudriéndote aquí!

Su sonrisa se ensanchó. Vi cómo sus dientes blancos brillaban en la oscuridad. Sus ojos grises verdosos se habían oscurecido y relucían con un extraño resplandor. Cuando volvió a hablar, su voz sonó sorprendentemente tranquila y firme a mis oídos:

—Ni hablar de quedarme encerrado en este sótano durante más de un mes. A la primera oportunidad que se me presente, me escaparé de este engendro del diablo…

En ese momento, no supe cómo reaccionar. No solo porque su tranquila seguridad me había pillado desprevenido, sino también porque me convencí instantánea e inexplicablemente de que no había ningún rastro de arrogancia en lo que decía. Solo afirmaba lo que habría de suceder en un tono neutro.

Durante los días siguientes nada perturbó nuestra vida cotidiana, que se vio acompasada por las dos apariciones al día del Vicario, que nos traía nuestra mediocre comida y nos reponía el cubo de agua.

Salvo por un detalle.

A partir de entonces, el *Otro* me hablaba con más ganas. Más amable y, en todo caso, sin el menor atisbo de condescendencia. Mientras hablábamos, me di cuenta de que teníamos la misma edad y de que, si había parecido mayor al principio, había sido únicamente por su firmeza de carácter. En su opinión, había cometido el error fatal de renunciar a toda voluntad de resistencia. El Vicario había anclado en mi mente la idea de la impotencia. Me resultaba imposible escapar de él, no porque esa fuera la realidad, sino porque él me había convencido de ello. Por otra parte, él tenía la seguridad de que su carcelero cometería un error tarde o temprano. Estaba pendiente de ello y dijo que nada ni nadie le impediría aprovechar la oportunidad cuando se presentara.

Me cuidé de no contradecirlo, ya que estaba muy contento de haber encontrado en él una compañía reconfortante. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba y más nos acercábamos al plazo que él mismo se había fijado —¡el famoso mes!—, menos brillaba su aura a mis ojos. Él pensaba de veras lo que me había dicho a propósito de su fuga —yo eso no lo había dudado jamás—, pero estaba equivocado. No había forma de escapar del Vicario. Poco a poco, como yo, tendría que resignarse. Éramos dos peces atrapados en una red y nunca recuperaríamos nuestra libertad.

En la mañana del trigésimo día, después de la primera visita del Vicario, el *Otro* se arrodilló en el rincón del sótano más alejado de la puerta y derramó el contenido de su cuenco de leche en el suelo. Observé con asombro. Al final, mientras amasaba el líquido con la tierra, lo interrogué:

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco o qué?

Una sonrisa evasiva fue su única respuesta. Entonces, empezó a rasgar una de las mantas en tiras gruesas y a mezclarlas con la arcilla negruzca que había obtenido. Luego lo amasó hasta formar una bola del tamaño de dos puños juntos. Una vez satisfecho con el resultado, se sentó en su jergón y esperó tranquilamente a que la arcilla se solidificara. Durante el resto del día, no paró de lanzar esa pelota improvisada contra la pared que tenía delante.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Aquellos golpes me sacaron de quicio, pero no quería enfadarme con el *Otro* por un motivo tan nimio. No protesté. Me limité a cerrar los ojos y me llevé las palmas de las manos a los oídos para no oír nada. Así debí de quedarme dormido, porque, cuando volví a abrir los ojos, estaba oscuro. La oscuridad era total en el sótano y ya no distinguía ningún ruido ni movimiento. Una ansiedad inexplicable me atenazó la garganta.

Estaba a punto de abrir la boca para llamar, cuando la puerta se abrió con un estruendo. El Vicario apareció en lo alto de los escalones, con una bandeja en una mano y una lámpara de aceite en la otra. En un ritual invariable, dejó la lámpara sobre un cajón y luego bajó a colocar un plato de sopa y un trozo de pan negro en el suelo, entre nuestros dos colchones de paja.

Al inclinarse hacia delante, el *Otro* levantó la bola que había ocultado hasta entonces en su espalda. Con un lanzamiento perfectamente dirigido, derribó la lámpara, que se hizo añicos al caer al suelo, y sumió el sótano en la oscuridad. Hubo un momento de intensa confusión. Oí el grito de rabia del Vicario y, al mismo tiempo, el sonido de una carrera. Sabía que tenía que aprovechar ese incidente para huir. Pero me resultaba imposible. Una parte de mí se negaba a ello. ¿Qué pasaría si el Vicario me alcanzaba? Su venganza sería terrible. Me infligiría los peores abusos. Permanecí clavado de lado, como si estuviera paralizado.

Solo alcancé a ver una figura furtiva que pasaba por la puerta. Inmediatamente después, el Vicario subió a su vez los escalones. La puerta se cerró y la cerradura chasqueó.

«Ni hablar de quedarme atrapado en este sótano más de un mes». El *Otro* había dicho la verdad. Había aprovechado su oportunidad e incluso la había provocado. En cuanto a mí, pobre Damien, la había dejado ir. Mi pesadilla, decididamente, no tendría fin.

Lo que le ocurrió al fugitivo después lo supe mucho más tarde. Había conseguido salir de la siniestra casa del Vicario y escapar de él por un mísero suburbio, entre descampados y chabolas ruinosas. Desde allí, había encontrado la manera de entrar en París. Al límite de sus fuerzas, convencido de que su perseguidor aún le pisaba los

talones, había pensado que lo perdería definitivamente en la plaza del Trône, entre la algarabía de la feria del pan de especias. Pero allí, mientras creía haber encontrado el refugio ideal, había cometido el error de meterse bajo la primera carpa que había encontrado… la que albergaba el palacio de los espejos.

La atracción se había cernido sobre él como una trampa diabólica. Loco de angustia, había dado vueltas y vagado durante más de una hora en el laberinto, donde había chocado sin parar con nuevos espejos, antes de desplomarse en el suelo, al borde de la inconsciencia. Entonces una voz profunda y suave lo había sacado de su letargo:

—¿Qué haces aquí, hijo? Pareces muy cansado.

El niño había vuelto a abrir los ojos. Un hombre se inclinaba sobre él.

Su apuesto y amable rostro estaba envuelto en un halo de pelo blanco. Sus labios se movían de nuevo:

—¿Cómo te llamas?

El *Otro* había agotado todos sus recursos físicos. En un último esfuerzo, había conseguido sin embargo articular su nombre de pila antes de desmayarse:

—Valentin… Me llamo Valentin.

33

Evasión

Al salir del cementerio, Valentin había buscado primero un coche de plaza, pero al final había desistido. Poco a poco, el chaparrón había perdido intensidad y prefirió volver a casa caminando. De todas las imágenes de su pasado, la que volvía a su mente era la del rostro de Hyacinthe Verne, inclinado sobre él en el Palacio de los Espejos de la plaza del Trône. Habían pasado once años desde entonces, pero el recuerdo seguía vivo.

Cuando escapó de las garras del Vicario, tuvo mucha suerte de encontrar a un hombre cariñoso y generoso. Hyacinthe Verne había perdido a su joven esposa Clarisse, después de que, tras su primer embarazo, ella diera a luz a un niño muerto. Se había declarado una infección generalizada que los médicos no habían podido controlar. Desde entonces, el solitario viudo peregrinaba cada año a la feria del pan de especias donde había conocido a la joven. Al descubrir a Valentin en el palacio de los espejos, había sentido compasión por aquel niño perdido, pero también le había llamado la atención su inquietante parecido con la querida difunta. Ese hombre generoso lo acogería en su casa. Le daría su nombre y lo criaría como si fuera de su propia sangre. Y Valentin sentía como un desgarro irreparable el hecho de no haber tenido tiempo para mostrarle su agradecimiento. El destino le había jugado la más cruel de las bromas al ofrecerle, y luego arrebatarle con tal brutalidad, a ese padre adoptivo tan querido.

El inspector llegó a la calle Cherche-Midi, pero continuaba sumido en su melancólica meditación, y no tardó en advertir la presencia de dos hombres, con levitas grises, que se encontraban en el porche de su edificio. Estaba ocupado mientras se buscaba las llaves en los bolsillos cuando una voz ronca hizo que levantara la vista.

—¿Inspector Verne?

Por el bastón con empuñadura de plomo y la vestimenta característica, Valentin identificó de inmediato a los dos individuos

como colegas. El primero era largo y huesudo. Con el rostro desgarbado, la expresión sombría, las ojeras y la barbilla salida, parecía un enterrador. El segundo hombre tenía unos veinte centímetros menos de altura. De baja estatura, con la nariz incipiente y los mofletes rojos, no debía de ser un fanático de la templanza.

El más alto fue quien había llamado a Valentin y ahora lo miraba con un interés casi enfermizo.

—Yo mismo —respondió el joven—. ¿Qué desea?

Su interlocutor tosió ligeramente. Se giró a medias hacia su colega, como si buscara su apoyo un poco avergonzado. Pero finalmente, dado que el otro permanecía apartado en silencio al fondo, dijo:

—Nos envía el jefe de la Sûreté, el comisario Flanchard. Desea hablar con usted.

Valentin dejó ver su asombro.

—¿Ya ha recibido el comisario una respuesta del prefecto? Me dijo que no habría noticias antes de mañana por la mañana.

El policía larguirucho sacudió la cabeza y movió la nariz. Su rostro pasó de asqueroso a ser casi horrendo. Se notaba que estaba molesto.

—No entiendo nada de lo que dice —refunfuñó—. Si es usted el inspector Verne, tenemos una orden de arresto a su nombre, firmada por un juez de instrucción. El inspector Flanchard desea interrogarlo personalmente.

Valentin creyó que sus oídos lo estaban traicionando. ¿Una orden de arresto a su nombre? ¡Era imposible! O bien había entendido mal o bien era víctima de un terrible malentendido.

Protestó:

—¿Arrestarme, a mí? ¡Vamos, tiene que ser un error! Estoy en contacto con el comisario Flanchard por una investigación muy delicada. Nos hemos visto hace tan solo unas horas.

—Es inútil que lo discuta o que alce la voz —replicó el alto después de mirar a su alrededor con preocupación—. No hacemos más que obedecer una orden. Síganos sin montar ningún escándalo, y podrá darle sus explicaciones al comisario.

De repente, Valentin se vio asaltado por una duda. Sus ojos pasaron del verde al gris y miró a sus dos interlocutores con un aplomo que no era más que pura fachada.

—Antes de nada, ¿cómo sé que son quienes dicen ser? ¿Puedo echar un vistazo a esa famosa orden?

Esa vez, fue el funcionario de jeta rubicunda quien se llevó la mano a la gabardina y sacó un documento, lo desdobló y se lo presentó al inspector, pero no le dejó cogerlo. Todo parecía estar en orden. El formulario impreso parecía auténtico, los sellos eran correctos y su nombre había sido escrito a pluma en el espacio

correspondiente. Valentin tuvo la desagradable sensación de estar viviendo una pesadilla o de ser víctima de una broma pesada.

—¿Podrían al menos decirme por qué me tratan así? ¿De qué se me acusa exactamente?

El policía con aspecto de sepulturero apartó a su colega. Mientras este enseñaba la orden de detención, había sacado unas *cabriolet*[32] que colgaban de su puño de forma un tanto descuidada. Adoptó un tono de fiscal y le respondió a Valentin, separando cada sílaba con claridad:

—Se lo acusa de haber ordenado, hace cuatro años, el asesinato de su padre adoptivo. De igual modo, es sospechoso de apoderarse de forma indebida de su fortuna, así como de haber eliminado al heredero legítimo, un hombre llamado Damien Combes.

Al joven se le heló el corazón. Entrecerró los ojos y respiró de forma entrecortada y apresurada, como si se hubiera quedado sin aire y estuviera a punto de asfixiarse. Cuando volvió a abrir los ojos, había palidecido. Era como si la sangre hubiera desaparecido de su rostro.

—Yo… No entiendo —tartamudeó y miró al vacío—. Es… Esto es un disparate…

La conmoción había sido tal y estaba tan aturdido que ni siquiera se dio cuenta de que quien tenía enfrente estaba atándole la muñeca derecha y enroscando la corta cadena a su alrededor. Solo cuando el segundo policía abrió la boca por primera vez, salió de su estupor.

—¿De veras crees que esto es necesario? —preguntó el hombre, que señaló las esposas con la barbilla—. Después de todo, sigue siendo un colega.

El hombre alto y delgado lo fulminó con la mirada.

—Hemos recibido instrucciones precisas, lo sabes tan bien como yo. Y a Flanchard no le gusta que actuemos como nos venga en gana. Así que, si no queremos tener problemas, será mejor que hagamos exactamente lo que nos ha ordenado.

Dio un brusco tirón de la cadenilla y obligó a Valentin a seguirlo. Su colega se colocó justo detrás de ellos para neutralizar cualquier intento de resistencia. Mientras caía la tarde y un farolero con una escalera al hombro se acercaba al primer quemador de gas de la calle, el trío se dirigió a un carruaje oficial, que estaba aparcado en las cercanías.

Nada más instalarse en el interior del coche de caballos, el enjuto policía, corrió las cortinas de las puertas con un gesto brusco y los sumió en la penumbra. Un látigo restalló y la berlina se movió lentamente. El traqueteo de las ruedas despertó oscuros ecos a lo largo de las estrechas fachadas.

Postrado en el banco, entre los dos policías, Valentin trató de ordenar sus pensamientos. La detención había sido un duro golpe,

pero no era nada comparado con los cargos que se presentaban contra él. La muerte de Hyacinthe Verne, ¿un asesinato? Es más, ¡un asesinato que él había ordenado! Era un disparate. Casi tan absurdo como el supuesto expolio de su herencia. En cuanto a acusarlo de haber acabado con el desdichado Damien, ¡aquello era ridículo! El inspector estaba llegando a límites de lo que su cerebro podría soportar. Se sentía tan inútil e impotente como una marioneta a la que le han cortado los hilos.

Con un largo suspiro, apoyó la nuca y la parte superior de los hombros en el respaldo. Luego trató de reducir los latidos de su corazón y aclararse las ideas. A pesar de su abatimiento temporal, su instinto de supervivencia seguía alerta. Con solo doce años, gracias a su extraordinaria capacidad de adaptación, había logrado escapar de las garras del Vicario. El secreto consistía en no dejar que las emociones lo desbordaran para analizar la adversidad con la mente fría y con lucidez. Ahora que había superado la conmoción inicial, se daba cuenta de que nada en esa historia tenía sentido. Si el inspector Flanchard quería reprocharle algo de verdad, ¿cómo es que no había dado señal de ello esa misma mañana? ¿Por qué no lo había detenido en cuanto se presentó en la calle Jerusalén? La única explicación plausible era que su superior aún no tenía nada contra él cuando habían ido juntos al Bulevar du Temple. Pero, de pronto, Valentin se enfrentaba a otra dificultad. ¿Cómo un caso de cuatro años atrás podía resurgir en media jornada? No, desde luego, ¡algo no iba bien!

Estaba inmerso en sus cavilaciones cuando el carruaje se desvió ligeramente. Valentin se vio arrinconado contra su vecino de la izquierda. La cortina de la puerta se corrió y, durante una fracción de segundo, vislumbró las torres de la Conciergerie.[33] El carruaje acababa de entrar en el Pont au Change para llegar a la orilla derecha.

—¿A dónde me llevan? —preguntó con un toque de ira en la voz —. Creía que íbamos a ver al comisario Flanchard en la Sûreté.

El policía, que aún le sujetaba la muñeca con fuerza, respondió con sequedad, sin molestarse siquiera en girar la cabeza hacia él:

—Nunca dije que lo verías esta noche. Tenemos órdenes de llevarte a la prisión de la Force.[34] Ahí es donde el Comisario te interrogará. Mañana, o más tarde, según le parezca.

Valentin no se dio cuenta de que había pasado a tutearlo, pues la noticia había sido como un puñetazo. No confrontar a Flanchard esa noche significaba perder cualquier posibilidad de que lo exoneraran en el corto plazo. Sobre todo, le aseguraba pasar al menos una noche en prisión. Y no lo soportaría. Desde que, siendo un niño, pasara esas terribles semanas encerrado en el sótano del Vicario, la sola idea de verse privado de libertad le resultaba intolerable.

Durante los minutos que siguieron, fingió estar abrumado por el

peso del destino. Pero, a medida que sus guardias perdían interés en él e intercambiaban conversaciones ociosas sobre un posible ascenso, empezó a pergeñar un plan a fin de salir de aquel embrollo. Una cosa era segura: solo podría intentarlo una vez y, si quería tener éxito, debía esperar a que la berlina hubiera salido de la calle Saint-Denis y hubiera entrado en las incómodas callejuelas del Marais para pasar a la acción. Por ello, se concentró en la ruta que había recorrido a ciegas, para asegurase de que no cometía un error.

Cuando estuvo convencido de que el cochero acababa de encaminar a los caballos hacia la estrecha calle Lombards, respiró hondo y lo arriesgó todo. Metió la mano izquierda en el chaleco, sacó el reloj de bolsillo y lo dejó caer. Luego se agachó y extendió la otra mano para fingir que lo recogía. Su repentino movimiento desequilibró al guardia al que estaba unido y lo empujó hacia delante. Este gruñó y tiró de su muñeca para obligar a Valentin a enderezarse.

—¿Qué estás haciendo? No puedes quedarte quieto, ¿verdad?

No tuvo tiempo de decir nada más. Valentin acentuó el movimiento ascendente de su brazo y le asestó un terrible golpe en la sien. Las mallas de las esposas destrozaron las frágiles carnes. El policía soltó un hipo estrangulado y se desplomó contra la portezuela. En la penumbra, su compañero no había percibido aún lo que estaba sucediendo. No se percató de ello hasta que vio cómo la gran masa se derrumbaba. Dejó escapar un improperio y echó mano de su pistola, pero el espacio reducido y el pánico le hicieron perder unos valiosos segundos. Apenas había colocado la mano en la culata del arma cuando Valentin ya se había girado y le estaba dando un cabezazo en plena cara. Le rompió el cartílago de la nariz y el funcionario chilló como un cerdo. Un chorro de sangre brotó de esta, reducida ahora a una especie de coliflor.

Valentin aprovechó el desconcierto para liberar la muñeca de la cadena y abrir la puerta con una violenta patada. Luego, pasó por encima del cuerpo de su primera víctima y saltó a la calzada. El cochero no se había dado cuenta de nada y el carruaje continuó su camino durante unos diez metros antes de que los gritos del policía, que seguía consciente, llamaran su atención.

Tan rápido como pudo, Valentin regresó a la carrera al cruce de la calle Maure. Si lograba llegar ileso, tenía todas las probabilidades de perder a cualquier perseguidor en el laberinto de callejones, pasajes cubiertos y patios que cubrían la mayor parte del barrio del viejo París. Estaba a punto de conseguirlo y se disponía a doblar la esquina, cuando, de repente, un disparo sonó a sus espaldas. Al principio, sintió un golpe en el hombro. Entonces, apareció el dolor. Era atroz e insoportable.

Sin aliento, se las arregló para refugiarse en el callejón y se apoyó

en la fachada del primer edificio. Una sensación de adormecimiento se extendía ya por su brazo izquierdo. Se llevó la mano a la clavícula y la apartó cubierta de sangre. El eco de una apresurada carrera se acercaba a la calle Lombards. No podía quedarse allí por mucho más tiempo.

Hizo acopio de las fuerzas que le quedaban, se tambaleó hasta la puerta del edificio más cercano y entró en un pasillo oscuro que apestaba a encerrado y a orina.

Tenía menos de una hora para abandonar el barrio. Seguramente, después de ese tiempo, todas las salidas estarían selladas y lo habrían cazado como a una rata.

34

Acorralado

Aquella noche, nada más salir del escenario, Aglaé Marceau corrió a su camerino para cambiarse. Después de leer la nota de Valentin al llegar al teatro, no había podido evitar pasarse toda la representación buscándolo con la mirada por la sala. Él no le había escrito que estaría allí esa noche, pero su impaciencia por volver a verlo era demasiado grande como para resistir la tentación.

Por más que había abierto los ojos y recorrido las primeras filas del público hasta perder la concentración y destrozar algunos diálogos, no lo había visto. Sin embargo, mientras se vestía a toda prisa, no dejaba de soñar con que la estuviera esperando en la salida de artistas.

Cuando había entrado en su casa la mañana de aquel estúpido duelo, lo había sentido turbado por su presencia. Así que no había entendido el inesperado silencio que se había producido a continuación. Al despreciar su invitación, ella había pensado que se había equivocado. Había confundido sus propios deseos con la realidad. El fastidio que sintió le había hecho darse cuenta de lo mucho que le había llegado al corazón aquel oscuro Apolo, cuyos ojos tenían a veces esa transparencia que solo poseen los niños muy pequeños. Aglaé había adivinado la conmovedora fragilidad que ocultaba detrás de su fachada de seguridad. ¿Él se habría percatado? ¿Era por temor a exponer su herida secreta que, de repente se había replegado sobre sí mismo, como un erizo tras una barrera de espinas?

Tras digerir su decepción, Aglaé había decidido llegar al fondo del asunto. No era de las que salían de escena de puntillas. Si Valentin no sentía nada por ella, tendría que decírselo a la cara. Por tanto, había resuelto tener una conversación sincera con el joven inspector, cuando su inesperada nota había aclarado todos los malentendidos. Las nubes se habían dispersado de forma milagrosa.

Antes de salir de su camerino, con la esperanza de encontrarlo frente al teatro, la actriz se echó un último vistazo en el espejo. Quería

asegurarse de que tenía el mejor aspecto posible. Aunque esa noche no había sido especialmente cuidadosa con su vestimenta, se sintió aliviada al ver que su reflejo le devolvía una imagen bastante atractiva. Llevaba un vestido de damasco verde agua, una capa hasta la cintura a juego y un sombrero, que le daba un aspecto de lo más adorable y travieso, como un peluche mullido inclinado sobre la oreja.

En el pasillo, abarrotado por el ir y venir del atrezo y de los figurantes, se cruzó con su pareja masculina principal, quien trató de sujetarla por el brazo.

—¿Dónde vas con tanta prisa? El padre Saqui nos ha invitado a todos a Aux vendanges de Bourgogne para celebrar el éxito de la nueva obra.

—Eso será sin mí —le respondió ella soltándose—. Así, por una vez, las manos errantes de ese viejo cabrito permanecerán sobre la mesa.

—No vayas de víctima. Conozco a más de una que desearía estar en tu lugar.

—¡Que se lo queden! Lo dejo con mucho gusto.

Se fue entre risas y se abrió paso hasta la puerta trasera, que daba a un estrecho callejón, por donde caminó unos veinte metros para llegar al bulevar.

A pesar de la hora, el gentío habitual de los sábados por la noche se hacinaba en los callejones laterales. En las fachadas de los teatros, los espectadores comentaban las actuaciones de sus actores favoritos. Los juerguistas empedernidos iban a los numerosos cafés de los alrededores o aplaudían las últimas hazañas de los malabaristas, a los que el mal tiempo no había disuadido de subir al escenario. Toda esa prensa atraía a los plañideros y pregoneros de folletos, esas hojas impresas deprisa y corriendo que, de un modo sensacionalista, repetían los crímenes y sucesos publicados unas horas antes en *Le Moniteur, Le Constitutionnel* o *La Tribune*. Sus gritos se cruzaban y mantenían una especie de cacofonía permanente:

«¡Sentencia de muerte para Auguste Timothée Tiercelin, ebanista, convicto por haber asesinado a su amante con un cincel de madera! ¡Todos los detalles sobre el descubrimiento del drama y las treinta y dos heridas encontradas en el cuerpo de la víctima inocente!».

«Escándalo político-financiero: ¡un diputado orleanista salpicado! ¡La confesión del comisario Planchon sobre los sobornos pagados para obtener un contrato de suministros para el ejército! Todo lo que le han ocultado hasta ahora por la modesta suma de un céntimo».

«¡Fuga a plena luz del día en la capital: un inspector de policía detenido por un crimen de hace cuatro años se escapa de la vigilancia de sus guardias durante su traslado a la prisión de la Force! ¿Debemos

sospechar de la complicidad entre colegas?».

Al final del callejón, indiferente a los anuncios y gritos entre la multitud, Aglaé escudriñaba a la gente que estaba estacionada bajo el peristilo del teatro. No veía a Valentin por ninguna parte. No pudo evitar sentirse decepcionada. Habría sido muy agradable volver a verlo esa noche. ¡Qué pena! Tal vez sería al día siguiente, o al siguiente.

—Oye, ¡preciosa! ¿Buscas a alguien? Parece que tu galán te ha dejado plantada. ¿Me equivoco?

El hombre que acababa de llamarla así debía de rondar los veinticinco o treinta años. Vestía con un brillo llamativo, desde el color claro del sombrero hasta la puntera brillante de las botas, pasando por los chillones bordados del chaleco. Unas patillas abultadas, aretes de oro en ambas orejas y una larga trenza de pelo rubio que llevaba como trofeo a modo de cadena de reloj completaban su perfecto atuendo de chulo. Con toda probabilidad, era el protector de algunas de las fulanas que se paseaban por el bulevar con el pañuelo en la cadera para provocar a los burgueses.

La salida de los teatros era un coto de caza ideal para este tipo de individuos, pues intentaban reclutar a nuevas candidatas. Los más seductores, como ese, atacaban de frente a sus objetivos. Los otros actuaban de forma más insidiosa y utilizaban a otras mujeres para reclutar. Estas últimas se presentaban como honradas comerciantes de productos de aseo. Se acercaban a las presentes más atractivas y les ofrecían alquilar vestidos y joyas para sus salidas en sociedad a una tarifa irrisoria. Las ingenuas que se dejaban tentar acababan tan endeudadas que no les quedaba más remedio que venderse para escapar de la prisión de Sainte-Pélagie.[35] Aglaé había conocido a una guapa actriz principiante de Tours llamada Faustine, que había pasado del escenario del Ambigu-Comique a la acera de la calle Anglade en menos de un mes.

—No puede hacerse esperar a una hermosa chica como tú —insistía el pesado acercándose con ojos pícaros y una sonrisa tentadora—. Claro que, en tu beneficio, tal vez pueda reemplazar a ese bruto. ¿Qué tal si vamos a la Courtille? ¡No hay nada como bailar con una jarra de vino de Suresnes para olvidar las pequeñas decepciones amorosas!

—Muchas gracias —respondió Aglaé, altiva—, pero me importa demasiado mi pelo como para verlo colgando del chaleco del primer petimetre que aparezca.

Sin inmutarse, el hombre se dirigió hacia ella. Desprendía un olor repugnante a clavel y a tabaco frío. De forma instintiva, Aglaé retrocedió unos pasos en el estrecho paso. Sin embargo, el otro no pareció desanimarse. Continuó acercándose. Su sonrisa había

cambiado de seductora a depredadora. Sus afilados dientes brillaban en la penumbra. Aglaé se dio cuenta entonces de que había cometido un grave error al dejarse atrapar tan alejada del bulevar. En aquel oscuro callejón, el desconocido podía abalanzarse sobre ella sin riesgo a que lo sorprendieran y, seguramente, aunque gritara, sus gritos se perderían en el bullicio general.

—Vamos, vamos, preciosa —gruñó el chulo con confianza—. Ya conoces el dicho, nunca digas de este agua no beberé. Si me das una oportunidad, te prometo que me ofrecerás algo más que unos rizos como muestra de apego.

En ese momento, una voz imperiosa se alzó detrás de él:

—Parece que eres duro de oído. La señorita ha dejado bien claro que no le interesa.

El chico malo se giró de golpe, con la boca llena de injurias y listo para batirse. Sin embargo, al darse la vuelta, frenó sus ardores belicosos de inmediato. Una figura inquietante se encontraba en la entrada del pasaje. A primera vista, se trataba de un hombre elegantemente vestido cuya larga capa negra contrastaba con la espantosa palidez de su rostro. Pero, si se observaba más de cerca, la admirable belleza del recién llegado, casi irreal, combinada con su tez de cera y el brillo gélido de sus ojos, parecía una aparición sobrenatural. Era como si el arcángel de la muerte hubiera bajado a la tierra para recoger su cosecha de almas.

Como para reforzar esta siniestra impresión, el desconocido se metió la mano bajo la solapa de la capa y, con voz bronca, lo amenazó:

—O desapareces ahora mismo o te vuelo la cabeza. Decídete, pero hazlo rápido. La paciencia no es mi punto fuerte.

El chulo estaba demasiado impresionado como para darse cuenta de que aquel espectro aparecido de la nada apenas se mantenía en pie. Y, aunque la chica fuera bonita, no valía la pena tentar al diablo. Sin querer saber más, el hombre prefirió marcharse, y esquivó a aquella inquietante sombra.

Tan pronto como desapareció entre la multitud, el desconocido soltó un gemido de dolor. Su mano, que se había deslizado bajo la capa para simular la presencia de un arma, cayó sin fuerzas. Entonces, el hombre se tambaleó, presa de un ataque de debilidad. La actriz, que acababa de reconocer a su salvador, se apresuró a tomarlo en brazos antes de que se desplomara en el suelo.

—¡Valentin, Dios mío! ¿Qué le ha pasado?

El joven inspector se apoyó contra su hombro. Le goteaba el sudor por la frente lívida y ardía de fiebre. Solo una extraordinaria fuerza de voluntad le había permitido disimular. No obstante, dicho esfuerzo

había agotado sus últimas fuerzas. Cuando al fin logró abrir los labios, su voz se había reducido a un susurro apenas audible, y Aglaé tuvo que aguzar el oído para captar algunos fragmentos de cada frase.

—… Mal, demasiado dolor… Una bala en el hombro… Por favor, ayúdeme…

La joven miró aterrada hacia la cercana, muy cercana, puerta del escenario.

—Apóyese en mí. Lo llevaré dentro y mandaré buscar a un médico lo antes posible.

Valentin puso los ojos en blanco. Se aferró con una mano temblorosa a la manga de la actriz. Su aliento caliente jadeó contra su cuello.

—No… imp… imposible… La policía me persigue… Necesito un lugar seguro… Debo… esconderme…

Estaba delirando. O tal vez Aglaé no lograba descifrar el significado de sus palabras entrecortadas. ¿Cómo podía ser? ¡Él, un inspector de la Sûreté, perseguido por las fuerzas del orden! ¡No tenía ningún sentido! Pero, aunque pareciera una locura, si era cierto, ¿en qué avispero se metería por ayudarlo?

La angustia que vio en sus ojos llenos de súplica fue tal que dejó de vacilar.

—Tengo alquilada una habitación a dos manzanas de aquí —susurró—. Si se apoya en mí, ¿cree que podría llegar caminando?

Con una mueca, Valentin le echó un brazo alrededor del cuello y se enderezó un poco.

—Habrá… habrá de ser.

Poco después, los dos jóvenes, abrazados con fuerza, aparecieron por el bulevar del Crimen. La mayoría de los teatros ya estaban cerrados, las casetas de los malabaristas habían bajado las persianas y los noctámbulos empezaban a dispersarse bajo las lámparas, a las que el gélido viento arrancaba unos lúgubres chirridos.

Pocos fueron los rezagados que se fijaron en la pareja que se tambaleaba bajo la oscuridad de los soportales. Y quienes repararon en ellos, lo hicieron sin mucha atención, pues creyeron que se trataba de algún juerguista borracho al que su desafortunada pareja llevaba a casa para dormir la mona.

35

Cuando Valentin decide ir a por todas

La bala había atravesado el hombro por completo y se había abierto camino entre la clavícula y el omóplato. Por suerte, había salido sin dañar ningún hueso o nervio. El problema era si un trozo de ropa se quedaba dentro de la herida y se podría. Había que limpiarla de inmediato para evitar cualquier infección.

Después de acomodar a un Valentin medio inconsciente en su cama, Aglaé se dedicó a la delicada tarea que le había encomendado mientras caminaban por la calle. Calentó una aguja de tejer sobre la llama de una lámpara y, con mucha paciencia, consiguió retirar los pequeños trozos de tela quemada de la herida. Luego roció la carne magullada con brandi —una botella que le había regalado un admirador anónimo y que abrió para la ocasión— antes de hacer un vendaje con una enagua rota en tiras finas y un pañuelo de seda.

Durante todas esas operaciones, Valentin mantuvo los párpados cerrados y permaneció inerte. Solo se le escaparon algunos gemidos lastimeros, así como fragmentos de palabras incoherentes que tranquilizaron a Aglaé, por el hecho de saber que, al menos, no había entrado en coma. Sin embargo, había perdido mucha sangre, y durante los dos días siguientes la fiebre persistió y alternó largos períodos de sueño con breves fases de inquieto despertar. Aglaé, que había avisado de que estaba enferma para justificar su repentina ausencia del teatro y poder vigilarlo en todo momento, trataba de que bebiera, a la menor oportunidad, unos sorbos de un té febrífugo, pero no servía de nada. La actriz empezaba a temerse lo peor. Se preguntó si había hecho lo correcto al escucharlo y no avisar al médico. Estaba considerando seriamente desobedecerlo cuando, por fin, al tercer día, la temperatura comenzó a bajar.

A primera hora de la tarde, Valentin salió de su letargo y hasta fue capaz de tragarse un plato entero de caldo con algunos trozos de tocino. Aquello le sentó bien. Sin embargo, el dolor que irradiaba de

su espalda aún le impedía ordenar sus pensamientos y planear una línea de acción. Logró convencer a su ángel de la guarda de que no podía permanecer en ese estado. Tuvo que ir lo más rápido posible al dispensario Pelletier, con una nota suya, para conseguir gasas, un frasco de vinagre alcanforado y, sobre todo, un frasco de láudano[36] para aliviar su sufrimiento.

Cuando estaba a punto de salir de la habitación, le advirtió: tenía que hablar con Joseph Pelletier y con nadie más. Sin duda, el farmacéutico la presionaría con preguntas y trataría de averiguar dónde estaba Valentin, pero ella debía guardar silencio a toda costa. Antes de regresar, también tendría que asegurarse de que no la siguieran.

Una vez a solas, Valentin trató de repasar los acontecimientos de los últimos días para entender cómo había cambiado todo de una forma tan repentina. La situación se le estaba yendo de las manos frente a sus narices.

Las imágenes se amontonaban. Tenía la misma sensación que cuando estuvo atrapado en el laberinto de espejos de niño, rodeado de espejismos impalpables y sombras fugaces. El retrato de Clarisse Verne a la luz de las velas, la mirada vidriosa del conde de Champagnac, el rostro molesto del inspector Flanchard, el cuerpo inerte de su padre adoptivo tendido en el suelo de una tienda de antigüedades, la enigmática sonrisa de Lucien Dauvergne en el depósito de cadáveres, una jaula de hierro en un sótano sombrío… Cuando el torbellino se detuvo al fin, se encontraba empapado de sudor y vacío por dentro. Se recostó de lado, apoyado en las almohadas. Cansado de esa lucha a ciegas, cansado de los terribles sueños que lo habían perseguido durante tantos años casi todas las noches, cansado de aquel disparatado mundo en que los lobos nunca tenían suficiente y donde se acechaba a los corderos sin descanso, cansado de las mentiras, de las injusticias y de los recuerdos que le quemaban el cerebro, cansado de todo.

Mientras tanto, abrumada por los acontecimientos, preocupada por la idea de una recaída en su ausencia, a Aglaé la inquietaban horrores de una naturaleza diferente. Estaba preocupada por la salud de Valentin, pero también se preguntaba en qué lío se había metido. Por mucho que intentara apartarla mentalmente, la idea de que tal vez estaba haciendo una tontería aún la atormentaba. Sin embargo, consiguió llevar a cabo su misión con eficacia y diligencia. Como un valiente soldadito.

A su regreso, la joven también había obtenido una valiosísima información. No le había costado mucho, porque los periódicos de los días anteriores estaban llenos de la historia de la accidentada fuga en pleno de París y de los cargos de asesinato presentados contra un

inspector de la Sûreté. Muchos periodistas habían visto en ello la prueba de que, a pesar de la destitución de su antiguo jefe, el célebre convicto Vidocq, el servicio continuaba siendo una guarida de sinvergüenzas y delincuentes. Algunos habían pedido una gran purga, y otros habían aprovechado la oportunidad para señalar que el nuevo Régimen no era mucho mejor que el anterior.

Más allá de esas controversias, lo que había sacudido a Aglaé era la naturaleza de los cargos contra Valentin. Le parecían acusaciones demasiado serias para albergar una pizca de verdad. Todo su ser se rebelaba contra la idea de que un horrible asesino se escondiera tras unos rasgos tan angelicales. Sin embargo, el escueto retrato que los periódicos hacían de Valentin —un policía solitario en exceso, con métodos cuestionables y un oscuro pasado— le había hecho ver que no sabía casi nada de él. Durante la velada que habían pasado juntos en la víspera de su duelo, este le había preguntado por su relación con Lucien Dauvergne, había escuchado sus sueños de convertirse en una joven actriz o su encaprichamiento con la causa de las mujeres, pero se había cuidado de no revelar nada sobre sí mismo. Aquel ensordecedor silencio la intrigaba. Recordaba el lujoso piso donde vivía en la calle Cherche-Midi y sus caros ropajes, incompatibles con el salario de un modesto funcionario. Y eso también la incomodó. Aunque confiaba en él, sentía la necesidad de que le contara quién era en realidad. Después de que la ingesta de láudano le arrancara de su excesivo dolor, Valentin percibió su molestia y creyó necesario tranquilizarla. Todavía no había llegado el momento de contarle todo sobre su terrible pasado. Quizá era demasiado pronto. Pero ella se había arriesgado para ayudarlo. Pensó que lo más correcto sería levantar parte del velo que cubría su pasado.

Demasiado débil aún como para entrar en detalles, le contó cómo, de niño, había caído en manos de un monstruo comparable al ogro de los cuentos. Le habló de Damien, ese otro yo con quien había compartido cautiverio durante unas semanas y al que había abandonado cuando se le había presentado la oportunidad de escapar. No sin emoción, recordó su encuentro con quien se había convertido en su padre adoptivo y de cuya muerte lo acusaban. Terminó explicando que no había entrado en la policía más que para continuar la búsqueda de Hyacinthe Verne y acabar de una vez por todas con las actividades delictivas del Vicario.

A lo largo de su relato, Aglaé había experimentado no pocas emociones. Cuando Valentin terminó, sus rasgos reflejaban una mezcla de compasión, consternación e incomprensión.

—¿Cómo pueden acusarlo de haber planeado la muerte de un hombre al que se lo debía todo? —sugirió ella—. El primer magistrado que vea esto debería entender que se trata de una gran contradicción.

—No lo sé. Hasta estos últimos días, siempre creí que mi padre adoptivo había sido víctima de un trágico accidente. Esa versión de los hechos nunca se había cuestionado hasta entonces. ¡Es una locura! ¿Qué convencería a la policía, cuatro años después de su muerte, de que se trataba de un asesinato? ¿Por qué aflorar este viejo caso precisamente ahora?

—¿Qué quiere decir?

Mientras hablaban, Aglaé había colocado en la mesilla de noche los productos que había traído del dispensario Pelletier y se había ocupado de rehacer el vendaje de Valentin. Calmado por el opio, este se entregaba con toda confianza a los cuidados prodigados por su benefactora.

—Me parece cuanto menos extraño —replicó él—, que dichas acusaciones se hayan producido justo en el momento en que la investigación que se me había encomendado se encontraba a punto de concluir.

—¿Se refiere al suicidio de Lucien?

—No se trata de una muerte aislada. Estoy convencido de que Lucien Dauvergne no fue más que una víctima entre tantas otras. Fue manipulado con fines criminales que aún deben aclararse, pero que podrían guardar relación con el juicio a los ministros de Carlos X. Si estoy en lo cierto, se trataría de un intento por desestabilizar el nuevo Régimen.

Valentin expuso a su compañera los resultados de sus recientes investigaciones. En particular, explicó cómo había llegado a sospechar que el doctor Tusseau utilizaba el magnetismo animal y la sideración a través de los espejos para controlar la mente de algunos de sus pacientes. Y todo ello, probablemente, con la complicidad de Émilie de Mirande.

—¡Es increíble! —exclamó Aglaé, que se había quedado tan fascinada como preocupada por la charla del joven inspector sobre los misteriosos poderes de la hipnosis—. ¿Sugiere que podrían condicionar a alguien para que cometiera actos sin ser consciente de ello ni recordar nada al respecto? ¡Se me hiela la sangre solo de pensar en semejante diablura!

—En cualquier caso, usted mide mejor lo que puede haber de intrigante en todo este proceso en contra de mi persona. Si hubieran querido impedir que revelara la verdad sobre esta conspiración, no lo habrían hecho de otra manera.

—¿Qué piensa hacer?

Valentin se tomó un tiempo para ordenar sus pensamientos. Su frente se arrugó mientras pensaba. No obstante, en esa ocasión, le vino un plan a la mente.

—Primero tengo que averiguar qué ha convencido a un juez para firmar una orden de detención contra mí. Solo hay una forma de averiguarlo: que me ponga en contacto con el comisario Flanchard lo antes posible.

—¿Y no sería como meterse en la boca del lobo? —preguntó Aglaé, con una mirada de preocupación—. Por lo que tengo entendido, todos los servicios policiales están a la caza para echarle el guante. Los periódicos hablan de usted como una oveja negra que hay que matar.

—Es un riesgo que debo correr. Y la verdad es que no tengo elección. Convenceré a Flanchard de que me dé unos días libres para completar mi investigación. Después de eso, responderé por todos los delitos de los que se me acusa. Defenderé mi inocencia ante todos.

La actriz había terminado de desinfectarle y vendarle el hombro. Sin embargo, había dejado que las yemas de sus dedos se pasearan de forma inadvertida por su cuello. Él tomó su mano con suavidad y se la acercó.

—Si bien me repugna mezclarla en un asunto tan turbio, y ya ha hecho mucho por mí —dijo con seriedad—, tendré que solicitar su ayuda una vez más, Aglaé. Por supuesto, dadas las peligrosas circunstancias, entendería que se negara. Le aseguro que no se lo tendría en cuenta.

La intrépida actriz no dudó ni un segundo.

—Si cree que voy a echarme atrás, después de dos días y dos noches sin apenas dormir, y a riesgo de que me despidan de la compañía de la señora Saqui, ¡se equivoca! ¿Qué espera de mí exactamente?

—Mañana, durante mi encuentro con Flanchard, necesitaré que vigile el palacete del vizconde de Champagnac. Quizá no sea una coincidencia que mis problemas se produjeran justo después de visitarlo. Sin quererlo, he debido de dar una patada al hormiguero. Ahora, es probable que los acontecimientos se precipiten. Esperemos que no sea demasiado tarde y que nuestros adversarios no hayan sacado provecho de los tres días que hemos perdidos. Si no es así, creo que será en la clínica del valle de Aulnay o en el hotel Champagnac donde se moverán las cosas.

—Es un poco vago. Una vez allí, ¿qué debería hacer exactamente?

—Tan solo hay que llevar la cuenta de quién entra y quién sale. Trate de identificar a los visitantes. Y, si el vizconde sale de su casa en algún momento, sígalo y averigüe a dónde va. Pero ¡no se haga notar! Estoy convencido de que tratamos con personas dispuestas a todo para salirse con la suya.

La luz de la habitación se desvanecía. A través de la ventana cerrada, llegaba el sonido de los tambores, los platillos y los aplausos

procedentes del bulevar. Comenzaban los desfiles para a atraer al público.

Cansado después de tanto hablar, Valentin se recostó en la cama y cerró los ojos. Poco después, el opio que había consumido hizo su efecto y se hundió de golpe en los brazos de Morfeo.

Conmovida, Aglaé lo miró durante mucho tiempo sin atreverse a hacer el menor movimiento. Cuando estaba dormido, sus rasgos perdían su dureza y recuperaban la pureza e inocencia de la infancia. La joven se inclinó sobre él y le sopló con suavidad sobre las pestañas para asegurarse de que estaba inconsciente. Luego, muy despacio, se inclinó de nuevo y depositó un beso en sus labios entreabiertos.

36

Pruebas abrumadoras

El comisario Flanchard salió de la Prefectura de Policía dando grandes zancadas, con la cabeza gacha y la frente hacia delante, mientras corría como un toro furioso. Sin decir una palabra al cochero, se apresuró a subir al coche de plaza que lo esperaba en la acera y, con un gesto airado, tiró su cartera de cuero al asiento. El golpe de su bastón contra el techo hizo vibrar toda la cabina.

¡Cuatro días!

Habían pasado cuatro días ya desde que Valentin Verne había escapado de sus guardias y desaparecido en el aire. El prefecto de Policía no se calmaba. Responsabilizada de este fiasco personalmente a Flanchard, de quien se hablaba incluso en el gabinete del ministro. El comisario había intentado por todos los medios localizar a su subordinado. El piso de la calle Cherche-Midi estaba en constante vigilancia día y noche. Dado que habían herido al inspector durante su huida —al menos eso es lo que se había establecido formalmente—, se registraron los hospitales parisinos, así como las clínicas. Sin el más mínimo resultado. El día anterior, Flanchard había ordenado a sus hombres que iniciaran un recorrido por los consultorios médicos y las farmacias de la capital. Pero empezaba a dudar de si obtendría algún resultado. Literalmente, ¡ese diablo de Valentin Verne parecía haberse volatilizado!

El comisario se estremeció y suspiró con una mezcla de mal humor y cansancio. Desde que noviembre había traído el frío a París, los días eran cada vez más cortos. Asimismo, debido a los últimos contratiempos, cada noche salía de la Prefectura un poco más tarde. ¡Maldito trabajo! Un frío húmedo se colaba en el carruaje y el paso del caballo resonaba, casi de forma lúgubre, contra las fachadas.

Por mucho que Flanchard tratara de pensar en otra cosa, sus cavilaciones lo devolvían a la curiosa personalidad del inspector Verne. Antes de acogerlo en la Sûreté, había recabado mucha

información sobre él. Había consultado informes e interrogado a colegas. Siempre aparecían las mismas palabras: una persona solitaria, sombría, con maneras de hacer las cosas que no son de la casa, un policía inusual… En su primer encuentro, le había llamado la atención la especie de distancia que el inspector ponía entre él y sus compañeros. Quizá sin ser consciente de ello. Esa refinada forma de vestir y esa mirada que daba la impresión de estar midiéndote de entrada. «¡Un tipo extraño! Probablemente se había metido en la policía por ociosidad», recordaba haber pensado entonces.

Sin embargo, más tarde, Flanchard se había visto obligado a revisar su juicio. Verne había demostrado una sagacidad realmente sorprendente en el caso Dauvergne. Era toda una hazaña haber descubierto al doctor Tusseau y a Émilie de Mirande, haber encontrado una explicación racional al misterio de los espejos, haber vinculado las sospechosas muertes de Lucien Dauvergne y Michel Tirancourt a una posible conspiración relacionada con el juicio de los ministros en tan poco tiempo. Y eso molestaba al comisario. Los notables resultados de Verne deberían haber bastado para convencerlo de que lo había subestimado. En cambio, creyó que tenía la situación controlada y, a la hora de detenerlo, se había olvidado de asegurar los medios necesarios. En el fondo, sabía que los reproches que le dirigía el prefecto de Policía estaban justificados. Si Verne había sido capaz de escabullirse, había sido en gran parte por su culpa.

Se encontraba sumido en su meditación mientras se reprochaba en silencio a sí mismo, cuando notó que el coche de plaza se había detenido. Su mente estaba tan preocupada que ni siquiera se había dado cuenta de que el carruaje había dejado de traquetear sobre el pavimento. Asombrado de haber llegado ya a su destino, corrió la cortina de la puerta. El crepúsculo teñía la piedra con grandes sombras moradas. El Sena se tomaba su descanso en la oscuridad, languideciendo de forma perezosa. A lo largo de la orilla, las ratas se perseguían unas a otras y emitían sus agudos chillidos, algo siniestros en plena oscuridad.

«¡Maldita sea! ¿Qué demonios hacemos aquí? ¿El idiota del cochero se ha quedado dormido en su asiento o qué?».

El comisario acababa de distinguir las esclusas de la cuenca del Arsenal en la otra orilla. Así que su coche estaba aparcado en el muelle de Saint-Bernard… ¡Exactamente en el lado opuesto de su casa la isla du Palais![37]

Persuadido de que un cochero somnoliento y atontado por el alcohol había dejado el coche a su suerte, Flanchard abrió la puerta y se colocó en el estribo, para dar una reprimenda al conductor. Acurrucado en su asiento y enfundado en su capa, el conductor era una masa inmóvil y compacta, y llevaba un sombrero abollado de

copa marrón. Parecía que se estaba echando una tranquila siesta.

Flanchard lo había agarrado por la manga y estaba a punto de sacudirlo sin piedad cuando, contra todo pronóstico, el hombre se giró con brusquedad y lo apuntó con la amenazadora y ligeramente acampanada boca de una pistola de chispa Boutet et Fils. El repentino movimiento le había abierto el cuello del gabán y, a pesar de la penumbra, el comisario no tuvo dificultad en reconocer los rasgos de Valentin Verne.

—¡Usted! ¡Usted! ¿Qué significa esto?

El inspector no respondió. Hizo un gesto con el cañón de su arma para ordenar a su jefe que volviera al coche. Él mismo debió reprimir una mueca al bajarse de su asiento sin dejar de apuntarle. La herida todavía lo incapacitaba, si bien esperaba haber tomado suficiente láudano como para dar el pego. Si Flanchard advertía su verdadero estado, tal vez intentaría aprovecharse de la situación y perdería el control. Al imaginar ese enfrentamiento, Valentin fue muy consciente del peligro que corría, pero estaba convencido de que no tenía otra opción.

Tomó la decisión de enmascarar su dolor, se acercó y se sentó frente al comisario, que, recuperado de su sorpresa, lo miraba con desprecio.

—¡Está loco, Verne! ¿De qué sirve amenazarme? ¿A dónde cree que lo conducirá todo esto?

El joven sonrió contrariado.

—Por favor, le pido disculpas por utilizar medidas tan salvajes —dijo, y señaló su arma con la barbilla—. Pero creo que, de otro modo, no hubiera aceptado escucharme.

—Todos los policías de la ciudad lo persiguen y han recibido la orden de disparar en cuanto lo vean —gruñó Flanchard, que sacudió su leonina melena—. No tiene ninguna posibilidad de escapar. Créame, lo más sensato sería entregarme el arma y dejar que lo lleve ante el fiscal. Le prometo que haré todo lo que esté en mi mano para que se tenga en cuenta el día de su juicio.

Valentin se encogió de hombros ante la sugerencia. Permaneció en alerta, listo para frustrar cualquier intentona equivocada del comisario.

—No tengo intención de escapar, téngalo por seguro. Si me he tomado la libertad de traerlo hasta aquí a esta hora, es porque deseaba hablar con usted a solas, tranquilamente.

—¿Tranquilamente? —preguntó con ironía el comisario—. ¿Con un arma en la mano? ¡Está loco, Verne! No tengo nada más que pedirle que se entregue y busque un buen abogado.

—Eso es fácil de decir. Sé que se me acusa de ordenar el asesinato

de mi padre adoptivo, malversar su herencia y acabar con un tal Damien Combes. ¡Eso es todo! Pero, al mismo tiempo, ignoro en qué se basan tales elucubraciones.

Flanchard soltó un fuerte suspiro y se inclinó hacia un lado.

—Tranquilo, comisario —intervino enseguida Valentin—. ¡No haga ningún movimiento brusco! No me gustaría verme obligado a disparar. Con dos asesinatos ya tenemos bastante, ¿no cree?

Flanchard interrumpió su movimiento y señaló la cartera abandonada en el banco.

—Tengo su expediente aquí mismo. Verá que las pruebas son abrumadoras.

—¡Vamos! —dijo Valentin, invadido por un repentino nerviosismo —. Pero sáquelo todo muy despacio, que no le pierda de vista las manos.

Flanchard cumplió de forma obediente. Sacó varios documentos de su maletín y entregó el primero, un sobre sin sello, a su subordinado. No había ninguna dirección escrita en el frente. Tan solo un nombre de pila escrito en mayúsculas: «VALENTIN».

—Recibí estos papeles directamente en la Prefectura de Policía hace una semana. No hay nota ni explicación alguna que los acompañe. Si me deja sacar el mechero del bolsillo, lo verá.

Valentin asintió con la cabeza. Reconoció la letra en cuanto Flanchard le puso la carta delante.

Con el corazón acelerado, la desdobló y comenzó a leer a la luz de la llama que sostenía el comisario. Desde las primeras palabras supo de qué se trataba. Ya había leído esa carta muchas veces. Sin embargo, no pudo evitar leerla una vez más hasta el final. Cada frase era dolorosa, como una quemadura que se infligía a sí mismo.

Valentin, mi querido niño,

Perdóname por utilizar la palabra escrita para dirigirme hoy a ti. Quizá te veas tentado a ver esto como una falta de valor. No es nada de eso. Quiero que sepas que lo único que ha guiado esta elección ha sido mi ardiente deseo de ayudarte y de que me oigas. A veces, siento tal rabia burbujeando en ti, tal disgusto contigo mismo y con los demás, que temo tu reacción y, más aún, la mía, si alguna vez te negaras a entrar en razón y me reprocharas una medida que considero necesaria. Frente a ti, temo perder los nervios, no lograr controlar mis emociones. Sabes cuánto aborrezco la violencia, ya sea verbal o física, y prefiero, por mucho, la calma de mi despacho para ordenar mis pensamientos y escribir estas pocas palabras.

Desde hace siete años, no ha pasado un día sin que me pregunte cómo liberarte de tus demonios interiores. ¿Quién sospecharía que bajo ese dulce rostro angelical se esconde un alma tan atormentada? He empleado toda mi energía y toda mi fuerza de voluntad para sacarte de la noche. Seguramente, te asombraría saber hasta dónde he llegado para traerte la paz que sé que anhelas con todo tu ser. ¡Yo, que a los ojos de todos, paso por un pacífico rentista enteramente dedicado a su pasión por la ciencia!

¡Dejemos eso! Espero que algún día mis esfuerzos se vean recompensados. Solo entonces lo sabrás.

Por el momento, basta con que sepan que desde hace algunos meses me he comprometido a consultar regularmente al doctor Esquirol, el famoso alienista que dirige la Casa Real de Charenton. Le he hablado de tu caso. Ya me imagino tu mal humor cuando leas esto. Por supuesto, habrías preferido que te lo hubiera comentado antes. Pero seamos francos, ¿me habrías dado tu consentimiento? ¡Claro que no! Y, sin embargo, hoy más que ayer, estoy convencido de que he hecho lo correcto. Esquirol es un hombre de gran conocimiento y exquisita sensibilidad. A medida que avanzaban nuestras conversaciones, me ha sugerido el camino a seguir, sin tratar nunca de imponer su punto de vista.

Lo que tengo que decirte al final son muy pocas palabras: es el momento, Valentin, de ceder el lugar. A lo largo de estos siete años a tu lado, parece que he avanzado como un ciego, con los brazos extendidos en la oscuridad. Ahora, mis ojos se han abierto a la luz. Nuestras últimas conversaciones, aunque dolorosas, también han contribuido a mi decisión. Puedo salvarte a pesar de ti, y el doctor Esquirol me ha convencido de que tu estado necesitaba una sacudida moral para salvarte. Anteayer, por tanto, anulé mi anterior testamento y redacté una nueva escritura por la que legaba toda mi fortuna a Damien Combes. Ese niño perdido, una vez liberado de sus tormentos, tendrá así los medios para reconstruirse y volver al mundo con la cabeza alta. ¡Es necesario!

Me gustaría que aceptaras mi decisión. Sabes que siempre serás mi único hijo, pase lo que pase. La persona que más aprecio en este mundo y que me ha llevado más allá de mí mismo.

Tu querido padre, Hyacinthe Verne

Valentin bajó el papel. Le brillaban los ojos. Estaba pálido. Cuatro

años después, la emoción seguía ahí, a flor de piel. La disputa con su padre adoptivo, las duras palabras que habían escapado de sus labios en aquel momento, todo ello lo había arrastrado con la brusquedad de un maremoto. La repentina desaparición de Hyacinthe Verne había impedido que se enmendara, que habría sido el primer paso para borrar sus divergencias y acercar sus puntos de vista. Y aquella era una herida que seguía abierta, mucho más dolorosa que la del hombro, y ningún medicamento, por poderoso que fuera, lo aliviaría.

El comisario Flanchard agitó otros documentos que tenía en la mano.

—Esta nota iba acompañada de un testamento ológrafo, del puño y letra del testador. Como indica, Hyacinthe Verne legó todos sus bienes a un tal Damien Combes. El testamento está fechado el 26 de febrero de 1826; es decir, menos de una semana antes del supuesto accidente de carruaje que le costó la vida. También había un certificado de bautismo a nombre de este Damien. Si es que sigue vivo, dicho individuo tendría más o menos la misma edad que usted. ¿Sabe de quién se trata? Debió de ser alguien muy cercano a su padre adoptivo para que lo eligiera su único heredero.

Valentin se sentía como si viviera en una pesadilla. Comprendió mejor las sospechas que recaían sobre él. Todos esos documentos contaban con una historia coherente. Todo encajaba y lo acusaba. Todo parecía real y, al mismo tiempo, falso. Algo en su mirada vaciló. Había una especie de obstinación infantil en sus ojos. Por un momento, pensó en decir toda la verdad, pero sería imposible. Demasiado largo de explicar, demasiado complejo. Por encima de todo, tenía que ocuparse de asuntos más urgentes.

—Estos documentos me pertenecen —dijo al final—. Los robaron de mi casa hace unas dos semanas. Creía haber notado que algunas cosas se habían movido de sitio, incluso pensé que me lo había imaginado. ¡Aun así! No entiendo cómo ha perdido su confianza en mí simplemente por la lectura de estas notas. Ni una sola prueba apoya las acusaciones de asesinato o expolio.

—Y no me contenté con esta carta anónima —respondió Flanchard con calma—. Pero tampoco podía ignorarla. Si no era la prueba de un crimen, o de una culpabilidad, al menos constituía un indicio evidente. Por tanto, me encargué de realizar mi propia investigación. En los archivos, he consultado distintos informes y actas redactados en el momento de la repentina muerte de su padre. Contenían el nombre y la dirección del conductor del carruaje que lo atropelló. Con el pretexto de un control rutinario, cité al hombre en la Prefectura. No fue fácil, pero después de amenazarlo con el vergajo le sonsaqué la información. Finalmente, admitió que el accidente no fue exactamente así. Alguien le pagó una gran suma de dinero para simular, con ayuda

de unos cómplices, que su carruaje se desbocaba y aplastaba a Hyacinthe Verne. Así que ya ve, ¡sí que fue un asesinato!

El corazón de Valentin latió con fuerza. Se había creído lo bastante fuerte como para enfrentarse a la pseudoverdad de la policía. Imaginó que desbarataría sin gran dificultad las acusaciones, muy básicamente elaboradas, y ahora le estallaba en la cara con la violencia de una carga de pólvora. ¡Así que era verdad! ¡La muerte de su padre no había sido un accidente! No estaba seguro de querer escuchar el resto. De repente, deseó estar en otro lugar, acurrucarse en la cama y tragarse toda la botella de láudano. No quería seguir lidiando con la fealdad del mundo. Ni luchar más, ni correr por la noche mientras las temibles fauces del espanto le pisaban los talones y le agarraban las pantorrillas. Solo quería dormir, dormir en un sueño sin sueños, dormir para olvidar.

Y, sin embargo, a pesar de la repulsión que le manaba del interior, consiguió superar la tristeza. Hizo como si apuntar con su pistola significara aún algo que le permitiera llevar la voz cantante y hacer preguntas.

—Ese cochero, ¿logró que confesara los nombres de sus compinches? —preguntó en voz baja.

El comisario miró fijamente a los ojos de su interlocutor. Cuando habló, su tono no era acusador, pero sin embargo tenía el peso de una fatalidad implacable.

—Tan solo mencionó un nombre. El de quien le hizo el encargo… ¡El suyo, Valentin Verne!

El joven volvió a encajar el golpe. Sus hombros se desplomaron y el brazo armado se relajó de forma peligrosa. Flanchard intuyó que había una posibilidad. En un intento por que no se notara, tensó los músculos, listo para abalanzarse sobre su oponente a la menor señal de distracción. Valentin se dio cuenta del peligro justo a tiempo. Distinguió el ligero temblor en la cara de su oponente y alzó el cañón de la pistola.

—No tengo forma de convencerlo —dijo desafiante—, pero ese hombre mintió. Soy inocente de los delitos de los que se me acusa y lo demostraré.

—Entonces entréguese y confié en el sistema judicial real. Si no tiene nada que reprocharse, créame, le conviene. No podrá jugar a ser un fugitivo durante mucho tiempo.

El inspector negó con la cabeza. No podía permitirse ser débil. Ya no era solo su existencia la que estaba en juego. Tenía que seguir libre si quería averiguar la verdad y vengar algún día a su padre.

—No acostumbro a dejar mi destino en manos de extraños —respondió—. Si quiero que mi voz se escuche, más vale que no vaya a

las autoridades con las manos vacías.

—Tiene algo en mente. ¿En qué piensa, Verne?

—Dos días, inspector, tan solo le pido dos días de tregua. El tiempo necesario para resolver la investigación que me ha encomendado y obtener las confesiones de Tusseau y sus cómplices.

Flanchard puso una mueca.

—Lo siento, muchacho, pero lo que pide es imposible. Es mi trabajo el que está en juego si lo dejo libre.

—En ese caso, no me deja elección…

Tras pronunciar aquellas palabras, Valentin sacó un pesado par de esposas del bolsillo de su abrigo y se las lanzó al comisario.

—Pase la cadena por el pomo de la puerta y sujete los hierros a las muñecas. Y no finja, comprobaré las cadenas.

—Comete un grave error —murmuró Flanchard al tiempo que obedecía a regañadientes—. No conseguirá nada más aparte de otra bala en la piel. Y en esta ocasión, tal vez no vuelva a levantarse.

—Es más que probable —admitió Valentin—. Digamos entonces que el juego vale la pena. Ahora, si me disculpa, voy a recuperar lo que me robaron.

Siguió sus palabras con un gesto, recogió los documentos del banco y volvió a colocarlos con cuidado en el maletín de cuero, que se guardó bajo el abrigo. Flanchard quiso protestar, pero el inspector no se lo permitió. Lo amordazó con fuerza utilizando su pañuelo y se alejó del carruaje con grandes zancadas.

Mientras se fundía entre las sombras del muelle, a su espalda resonaron los chirridos de los muelles y los gemidos ahogados del jefe de la Sûreté.

37

El burdel de Thurot

Una hora antes ese mismo día, otro coche de plaza estaba aparcado en una calle opulenta del barrio Saint-Germain. A bordo, Aglaé Marceau no había perdido de vista la fachada del palacete Champagnac. Había pasado allí buena parte del día, sin notar nada en particular. Era como si el lugar se hubiera sumido en un profundo y extraño letargo. Las persianas de los pisos superiores estaban cerradas a cal y canto. Ningún visitante se había acercado a la entrada. Tampoco había aparecido nadie en las ventanas de la planta baja ni en el parque. Sin embargo, el vizconde pertenecía a lo más alto de la sociedad y su condición de par de Francia implicaba un estilo de vida y unas obligaciones políticas y sociales difícilmente compatibles con una existencia recluida.

La joven se cuestionaba si Valentin no se habría equivocado al enviarla a aquel lugar, cuando, al fin, un hermoso carruaje cupé apareció en la puerta de la propiedad. Dos personas iban dentro. El hombre que conducía, encaramado en el exterior, vestía un traje de estilo burgués, envuelto en una gran pelliza. Su sombrero de copa coronaba una cara redonda y rosácea, con largas patillas y una frente ancha y despejada. Por la torpeza con la que utilizaba el látigo y las riendas de los caballos, resultaba evidente que no acostumbraba a conducir un carruaje de esas características.

El otro ocupante del coche era una mujer. Sentada en la cabina, se asomó a la puerta para decir unas palabras a su compañero. Este accionó el freno del coche, bajó de su asiento y se dirigió hacia el portón para tocar la campana. El movimiento de la mujer permitió a Aglaé vislumbrar fugazmente un rostro apuesto y autoritario, enmarcado por abundantes rizos de color cobrizo. Aquel aspecto correspondía bastante bien a la descripción que el inspector le había dado de la señora de Mirande. Además, su acompañante parecía demasiado bajo y panzón como para ser el famoso doctor Tusseau.

En respuesta al timbrazo del desconocido, un mayordomo bien vestido abrió las puertas y el cabriolé entró en la propiedad al tiempo que hacía crujir la grava del patio principal.

Aglaé sintió una oleada de emoción. Tal vez Valentin tenía razón: sus oponentes estaban haciendo su primer movimiento en un tablero de ajedrez. Deseosa de proporcionarle toda la información posible, la joven actriz pidió al cochero que la esperara y se bajó del vehículo para recorrer la muralla circundante como si estuviera paseando. Cuando llegó a las verjas, se detuvo y fingió que se reajustaba las horquillas que sujetaban su sombrerito sobre el pelo, recogido en un moño. Miró hacia la escalera con discreción. Era probable que estuvieran esperando a los dos visitantes con impaciencia, pues un hombre con chaqueta de andar por casa y cigarro en mano los aguardaba en la escalinata para saludarlos. Se inclinó con elegancia para besar la mano de su visitante. ¿El vizconde de Champagnac en persona? Aglaé no estaba del todo segura, pero desde luego no era un sirviente.

Por miedo a que lo notaran si se demoraba más, la joven reanudó su marcha durante unos veinte metros y luego cruzó la calle para volver a la acera de enfrente, con cuidado de ocultarse a la sombra de los altos muros. Dudaba sobre qué hacer y lamentaba que Valentin no estuviera ya de vuelta. Le había informado de su intención de esperar al comisario Flanchard cuando saliera de la Prefectura de Policía para intentar negociar una tregua. Consciente del peligro, había tratado de disuadirlo hasta el final, pero él no la había escuchado. Ahora deseaba que volviera sano y salvo. ¿Qué haría si no aparecía antes de que los visitantes del vizconde se despidieran? ¿Debía quedarse a lloriquear mientras contemplaba lo que parecía el castillo de la bella durmiente? ¿O bien, al revés, cambiar de estrategia y seguir el carruaje de la señora de Mirande? No se decidía y, en su interior, rezaba para no tener que enfrentarse a ese dilema.

Al llegar al coche de plaza, su cochero se inclinó hacia ella.

—Si eso es todo, señorita —dijo al tiempo que se rascaba la nuca —. Se hace tarde. Esta mañana, su amigo ha contratado mis servicios para el día. No me quejo. Es un dinero ganado sin demasiado esfuerzo, pero ¿cree que tendremos que esperar mucho más tiempo? Empieza a hacer frío.

Entonces, Aglaé se dio cuenta de que estaba anocheciendo, y se estremeció incómoda. El aire era húmedo y arrastraba olores de hierba y tierra de los bosques circundantes, que aumentaban la sensación de frío. Era como si se hubieran detenido en la parte más oscura del sotobosque. Las grandes sombras moradas se extendían por el suelo e invadían la base de las paredes y los troncos de los árboles. La joven casi tuvo la ilusión de oír pequeños ruidos de succión, una enfermiza

glotonería de pequeños mordiscos. Era como si una especie de monstruo viscoso estuviera al acecho en algún lugar cercano, a la espera de que llegara la noche para engullirlos.

Aglaé sacudió la cabeza para ahuyentar unos pensamientos inoportunos. ¡Tenía demasiada imaginación! Consecuencia de actuar en horribles melodramas durante todo el año.

—Que yo sepa, ¡aún no ha oscurecido! —regañó al infeliz conductor—. Nos iremos entonces, y no antes. Hasta ese momento, no se queje. Mi amigo le ha pagado con creces.

El hombre murmuró una vaga maldición para sus adentros y, malhumorado, se ajustó las solapas del abrigo. Sin embargo, cuando su clienta se incorporó al estribo para subir al coche, no pudo evitar echar un vistazo al brillo de la medias blancas y a la finura de un tobillo bellamente torneado. Era una joven sin pelos en la lengua, no obstante, si hubiera tenido diez años menos, no habría dudado en cortejarla. Dar una vuelta entre sus sábanas debía de hacer que uno sudara mucho, lo suficiente como para olvidar las interminables horas pasadas tiritando al frío.

Transcurrió una buena media hora sin novedad. El barrio, que ya de por sí era tranquilo durante el día, se sumió en una especie de silencio acolchado. Pasaba poca gente y las capas de niebla flotaban en la penumbra.

De pronto, las luces comenzaron a bailar en las escaleras del palacete Champagnac. Aglaé limpió el vaho de la ventana de la puerta con el dorso de la mano. Dos sirvientes, con lámparas de aceite en las manos, alumbraban a un trío que bajaba las escaleras para tomar el elegante carruaje cupé. El dueño de la casa se había cambiado y, vestido con una capa y un sombrero de copa, acompañaba a sus dos visitantes. Se montó en el carruaje con la mujer, mientras que el otro hombre ocupaba el asiento del conductor. La actriz respiró aliviada. Era el fin de su dilema. No hubo más dudas.

—Siga al coche que va a salir —resopló, y se asomó a la puerta—. Pero, sobre todo, ¡mantenga la distancia! No pueden vernos.

Cuando el cupé pasó junto a ellos, se echó con brusquedad hacia atrás. Este se alejó hacia la calle de la Escuela de Medicina. Al trote, despacio, los dos carruajes se adentraron en la calle de la Harpe, en dirección norte hacia el Sena. Aglaé se tranquilizó en parte al transitar por calles más concurridas. El riesgo de atraer la atención de los ocupantes del cupé se redujo. Sin embargo, ese alivio iba acompañado de sentimientos contradictorios. Por un lado, le atraía el olor de la aventura. La aparición de Valentin en su vida había supuesto una ruptura con la rutina y las vicisitudes de su carrera como actriz de poca monta. Si bien, por otra parte, era consciente de los riesgos que corría al depositar su confianza en un fugitivo y lanzarse de cabeza a

un oscuro asunto del que no sabía casi nada.

«Querida, tal vez sea un poco tarde para dudar. Tendrías que haber pensado en todo esto antes. Ahora que estás metida en el ajo hasta el cuello, solo te queda hacer lo posible por sobrevivir».

A la salida del Pont au Change, los coches entraron en los muelles y recorrieron el río, que brillaba débilmente con la última luz del crepúsculo. Se ralentizaron de pronto cuando llegaron al palacio del Louvre. La joven apartó la cortina y echó un vistazo rápido a su alrededor. había dos barcazas atracadas en el muelle del puerto Saint-Nicolas. Una docena de porteadores descargaban y movían pesadas cajas a un convoy de carretas que bloqueaba el paso. Al verlo, el conductor del cupé cambió de dirección de golpe y se desvió hacia la calle Poulies.

Para no poner en peligro su persecución, el cochero de Aglaé tuvo el buen tino de no hacer lo mismo de inmediato. En su lugar, contuvo a sus caballos y esperó a que la intensidad del estruendo metálico de las ruedas se redujera antes de tomar la curva en el estrecho carril.

Pasaron por el Louvre y luego por la calle Saint-Honoré para llegar a la Place du Palais-Royal y de ahí a la calle Rivoli. En ese barrio especialmente animado, las farolas de gas ya estaban encendidas y los múltiples y variados ruidos, a los que se sumaba el eco de las conversaciones, dominaban el traqueteo de los carruajes en los adoquines. A Aglaé le causó una extraña impresión toda esa vida corriente que se desarrollaba fuera del carruaje. La gente se dedicaba a sus asuntos y frecuentaba las tiendas y los cafés sin saber que el drama se acercaba a ellos bajo la apariencia de un coche de alquiler normal. Era como sumergirse en un sueño en medio de una multitud de personas despiertas; cercanas pero inaccesibles.

Esa extraña sensación le provocó un nuevo temor a la actriz. ¿Qué pasaría si la señora de Mirande y sus acompañantes dejaban París para pasar la noche en los suburbios o en algún destino aún más lejano? Seguramente, su cochero se negaría a salir de las murallas. Sus posibilidades de convencerlo eran casi nulas y, en caso de lograrlo, perdería tanto tiempo que sus objetivos se escaparían.

Para su sorpresa, mientras que unos momentos antes sentía unas punzadas de terror por haberse dejado embarcar a la ligera en un viaje poco razonable, la perspectiva de perder a su objetivo le había dejado una desagradable amargura en la comisura de los labios. No se imaginaba la posibilidad de volver a casa andando, sola en la oscuridad, para tener que anunciarle su fracaso a un decepcionado Valentin. Por eso, poco después, se sintió aliviada al ver que su carruaje volvía a reducir la velocidad hasta detenerse, lo que hizo chirriar la suspensión.

—Me parece que hemos llegado a nuestro destino, señora —

anunció el conductor, que se asomó a la puerta.

Aglaé abrió la puerta y se sorprendió al encontrarse en el centro de un vasto espacio abierto, tenuemente iluminado por algunas lámparas de aceite esparcidas sobre algunos postes de hierro forjado. Ya había caído la noche. No obstante, gracias a los haces de luz, se distinguían las confusas siluetas de los jinetes y los carruajes, así como las barandillas de piedra y, a lo lejos, los árboles desnudos.

—¿Dónde estamos? —preguntó la joven.

El cochero se encogió de hombros, como si la respuesta fuera obvia.

—Plaza de la Concordia. Ahí le cortaron la cabeza al Capeto y a su austriaca, en la época en que el pueblo tenía realmente la palabra.

—Y el cupé, ¿dónde está? Ya no lo veo.

—Se han detenido ahí —respondió el hombre, que señaló con el látigo en dirección a la parte suroeste de la explanada—. Justo al lado de la antigua poza de Thurot, cerca del foso junto a los Campos Elíseos. Pensé que sería mejor mantener la distancia, ya que usted no quería que nadie se fijara en nosotros.

—Y ha hecho bien. Mi amigo estará encantado de saber que ha seguido sus instrucciones al pie de la letra.

—No es para tanto, pero, como es de noche, llevaré a mis animales de vuelta a la cochera. Si aún necesita mis servicios, pregunte por Emile en la empresa. Vendré con mucho gusto. ¡No todos los días se gana uno el jornal rascándose la barriga en compañía de una chica tan guapa! —El cochero acentuó su comentario con un guiño pícaro. Luego, volvió a subir a su asiento, tomó el látigo y dio una voz para despertar a los animales. Como si percibieran la proximidad del establo, resoplaron a gusto y enseguida se fundieron en la oscuridad.

Aglaé no pudo reprimir una ligera punzada en el corazón. Ahora se encontraba sola.

Al darse la vuelta, trató de recordar lo que sabía sobre el lugar. Situada entre la terraza de las Tullerías y los bucólicos Campos Elíseos, la plaza de la Concordia tenía la forma de un vasto octágono rodeado de balaustradas y zanjas arboladas de unos veinte metros de ancho. En cada esquina había un pabellón, una especie de gran garita de piedra, cada uno de los cuales había estado destinado, en su tiempo, a albergar estatuas alegóricas a la gloria de Luis XV.[38] La Revolución no permitió completar el proyecto y, en los años siguientes, esos zócalos huecos se habían transformado en viviendas. Algunos de los ocupantes no habían dudado en montar allí pequeños comercios: un proveedor de vinos, un escritor público…

Aquellas inusuales viviendas tenían un extraño atractivo: a través del sótano, una escalera daba acceso a una parcela privada en el fondo

de las acequias. En los meses de verano, esos jardines de recreo deliciosamente sombreados atraían a un gran número de parisinos, encantados por el aspecto campestre del lugar. Sin embargo, dos años antes, desalojaron *manu militari* a la mayoría de los ocupantes, que se habían instalado allí sin título de propiedad alguno. Desde entonces, se habían realizado obras de embellecimiento de la plaza, convertida en un lugar de paseo para la alta burguesía.

Una vez se hubo orientado, Aglaé se dirigió con cautela hacia el extremo de la explanada que el conductor del coche de plaza le había indicado. Al acercarse, vio una masa más oscura que era el cupé. Sus dos caballos estaban atados a una argolla en la mampostería de uno de los pabellones. Por mucho que mirara, no veía a nadie a su alrededor. La mujer y los dos hombres habían desaparecido.

¿Habían entrado en la casa de piedra? Para estar segura, Aglaé se arriesgó a salir y llegar a la entrada del pabellón. Estaba a punto de pegar la oreja a la puerta, cuando el eco de una conversación amortiguada la atrajo hacia la parte trasera del edificio. Allí, una baranda de piedra bordeaba una de las zanjas que delimitaban la plaza. El murmullo venía de aquella zona. Con cuidado, la joven se inclinó y vio, abajo, entre los árboles y arbustos de un bonito jardín, el halo de un farol y la mancha clara de un vestido de mujer. La señora de Mirande y sus dos chichisbeos cruzaban la zanja hacia un modesto cobertizo de madera. Justo antes de desaparecer en el interior, uno de los dos hombres se volvió y miró hacia lo alto del parapeto.

Aglaé reprimió un grito de sorpresa y se echó rápidamente hacia atrás. Con el corazón palpitante, esperó durante largos segundos, inmóvil, arrodillada contra la barandilla, atenta al menor ruido sospechoso que pudiera significar que la habían descubierto. Pero no parecía ser el caso. El lugar se había vuelto a quedar en silencio, tranquilo y ahogado en las sombras de la noche.

La vista del refugio de madera le había dado a la joven una idea de a qué se refería su cochero al mencionar «el viejo burdel de Thurot». Recordó que antes de convertirse en un lugar de recreo, los pabellones de la plaza habían tenido mala fama. Eso se debía a que, durante la Revolución, un tal Joseph Thurot había transformado uno de ellos en un burdel clandestino. Había aprovechado la protección natural de los fosos para construir una cabaña en su jardín para despachar bebidas. De hecho, aquella choza ocultaba el acceso a los pasajes subterráneos excavados bajo la plaza, donde las prostitutas se ocupaban de satisfacer a sus clientes con total discreción. Tras una denuncia, el lucrativo negocio había tenido que cerrar en los primeros años de la Restauración.[39] No cabía duda de que se trataba de un lugar propicio para las reuniones secretas; justo donde el trío acababa de desaparecer.

Aglaé se tomó un tiempo para pensar qué hacer. Esperar a que la señora de Mirande y sus acompañantes reaparecieran no serviría de gran cosa. Con toda probabilidad, volverían a subir a su cupé y ella no tendría forma alguna de seguirlos. Tampoco se atrevió a volver a su piso para reencontrarse con Valentin. ¡Tendría muy poco de que informarlo! Pero, si averiguaba lo que estaban tramando justo bajo sus pies, seguro que le brindaría una ayuda decisiva en su investigación.

Sin pensar en el riesgo que ello suponía, la intrépida actriz se dirigió a la entrada de la garita de la esquina. Una gran piedra bastó para atravesar la madera podrida de la puerta y romper la cerradura. Entró en la única habitación del pabellón. Estaba vacía y hacía un frío húmedo y decrépito. Un quinqué colgaba de un clavo en la pared. La llama bailaba y se removía con las corrientes de aire que se colaban por las finas rendijas situadas en los cuatro puntos cardinales.

Aglaé desenganchó el quinqué y alzó el brazo para iluminar los rincones sombríos. Una puerta daba acceso a una escalera estrecha y empinada que conducía a una habitación idéntica a la anterior. Desde allí, se dirigió a la zanja, donde la oscuridad era tan densa que casi podía palparse, y luego al cobertizo, cuyos viejos tablones delataban un estado de abandono avanzado. En el interior, tal y como había esperado, se abría una trampilla en el suelo. Trató de levantarla y se estremeció al oír cómo los goznes chirriaban. A la luz del quinqué se desvelaron más escalones. Parecían aún más irregulares que los anteriores. Estaban excavados en la roca y se hundían en la tierra.

Aglaé se detuvo de nuevo y escuchó con atención, pero no oyó nada. Descendió, se encontró en una galería apuntalada con gruesos tablones, donde se detuvo una vez más a estudiar el silencio en busca de cualquier posible amenaza. Nada. El subterráneo se extendía tanto a la izquierda como a la derecha. Confió en su instinto y siguió la pendiente para adentrarse un poco más en el subsuelo parisino. Había recorrido unos treinta metros cuando llegó a una bifurcación. Tenía ante sí tres nuevas galerías y no habría sabido qué camino tomar si un vago rumor no la hubiera impulsado a entrar en el subterráneo de la izquierda.

Este se iba estrechando cada vez más. Un hombre de estatura media no podría haber entrado en ella sin doblarse en dos. En cuanto a las paredes calcáreas, rezumaban humedad y desprendían un fuerte olor a salitre. Aglaé dedujo que no estaría muy lejos del lecho del Sena. Al cabo de unos treinta metros, el débil eco que se percibía en el cruce se hizo claramente más audible y la joven aventurera distinguió la grave voz de un hombre que hablaba con un tono monótono y un ritmo singularmente lento. Le resultaba imposible entenderlo, pero aquel extraño monólogo en aquel oscuro y sepulcral subsuelo le produjo un desagradable escalofrío.

Tras cruzar un recodo del pasillo, Aglaé se encontró ante una puerta con una rejilla que no esperaba. Tuvo el excelente reflejo de cubrir de inmediato el resplandor de su quinqué con la otra mano. Con cuidado de no tropezar en la casi oscuridad, se acercó y se puso de puntillas para mirar por la abertura.

Era un sótano de grandes dimensiones y, a juzgar por su arcaica mampostería, debía de haberse construido mucho tiempo atrás. Quizá, en su día, fue un almacén secreto empleado para guardar mercancías de contrabando transportadas por el río. Cuatro antorchas fijadas en soportes de pared iluminaban el interior. La luz titilante permitió a Aglaé observar una escena sorprendente. La señora de Mirande y el hombre que le había servido de cochero esperaban, inmóviles y silenciosos, en uno de los rincones de la sala. El individuo de aspecto distinguido que les había recibido en el palacete de Champagnac estaba sentado y rígido como una estatua en una silla con el respaldo de paja roto, en el centro de la habitación. Tenía el rostro, marmóreo y apuesto, clavado de forma anormal en un espejo de cuerpo entero cuya presencia en el lugar resultaba de lo más incongruente. Un cuarto hombre con una levita marrón, que debía de estar allí cuando habían llegado los otros tres, se encontraba a sus espaldas. Esos rasgos demacrados y esa barba en punta coincidían con el retrato del doctor Tusseau que Valentin había pintado para ella. Era él quien hablaba con una hermosa voz de bajo, profunda y cavernosa:

—Se siente pesado, como esta pesada bóveda que lo incita a hundirse en un sueño profundo. Poco a poco, sin darse cuenta, se deja llevar. Mira fijamente la luz. Es la estrella que brilla en la noche oscura. La negra estrella que lo guía en la noche. Pero ¿dónde está la noche? ¿Dónde está el día? ¿Dónde está el blanco? ¿Dónde está el negro?

Mientras seguía con su lúgubre letanía, el hombre de la levita balanceaba una lámpara de aceite despacio, de un lado a otro, sobre la cabeza de su paciente, que seguía el reflejo de la llama en la superficie lisa del espejo.

—Poco a poco se siente mejor. Su respiración se vuelve cada vez más lenta. Sus músculos se relajan. Solo escucha mi voz. Solo ve la estrella. Mi voz y la estrella. La estrella y mi voz. Son sus guías en la noche. Le muestran el camino.

Aglaé contuvo la respiración. La fascinación que le provocaba aquella extraña escansión, por la repetición de ciertas palabras, empezaba a tener efecto en ella. Casi sintió que flotaba en un estado de paradójico bienestar. Era como si la voz del doctor fuera un bálsamo y apagara su desconfianza. Estaba tan absorta en lo que veía y oía que no percibió el ruido de unos pasos a su espalda.

Cuando se dio cuenta del peligro, era demasiado tarde. El cañón de

una pistola le presionaba las costillas y un aliento caliente le susurraba con ironía al oído:

—¿Por qué se queda en la puerta, bonita? Escuchará mucho mejor si se une a nuestros amigos.

Asustada, se dio la vuelta y no pudo reprimir un grito de espanto al reconocer al hombre que la apuntaba con su arma. No creía lo que veían sus ojos.

—¿Usted, aquí? Yo… no lo entiendo.

38

El complot

—¿Qué le parece? ¡La buena amiga del inspector Verne! ¡Diablos, no esperaba encontrarla aquí! ¿No le han enseñado que la curiosidad es un defecto terrible?

El inspector Flanchard reconoció a primera vista a la joven desvergonzada que había acudido a él a primera hora de la mañana en la calle Jerusalén dos semanas antes para conseguir la dirección de su supuesto amante. Lo que no entendía era qué hacía esa chica allí y, sobre todo, cómo había descubierto su guarida secreta.

Inquieto, le ordenó que entrara en el sótano con un gesto de la pistola. Su encuentro con Valentin Verne le había dejado un mal sabor de boca. Había permanecido esposado al coche de plaza más de una hora antes de que un sargento de ciudad, intrigado por aquel carruaje abandonado a orillas del Sena, acudiera a liberarlo. Y ahora, esa chica estaba espiando a sus compañeros… ¿Formaría todo parte de un plan? ¿Estaba Verne jugando con él al pedirle una tregua? Si era así, eso significaba que el inspector sospechaba de él. Flanchard no podía quedarse con la incertidumbre. De un modo u otro, tendría que hacer algo para que la joven confesara lo que sabía.

Cuando Aglaé y el comisario cruzaron el umbral del sótano, la estupefacción apareció en los rostros de tres de sus ocupantes. Tan solo el hombre sentado frente al espejo parecía no darse cuenta de nada. Siguió petrificado en su silla, con la mente visiblemente obnubilada por el reflejo de la lámpara que el doctor Tusseau había dejado de balancear.

La actriz se dirigió hacia ese desconocido, que creía que era el vizconde de Champagnac. Pero Flanchard le dio un empujón en la espalda para obligarla a unirse a la pareja que estaba de pie en un rincón de la sala abovedada. La señora de Mirande la miró acercarse con rabia y desprecio en los ojos. Con el rostro altivo, se tensó bajo el efecto de unas emociones incontrolables. Se volvió casi vulgar.

—¿Quién es esta? —preguntó con voz gélida—. ¿Y qué hace aquí?

Flanchard respondió de mal humor:

—Creo que simplemente os ha seguido, querida. Lo cual, por cierto, no es muy tranquilizador. Le advertí de que se anduviera con máxima precaución, pero ya hablaremos de eso en otro momento y lugar. Ahora lo importante es que no molestemos a nuestro paciente con este tipo de alteraciones.

—¿Qué recomienda usted?

—Interrumpamos esta última sesión de sugestión. Lo que está en juego es demasiado importante para correr riesgos. Usted y el doctor aprovecharán que el trance ya está bien establecido para llevar al vizconde de vuelta a su palacete. Mañana por la mañana lo habrá olvidado todo. —El comisario se dirigió al compañero de Emilie de Mirande—. Usted, se queda aquí conmigo. Tendremos una conversación con esta pequeña entrometida. Nos contará quién la envía y si el inspector Verne ha averiguado algo sobre nosotros que aún no sepamos.

La cortesana asintió con obediencia. Sin embargo, al cruzarse con Aglaé, una cruel sonrisa se dibujó en sus labios. Con el dorso del guante, levantó la barbilla de la prisionera y clavó su mirada, afilada como una aguja, en el fondo de sus ojos.

—Qué pena —susurró pasándole las yemas de los dedos por el cuello y luego más abajo, hasta un pecho—. Me hubiera gustado ocuparme de ti personalmente. Estoy segura de que habrían salido unos quejidos preciosos de una garganta tan bonita.

Aglaé sospechaba que le esperaba un destino poco envidiable, pero que se confirmara en voz alta con un tono tan tranquilo, pero sádico al mismo tiempo, le heló de horror. Quiso gritar para despertar de aquella pesadilla, pero la angustia la había dejado sin palabras y paralizada.

Incapaz de reaccionar, vio cómo Emilie de Mirande unía sus esfuerzos a los del doctor Tusseau para ayudar al vizconde a ponerse en pie. Los gestos de Champagnac eran extremadamente rígidos; a la joven actriz le recordaban a los espectáculos de autómatas que había visto una vez en el bulevar del Crimen.

Una vez que el trío hubo salido de la habitación, Flanchard sentó a su prisionera en la silla y ordenó a su compinche que le atara las manos a la espalda. Aglaé aprovechó ese pequeño respiro para calmar su respiración y ordenar sus pensamientos. Nadie sabía dónde estaba y solo podía confiar en sí misma si quería salir viva de aquel subsuelo. Para ello, debía ganar tiempo y hacerles pensar que sabía más de lo que realmente sabía. Si se sentían amenazados, quizá no la matarían para usarla como moneda de cambio. Era endiabladamente arriesgado

e incierto, pero en una situación tan desesperada solo le quedaba esa carta por jugar.

Segura de su decisión, levantó la cabeza, que había dejado caer sobre el pecho, y trató de poner un aire bravucón ante los dos hombres que la miraban.

—¿Qué esperan entonces? —espetó, y rogó que el cambio en el tono de su voz no delatara el miedo—. Deben sospechar que no he actuado sola. A estas alturas, el inspector Verne sabe lo suficiente sobre sus planes como para arrestarlos a todos en las próximas horas. Han apostado, y han perdido.

El hombre vestido de burgués, con la cara manchada y una marcada gordura, se volvió con el ceño fruncido hacia el comisario. La pasividad y la inquietud le manaban por los poros de la piel malsana.

—¿De qué está hablando? Usted nos dijo que tenía la situación bajo control y que había cerrado la boca y neutralizado a ese maldito inspector.

—¡Calma, Grisselanges! —replicó Flanchard—. Estoy bien situado como para saber que Verne aún se encuentra bajo una orden de detención. ¿Cómo quiere que las autoridades le presten atención? En cuanto asome la nariz, lo arrestarán, y yo seré el primero en saberlo.

—¿Y si no se lo hubiera contado todo? A fin de cuentas, llegó hasta Emilie y el doctor Tusseau. También descubrió que utilizábamos la hipnosis para controlar la mente de Champagnac. Quizá haya averiguado algo más… y decidiera no contárselo porque desconfiaba de usted.

Flanchard se encogió de hombros y no se molestó en responder. Siempre había sabido que el abogado era el eslabón débil de su pequeña asociación. Cuando quisieron proporcionar al doctor Tusseau cobayas humanas, fue él quien cometió el error fatal de dirigirlos hacia el hijo de Dauvergne. Por lo que contaba, el joven, que frecuentaba Los faisanes coronados desde hacía un tiempo, estaba enemistado con su familia y su repentina desaparición no causaría ningún problema. Se trataba del sujeto ideal para ver si la hipnosis podía utilizarse a fin de que un hombre de categoría cometiera actos extremos. Según el doctor Tusseau, el resultado sería mucho más convincente que con Tirancourt, a quien había encontrado el propio Flanchard, pero que pertenecía a una clase inferior. En caso de éxito, sería posible trabajar con su verdadero objetivo: el vizconde de Champagnac, encargado de instruir el proceso de los ministros.

Tusseau había cumplido a la perfección su parte del contrato y había preparado al joven Lucien para que acabara con su vida. No obstante, la elección de Grisselanges había resultado un desastre. Lejos de aceptar el suicidio de un hijo rebelde, el diputado Dauvergne había removido las cosas y utilizado sus relaciones en las altas esferas para

conseguir una investigación oficial. Flanchard había reaccionado a tiempo y logrado que la investigación se encomendara a un policía solitario, atípico, con métodos poco ortodoxos y, por consiguiente, fácil de desacreditar si surgía la necesidad. Él, al menos, había estado afortunado.

Si lo pensaba bien, no era el único error que había cometido Grisselanges. Si el abogado hubiera sido más hábil, el destino del inspector Verne se habría resuelto en cuanto había intentado infiltrarse en la Renovación Jacobina. Su ejecución habría puesto fin a la investigación sobre la muerte del hijo Dauvergne. Toda la responsabilidad habría recaído en esta panda de idealistas de frases hechas que se dedicaban a charlar en lugar de actuar. Eso habría satisfecho al diputado y no lo habría expuesto sin necesidad. Pero el incompetente de Grisselanges había dejado que Verne saliera vivo de los sótanos del café y ahora el abogado estaba ahí mismo, frente a Flanchard, mientras se mojaba los pantalones ante la idea de que estuvieran tras su pista. Si se hubiera escuchado a sí mismo, el comisario le habría pegado un par de tortas para enderezarlo. Pero se contuvo. Tenía cosas más urgentes que hacer.

El comisario se puso delante de Aglaé, guardó la pistola en el cinturón y se crujió los nudillos.

—No creo que sea tan estúpida como para pensar que saldrá viva de aquí —dijo, y ni siquiera se molestó en poner una voz amenazante —. Pero hay diferentes formas de dejar este mundo, y digamos que unas son más dolorosas que otras. Si responde con amabilidad a todas mis preguntas, le prometo una muerte rápida e indolora. De lo contrario…

Aglaé se revolvió en su asiento. El cordón con el que le habían atado las muñecas le cortaba la piel. Intentó anticiparse a lo que venía y sintió cómo una ola de pánico la invadía. La interrogarían y le pegarían, quizá incluso algo peor, y sabía demasiado poco como para engañarlos. Pronto se darían cuenta de que había venido sola y de que era bastante improbable que alguien fuera a rescatarla. Entonces no tendrían más que matarla y deshacerse de su cuerpo en aquel subsuelo donde nadie la encontraría.

—Primera pregunta —anunció Flanchard, que se arrodilló frente a su cautiva—. ¿Alguien la ha acompañado hasta aquí? El inspector Verne tal vez…

La joven parpadeó, como si quisiera expulsarlo de su visión. Buscó dentro de sí misma los recursos para dominar su miedo y resistirse a él.

—Lo que no entiendo —expuso lentamente— es cómo usted, un funcionario encargado de la seguridad pública, ha prestado su apoyo a semejante empresa criminal.

Había un rastro de desafío en su voz. Flanchard no lo comprendía. Normalmente, cuando interrogaba a mujeres, le bastaba con amenazarlas. El temor a ser violentadas desataba incluso la lengua de las más recalcitrantes. No sabía por qué razón esa chica, que se encontraba por completo a su merced, insistía en confrontarlo.

A sus espaldas, Grisselanges había desplegado la hoja de un cuchillo. Tras unos labios voluptuosos se entreveían unos dientes apretados, y una gran vena le palpitaba en la sien como una víbora anidada bajo la piel.

—Deje que le corte la nariz, o que le pinche un ojo —intervino el abogado—. Le prometo que será tan dócil como un cordero.

—¡Basta, Grisselanges! —gruñó Flanchard por segunda vez, que se volvió para fulminar a su cómplice con la mirada.

De pronto, la idea de dejar a esa joven valiente en manos de su mediocre colega le disgustó. Sin duda, existían otras maneras de obtener lo que quería. Su larga experiencia como policía le había enseñado que podía ser provechoso abrirse primero. Las confidencias llamaban a las confidencias.

Se enderezó y dio unos pasos circulares, antes de volver a la silla y colocar sus anchas manos sobre los hombros de la prisionera.

—Me quito el sombrero, pequeña —dijo, realmente admirado—. No le faltan agallas. Pero es inútil. En dos días, el vizconde de Champagnac irá al fuerte de Vincennes y procederá con la primera audiencia de los antiguos ministros de esa escoria que es Carlos X. Nos hemos asegurado de que la celda del príncipe de Polignac disponga de un espejo similar al que ve usted aquí. ¿Adivina lo que sucederá después? En un ataque de locura, el vizconde asesinará con brutalidad al antiguo presidente del Consejo de ministros. Por supuesto, esta versión no satisfará ni al bando republicano, que creerá que se trata de una maniobra de las autoridades para evitar revelaciones embarazosas, ni al bando carlista, que acusará al rey de haber preferido un asesinato a un juicio honesto. La muerte de Polignac prenderá la pólvora.

—Parece feliz —comentó Aglaé, de forma mordaz—. ¿Tanto echa de menos las matanzas de la Revolución y del Imperio?

Flanchard sacudió la cabeza, como si se sintiera abrumado por tanta ingenuidad.

—Me preguntaba usted por qué había colaborado en una empresa criminal. Comete dos errores. En primer lugar, no solo he colaborado, sino que lo he dirigido todo. Fui yo quien conoció al doctor Tusseau cuando unos colegas celosos le buscaban problemas. Yo he ideado hasta el último detalle de nuestro complot. En segundo lugar, calificar a nuestra justa empresa de criminal es dar la vuelta a las cosas. Los

criminales, los villanos, son los que confiscaron el poder del pueblo después de las Tres Gloriosas. El duque de Orleans y toda su camarilla de banqueros y terratenientes. Estuve en las barricadas en julio. He visto al pueblo de París levantarse contra la opresión. ¿Y qué se ha ganado? Solo ha cambiado el amo del trono. Los que más tienen son los que mandan. ¡Y bien! Estamos a punto de cambiar todo eso.

—¿A través de sumergir al país de nuevo en el caos?

—Dicen que no se hace una tortilla sin romper algunos huevos. Y la sabiduría popular vale más que todos los discursos de los becerros que se sientan en la Cámara. ¡Vamos! ¡Ya está bien de perder el tiempo! ¿Lista para responder a mis preguntas o no?

Aglaé sabía que estaba perdida, pero su orgullo le impedía admitir una derrota. De modo que reunió el valor que le quedaba y escupió en la cara del comisario.

—¡Puede sentarse y esperar!

Una mueca torció las facciones de Flanchard, que sacó un pañuelo del bolsillo y, sin quitarle los ojos de encima, se tomó el tiempo de limpiarse con cuidado. Luego se enderezó y retrocedió unos pasos para dejar paso a su compinche.

—Muy bien —suspiró—. Usted lo ha querido. Toda suya, Grisselanges. ¡Esta vez no me decepcione y haga que confiese todo lo que sabe!

Un brillo maligno se encendió en los ojos del abogado, que se acercó a su presa mientras apuntaba con el cuchilla hacia delante. A Aglaé le hubiera gustado levantarse, luchar y patalear en todas las direcciones, pero la visión de la afilada hoja le licuaba el tuétano de los huesos. Sentía las piernas como si fueran de algodón. Temía derrumbarse si trataba de hacer el más mínimo movimiento. Grisselanges la agarró por el moño y, con violencia, le echó la cabeza hacia atrás.

El cuchillo apuntaba al ojo izquierdo de la actriz cuando, de repente, se oyó el ruido de una madera que se rompía. La puerta que conducía al sótano se hizo añicos y dos figuras oscuras irrumpieron. Antes de que Flanchard y Grisselanges entendieran lo que estaba sucediendo, hubo una deflagración y un olor a pólvora impregnó todo el espacio.

Grisselanges soltó un grito ahogado a la vez que dejaba caer el cuchillo. Acto seguido, se llevó una mano al pecho, giró sobre sí y se desplomó como una masa.

Pero Flanchard ya se había recuperado de su sorpresa. Sacó la pistola del cinturón, se lanzó a cubrirse detrás de la silla de Aglaé, sujetó a la joven con su brazo libre y le apuntó a la cabeza.

Temerosos por herir a la prisionera, y sorprendidos por la rápida

reacción del comisario, los dos asaltantes no se atrevieron a disparar. Estaban de pie a cada lado del espejo, con las piernas separadas y una pistola en cada mano.

—¡Verne! ¡Vidocq! —exclamó Flanchard, que identificó con incredulidad a los dos recién llegados—. ¿Cómo diablos han llegado hasta aquí?

—Solo lo he seguido, Flanchard. Tal vez creyó que estaba por encima de toda sospecha, pero, como la mayoría de los delincuentes, acabó cometiendo un error. Nadie puede escapar del destino común.

—Tengo curiosidad por saber cuál ha sido —dijo el comisario, mientras alternaba la mirada de uno a otro en previsión de un nuevo ataque.

—Antes, cuando lo he dejado encadenado en ese coche de plaza, ha intentado pedir ayuda a pesar de su mordaza. He escuchado su aguda voz mientras me alejaba. Entonces, lo entendí. Hace cuatro días, cuando me llevó con su escuadrón para detener a Lastours, un grito en la multitud dio la alarma y casi me cuesta la vida. Esa voz me resultó muy familiar, pero no la identifiqué. Y con razón. Había modificado el timbre para no que no la reconocieran. Pero allí, a pocos pasos del coche de plaza donde acababa de negarme su ayuda, no he tenido ninguna duda. Era la misma tonalidad agrietada.

—Quiere decir que si no hubiera gritado…

—… Yo aún ignoraría el papel que ha jugado en esta siniestra tragedia. ¡De pequeñas causas, grandes efectos! Usted, que acababa de alabar la sabiduría popular, apreciará la ironía de la situación. Cuando me di cuenta de que me había tendido una trampa, reconstruí todo el asunto en mi cabeza. Aparte de Aglaé, usted era el único, junto con el prefecto de Policía, que sabía de mi duelo con Fauvet-Dumesnil y que podía aprovechar mi ausencia para registrar mi piso y robar esos documentos, para luego fingir que se los había enviado un remitente anónimo. También era el único que sabía que yo había descubierto la odiosa manipulación de la que era víctima el vizconde de Champagnac, lo que justificaba su intento de silenciarme.

Flanchard asintió y dejó escapar un silbido de admiración.

—Mis felicitaciones, Verne. Admito que lo había subestimado. Lo que todavía no entiendo es cómo llamó a este canalla de Vidocq tan rápido para que viniera a resurgir aquí.

A Valentin le temblaban las piernas. Desde que Vidocq y él habían derribado la puerta de la bodega y encontrado a Aglaé en tan crítica situación, no se había librado del terrible sentimiento de culpa. Por él, ella había tomado todos esos riesgos y, si le ocurría algo, no se lo perdonaría jamás. Por eso respondía a las preguntas de Flanchard con la esperanza de que este bajara la guardia y les permitiera intervenir

sin poner en peligro la vida de la joven.

—Aún no sabía cuál era su papel exacto al lado de la señora de Mirande y el doctor Tusseau —explicó—, ni si tenía otros cómplices. Tampoco iba a arriesgarme a involucrarlo sin pruebas tangibles. Así que tuve que ponerlo bajo vigilancia con la esperanza de desmantelar toda la banda. Pero no podía actuar solo, y ahí jugo la suerte. Me acordé de que el señor Vidocq se reunía con los antiguos miembros de su brigada todos los miércoles por la noche en una taberna del Barrio Latino. Fui allí rezando para volver a tiempo, antes de que usted se hubiera escapado. Llegamos justo para presenciar su liberación y seguirlo hasta aquí.

Mientras Valentin trataba de captar la atención del comisario, Vidocq se había movido ligeramente. Su objetivo era salir del campo de visión de Flanchard y abrir un ángulo de tiro que no pusiera en peligro la vida de la prisionera. Creyó que estaba a punto de conseguirlo, pero, de repente, su sucesor en la Sûreté le arrebató toda esperanza.

—¡Un paso más, Vidocq, y le romperé la cabeza a esta encantadora niña!

—¡Será mejor que se rinda, Flanchard! Hemos interceptado a sus cómplices en los subterráneos. Los hombres de Vidocq los tienen vigilados y todas las salidas están controladas. En cuanto a Champagnac, en este momento lo están llevando al doctor Bertrand, un especialista en magnetismo animal e hipnosis. En cuanto haya eliminado las barreras mentales que Tusseau ha creado, el vizconde confirmará nuestras acusaciones. Ha perdido la partida. ¿Qué sentido tiene pagarlo con una chica inocente? ¡Déjela ir, Flanchard!

El comisario parecía estar sopesando los pros y los contras. No obstante, lejos de aflojar, obligó a Aglaé a que se pusiera de pie y, a modo de escudo, la arrastró hacia el fondo de la bodega, cerca de una gran roca que sobresalía de la pared.

—Siento decepcionarlo, muchacho —fanfarroneó ante Valentin—, pero ¡un Flanchard no se deja atrapar con tanta facilidad! Elegí este lugar porque tiene dos salidas. Justo detrás, hay otra galería que lleva al Sena. Tomaré ese camino y me llevaré a esta pequeña que tanto le importa. Si renuncia a seguirme, tiene mi palabra de que la liberaré en cuanto esté a salvo. Pero, si prefiere jugar al justiciero a toda costa y pegarse a mí, ella será la primera en pagar. ¿He sido lo bastante claro?

A Valentin le enfurecía su impotencia. Vio el espanto en los ojos de Aglaé y la silenciosa petición de ayuda. Pero ¿qué podía hacer? El villano tenía una posición de fuerza y podía dictar sus condiciones.

—Está bien —concedió, con el corazón en un puño—. Usted gana, Flanchard. Le daremos diez minutos. ¡Ni uno más!

Más que la sonrisa triunfante del comisario, al inspector le dolió atrozmente la silenciosa angustia que vio en los ojos de Aglaé. De mala gana, bajó el cañón de su arma y, con un gesto de resignación, indicó a su compañero que hiciera lo mismo.

Sin perderlos de vista, Flanchard retrocedió mientras arrastraba a Aglaé a la sombra de la roca que sobresalía. Al momento, ambos habían desaparecido, como si se hubieran fundido en la piedra.

39

El enfrentamiento

Valentin sintió que Vidocq se le acercaba.

—¡No me diga que de verdad cree que le devolverá a su amiga! Conozco a ese tipo de individuos. Están dispuestos a hacer cualquier cosa para salvar el pellejo, empezando por romper su palabra.

—Pienso exactamente como usted, pero debíamos darle un poco de margen. Si se viera perdido, no dudaría en disparar a Aglaé. Ahora deme una de las pistolas, Vidocq. Intentaré alcanzarlos y sorprenderlo. En cuanto a usted, tome a dos de sus hombres y vaya al Sena por el exterior.

—¿No prefiere que lo acompañe? En la oscuridad, podría tenderle una emboscada. Dos no seríamos muchos.

Por supuesto, Vidocq tenía razón. Pero Valentin estaba decidido a ir solo. Porque esa lucha era la suya, pues era la misma lucha contra el mal que se repetía una y otra vez. Había comenzado años antes, en aquel sórdido sótano, cuando un niño de doce años se atrevió a lanzar una pelota improvisada contra una lámpara de aceite. Y, aunque salvara a Aglaé y neutralizara a Flanchard, Valentin sabía que no resolvería nada. La lucha no terminaría hasta que hubiera vengado la muerte de su padre y puesto fin a las acciones del Vicario… Quizá jamás acabaría… Por primera vez, ese terrible pensamiento trató de romper sus barreras mentales. Pero lo apartó con toda su rabia y la ira que llevaba dentro desde hacía tantos años. No tenía más remedio que luchar hasta el límite de sus fuerzas.

Con un movimiento de cabeza, rechazó la propuesta de Vidocq y puso una expresión resuelta que no admitía discusión.

—¡En absoluto! —exclamó—. Si somos dos, nos descubrirá con facilidad. Y, si se las arregla para escapar, cuento con usted para interceptarlo.

Ambos hombres intercambiaron entonces sus armas y Valentin se dirigió al rincón del sótano donde habían desaparecido Flanchard y

Aglaé. Detrás de la roca que sobresalía de la pared, un estrecho pasadizo se adentraba en la oscuridad. Un olor pútrido manaba de este. Parecía una de las bocas secretas del infierno.

Valentin desechó la antorcha que Vidocq le ofrecía, pero que lo habría convertido en un blanco fácil, y se adentró en la nada.

Tras unos pocos pasos, sintió que se le aceleraba el corazón y que un sudor insalubre le empapaba la frente y las axilas. Sintió que las palmas de las manos se volvían desagradablemente húmedas sobre las culatas de nogal de las pistolas y una especie de mareo se apoderó de él. Unas mariposas moradas revolotearon ante sus ojos. Se metió una de las armas en el bolsillo de la levita y se llevó la mano a la sien. Era el mismo malestar que había sentido cuando Grisselanges y sus amigos de la Renovación Jacobina le habían arrastrado a una de las bodegas de Los faisanes coronados, o cuando había entrado en la guarida del Vicario en el corazón del barrio de Saint-Merri. No podía hacer nada al respecto. Cada vez que se encontraba en lugares cerrados y oscuros, impregnados de olores terrosos, le abordaban las imágenes de su infancia y de su terrible encierro. Se apelotonaban, se empujaban unas a otras y se superponían como en un horrible caleidoscopio. Siempre necesitaba un minuto o dos para aclimatarse, superar el bache y seguir adelante.

Esta vez, fue la visión de Aglaé como prisionera la que lo sacó de sus demonios personales. Se limpió la frente con la manga y reanudó su lento avance.

La galería era tan estrecha que tocaba las húmedas paredes con solo extender los brazos. El suelo irregular estaba resbaladizo por los montones de musgo y los numerosos regueros a lo largo de la roca. Tenía que avanzar con extrema precaución para no delatar su presencia. En aquel estrecho pasillo, el más mínimo ruido se amplificaba y se oía a distancia. Además, el eco de múltiples salpicaduras y gemidos apagados le llegó desde delante. En esa atmósfera confinada, inmersa en la oscuridad, era difícil juzgar las distancias con precisión, pero Valentin calculó que un centenar de metros como máximo lo separaban de Aglaé y Flanchard.

Hizo una breve pausa. El efecto del láudano que había tomado a última hora de la tarde estaba desapareciendo. El dolor del hombro izquierdo comenzaba a despertar. Tenía que actuar deprisa. Su plan era sencillo. Acercarse todo lo posible a la pareja sin llamar la atención, dejar que el comisario recuperara la esperanza y esperar el momento adecuado para lanzarse sobre él sin poner en peligro la vida de la joven actriz. Hacía ya unos diez minutos que había retomado su marcha a tientas, cuando una bocanada de aire viciado le rozó la cara. Olía a podredumbre y a mierda. Valentin se dio cuenta de que el canal que seguía debía de unirse a una alcantarilla que a su vez

desembocaba en el río. Lo confirmó unos metros más adelante, cuando sus suelas se hundieron en un charco de agua estancada. La basura flotaba deformada por la superficie.

De repente, una palabrota resonó en la oscuridad. Muy cerca. Acto seguido, se repitieron unos golpes. Sonaba como si un demente, preso de un repentino ataque de locura, golpeara una masa metálica.

Valentin entrecerró los párpados para ver mejor. Distinguió un óvalo grisáceo a unos treinta pasos por delante. Con mucho cuidado, se acercó mientras el sonido aumentaba, y ahora iba acompañado de grandes estruendos. Una aureola más brillante marcaba el final del pasadizo, que conducía a una amplia galería perpendicular.

En la intersección, Valentin vio un muro de mampostería y una alcantarilla llena de agua turbia. El hedor casi lo asfixiaba. Había acertado. Acababa de llegar a uno de los túneles de drenaje excavados en los últimos años para transportar los deshechos de los nuevos barrios de la orilla derecha.

Los golpes contra el metal resonaban a lo largo de la bóveda y parecía que venían de la izquierda. Con cautela, Valentin se aventuró a mirar hacia ese lado. Una pálida luz iluminaba los últimos metros de la alcantarilla. A la luz de la luna, el joven vio que el subterráneo conducía, en efecto, a la orilla del Sena, pero la salida se encontraba bloqueada por una enorme verja. Flanchard se aferraba a los barrotes con ambas manos y sacudía desesperado la puerta, con la esperanza de arrancar el candado y la cadena que impedían abrirla. Sus rugidos de rabia y frustración se alternaban con los lamentos del recalcitrante metal. En el suelo, justo detrás del comisario, yacía la desafortunada Aglaé; desmayada o simplemente superada por tantas emociones.

Aquella imagen devastó a Valentin por completo. Él había jugado con fuego, pero ella se había quemado. ¿Sería una maldición? ¿Acaso todos los que le mostraban afecto estaban condenados a sufrir por su culpa? Todo empezaba a desdibujarse en su cabeza como una mezcla de vanos remordimientos, de angustia y de dolor físico. Sin embargo, tenía que aguantar. Solo un poco más. Lo suficiente para darse la oportunidad de ver la luz de nuevo. No obstante, para eso no había más alternativa que salir de aquella cloaca con Aglaé sana y salva.

Apoyado contra la pared, tomó de nuevo las dos pistolas. Sin embargo, no se atrevió a utilizarlas de momento. Tenía demasiado miedo de fallar con esa herida cada vez más molesta que amenazaba con desbaratar su puntería. En cuanto a intentar acercarse, eso equivalía a abandonar el refugio de la sombra y quedar al descubierto. Flanchard podría darse la vuelta en cualquier momento y apuntarle. Por tanto, no quedaba más que una carta por jugar: ¡doble o nada!

—¿Flanchard? —lo llamó—. Soy yo, Valentin Verne. No tiene sentido que se resista. Ya ve que está atrapado.

La gruesa figura se dio la vuelta y se lanzó con la agilidad y la velocidad de un gato para ponerse a cubierto detrás de su cautiva.

—¿Verne? Lo advertí de que si me seguía…

—¡Piénselo, comisario! —le interrumpió Valentin—. No tiene más que una bala en su pistola. ¿De qué le serviría disparar a Aglaé? Quedaría usted a mi merced. Y, si dispara para romper este candado, Vidocq lo atrapará al otro lado con toda facilidad. Verá, no le queda más remedio que rendirse.

Un momento de silencio. Entonces Flanchard se dignó a responder.

—Parece muy seguro de sí mismo. Tal vez quiera vengarme y le rompa la cabeza a su buena amiga. ¿Qué dice a eso?

—Tal vez, pero no lo hará —contestó el inspector, que rogó que no lo desmintiera—. Hasta ahora ha actuado por ideales políticos. Sus jueces lo tendrán en cuenta. No obstante, si comete un asesinato a sangre fría, lo pasarán por la guillotina. ¡Vamos, Flanchard, piénselo! Usted no es un vulgar asesino.

El comisario había obligado a Aglaé a arrodillarse y ahora le retorcía un brazo en la espalda al tiempo que la amenazaba con su arma. Se le escapó una risa sarcástica.

—A diferencia de usted, Verne, ¿no es así? ¿Le dijo a esta alma inocente que era un asesino? ¿Sabe ella quién es realmente? ¿Se lo ha contado, Verne?

Valentin insistió:

—¡Está delirando, Flanchard!

—¡Vamos! ¡A mí no me la cuela, muchacho! Cuando lo elegí para dirigir esta investigación, pensé que estaba tratando con un policía que no cumplía las reglas. Un marginal que sería fácil de desacreditar. Pero esos documentos en su piso, no fui yo quien los colocó allí. Así como tampoco me inventé a ese cochero que admitió que le habían pagado generosamente para atropellar a Hyacinthe Verne.

A medida que hablaba, Flanchard se emocionaba cada vez más. Olvidó toda precaución, y se levantó para que Aglaé quedara frente a él. Le brillaban los ojos con un extraño resplandor y eructaba palabras más que articularlas.

—¡Un parricida! ¡Esa es la verdadera cara del hombre del que se ha encaprichado, pequeña! Un vulgar estafador que mató por el motivo más rastrero que existe: ¡el dinero! Porque su padre adoptivo iba a desheredarlo por ese tal Damien Combes al que seguramente también mató. Entonces, ¿cuál de nosotros es el monstruo?

Valentin había aprovechado que el comisario había dejado de prestarle atención para atormentar a la pobre Aglaé, y se había metido en el túnel. Sin duda, no se le presentaría una oportunidad mejor. Retuvo el aliento, extendió el brazo derecho, apuntó y apretó el

gatillo. El disparo hizo un ruido atronador que resonó a lo largo de la galería. La bala rebotó en la pared, a pocos centímetros de la cabeza de Flanchard, y Aglaé gritó.

—¡Has fallado! —El comisario se alegró y soltó a la joven. Después se incorporó y, con una sonrisa triunfal en los labios, se enfrentó a su adversario—. ¡Bzzz! ¡Bzzz! ¡Bzzz! Parece que han cambiado las tornas. Tiene dos pistolas, así que dos balas. Con la primera, ha matado al gordo de Grisselanges y acaba de desperdiciar la segunda de forma estúpida.

Caminó hacia Valentin, confiado y despreocupado, con la pistola colgando en la mano, contra el muslo. El inspector dejó que se acercara sin hacer el menor movimiento.

Cuando estuvieron a pocos pasos de distancia, Flanchard levantó el brazo muy despacio. Bastaba con mirar sus ojos ardientes para comprender el enfermizo placer que sentía ante la idea de tener a su oponente a su merced. Valentin no le dejó saborear el momento. De pronto, le apuntó con el arma que le había cambiado a Vidocq y disparó casi a bocajarro.

Incrédulo, el comisario abrió los ojos y luego se dobló sobre sí mismo, como un globo que se desinfla. Al instante, yacía muerto en el suelo, con la cara hundida en el fango, que enseguida se tiñó de rojo.

Sin detenerse a examinar el cuerpo de su oponente, Valentin se precipitó hacia Aglaé. Enormemente conmocionada, la joven se había acurrucado de nuevo y se retorcía mientras sufría violentos espasmos. Cuando el inspector se arrodilló a su lado y trató de tomarla entre sus brazos, ella no pudo reprimir un movimiento reflejo de repulsión.

—Vamos, Aglaé —intentó tranquilizarla—, soy yo, Valentin. Tranquila. Todo ha terminado. Se encuentra usted a salvo.

La actriz tenía la cabeza gacha, por lo que su salvador aguzó el oído para entender las palabras entrecortadas que salían de sus labios con cierta dificultad. Su voz estaba muerta, sin vida, tenía el pelo enmarañado y sucio y un rostro atroz.

—¿Es cierto… es cierto, todos… todos esos horrores de los que ha hablado ese hombre… todas esas acusaciones en los periódicos?

A falta de algo mejor que hacer, Valentin tomó sus heladas manos entre las suyas y las apretó con fuerza.

—Puedo asegurar que Flanchard mentía o se engañaba a sí mismo. No maté a mi padre para quedarme con su fortuna, ni robé ni hice que Damien Combes desapareciera. Es falso y, además, también es imposible.

Aglaé miró a Valentin con esos grandes ojos dorados en los que se apreciaba sorpresa e incomprensión.

—¿Qué… qué quiere decir?

—No podría ser culpable de esos crímenes por una simple razón —respondió Valentin, con una especie de chasquido en la voz—. ¡Yo soy Damien Combes!

40

Donde Valentin desaparece

—Sí, yo soy Damien Combes. Pero, durante siete años, me las arreglé para olvidarlo.

Valentin había esperado a quedarse solo en un coche de plaza con Aglaé para darle todas las explicaciones que se merecía. La joven había estado al borde de la muerte por su culpa, era justo que supiera lo que el joven le había revelado hasta ahora a una sola persona. La persona a la que más había querido y apreciado en el mundo hasta su brutal muerte: su padre adoptivo, Hyacinthe Verne.

—Tenía ocho años cuando caí en las garras del Vicario y doce cuando logré escapar, pero una parte de mí se quedó encerrada en ese sótano. Eso no lo entendí hasta siete años después, cuando, en *L'Écho du soir,* leí la historia del fortuito descubrimiento de uno de los escondites del monstruo en Belleville.

—No entiendo nada —murmuró Aglaé, que poco a poco recuperaba el color—. Creía que Damien era el nombre de ese otro niño con el que habías compartido cautiverio durante unas semanas.

Los dos jóvenes habían salido de los subterráneos de la Concordia hacia las dos de la madrugada. Estaban destrozados por la fatiga y las circunstancias. Por suerte, Vidocq había tomado cartas en el asunto. El antiguo jefe de la Sûreté le había asegurado que aún le quedaban algunos contactos en la calle Jerusalén y que se encargaría de allanar el camino. Antes de que acabara la noche, Émilie de Mirande y el doctor Tusseau estarían encerrados y habría un informe detallado de todo el asunto sobre la mesa del prefecto de Policía. Según Vidocq, lo demás podía esperar hasta el día siguiente y, en cualquier caso, las explicaciones serían más fáciles de dar cuando el vizconde de Champagnac hubiera recuperado la lucidez y estuviera en condiciones de corroborar sus afirmaciones.

Después de tranquilizar a Valentin sobre lo que sucedería, el antiguo policía le ordenó ocuparse solo de llevar a Aglaé a su casa y

descansar un poco. Y, para jugar al buen samaritano hasta el final, se las había arreglado —¡solo Dios sabe cómo, a una hora tan tardía!— para conseguirles un carruaje de alquiler y así ahorrarles un largo paseo por el París dormido.

Sin embargo, a pesar del calvario que le causaba su hombro magullado, Valentin no había querido retrasar más el momento de abrirse a Aglaé. En las últimas horas, había pasado por tantas emociones que sentía como una presa interior a punto de desbordarse. Por eso, temía no encontrar las palabras más tarde. Su mente era como una habitación que había permanecido cerrada durante demasiado tiempo y necesitaba ventilarse con urgencia antes de que el polvo volviera a asentarse por todas partes. Tenía que aprovechar ese momento, pues su herida lo estaba agotando y lo obligaba a bajar la guardia. Era la oportunidad de su vida. Si quería acabar con su soledad, debía correr el riesgo de exponerse y despertar otros dolores…

—Lo que voy a confiarle —explicó, con las mejillas hundidas y los ojos inquietos—, me lo contó un famoso facultativo, el doctor Esquirol. Mi padre adoptivo lo había consultado sin yo saberlo. Estaba convencido de que un alienista podría ayudarme. Pero lo más sencillo será que comience la historia por el principio.

»Como ya le he dicho, me abandonaron al nacer y no sé casi nada de mis padres biológicos. Cuando apenas tenía un mes, me entregaron a una pareja de guardabosques del Morvan. Allí, en julio de 1815, cuando yo tenía ocho años, el Vicario vino a buscarme. Luego me encerró en el sótano de su casa, en un barrio cercano al fielato de Montreuil. Entonces, estaba lejos de imaginar que pasaría cuatro largos años encerrado en ese sórdido lugar, donde sería víctima de los apetitos antinaturales de ese depredador con sotana.

El rostro de Aglaé se tensó con la mención del martirio que había vivido su compañero. Cierto pudor le impidió volverse hacia él, pero su inquietud era evidente. Se traducía en una respiración más corta, casi entrecortada, que elevaba cada vez más su precioso pecho.

—Cuando eres tan pequeño —continuó Valentin— no sabes lo que significan realmente palabras como el Mal o la Fatalidad, así que buscaba explicaciones a lo que me pasaba y me convencía de que todo era culpa mía. Debía de haber algo malo dentro de mí que exigía un castigo justo. Probablemente, eso fue lo más duro de soportar; la certeza de que me merecía lo que me pasaba se había arraigado en mi mente. Era peor incluso que el abuso físico. ¡Eso, y la soledad!

—¿Y no intentó escapar antes?

—Por mucho que parezca una locura, había aceptado mi destino. El Vicario había conseguido aniquilar cualquier atisbo de resistencia y me había convertido en su mascota. Dócil y casi agradecido por el

poco tiempo que me dedicaba. Y, entonces, un buen día, tras meses y años de cautiverio, me obligó a hacer algo aún más terrible que lo demás.

Valentin se detuvo; había llegado el momento de revivir en su mente la terrible muerte de la señorita Louise. Se le cortó la respiración. Una antigua pena agazapada en lo más profundo de su alma le trepó por la garganta como el lodo que removemos en el fondo de un estanque y que poco a poco oscurece la superficie. Aglaé comprendió que debía respetar su silencio y se limitó a ponerle una mano tranquilizadora sobre el antebrazo.

—Paradójicamente, ese acto de crueldad gratuita me salvó —dijo Valentin cuando logró hablar—. La conmoción provocó una especie de terremoto en mi interior. Mucho más tarde, el doctor Esquirol le explicó a mi padre que, en lugar de aceptar lo intolerable, mi cerebro se dividió en dos. Así es como Valentin convivió con Damien en el sótano. A partir de ese día, éramos dos en todo momento. Ahí estaba Damien, un ser sumiso, completamente incapaz de rebelarse. Y luego Valentin, su doble inquieto, más fuerte, más decidido. Solo uno de los dos tenía la capacidad de escapar del Vicario…

Aglaé se estremeció. Sus párpados se agitaron.

—Quieres decir… ¡A ver, es imposible!

—¡Pues así fue! —dijo Valentin, que adivinó los pensamientos de su compañera—. Para escapar de aquella prisión, ese pobre muchacho emparedado en vida tuvo que amputarse una parte de sí mismo. Damien no tenía recursos para desafiar al Vicario. Solo Valentin podía hacerlo. Cuando Hyacinthe Verne descubrió a un niño agotado en el palacio de los espejos de la plaza de la Nación, acogió a Valentin. Damien, en cambio, seguiría prisionero en algún lugar, en una noche interminable. Solo la muerte del Vicario lo liberará de sus cadenas.

—¿Su padre adoptivo lo sabía?

—Durante mucho tiempo no supo más que una parte de la verdad. A fuerza de ser dulce y paciente, logró que le contara mi historia en los primeros días de nuestra existencia juntos. Pero no podía hablarle de Damien. Simplemente, lo había borrado de mi mente, al igual que después suprimí todos los recuerdos de mi cautiverio. Fue Hyacinthe Verne quien se encargó en secreto de reconstruir mi recorrido. A raíz de las vagas indicaciones que le había dado, rastreó la casa donde había vivido en Morvan, y luego se puso en contacto con las Hermanas de la Caridad de París que me habían llevado allí al nacer. Así fue como, finalmente, descubrió mi verdadera identidad e incluso obtuvo una partida de bautismo a nombre de Damien Combes.

»A raíz de la reconstrucción del pasado que yo había ocultado, comprendió que la captura del Vicario era la llave para abrir las puertas cerradas con candado de mi cerebro. Sin decirme nada, dedicó

toda su energía, durante los últimos siete años de su vida, a dar caza a ese monstruo. Hasta aquel día de 1826, en que un simple artículo en el periódico me acabó de abrir los ojos. Descubrir que el Vicario seguía vivo y atormentando a inocentes fue una nueva conmoción que contrarrestó los efectos de la primera. Recordé quién era. Mi padre adoptivo estaba fuera en ese momento. Cuando volvió, tuvimos una larga y dolorosa conversación. Entonces, me confesó que sabía la verdad desde hacía mucho tiempo. No sabía que le había expuesto mi caso al doctor Esquirol, pero, siguiendo sus consejos, trató en vano de convencerme de que debía reapropiarme de mi verdadera identidad, y de que no podía seguir negando lo ocurrido. Poco después, cambió su testamento y sustituyó el nombre de Valentin Verne por el de Damien Combes. Fue entonces cuando escribió la carta que el comisario Flanchard encontró en mi casa, sin poder, por supuesto, entender su contenido.

Aglaé se ruborizó confundida.

—¡Y pensar que hace un rato, en esa horrible cloaca, casi dudé de usted!

—¿Cómo podría usted reprochárselo? Todo parece estar en mi contra. Además, no me explico las declaraciones del cochero que atropelló a mi padre. Como soy inocente, ¡todavía queda ahí un misterio por resolver!

Aglaé le soltó el brazo y le acarició la mejilla con suavidad.

—Olvídese un poco de los crímenes y de los misterios —susurró—. Seguirán ahí cuando se despierte mañana. Mientras tanto, durante lo poco que queda de noche, ¿por qué no se da un respiro?

Y, sin decir nada más, se acurrucó contra su pecho y cerró los ojos. La dejó hacer sin atreverse a abrazarla.

41

La Brigada de los Misterios Ocultos

Una semana más tarde, Valentin Verne volvió a pisar, en la calle Jerusalén, las oficinas de la Prefectura de Policía. Durante siete días, sus superiores le habían concedido un permiso excepcional como recompensa por su papel decisivo en la neutralización de Flanchard y sus cómplices, pero también para permitir que su herida se curase. El joven había aprovechado ese respiro para ver a Félicienne Dauvergne en la Capilla Expiatoria de la plaza Luis XVI. Para no romper la promesa que había hecho a la adolescente, le reveló toda la verdad sobre la muerte de su hermano. La valiente muchacha se sintió aliviada al saber que en realidad no se trataba de un suicidio, y Valentin se emocionó profundamente cuando la chica se lo agradeció con efusividad.

El joven inspector también se reunía con Aglaé casi todos los días. Su relación se limitaba, por acuerdo tácito, a una tierna complicidad. Sin embargo, incluso a los ojos de un Valentin tan poco familiarizado con los entresijos de la psicología femenina, resultaba evidente que la guapa actriz veía en él algo más que un buen amigo. Si intentaba no mostrarlo, era únicamente por respeto a sus sufrimientos pasados; para no forzarlo. Él mismo se sentía confundido ante los sentimientos que se agitaban en su interior cada vez que la veía. Su cerebro no hacía más que enviarle señales contradictorias. Aglaé le atraía, pero era incapaz de abrazarla o besarla. A veces se preguntaba qué haría si ella daba el primer paso, pero no se le ocurría respuesta alguna. Simplemente no sabía cómo reaccionaría. Y, como dudaba de su capacidad para responder al deseo de una mujer enamorada, no hacía nada para eliminar la ambigüedad de su relación.

De igual forma, había otro asunto que le preocupaba. Aún no había recibido ninguna garantía sobre su futuro en la Policía. No sabía si sería trasladado de manera definitiva a la Brigada de la Sûreté, reintegrado en la Brigada de Antivicio, donde reanudaría su lucha

contra el Vicario, o, sencilla y llanamente, despedido, sacrificado en el altar de la reorganización que se llevaba a cabo en todos los departamentos de la Policía. Por tanto, y con una esperanza teñida de ansiedad, a la mañana del séptimo día, recibió al fin una citación oficial para la mañana siguiente.

De momento, el hombre que todavía era inspector de la Sûreté estaba plantado en la antesala del nuevo prefecto de Policía. Achille Liberal Treilhard acababa de ser nombrado para sustituir al incompetente Girod de l'Ain.[40] Sin embargo, las malas lenguas ya afirmaban que el ascendido simbolizaba, por sus dos nombres de pila, la incapacidad del Gobierno para decidir entre una postura dura y una política de conciliación para apagar los desórdenes de la calle. Incluso se rumoreaba que el nombre de un futuro sucesor ya circulaba por los pasillos del Ministerio.

Lejos de esas humildes consideraciones, Valentin estaba absorto en la contemplación del baile de oficinistas y secretarias. Era un constante ir y venir de personal, archivos y muebles, como si el nombramiento de un nuevo prefecto tuviera que acompañarse de forma obligatoria de un juego de las sillas musicales y la reorganización de todas las oficinas.

Los minutos pasaban y, finalmente, Valentin se abstrajo de todo el alboroto que lo rodeaba; su cabeza había vuelto a los acontecimientos del «caso Morfeo», como lo habían bautizado los periodistas en los últimos días, en referencia al dios romano de los sueños. Al final, tan solo una persona involucrada en esa conspiración sin precedentes respondería ante los jueces. Se trataba del doctor Tusseau, quien, cegado por su orgullo y ambición, no había visto en esta empresa criminal más que un medio para llevar el potencial de la hipnosis a sus límites más extremos. Con Flanchard y Grisselanges muertos, Émilie de Mirande era la única protagonista del caso que podría haber revelado posibles vínculos entre los miembros de la trama y las numerosas sociedades secretas republicanas. Justo después de su detención, la encerraron en los calabozos del Palacio de Justicia, bajo una estricta vigilancia. Sin embargo, había desaparecido durante la noche, en circunstancias que aún se desconocían. Esa seductora de múltiples conquistas había conseguido burlar la vigilancia de sus carceleros o, lo que era más probable, ganarse la complicidad de alguno de ellos.

Por su parte, Valentin quedó absuelto rápidamente de los cargos que se presentaron contra él. Los documentos que Flanchard había robado y que luego el joven había recuperado, así como otros papeles oficiales que Hyacinthe Verne había acumulado a lo largo del tiempo, habían permitido establecer su verdadera identidad. De este modo, se habían retirado los cargos de expoliación y apropiación indebida de la

herencia y se había considerado que no tenía ningún motivo serio para asesinar a su padre adoptivo. Esa última acusación no había resistido el interrogatorio al cochero que Flanchard encontró. Resultó que, aunque el hombre había admitido que había aceptado un soborno para precipitar su coche de plaza sobre Hyacinthe Verne, nunca les proporcionó el nombre de quien se lo encargó por la sencilla razón de que no lo sabía. No se había encontrado con él más de una vez, al anochecer, en una casucha abandonada en la llanura de Ivry. Persuadido de una culpabilidad que le convenía, el inspector Flanchard se había limitado a mentir sobre este asunto para hundir a su subordinado.

Valentin se sintió aliviado al saber que había sido exonerado, pero el crimen había quedado probado y, rápidamente, había identificado al único culpable posible. Hyacinthe Verne era un hombre de bien, considerado o querido por todos los que se habían cruzado en su camino. La única persona que podía desear su muerte era aquella a la que había estado rastreando en vano durante siete años: ¡el Vicario! Esa revelación molestó a Valentin. Nunca había estado tan decidido a dar con ese monstruo y castigarlo por todo el mal que había sembrado a su alrededor.

Se encontraba pensando en su antiguo enemigo cuando un empleado fue a decirle que el prefecto de Policía por fin estaba listo para recibirlo. Le hicieron pasar a un despacho de techos altos, parcialmente revestido de madera encerada y con pesadas cortinas de terciopelo. Una estufa de carbón desprendía un suave calor que contrastaba con el frío y la humedad del resto de las estancias. Sentado en un sillón del estilo del Primer Imperio, el prefecto Treilhard, con una lupa y unas pinzas, examinaba el interior de un reloj de mesa. Los pequeños engranajes estaban cuidadosamente alineados sobre su escritorio. Cuando Valentin entró, el prefecto levantó la cabeza al tiempo que guardaba la lupa, que tenía pegada al ojo, de forma que el joven policía tuvo la impresión de que lo escrutaba el enorme ojo de un cíclope.

—¡Inspector Verne! —exclamó, mientras bajaba, al fin, su instrumento óptico para indicar a su visitante que tomara asiento—. ¿Sabía usted que estaba muy impaciente por conocerlo?

Prudente, Valentin preguntó con tono neutro:

—¿Puedo preguntarle cuál es la causa de su interés?

—He heredado un grueso expediente sobre usted de mi predecesor —dijo el prefecto, que tocó una carpeta que contenía muchos documentos—. La orden de detención firmada contra usted y el informe redactado al respecto por el comisario Flanchard ocupan un lugar destacado.

Valentin estuvo a punto de protestar, pero Treilhard lo disuadió

con un gesto de apaciguamiento que hizo con la mano. Tenía el pelo muy oscuro y una cara sorprendentemente afable, casi infantil, que no encajaba muy bien con sus nuevas funciones, así como unos ojos azules cuya transparencia daba a toda su persona un aspecto diletante y soñador.

—Ese sinvergüenza de Flanchard, es lo que debería haber dicho —se corrigió con una sonrisa—. Sé que ha sido absuelto de estas calumniosas acusaciones. Por tanto, la pregunta es: ¿qué hacemos ahora con usted?

Guardó silencio, y Valentin se sintió obligado a pronunciar unas palabras de adhesión al nuevo hombre al frente de la Policía de París.

—Estoy a disposición del señor prefecto. Después de este asunto tan desafortunado, solo aspiro a retomar el curso normal de mi servicio.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Treilhard con voz melosa mientras trabajaba en uno de los pequeños mecanismos de relojería que había frente a él—. Pero verá, una institución como la Prefectura de Policía es como una máquina compleja. Para que funcione bien, es importante que cada uno de los engranajes esté en el lugar adecuado y perfectamente relacionado con las demás piezas que lo rodean. La habilidad con la que frustró el complot de Flanchard y sus colegas justificaría su permanencia en la Brigada de la Sûreté. No obstante, ya sabe que el ministro presta mucha atención a la Brigada. Se trata de romper con la triste reputación que ha tenido en el pasado debido a reclutamientos, bueno, algo arriesgados. Toda la publicidad que le han dado los periódicos no lo favorece. Hace demasiado ruido, llama demasiado la atención. Aunque todo esto haya sido muy a su pesar, soy perfectamente consciente de ello… Cabría la posibilidad de reintegrarlo en la Segunda Oficina, la Brigada de Antivicio, pero su antiguo jefe, el inspector Grondin, no se muestra por la labor. Alega que sus métodos son poco ortodoxos y que ignora órdenes con demasiada facilidad.

Así que a esto venía la reunión personal. El prefecto lo había convocado para informarle sobre su despido. Valentin sintió el impacto, pero intentó que no se notara. Solo tenía una cosa en mente: abandonar cuanto antes aquel despacho, cuyo ocupante, con sus dulces maneras, lo molestaba sobremanera.

—Si le facilita las cosas —soltó—, me comprometo a enviarle mi carta de dimisión antes del mediodía.

En un primer momento, Treilhard no reaccionó. Mientras giraba uno de los engranajes de su reloj con la punta de los dedos, contemplaba en silencio al joven inspector con una mirada pensativa. Luego dejó que una sonrisa traviesa se extendiera por su rostro.

—¡Los tiempos cambian inspector Verne! Los descubrimientos de

los científicos y el progreso de la técnica transformarán nuestro viejo mundo de forma radical. No obstante, los ciudadanos de a pie aún no son conscientes de ello, y su credulidad es una debilidad que algunos no dudarán en explotar. La delincuencia también está cambiando. Como ha demostrado su reciente investigación, los métodos de nuestros enemigos serán muy diferentes en el futuro. Debemos adaptarnos. Por ello, he decidido crear una unidad especial dentro de la Prefectura de Policía para perseguir a estos nuevos delincuentes. He dudado mucho sobre el nombre de este nuevo servicio, pero como su especialidad parece rondar entre lo increíble y lo inexplicable, se llamará la «Brigada de los Misterios Ocultos». Aunque «Brigada» es demasiada palabra, ya que, al menos al principio, consistirá en un único funcionario. ¡Usted mismo! Siempre y cuando, por supuesto, acepte esta tarea. No quiero forzarlo.

Los ojos de Valentin se abrieron de par en par con asombro.

—Pero ¿por qué yo?

—Como he dicho, dispongo de mucha información sobre usted. Sé que está familiarizado con diferentes disciplinas científicas y que aprendió química y farmacia con el famoso profesor Pelletier. Estoy convencido de que esas habilidades serían de gran utilidad para garantizar el orden en el futuro. —Hizo una breve pausa y luego continuó—. No tiene que darme su respuesta ahora. Si necesita tiempo para reflexionar, podemos volver a vernos en uno o dos días.

Valentin no podía creer lo que oía. ¿Un periodo de reflexión? ¡Cuando el prefecto le ofrecía en bandeja la libertad y los medios para dar caza al Vicario, para combatir el mal a su manera y continuar así la obra inacabada de su padre adoptivo! Su decisión ya estaba tomada.

Con voz agradecida pronunció las palabras de asentimiento que el prefecto Treilhard esperaba.

Epílogo

Diario de Damien

¿Qué sentido tiene dejarlo todo por escrito? ¿Qué puedo esperar que ocurra con el rasgar de mi pluma en el silencio de esta sala? ¿Adónde pueden llevarme estos ríos de tinta en páginas en blanco? ¿Es esta la salida que estoy buscando? ¿Un paso desde la oscuridad hacia la luz? ¿De la nada a la vida?

Estas frases que acabo de releer abren el diario de Damien. De mi diario. Las escribí en abril de 1826. Una triste primavera… Ese año no hubo estación como tal. Como si el tiempo cambiara para adaptarse a nuestras almas extraviadas. La primavera se vislumbraba sombría. Penumbra y lágrimas. Y primero en mi pobre cabeza. En el espacio de unas pocas semanas, había recuperado la memoria y mi verdadero nombre, para luego perder a mi padre y a la buena de Ernestine en una rápida sucesión. Fue como tener un torbellino en la mente. La gran zarabanda de los vientos otoñales que deshojan un bosque entero en una sola noche. Estaba como borracho con toda esta locura, con crujidos y gemidos en los oídos. Me resultaba imposible pegar ojo. Por la noche no podía dormir. Durante el día me arrastraba miserablemente por el piso vacío, atormentado por los remordimientos.

No dejaba de pensar en la última vez que mi padre y yo habíamos hablado. Seguía repitiendo nuestra acalorada conversación. Me preguntaba cómo podríamos haberlo evitado. Desde que se había dado cuenta de que había recuperado la memoria, siempre volvía a la carga. Decía que el doctor Esquirol era formal. No podría reconciliarme con mi pasado mientras Valentin prevaleciera en mí por encima de Damien. Era necesario romper la cáscara e iniciar lo que el médico había llamado pomposamente un proceso de cicatrización de la memoria.

Solo que era imposible. En el fondo, estaba convencido de que, mientras el Vicario anduviera causando estragos, Damien no podría

salir de aquel oscuro sótano, donde yo lo había abandonado. Y no encontraba las palabras para explicárselo a mi padre. Como si fuera superior a mí. En cuanto a él, que era la bondad y la paciencia personificadas, no admitía esa vana obstinación. Como partidario del progreso, creía en los poderes de la medicina y sentía que me reprochaba rechazar la solución que me ofrecía.

Cuando me informaron de su muerte, me sentí tremendamente mal. Ese hombre me lo había dado todo: un techo, un hogar, una educación, un nombre. Le debo mi actual existencia. Y la única vez que él había esperado algo de mí, yo había sido incapaz de complacerlo. En aquella ocasión —la última vez que nos vimos antes de su repentina muerte—, nos separamos casi con enfado. Sin embargo, no deseaba que sufriera. Lo que quería entonces, y tal vez lo siga queriendo ahora, no lo sé. Quizá pensé que solo retomaría mi verdadera existencia cuando castigaran al causante del mal.

Durante los días siguientes al funeral, en ese cementerio del Sur que él mismo había elegido para trasladar los restos de su querida Clarisse, pensé que yo también me hundía en una noche eterna, sin vuelta atrás. Pero al final no fue así. La nada no me quería, o bien era yo quien la había alejado. Era como si tuviera una fuerza vital que ni la peor adversidad reduciría. Como el buceador que toca el fondo, a punto de ahogarse, y que da una patada para volver a la superficie, conseguí arrancarme de las sombras que amenazaban con enterrarme a mí también.

Valentin debía cumplir con una tarea más. Tenía que poner fin a los crímenes del Vicario, reanudar la caza donde Hyacinthe Verne se había visto obligado a abandonarla. Pero, en su memoria y para redimir mi culpa, también emprendí este largo viaje por mi pasado. Si no podía asumir la identidad de Damien Combes, al menos se me permitía escribir su historia, llevar el diario de su descenso al infierno. Tenía que encontrar la salida del laberinto, descubrir el paso desde la oscuridad hacia la luz.

Hoy, este diario yace aquí mismo, delante de mí. Un grueso montón de páginas, y las más antiguas ya amarillean. Escribo estas últimas líneas con la firme esperanza de que todo esto no haya sido en vano. En un momento, cuando deje la pluma, se cerrará una parte de mi vida. Al final, mi padre tenía razón: debía encontrar el valor para volver a bajar a ese sótano y tenderle una mano a Damien. Era necesario porque hacía tiempo que arrastraba la culpa. Y ese es un sentimiento autocomplaciente y que puede volverte loco. Todo eso ha quedado atrás ahora. Sé lo que me queda por hacer. Tarde o temprano, un hombre se interpondrá en el camino del Vicario, y en realidad no importará si se llama Valentin o Damien. Lo que haya que hacer, lo hará.

Ahora, pasaré esta última página, después de las otras, las encuadernaré y saldré de casa para encontrarme con Aglaé. Todavía no sé si podrá suceder algo entre nosotros, ni si mi cuerpo es capaz de aceptar caricias y abrazos sin rebelarse, pero, al menos, vale la pena intentarlo. Para llegar a ella, tendré que cruzar el Sena. Me llevaré el diario para que ella lo lea o para tirarlo al río.

No lo sé. Aún tengo dudas…

Nota del autor

Cuando empecé a imaginar las aventuras de un policía encargado de resolver misterios ocultos que servirían de pretexto para evocar los numerosos descubrimientos e inventos del siglo XIX, pensé enseguida en el período de la Monarquía de Julio (1830-1848). Estos años fueron decisivos en muchos aspectos. Avances científicos y desarrollo de técnicas que contribuyeron a la gran expansión económica que debía producirse bajo el Segundo Imperio. Al mismo tiempo, la miseria de las clases menos favorecidas y la diversidad de las oposiciones generaron una gran inestabilidad política y provocaron el desgaste de las instituciones heredadas del Antiguo Régimen. Este era un ambiente más que favorable para escribir novelas.

Como muestra el trasfondo histórico de la novela, la Monarquía de Julio se inauguró con un periodo de desorden y malestar. Se produjeron huelgas, manifestaciones y disturbios en las calles. Para hacerles frente, Luis Felipe y su Gobierno dudaron en un primer momento entre dos políticas: «resistencia» y «movimiento». El juicio a los antiguos ministros de Carlos X constituyó, desde este punto de vista, la primera gran prueba del nuevo Régimen.

A excepción del papel que he dado al vizconde de Champagnac —un personaje ficticio—, el resto de referencias a este asunto político y judicial se ajustan a la realidad histórica. Por ejemplo, en octubre de 1830 hubo unos disturbios en los que los republicanos marcharon sobre Vincennes con la firme intención de linchar a los prisioneros. A lo largo del juicio, que se inició el 15 de diciembre ante la Cámara de los Pares en el palacio de Luxemburgo, la insurrección fue una amenaza y resultó necesario recurrir a artimañas para exiliar a los cuatro exministros amenazados por la turba armada antes de que se pronunciara la sentencia. Finalmente, los ministros salvaron la cabeza y fueron condenados a cadena perpetua, lo que vino acompañado de la muerte civil del príncipe de Polignac, antiguo jefe del Gobierno. El poder de Luis Felipe saldría reforzado de esta prueba.

De igual forma, también las notas sobre la historia del magnetismo animal y la hipnosis son verídicas. En particular, existió el doctor

Alexandre Bertrand, con el que Valentin se encuentra en las oficinas de *Le Globe.* Como se indica en la novela, fue uno de los primeros en refutar las teorías del «fluido» de Mesmer y favorecer el papel de la imaginación y la sugestión en la práctica del «sueño lúcido». No obstante, hay que señalar que, aunque el médico escocés James Braid se encuentra efectivamente en el origen del uso del término «hipnosis» y es bastante probable que haya mantenido una correspondencia con Bertrand, sus aportaciones esenciales en cuanto a las nuevas técnicas de inducción son posteriores —unos diez años— a las indicadas aquí a efectos de la trama.

Por último, como siempre, proporciono a continuación algunos elementos bibliográficos, con el fin de que el lector curioso o el aficionado a la historia pueda investigar con mayor profundidad esta Monarquía de Julio que el canciller Pasquier (1767-1862) calificó como «uno de los temas de estudio más interesantes y llamativos que pueden encontrarse».

Bibliografía

Léon Abensour, «Le féminisme sous la monarchie de Juillet. Les essais de réalisation et les résultats», *Revue d'histoire moderne et contemporaine,* 1911, n.º 15-2, pp. 153-176.

Laure Adler, *La Vie quotidienne dans les maisons closes, 1830-1930,* Hachette, 1990, reeditado en Fayard, 2013.

Jacques Aubert, Michel Eude, Claude Goyard y otros, *L'État et sa pólice en France, 1789-1914,* Librairie Droz, 1979.

Dominique Barrucand, *Histoire de l'hypnose en France,* PUF, 1967.

Henri Beaulieu, *Les Théâtres du boulevard du Crime. Cabinets galants, cabarets, théâtres, cirque, bateleurs, de Nicolet à Déjazet (1752-1862),* H. Daragon, 1905, reeditado por Hachette Livre/BnF, 2013.

Jean-Marc Berlière y René Lévy, *Histoire des polices en France. De l'Ancien Régime à nos jours,* Nouveau Monde Éditions, 2011.

Jean-Marc Berlière, *La Police des mœurs,* Perrin, colección «Tempus», 2016.

Philippe Berthier, *La Vie quotidienne dans La Comédie humaine de Balzac,* Hachette, 1998.

Georges Bordonove, *Louis-Philippe, roi des Français, 1830-1848,* Pygmalion, 1990.

Gabriel de Broglie, *La Monarchie de Juillet,* Fayard, 2011.

André Castelot, *Louis-Philippe, le méconnu,* Perrin, 1994.

Sébastien Charléty, *Histoire de la monarchie de Juillet (1830-1848),* Perrin, 2018.

Frédéric Chauvaud, *Les Experts du crime. La médecine légale en France au XIXe siècle,* Aubier, 2000.

Louis Chevalier, *Classes laborieuses et classes dangereuses,* Plon, 1958, reeditado por Perrin, 2002.

Robert Darnton, *La Fin des Lumières. Le mesmérisme et la Révolution,* Perrin, 1984.

François-Laurent-Marie Dorvault, *L'Officine, ou répertoire général de pharmacie pratique* (ed. 1855), Hachette Livre/BnF, 2013.

Anne Martin-Fugier, *La Vie élégante ou la formation du Tout-Paris, 1815-1848,* Fayard, 1990.

Pierre Gascar, *Le Boulevard du crime,* Atelier Hachette/Massin, 1980.

René Gast y Guillaume Rateau, *Album secret de Paris,* Éditions Ouest-Francia, 2019.

Adolphe Gronfier, *Dictionnaire de la racaille. Le manuscrit secret d'un commissaire de police parisien au XIXe siècle,* Éditions Horay, 2010.

André Jardin y André-Jean Tudesq, *Nouvelle histoire de la France contemporaine,* tomo 7: *La France des notables, la vie de la nation, 1815-1848,* Seuil, 1973.

Didier Michaux, «Le magnétisme animal. Constitution d'un phénomène et de sa représentation», *Bulletin de la Société française d'hypnose,* enero de 1986, n.º 2-3, pp. 361-403.

Frédérick Myatt, *Enciclopedia visual de las armas de fuego del siglo XIX,* Bordas, 1980.

Gabriel Perreux, *Au temps des sociétés secrètes. La propagande républicaine au début de la monarchie de juillet (1830-1835),* Hachette, 1931.

Hervé Robert, *La Monarchie de Juillet,* PUF, 1994, reimpreso en CNRS Éditions, 2017.

Bruno Roy-Henry, *Vidocq, du bagne à la préfecture,* L'Archipel, 2001.

Jean-Noël Tardy, L'Âge des ombres. Complots, conspirations et sociétés secrètes au XIXe siècle, Les Belles Lettres, 2015.

André-Daniel Tolédano, *La Vie de famille sous la Restauration et la monarchie de Juillet,* Albin Michel, 1943.

Jean Tulard, *La Préfecture de police sous la monarchie de Juillet,* Annuaire de l'École pratique des hautes études, Année 1964, 1964, p.

427-431.

Eugène-François Vidocq, *Les Voleurs,* Éditions de Paris, 1957.

Eugène-François Vidocq, *Les Mémoires authentiques de Vidocq,* Archipoche, 2018.

Notas

1. Jefe de la Casa de Orleans, Luis Felipe era el primo de los tres soberanos que le habían precedido en el trono: Luis XVI, Luis XVIII y Carlos X.
2. La temporada parisina de la alta sociedad iba de diciembre a Pascua. A partir de mayo, los más ricos se retiraban al campo y no volvían a la capital hasta el final del otoño.
3. Antigua vía pública de la isla de la Cité donde se ubicaban los locales de la Prefectura de Policía.
4. Los historiadores actuales tienden a ver esta muerte inusual como la trágica consecuencia de un juego erótico que salió mal.
5. Término utilizado por el Gobierno para designar a los partidarios de Carlos X, también conocidos como *legitimistas*.
6. Un dispositivo con una caja giratoria que permitía a las madres dejar a su hijo y darlo en acogida de forma anónima. 7. Mathieu Orfila, profesor de Medicina Legal en la Facultad de París. Su *Traité de médecine légale* fue publicado y traducido en varias ocasiones durante la Monarquía de Julio. Se convirtió en la obra de referencia en la materia.
8. Desde el 25 de agosto de 1830, los belgas se habían rebelado contra la tutela holandesa y habían proclamado unilateralmente su independencia el 4 de octubre.
9. Fue el primer director de la École normale, que se convirtió en autónoma tras la Revolución de Julio. Durante la revolución, mandó cerrar las puertas de la escuela para evitar que sus alumnos se unieran a los politécnicos en las barricadas, pero después mostró su oportunismo al jurar lealtad al nuevo Régimen.
10. Asociación republicana, fundada durante las Tres Gloriosas, hostil a Luis Felipe. Sospechosa de fomentar disturbios contra el nuevo Régimen, fue prohibida el 2 de octubre de 1830.
11. Famosa bailarina de cuerda y acróbata que alcanzó la fama durante el Primer Imperio antes de convertirse en directora de teatro.
12. El melodrama sangriento era entonces conocido por los teatros del Bulevar du Temple, rebautizado, por esta razón, como Bulevar del Crimen por los periodistas.
13. Musa de la comedia en la mitología griega.
14. Periódicos republicanos de la época.

15. Oficiales del Primer Imperio colocados en posición de no actividad bajo la Restauración.
16. Esta periodista y escritora (1799-1833) fue una de las pioneras del movimiento feminista que se desarrolló a principios de la Monarquía de Julio. En su *Appel d'une femme au peuple sur l'affranchissement de la femme,* se libera en 1833, poco antes de su suicidio, a una crítica radical del matrimonio que denuncia como una forma de prostitución legal.
17. Famoso anatomista del Hôtel-Dieu, sin duda el mayor cirujano de la época.
18. Durante la Monarquía de Julio, uno de cada cinco pintores era mujer y se les concedían medallas en los salones en la misma proporción que a los hombres.
19. El prefecto del Sena, Odilon Barrot, propuso la creación de unos talleres, que generalmente se dedicaban a la excavación de terrenos, para dar trabajo a los parados, pero fueron claramente insuficientes y solo dieron empleo a tres mil personas.
20. La anécdota es rigurosamente cierta.
21. El *liard* fue una moneda de plata antigua de Francia y los Países Bajos. *(N. del T.)*
22. El *sou* fue una moneda francesa, procedente del *solidus* romano, que designaba la moneda de cinco céntimos hasta principios del siglo XX. *(N. del T.)*
23. Especie de mecha rodeada de resina que sirva para iluminar.
24. Schmidt no aisló la escopolamina, el alcalino principal de la datura, hasta 1892; desde entonces se ha utilizado como droga de sumisión en delitos de robo y violación.
25. Carruajes colectivos con capacidad de hasta diez pasajeros, que permitían a lar familiar burguesas ir, los domingos, a los pueblos cercanos: Saint-Cloud, Cheville, Montfermail, Enghien, Antony, Sceaux…
26. Corriente de pensamiento de moda en la época que propone una industrialización ética y una sociedad fraternal en respuesta a las preocupaciones socioeconómicas. El nombre se debe a su principal teórico, Claude-Henri de Rouvroy de Saint-Simon, muerto en 1825.
27. Principalmente: *Traité du somnambulisme et des différentes modifications qu'il présente* (1823), *Du magnétisme animal en France et des jugements qu'en ont porté les sociétés savantes* (1826) y *De l'extase* (1829).
28. Cuando los policías iban de civil se veían obligados a vestir de paisano, casi todos usaban esa ropa demasiado parecida que le proporcionaba la prefectura.
29. Una especie de truco de las tres cartas, que se jugaba con bolos huecos y una canica de madera, la bolita.

30. Moneda de oro francesa acuñada con la imagen del rey a partir de Luis XIII. *(N. del T.)*
31. Antiguo nombre del cementerio de Montparnasse.
32. Las antiguas esposas: una cadena de eslabones montados sobre un muelle con un agarre en los extremos que sujetaba las manos de los prisioneros, sobre todo, en los traslados.
33. La Conciergerie o Palais de la Cité, es un edificio histórico de París que se encuentra en la Isla de la Cité. La prisión de la Conciergerie era considerada como la antecámara de la muerte. La reina María Antonieta sería encarcelada allí en 1793. *(N. del T.)*
34. La antigua prisión de París, situada en el Marais, en la calle del Rey de Sicilia.
35. Prisión para los condenados por comportamiento ofensivo e impagos hasta 1831, cuando se convirtió en la cárcel por excelencia para los presos políticos.
36. Medicamento derivado del opio para mitigar el dolor.
37. Antiguo nombre de la isla de la Cité.
38. Se trata de los zócalos de piedra, aún visibles hoy en día, que albergan ocho estatuas de mujeres que simbolizan las ciudades más grandes de Francia.
39. La anécdota es completamente real.
40. En realidad, este nombramiento fue unos días antes, el 7 de noviembre de 1830.

Sobre el autor



© Ludovic Carème **Éric Fouassier,** nacido en 1963 en Saint-Maur-des-Fosées, es un célebre escritor francés. Es autor de varias series de novela policíaca e histórica, como *Sans peur et sans reproche, Commandant Gaspard Cloux* y *Les Francs Royaumes;* otras de sus novelas son *Le Traducteur, L'Effet Nocebo* y *Et puis le silence.* Además, es doctor en Derecho y en Farmacia y profesor universitario, así como

caballero de la Legión de Honor.

Su obra *La brigada de los misterios ocultos,* la primera de una serie de novelas a caballo entre el noir y la novela histórica protagonizadas por el inspector Valentin Verne, le ha valido el prestigioso Premio Maison de la Presse 2021 y se ha convertido en uno de los grandes fenómenos de la literatura contemporánea francesa, con millones de ejemplares vendidos y un notable éxito internacional.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que haya disfrutado de la lectura.

Queremos invitarle a que se suscriba a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.





El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.
9788416223503
304 Páginas

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo?

Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo.
Elizabeth ha perdido a su marido.
Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir.
Necesitan recordar lo que se siente al querer.
Solo así podrán volver a respirar.

La novela romántica revelación en Estados Unidos

"No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar."
New adult addiction

"Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros."
Totally Booked Blog



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna
9788416223473
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias?

Jennifer es abogada.
Ian es economista.
Y se odian.
Un cliente los obliga a trabajar juntos.
¿Y si del odio al amor solo hay un paso?

Premio Bancarella de los libreros italianos

Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

"Una historia de amor con mucha ironía ambientada en la City de Londres."
La Repubblica

"La historia de rechazo y amor entre Jennifer e Ian desprende buen humor, sentimientos y optimismo. ¡Funciona!"
Il Messaggero

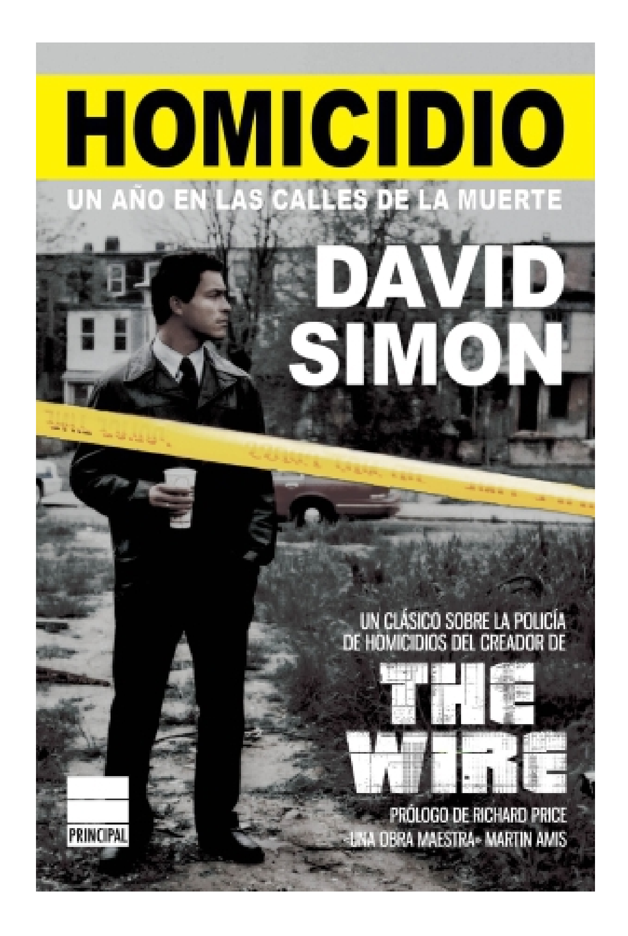
"El primer caso real de autopublicación que cosecha un gran éxito en librerías."
La Stampa

"La novela se mueve sin incertidumbre ni jadeos predecibles a lo largo de las pistas de la historia (…) El best seller de Anna Premoli confirma una certeza: nunca subestimes el odio profesional."
Corriere della Sera

"Es un fenómeno. El género se llama luxury romance, y se ambienta entre el mundo de las finanzas y castillos de familia."
Panorama

"Primer caso en que la autoedición digital designa a una autora como nueva voz de la narrativa italiana."
Panorama.it

"Una novela despreocupada sobre amores (im)posibles y desafíos profesionales."
Tu Style

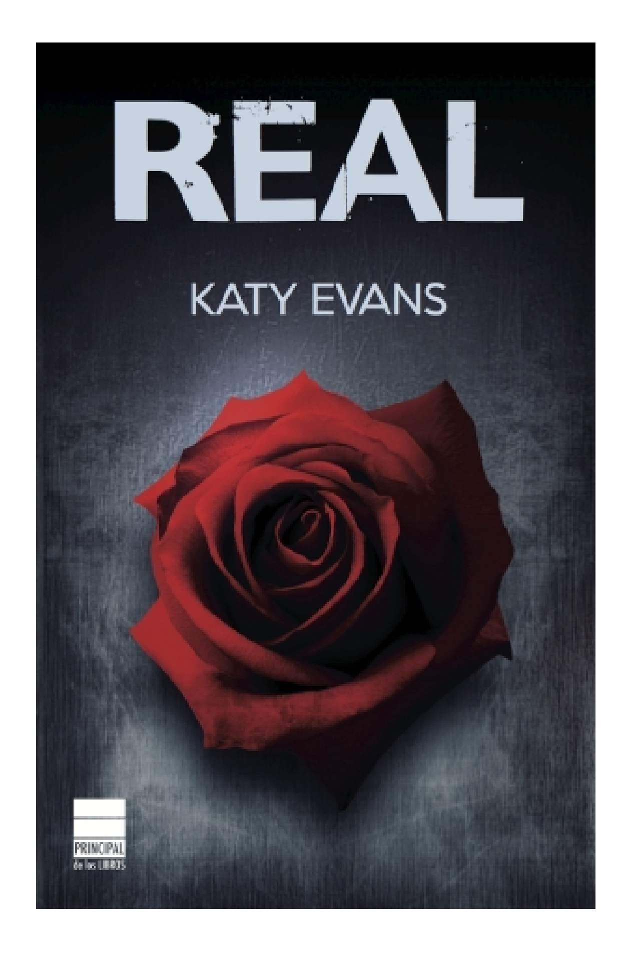


Homicidio

Simon, David 9788416223480
784 Páginas Cómpralo y empieza a leer

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato

de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.



Real (Saga Real 1)

Evans, Katy
9788494223488
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un boxeador inestable.

Una joven con los sueños rotos.

Una combinación explosiva.

Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados

y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo.

La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?



Sin rastro

Smith, Alex
9788418216282
240 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Quería pasar página, pero el pasado siempre vuelve…

Atormentado por la desaparición de su esposa hace unos meses, el inspector Robert Kett deja su empleo en la Policía Metropolitana de Reino Unido y se traslada a la ciudad de Norwich con sus tres hijas pequeñas, con la esperanza de restaurar la paz en su familia rota y empezar de cero.

Pero la tranquilidad en su nueva vida dura muy poco: dos niñas desaparecen mientras están repartiendo periódicos en bicicleta y todo apunta a que un secuestrador anda suelto por la ciudad. De la noche a la mañana, Kett se verá arrastrado de lleno a uno de los casos más oscuros de su carrera, un misterio que lo enfrentará cara a cara con un mal espantoso y que, a la vez, podría desvelar la terrible verdad de lo que le sucedió a su esposa.

"Un debut apasionante".
J. D. Kirk, autor de *A Litter of Bones*

"¡El thriller más emocionante que leerás este año!"
Thrilling Fiction